

Patricia A.
MILLER

Flóres de UNVIERNO

VERSATIL
romántica

Table of Contents

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)

Título original: *Flores de invierno*

© 2018 Patricia A. Miller

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: marzo 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

CAPÍTULO 1

¿Qué importa la belleza de la flor si nunca podrás olerla, nunca podrás tocarla, nunca podrás tenerla...?

Hay errores que se pagan durante toda la vida y él había cometido uno imperdonable. Era lo que se repetía cada domingo mientras la veía divertirse con su amiga.

Llegaba al centro comercial entre risas y confidencias, recorría las tiendas en busca de algo bonito y, cuando estaba exhausta tras haberse probado mil modelitos, se tomaba algo fresco para refugiarse del calor de la tarde. Y mientras, Scott la observaba con el ceño fruncido y los puños apretados hasta doler. Maldecía entre dientes cada vez que sonreía, porque quería ser el motivo de su felicidad, y se le partía el corazón cuando se retiraba el pelo de los hombros, porque se moría por notar la suavidad de esas hebras entre los dedos. La miraba sin perder detalle, atesorando cada gesto en la memoria, como había estado haciendo desde el momento en que apareció en su vida.

Una orden de alejamiento le impedía acercarse y decirle que la quería como nunca había querido a nadie; hacía imposible que pudiera abrazarla hasta fundirla con su piel. No podía cogerla de la mano, ni mirarla a los ojos para demostrarle que estaría siempre a su lado para cuidar de ella. Lo habían condenado a estar lejos, solo le quedaba observarla desde la clandestinidad cada domingo mientras sentía que la herida en su alma se hacía cada vez más profunda.

Su móvil empezó a sonar y lo sacó del trance en el que se había sumido. Retrocedió asustado, con miedo a que ella pudiera descubrirlo y, apoyado contra la cristalera de una *boutique*, cerró los ojos y dejó que el corazón latiera acelerado antes de centrar la atención en el teléfono.

—Ahora no, Robbin. Ahora no —musitó a la pantalla sin llegar a descolgar. No estaba de humor para los sermones de su amiga, ni para darle explicaciones sobre lo que estaba haciendo.

Ya sabía que no podía estar allí, pero le daba igual. Todos le decían que con el afán de verla se estaba cavando su propia tumba, pero... ¿qué sabían ellos de lo que él sentía? ¡Se estaba ahogando por no tenerla!

Las manos le temblaron cuando se las llevó a los ojos y los frotó por debajo de las gafas. Respiró hondo para infundirse confianza y volvió a asomar la cabeza

cuando una risa cantarina le llegó entre el bullicio. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes que le había visto comprar semanas atrás. Se cruzaba de piernas con coquetería y no dejaba de mover las manos al hablar. Era condenadamente preciosa y él estaba perdido.

El pañuelo que llevaba atado en el bolso se desprendió de repente y cayó al suelo sin que ella se diera cuenta. El primer impulso de Scott fue ir a recogerlo para dárselo en persona y acariciarle los dedos al devolvérselo, pero al dar el primer paso, se detuvo de golpe. ¿Qué estaba haciendo? No podía acercarse, no podía ir contra la ley porque hacerlo significaría perderla para siempre.

Era mejor salir de allí. Cuando llegaba al extremo de perder el control de sus actos, lo más conveniente era volver a casa. Si continuaba espiándola un minuto más se olvidaría de las advertencias de su abogado y cometería una locura. Había soñado con llevársela lejos, poner el mundo a sus pies, hacerla feliz... Pero estaría cometiendo un nuevo error. Tal vez el último.

Se despidió en silencio y caminó con el peso del mundo hundiéndole los hombros. Volvería otro domingo. La esperaría en el mismo lugar, a la misma hora, con las mismas ganas de abrazarla. La esperaría siempre.

Justo en ese instante, movida por un impulso, ella se inclinó para recoger el pañuelo y miró en su dirección. Algo había cambiado a su alrededor, no supo explicar qué, pero sintió desazón en el alma, como una herida, como una pérdida.

Como un adiós.

CAPÍTULO 2

—Es demasiado temprano —gruñó Scott nada más responder al teléfono. Tenía una resaca de mil demonios, el aire acondicionado estaba apagado, hacía un calor asfixiante y, por los sutiles ruidos que llegaban del cuarto de baño, seguía acompañado. Odiaba despertarse acompañado. Odiaba que lo despertara el estridente sonido del móvil. Odiaba a Robbin porque sabía que le soltaría alguno de sus sermones cuando supiera que había vuelto a hacerlo—. Soy tu jefe, deja de acosarme. Además, es lunes. Dame un poco de tregua, ¿quieres?

—Fuiste a verla, ¿verdad? —preguntó Roberta Giles sin ambages. Había intentado hablar con él la mañana anterior, sin éxito, y cuando volvió a intentarlo por la tarde obtuvo el mismo resultado. Scott solo ignoraba el teléfono por un motivo y no tuvo la menor duda de que había vuelto a las andadas.

—¿Y qué más da? —Se despezó con un enérgico levantar de brazos que distorsionó los tatuajes que se extendían por el pecho y costado izquierdo.

—Esto empieza a ser enfermizo. Hacía semanas que lo habías dejado estar, pero ya veo que te gusta jugar con fuego. Cuando se entere Montgomery...

—Solo fui a dar un paseo, no hice nada malo —se defendió mientras se incorporaba en la cama y observaba el revoltijo de sábanas a su alrededor.

La ropa de la noche anterior estaba desperdigada por el suelo y se entremezclaba con prendas femeninas que ya no deberían estar en su casa. En la mesilla, junto a sus gafas, vio un pequeño bolso de mano y el envoltorio de un preservativo. Sacudió la cabeza al empezar a recordar cómo había terminado su escapada a Montreal y sacó los pies de la cama, dispuesto a imponer un poco de orden a sus pensamientos.

—¿Un paseo? ¡Son cinco horas y media de viaje, Scott!

Cinco horas para cinco minutos, se dijo. Robbin tenía razón, como siempre, pero se había levantado temprano el domingo y un aluvión de emociones se había adueñado de él en la soledad de aquel apartamento. No había podido evitar pensar, como tantas otras veces, en lo que hubieran hecho de haber estado juntos. Un paseo por la orilla del río Genesee escuchándola hablar del último libro que había leído, una visita al museo de ciencias donde, estaba seguro, aquellos ojos tan expresivos como tristes se abrirían con sorpresa ante los descubrimientos, un pícnic en cualquier jardín con el único sonido de su risa, esa fresca risa que lo

hacía sonreír pese al dolor... Había tanto que hacer a su lado... Y ella estaba tan lejos que, cuando se levantaba echándola de menos con tanta intensidad como la de aquella mañana no había distancia que le impidiera verla.

—¿Puedo utilizar la toalla que hay colgada? —escuchó Robbin de fondo al otro lado de la línea.

Scott hizo un gesto con la mano para indicarle a la mujer que sí y compuso una mueca de fastidio al percibir el silencio de su amiga. Estaba seguro de que la había oído, tanto como de lo que vendría a continuación.

—¿Hay una mujer en tu casa? ¡No, no, espera! ¿Hay una mujer en tu ducha?

—Sí a ambas preguntas —respondió con un suspiro.

—¿Has pasado la noche con una mujer? ¡No me lo puedo creer, Scott! —No esperó respuesta, tampoco la necesitaba. No era la primera vez que sucedía aquello después de una visita a Montreal, pero tanto ella como Lana habían confiado en que esa necesidad de sexo sin más se aplacara con el tiempo—. Al menos dime que la conoces, que no es una cualquiera.

—Tiene cierto estilo —comentó mientras se ponía un pantalón corto y se acercaba de puntillas al cuarto de baño. El grifo de la ducha fue todo lo que oyó. Se aventuró a echar una ojeada sin hacer ruido y una nube de vaho le dio la bienvenida. Tras la mampara de cristal, la silueta de la mujer se perfilaba borrosa.

—Eso quiere decir que no la conoces. ¡Por lo que más quieras, Scott! No puedes volver a las andadas.

—No estoy volviendo a las andadas, solo ha sido una noche y ella ni siquiera debería estar aquí —se justificó—. Estaba hecho polvo, fui a tomar algo y me la encontré. Es una señora muy convincente, créeme.

—¿Señora? ¿De qué edad estamos hablando? —Robbin besó los labios de Lana para darle los buenos días cuando esta la sorprendió en la cocina y asintió en silencio a la pregunta de su pareja. ¡Claro que era Scott quien estaba al otro lado de la línea!

—No sé, cincuenta y cinco, sesenta como mucho —murmuró un tanto avergonzado. No le pareció tan mala idea cuando se acercó a él en la barra y entablaron una amigable conversación. A pesar de la edad, era una mujer en forma, interesante, atractiva y que conservaba intactos sus apetitos sexuales. Llegó a la cocina arrastrando los pies y sonrió al ver que quedaba café en el vaso de la cafetera. Se puso las gafas de repuesto, que estaban tiradas en la encimera, y ojeó el periódico de la semana anterior mientras daba sorbos al desayuno frío—. Oye, duendecillo, tengo que dejarte. Necesito un analgésico, una ducha y unos minutos para flagelarme, pero antes debo sacar a mi amiga de aquí sin herir sus sentimientos. Espero que no quiera quedarse a desayunar.

—Algún día, querido Scott, encontrarás a una mujer que ponga tu mundo del revés, y, cuando eso ocurra, estaré ahí para ver cómo sufres, cómo te supera la situación y cómo te pesan todas las conquistas que vas acumulando. —Le encantaba dramatizar, aunque no lograría que Scott entrase en razón. Tal vez fuera un alma herida y apaleada por las mujeres de su vida, pero tenía un problema, tenía varios problemas con el sexo opuesto—. Y dicho esto... ¿A qué hora tienes la reunión con la gente de Lambert Resort? Lana me hizo repasar diez veces el diseño que te di el viernes por si había algún modo de...

—¡Joder! ¡La reunión! ¡Coño! ¡Me cago en...!

Se tiró el café encima al bajar del taburete de la cocina. Había olvidado la cita, pero si se daba prisa todavía podría llegar. Tarde, pero llegaría.

Lana había conseguido una reunión con el director adjunto del complejo turístico. Estaban pensando en realizar una reforma completa de los jardines, aprovechando que la temporada estival estaba resultando un poco floja. Lambert Resort había sido el lugar de moda, un inigualable remanso de paz y serenidad que simulaba la campiña florentina; perfecto para desintoxicarse, recuperarse de un retoque quirúrgico o, simplemente, descansar del ajetreo diario a cambio de unos cuantos miles de dólares.

Junto al hotel, de líneas palaciegas, la familia Lambert había construido las bodegas del mismo nombre, en las que se elaboraban caldos para paladares y bolsillos exquisitos. Las malas lenguas hablaban de la decadencia del viñedo y de la situación de asfixia que la familia vivía por culpa de las deudas que acumulaban las bodegas.

—La prensa dice que la ocupación ha caído en picado este verano y que están al borde de la quiebra —había comentado Lana en aquella cena en la que se fraguó el proyecto inicial.

—Lo que pasa es que los grandes centros vacacionales que se han construido en el lago Ontario le han quitado interés a un lugar arcaico y falto de una buena reforma —había añadido Robbin, siempre tan crítica.

—Pues entonces hagamos que Lambert Resort vuelva a estar de moda —les propuso Scott, entusiasmado con un proyecto de tal envergadura—. Al menos conseguiremos que esos jardines vuelvan a tener vida.

De eso hacía un par de meses ya. El verano se les había echado encima y a él se le había olvidado una cita tan importante para SN Garden. Robbin estaba en lo cierto, necesitaba centrarse de una vez.

Revolvió la ropa en el armario en busca de una camisa limpia y un pantalón decente, pero Nani, la mujer que le hacía las tareas domésticas, había sido abuela y estaba de visita en casa de su hija, en San Francisco. Él había puesto una lavadora la mañana anterior, justo antes de marcharse a Montreal, pero la ropa

continuaba dentro de la máquina y, por alguna extraña razón, el tambor seguía lleno de agua.

Tomó una camisa cualquiera, con tiento de que fuera oscura, y se enfundó los pantalones que había llevado durante dos días. Eran unos vaqueros rotos, pero el efecto con la camisa y con la americana de paño no sería tan desastroso. Dejaría que su encanto natural hiciera el resto.

Cogió las llaves de la camioneta y corrió hacia la puerta con los zapatos en la mano. Justo cuando cerraba, se acordó de algo que le detuvo el latido del corazón.

—¡El proyecto! —exclamó. Retrocedió hasta la mesa del salón donde le aguardaba la carpeta con los diseños que quería mostrarle a la gente del *resort*. Era un buen trabajo; la oportunidad que Lana había conseguido era fundamental para el futuro de SN Garden y esperaba que el resultado de la reunión fuera el pasaporte a un encargo sin precedentes.

Blandió la carpeta en el aire y la besó, satisfecho. Iba dispuesto a todo, en la mente le bailoteaban cada una de las elocuentes frases que pensaba utilizar para acompañar las ilustraciones y los montajes fotográficos que había hecho Robbin. Scott era un seductor, un hombre con don de gentes, con una personalidad abierta y conquistadora, tanto con hombres como con mujeres, y meterse en el bolsillo a un par de ricachones estirados sería coser y cantar. Estaba seguro, estaba animado, estaba... ¡Joder! Miró de nuevo el reloj cuando el ascensor llegó al sótano donde aparcaba la camioneta. ¡Llegaba tarde! Faltaban cinco minutos para las diez y le quedaban al menos treinta para llegar a Lambert.

—¡Toca correr! ¡Vamos, vamos, vamos! —se animó con entusiasmo. Si tenía suerte y no pillaba mucho tráfico, se retrasaría solo un cuarto de hora. ¿Quién no esperaba un cuarto de hora de cortesía?

Reguló el aire acondicionado de la camioneta y canturreó a voz en grito el tema que sonaba en la radio. *Bring me to life*, de Evanescence, siempre le ponía las pilas. Se estaba felicitando por su destreza en la conducción cuando la luz roja de un semáforo lo obligó a parar. Ese fue el detonante que le hizo dar un brinco en el asiento. Dejó de respirar una milésima de segundo, se agarró con fuerza al volante y compuso una cara de horror que se mezcló con una maldición.

—¡No! ¡Joder! ¡No, no, no! —Se golpeó la frente contra el claxon varias veces. ¿Cómo había podido olvidar que había una mujer en su cuarto de baño? Había salido con tanta prisa y tenía la cabeza tan embotada que la había borrado por completo. ¡Se había vuelto loco!

—¡Robbin! —Ella tenía unas llaves del apartamento. No le haría ninguna gracia salvarle el culo de esa forma, pero entendería la situación. Cuando

escuchó el saludo de la chica elevó los ojos al techo y dio gracias por su suerte —. Necesito que me hagas un favor.

Mientras tanto, el sonido de agua en el baño había cesado y la mujer que había ocupado la ducha limpió el espejo para mirar las sombras oscuras que se perfilaban bajo los ojos. Ni siquiera había deseado quedarse a dormir, pero últimamente se encontraba más cansada de lo habitual y la actividad física de la noche la había dejado exhausta.

No tenía por costumbre frecuentar clubs, pero los hombres con los que había cenado se habían empeñado en parecer adolescentes y, después del tercer combinado, se había dejado llevar por el ambiente cargado y la música excesiva. Haría cualquier cosa para potenciar sus negocios en Europa, pero para eso necesitaba liquidez y tenía la fórmula para llenar de nuevo su insuficiente cuenta corriente. Cuando todo estuviera resuelto, la posición de su hijo en la alta sociedad estaría asegurada y le daría igual lo que sucediese a partir de entonces. No le debía nada a nadie, ni siquiera a la ingrata de su hija. A veces la sangre era lo de menos y, a fin de cuentas, ella nunca había estado a la altura de las circunstancias.

Apartó ese tema de la mente y decidió centrar los pensamientos en algo mucho más placentero. No solía sonreír a extraños en la barra de los bares, pero esa noche lo hizo sin pensar. Perdida en la mirada azul de un joven bien parecido, rememoró tiempos pasados, tiempos felices en los que decenas de hombres se rifaban sus atenciones y la llamaban Lizzie al oído. A Henry jamás le gustó ese diminutivo, pero a ella le encantaba cualquier cosa que supusiera llevarle la contraria.

—Es una *Diphyllia grayi*, originaria de China —le dijo el chico. No tendría más de cuarenta años. Levantó la mano y tomó su collar entre los dedos. Luego, con delicadeza, acarició con el pulgar la flor de porcelana que llevaba prendida entre los pechos—. Las de verdad son una maravilla de la naturaleza. Comunes a simple vista, pero al contacto con la humedad, sufren una transformación sin igual y los pétalos se vuelven transparentes hasta parecer de cristal.

Se le veía triste, apagado, y, después de intercambiar algunas palabras, se había sentido tan joven a su lado que se había atrevido a dar un paso más. Así había empezado la noche y, en ese momento, frente al reflejo de un rostro demacrado, sonrió satisfecha. A él pareció no importarle la diferencia de edad y a ella, acostumbrada a hoteles de lujo, no le molestó que su apartamento fuera una auténtica pocilga.

Se aplicó una buena base del maquillaje que llevaba en el bolso y se coloreó

las mejillas con los polvos de sol que le daban ese aspecto tan saludable. No podía hacer mucho más, pero tampoco le importaba. En cuanto saliera de aquella casa iría directa a su sesión de *spa*. Allí no le hacía falta aparentar nada.

Abrió la puerta del cuarto de baño envuelta en una amplia toalla negra que olía a gel masculino. Miró a un lado y a otro del pasillo y el silencio le resultó de lo más extraño.

—¿Hola? —llamó mientras caminaba descalza hasta el salón, poniendo especial cuidado en ver dónde pisaba—. ¿Scott?

La idea de que se encontraba sola en aquel apartamento apestoso se afianzó al llegar al recibidor. Un furioso burbujeo le subió desde el estómago y gruñó con rabia. Se sentía denigrada, abandonada como una fulana. Abrió y cerró puertas para comprobar que sus sospechas eran acertadas, cuando por fin se convenció de que él se había marchado sin más, tomó los vasos en los que se habían bebido la última copa de la noche y los estrelló contra la pared de piedra que decoraba la zona del sofá.

Nadie volvería a tratarla así.

CAPÍTULO 3

Te echo de menos y resulta absurdo porque nunca te he tenido, nunca te he abrazado, pero sé que hueles a jazmín y a primavera, que tu risa suena a lirios blancos... Y duele, duele tanto...

Katherina emitió un bufido arisco como muestra del humor de perros que lucía esa mañana. Era uno de esos días en los que nada salía bien y, desde que había puesto un pie en el complejo, todo parecía empeorar por momentos. Había tenido que soportar un desayuno horrendo en compañía de Víctor Lambert, un cabreado y egocéntrico Víctor Lambert, que se creía el ombligo del mundo y pensaba que llegar tarde a su partida de golf era lo peor que podía pasarle esa mañana.

Bufó con desesperación y volvió a mirar el reloj por tercera vez en el último segundo. Tenía que llamar a casa. Yelena, su adorable nana, convertida en empleada de hogar, estaba acatarrada y no había querido oír hablar de ir al médico. Debía insistir para que se tratara, pero no tenía tiempo para una nueva discusión. Además, Maximilian, su gato, se había pasado la noche maullando, aquejado de un dolor de tripa. Eso le sucedía por tragón, por comerse los restos de la cena que Katherina había dejado sobre la mesa de la cocina mientras se duchaba. Para colmo, el coche había decidido no arrancar y el taxista que la había llevado al trabajo no había dejado de parlotear acerca de las decisiones que el presidente de los Estados Unidos había tomado sobre no sabía qué asunto de estado. Al llegar al hotel, se ganó un buen sermón por el retraso, porque si algo detestaba Víctor era que lo hicieran esperar a primera hora.

Ahora era ella la que esperaba, y no hacía más que revisar la agenda en la *tablet* para corroborar que la cita que Víctor le había endosado a última hora no se iba a presentar. El *resort* necesitaba un arquitecto paisajista que convirtiera los jardines de Lambert en un paraíso y hacía algunos meses que Adrik, su amigo ruso, le había pedido una oportunidad para la empresa en la que trabajaba una de las clientas del gimnasio. Aseguraba con ímpetu que SN Garden era lo que necesitaba y había convencido a Víctor para empezar por ellos antes de hacer una selección más extensa. No le correspondía a ella entrar en esas competencias; Thomas Merci, el gerente de servicios generales, era un tipo muy conciencioso que se encargaría de controlar el trabajo del jardín una vez estuviera el contrato adjudicado. Era organizado y llevaba con firmeza la batuta

de las tres áreas que gestionaba: mantenimiento, seguridad y jardinería.

Pero durante el desayuno, en algún punto entre las proezas de Víctor con el golf y el balance de cuentas que debían revisar, las directrices acerca de la reforma se volvieron en contra de Katherina.

—Quiero que lo supervises tú —le había dicho de forma despectiva sin apartar los ojos de la prensa.

—¿Qué dices? Yo no puedo ocuparme de cada cuestión que afecte a la finca, Víctor. Para eso hay gerentes de área. Thomas Merci es...

—Querida, tú eres la gerente general y quiero que seas tú quien me ponga al día. Mamá y yo coincidimos en que hace falta que te dé más el sol. —Su risita tonta y la mirada de superioridad que le brindó antes de sorber el café con maneras exquisitas dejaba claro que, encomendarle esa tarea, era más un acto para degradarla que para ensalzar las capacidades que tenía—. ¡Venga! No me mires de ese modo. Seguro que será divertido y aprenderás mucho de plantas y de flores.

Servir de enlace directo entre la obra y la dirección general no era su trabajo, reunirse con las empresas no era su trabajo, decidir sobre el diseño y la estructura del jardín no era su trabajo. ¡Nada de eso era su maldito trabajo! Pero Víctor era quien mandaba y acababa de poner del revés la organizada vida de Katherina.

—Soy Scott Nolan. Tengo una reunión con el señor Lambert —escuchó de pronto.

Levantó la mirada y la enfocó sobre una de las decenas de pantallas que había delante de ella. Había ido a la sala de control para tratar con Maya Harris, la jefa de seguridad, la planificación para la cena de esa misma noche. Ya no esperaba que la cita de la mañana se presentase. Incluso había anotado mentalmente hacer una lista de paisajistas antes de que Elizabeth Lambert se le adelantara y le impusiera cualquier cosa sin criterio, pero ahí lo tenía sin parar de mover los pies, aguardando a que Bridget, la agente del acceso, revisara los archivos.

Cuando decidió salir para despacharlo personalmente, aquel hombre, con aspecto de haberse caído de la cama, se encaramó al control de seguridad con insolencia. Llevaba una carpeta que sujetaba bajo el brazo como al descuido y unas gafas de sol que cambió por otras de vista cuando Bridget lo miró con desagrado.

—Su nombre no aparece en el listado de citas del señor Lambert —le informó la empleada—. ¿Seguro que tenía una reunión?

—Pruebe con SN Garden, por favor. —La observó teclear con rapidez y asentir al encontrar el nombre que él le había proporcionado.

—En efecto, señor Nolan. Tenía usted una reunión que ha sido anulada hace

exactamente veinte minutos.

—¡Mierda! —masculló demasiado alto, y dio tal puñetazo sobre la superficie pulida de mármol que llamó la atención de Sir Richard Benton, un respetable anciano octogenario que acostumbraba a escabullirse de su esposa y se refugiaba en aquella parte del edificio, donde el personal estaba habituado a encontrárselo, periódico en mano—. Solo he llegado veintiocho minutos tarde —se quejó al mirar el reloj—. ¿Es que ya no queda cortesía en este mundo?

Katherina se rio sin humor y abandonó su postura de fingida tranquilidad para traspasar la puerta y hacer los honores. Ella se encargaría de aquel alborotador con un buen jarro de agua helada y una demostración de buena educación.

—¿Señor Nolan?

La voz erizó la piel de Scott y notó cierto estremecimiento en la columna, como cuando el profesor de álgebra lo pillaba mirándole las bragas a alguna de sus compañeras de clase en el instituto. El tono gélido de la pregunta no era alentador y, como siempre que se encontraba en una situación comprometida delante de una mujer bonita, se peinó con los dedos, un gesto nervioso que lo delataba.

—Scott Nolan, el mismo. ¿Y usted es...?

—Katherina Kovaleva, gerente de Lambert Resort.

Miró la mano que él le tendió y no tardó nada en decidir que el tipo no le gustaba en absoluto. Desgreñado, sin afeitar, sucio y despedía un nauseabundo olor que había intentado tapar con colonia, pero no lo había conseguido. Los pantalones estaban rotos a la altura de las rodillas, muy a la moda, pero nada adecuado para una entrevista tan importante; la camisa bajo la chaqueta abierta, además de arrugada, lucía dos lamparones más oscuros en el frontal. Tal vez para él fueran inapreciables, pero era el tipo de cosas que Katherina no dejaba pasar a nadie. Llevaba unas bonitas gafas de montura negra que perdían todo su atractivo por culpa de los cristales sucios tras los que se escondía una intensa mirada azul. Era muy maniática con la limpieza y el orden, y quizá por eso sintió unos irrefrenables deseos de quitarle las lentes y limpiarlas hasta dejarlas relucientes. No lo hizo, desde luego. Estaba demasiado tensa, porque si había algo que le molestaba, más incluso que la limpieza, era la falta de puntualidad, y ese hombre lo reunía todo.

—Cinco minutos de espera, se consideran cortesía. —Se expresó con sumo cuidado, imprimiéndole a las palabras el grado justo de frialdad y la cadencia perfecta para que se apreciara cómo de molesta se sentía. Eso acentuó el leve ronroneo que emitía al pronunciar las erres, estigma de su procedencia rusa—. Diez minutos, responden a una evidente falta de planificación temporal. Treinta, sin embargo, es una tomadura de pelo, señor Nolan.

—Han sido veintiocho —masculló al tiempo que se llevaba la mano al pelo de nuevo y se peinaba de forma compulsiva—, pero ya no importa. Si tiene un minuto más yo...

Katherina levantó un dedo con elegancia, como solía hacer para acallar lo que no fuera de su interés. No iba a darle ese minuto. No iba a darle ni un segundo. SN Garden no trabajaría en Lambert Resort. La decisión estaba tomada.

—No nos interesa. Usted no es lo que estamos buscando. Lamento haberle hecho venir hasta aquí. Buenos días.

Vio decepción en el gesto de Scott Nolan y algo que la empujó a sentir culpabilidad por unos breves instantes. Aun así, dio media vuelta dispuesta a regresar al despacho, al otro lado del hotel. Tenía un millón de cosas que hacer. Quería contactar con Yelena para saber si le había hecho caso y había llamado al doctor. Conociéndola, andaría subida a alguna escalera limpiando armarios o habría puesto de nuevo la cocina patas arriba para sacar brillo hasta la última cacerola. La adoraba, le debía la vida. A pesar de no tener parentesco con ella, la consideraba más familia que algunos miembros de la misma, aunque ella se empeñara en asumir el ficticio papel de empleada de hogar que Katherina le ofreció solo para que desistiera de regresar a Rusia, donde ya no tenía a nadie. A sus setenta años, Yelena conservaba una vitalidad contagiosa, un espíritu arrebatador y era terca como una mula.

—Hazme un favor, Bridget. Envía a alguno de los chicos de portería a la clínica PetsStar para que recojan a Maximilian y lo lleven a mi casa —le pidió a la empleada—. No voy a poder pasar a recogerlo. Desde que Amie está de baja y despedí al último asistente, mi vida es un completo desastre.

—Tranquila. Lo haré de inmediato.

—Y en cuanto llegue el chico de la tintorería, que me lleven el vestido de la fiesta al despacho—recordó—. Antes de que se marche quiero comprobar si la mancha de vino de la última vez que me lo puse ha desaparecido.

El camión de la floristería, con el cargamento de centros que había encargado, paró delante de la puerta con un frenazo que la detuvo en seco y la obligó a mirar por encima del hombro. Sonrió con sinceridad por primera vez en el día. Le entusiasmaba el momento en que las puertas del vehículo se abrían y la fila de empleados uniformados recibía los ornamentos con el mimo que siempre depositaba el florista en ellos. Luego, con un colorido movimiento de hojas y detalles, avanzaban con cuidado, desde la puerta lateral, reservada al personal, hasta la cámara frigorífica, donde se conservaban a la temperatura adecuada hasta que los montadores se hacían cargo de decorar el salón.

El exquisito decorador que siempre contrataban para eventos importantes apareció con la espalda recta, seguido de una fila de botones, lanzó dos besos al

aire dirigidos a Katherina y comenzó a dispensar órdenes al tiempo que apremiaba al personal con palmaditas.

El último ornamento en salir del camión levantó suspiros entre los presentes. Era de una belleza y un exotismo sin igual, y la sonrisa de Katherina se ensanchó al ver la composición de delicadas orquídeas que presidiría la mesa principal.

—¡Atención con eso! ¡Cuidado extremo *modo on!* —advirtió el decorador a los dos portadores con su afeminado estilo—. La suma del sueldo de ambos no sería suficiente para comprar ni uno solo de los pétalos de esas flores.

Scott vio el despliegue de colores desde la puerta de la camioneta y se sorprendió al percibir el cambio que había sufrido el rostro de la gerente. Aún saboreaba el regusto amargo que le había quedado en la boca al verla marchar. No le había permitido explicarse, ni se había molestado en echar un vistazo al proyecto en el que tan duro habían trabajado. Sin embargo, a la luz del sol, rodeada de flores, le pareció ver a una mujer diferente que sonreía sin reparos al tomar entre los dedos una rosa para embriagarse con su aroma.

—Es venenosa, Nolan —siseó al mirarla por última vez—. Una ensalada de adelfas^[1] sería menos perjudicial.

Justo cuando daba por satisfecha la curiosidad que le despertaba Katherina Kovaleva y abría la puerta del coche, un estruendo de cristales lo detuvo y retrocedió hasta tener una buena panorámica de lo ocurrido. Los dos chicos que portaban el delicado centro de orquídeas habían tropezado y se les había escapado de las manos.

El grito de la señorita Kovaleva detuvo la vida en el complejo turístico: varios hombres, que empujaban los carros de la lavandería, se quedaron inmóviles, asustados, tratando de encontrar la razón de aquel alboroto antes de acudir en auxilio de quien lo hubiera provocado; el tipo que aspiraba hojas junto al *parking* detuvo la máquina y se quitó la gorra; algunas ventanas de los pisos superiores se abrieron y asomaron las cabezas de las camareras de piso. Fue un grito de película, seguido de una tormenta de improperios y del fingido desmayo del decorador.

Scott dejó la chaqueta en el asiento trasero, cerró la puerta de la *pick-up* y se cruzó de brazos. Tuvo ganas de reír por un instante, e incluso pensó que esa mujer se lo tenía merecido. Se había puesto roja de ira y fruncía el ceño con tanta intensidad que los ojos se habían convertido en una fina línea bordeada de pestañas y de arruguitas de expresión. Incluso parecía tener problemas para respirar. Era gratificante ver como el karma le pasaba factura, pero era un crimen dejar que una creación tan bella se fuera al traste, y algo le dijo que nadie tenía ni idea de cómo arreglar el desaguizado.

—¡No, no, no! ¡Maldita sea! —vociferó Katherina al borde de la

desesperación. Aquella obra de arte era un encargo muy importante de Elizabeth Lambert para el homenajeado de la noche, y quienes la conocían bien sabían lo exigente que era con los detalles—. Tú... ¡aggg!, y tú... ¡Haced algo! —se dirigió a los dos muchachos que la contemplaban como si le hubiera salido una segunda cabeza. Ellos no tenían ni idea de plantas—. ¡Recoged los cristales! ¡Y traed algo para poner las orquídeas!

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Scott sin perder de vista el estropicio. De lejos no parecía tan grave, pero de cerca había encontrado raíces de orquídea cortadas, cortezas, piedras y algunos pétalos mezclados con los trozos de vidrio del recipiente.

—¿Sabes cómo solucionar esto? —*Si me dice que es mejor tirarlo todo a la basura y comprar otras orquídeas, le doy una patada en el culo*, pensó al límite de su paciencia.

—¿Puedes traerme un rollo de cinta adhesiva transparente? —le preguntó a uno de los empleados causantes del destrozo. Al chico le temblaba el labio inferior como si fuera a romper a llorar de un momento a otro y mantenerse ocupado le vendría bien para evitar quedar en evidencia delante de su jefa—. Y encuentra un recipiente en el que poner un poco de agua para limpiar las hojas y refrescar las raíces. Ve. No tardes.

—¡Que alguien avise al servicio de limpieza! —exclamó Katherina a nadie en particular hasta que el otro joven que había provocado el desastre entró en su punto de mira—. ¡Tú! Lárgate de inmediato y avisa a limpieza. ¡Muévete!

Al escuchar el desprecio con que se dirigía a él, Scott sintió un agujonazo de rabia y por poco no la dejó allí plantada con toda su soberbia. No soportaba a las personas que no tenían ni un ápice de empatía con los trabajadores. ¿Es que esa mujer no veía que los dos chicos estaban tan afectados que ni siquiera podían articular las palabras? Se comportaba como una auténtica déspota insensible con un palo de escoba metido por el culo.

Arregló las varas partidas de las orquídeas con un poco de cinta adhesiva. También la utilizó para bordear el cuenco de cristal que se había roto, y así recomponer la orquesta de bellas flores. Con piedras y cortezas, acomodó de nuevo las orquídeas, justo después de sumergir las raíces en el agua fresca para limpiarlas. No dudó en utilizar el pico de su camisa para quitarle las sombras de suciedad a las hojas que rebosaban a los lados del recipiente, ni en soplar con delicadeza sobre los pétalos de colores al advertir que la corteza había dejado manchas que le restaban belleza. Cuando acabó, unos minutos más tarde, se puso en pie, se sacudió los pantalones y esbozó una amplia sonrisa en dirección a Katherina.

—¡Arreglado! Procure que nadie toque el cuenco de cristal por el lado de la

cinta adhesiva —le sugirió—. Mañana puede pedirle a la floristería que vengan con otro y hagan el cambio. —Al ver que ella no decía nada, que ni siquiera había mudado la expresión del rostro, dejó escapar un suspiro y emprendió el regreso al coche. Había gente que no merecía la pena—. ¡De nada!

—Gracias por el trabajo —dijo por fin. Le había sorprendido la pasión que había empleado con cada orquídea hasta dejarlas todas perfectas. Resultaba evidente que era un profesional y que le apasionaba su trabajo. Había movido los dedos sobre las hojas como si acariciara la piel de un niño y su sonrisa había asomado con cada planta recuperada. Estaba impresionada y confundida. Tal vez no fuera el tipo irrespetuoso que había pensado, tal vez lo había juzgado con demasiada premeditación—. Hágame llegar la factura por sus servicios y... a lo mejor sería adecuado que volviéramos a reunirnos durante la semana, señor Nolan.

—Después de ver cómo tratas a tus empleados, no aceptaría una oferta para trabajar en este lugar ni loco.

Las palabras de Scott Nolan anularon la capacidad de concentración de Katherina durante el resto de la jornada.

—Insolente —masculló al tiempo que estampaba la firma en un documento.

Dejó a un lado el papel y se llevó las manos al cuello. Nunca había tratado mal a sus empleados, ni siquiera cuando sus acciones eran motivo de despido. Creía en las segundas oportunidades y se había llevado más de una bofetada extra por poner la otra mejilla una y otra vez. Pero esa mañana había perdido los nervios y eso significaba que su nivel de estrés sobrepasaba los límites permitidos. No era bueno para el trabajo ni para su salud. *Yo no soy así*, pensó.

Se preparó una buena taza de té y cerró los ojos unos minutos para tranquilizarse. Si fuera de otra forma, si su educación no se lo hubiera impedido, habría mandado a Scott Nolan a un lugar muy feo. Le salió de los labios el nombre en ruso, solo un siseo imperceptible, y eso la hizo esbozar una leve sonrisa antes de degustar con placer el primer sorbo de té. Estaba delicioso. El aroma siempre la transportaba a su más tierna infancia, a las tardes de cuentos en las que Yelena se sentaba con ella en la cama, a los días de curiosidad infantil cuando andaba de puntillas por la alfombra del pasillo para escuchar a su padre hablar por teléfono, a los domingos de frío intenso en los que no la dejaban salir de su cuarto, a Moscú. El aroma del té la llevaba directa a Rusia y le traía tantos recuerdos buenos como malos.

Que Mijaíl Kovalev fuera embajador ruso en los Estados Unidos durante tanto tiempo solo había conseguido que ella, una niña solitaria y tímida, de salud

precaria, se encerrase más en sí misma. «Introvertida», así era como la definía la mujer de su padre, una texana con mucho don de gentes que supo cautivar el corazón del apuesto diplomático. Por el contrario, su querido amigo Adrik, decía que había una mujer salvaje y distendida debajo de la capa de frialdad y corrección que siempre llevaba puesta. Para los hombres, en general, era una mujer inalcanzable. No soportaba que la trataran como a una muñeca, ni toleraba que la infravaloraran por su dulce apariencia. Era celosa de su intimidad, temerosa de abrirse a los demás por miedo al dolor y quizá por eso sus relaciones con el sexo masculino habían sido escasas y nada satisfactorias. Jamás había experimentado ninguna de las sensaciones que Adrik enumeraba cuando le gustaba una mujer, o un hombre, su amigo era así de dispar. No había mariposas en el estómago, ni escalofríos de excitación, ni campanas en los oídos... La intimidad, en todas sus vertientes, no era lo suyo.

Pero se consideraba una persona justa y nunca se mostraba condescendiente con aquellos que se empleaban bajo su batuta. El *resort* funcionaba bien porque el personal trabajaba bien y eso, aunque fuera presuntuoso pensarlo, era gracias a que se había preparado para resolver conflictos, afrontar las crisis con los huéspedes y dirigir al personal, entre otras muchas cosas.

Volvió a rememorar el momento vivido con las orquídeas. Había perdido los nervios al ver peligrar el obsequio que Elizabeth había encargado con tanto celo. Víctor había parloteado acerca de la importancia que tendrían los detalles aquella noche. Estaban a punto de hacer efectiva la venta de los viñedos que limitaban la propiedad por la zona oeste. Llevaban mucho tiempo queriendo deshacerse de aquel lastre y por fin habían encontrado un comprador. El dichoso centro de flores no era más que la guinda de un pastel muy succulento, el regalo perfecto para un empresario que presumía de tener la mayor colección de orquídeas de la costa este; un empresario que había pagado una fortuna por un olvidado trozo de tierra.

Scott Nolan le había salvado de un nuevo enfrentamiento con Elizabeth porque, sin duda alguna, ella no hubiera tenido miramientos en culparla del estropicio, como hacía siempre. Verlo trabajar había despertado su admiración: la delicadeza, la forma de soplar sobre las hojas, como si susurrara disculpas por cada roce y premiase a las plantas con una sonrisa de dientes blancos y alineados. Había mirado las flores con los ojos brillantes, con ese brillo que el sol le arranca al mar en las primeras horas del día, y ella lo había observado maravillada y arrepentida de haber sido tan brusca con él. Pero luego, el desdén que detectó en sus palabras cuando le ofreció llevar a cabo la entrevista durante la semana le hizo olvidar la magia que había obrado minutos antes. Que hubiera solventado la situación no le daba derecho a juzgarla, aunque... ¿no había hecho

ella lo mismo con él?

[1]. La adelfa está considerada una de las plantas más tóxicas del mundo. En caso de ingerirse puede ser mortalmente venenosa. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 4

—Nos hemos visto durante toda esta semana casi a diario, y he aceptado venir a cenar esta noche a condición de que te mostrases un poco más comunicativa, pero es que hoy ni me hablas, es el colmo —se quejó Adrik—. Dime que lo que hay en esos dibujos es tan bueno como estos pasteles y te perdonaré la tortura a la que me estás sometiendo. —Se sirvió el cuarto *kartóshka*^[2] mientras Katherina continuaba con los ojos puestos en los papeles—. Por cierto, los *shashliki*^[3] estaban para chuparse los dedos. Gracias.

—*Na zdorov'ye*^[4] —respondió distraída. Habían pasado cinco días desde el incidente con las orquídeas y su nivel de ansiedad mantenía una competición insana con otra emoción mucho más preocupante: admiración—. Es difícil de explicar...

Había pasado la tarde haciendo repostería, algo que solo sucedía cuando se encontraba en una verdadera encrucijada, y necesitaba a alguien que acabara con todo el festival de azúcar que había en su cocina. El ruso, con su pelo rubio cortado a cepillo y sus dos metros de altura y anchura, se derretía cuando Katherina tenía esos días de creatividad azucarada y no hacía preguntas. Se limitaba a ponerse la servilleta al cuello y a hartarse de ricos dulces caseros típicos de su querida Rusia, mientras ella se desahogaba y maldecía el día en que la familia Lambert se puso en el camino de su padre.

Aquella noche era el proyecto de SN Garden lo que la había llevado al límite. Scott Nolan había dejado tirada en el suelo, junto a los restos de las orquídeas, la idea que iba a presentar y que no llegó a exponer. Lo había tenido encima de la mesa del despacho todo ese tiempo, lo había mirado de reojo, se había mordido el labio pensando en lo que habría dentro y había ocupado sus pensamientos durante la semana con otros asuntos de mayor importancia. Pero día tras día, al entrar en el despacho, allí seguía. No tenía nada de particular, solo era una carpeta de cartón con gomas, pero no la dejaba concentrarse y, pese a que la tiró a la papelera en un par de ocasiones, siempre volvía a sacarla. Al final, se convenció a sí misma de que no estaría mal analizar la propuesta. Estaba claro que no contrataría a SN Garden, que no le daría esa satisfacción a un hombre como Nolan, aunque en cuanto abrió el proyecto se sintió inmersa en algo extraordinario.

—Es increíble —murmuró Katherina. Se sirvió un pastelillo en el plato y apartó la bandeja para que Maximilian, al que acariciaba distraída, no lanzara la zarpa para hacerse con el delicioso postre. Le pasó a Adrik una imagen aérea en la que se veía el resultado final de los jardines. Tras un breve vistazo, el ruso asintió y ella le quitó el papel de las manos—. El lujo de detalles es... Es perfecto.

—Ya te dije que era una buena empresa. La novia de Lana Klein es quien hace esos fabulosos diseños digitales. Es una lástima que hayáis decidido no contratarlos.

Adrik se midió en glotonería con el gato mientras se relamían por el *kartóshka* que había en el plato de Katherina. Pero cuando fue a alargar la mano para hacerse con él, recibió un manotazo que, además de hacerlo desistir, espantó al gato.

—Tiene ese algo que necesita Lambert. Es exótico, pero al mismo tiempo conserva el romanticismo europeo —musitó para sí misma. Le faltaban manos para sostener tantas buenas ideas y, al mismo tiempo, sujetar la taza de té que se había servido casi sin mirar. El proyecto estaba prácticamente listo, tan solo faltaba discutir algunos detalles. De haber aceptado la propuesta de SN Garden la reforma hubiera terminado antes de San Valentín, como deseaban los Lambert—. No me gusta el laberinto, pero lo demás es perfecto.

—¿Un laberinto? —El ruso levantó las cejas varias veces y sonrió con picardía—. Podría ser interesante, ¿no crees? Escondites en los que desaparecer, besos apasionados entre setos, la excitación de llegar al centro o de perderte con algún hombre de grandes atributos... —El azoramiento de Katherina lo hizo reír. Era tan fácil hacerla sonrojar—. ¿Tienes que contar con la aprobación de *ellos*?

La aversión que Adrik sentía por los Lambert se palpaba cada vez que hacía referencia al nombre del complejo hotelero. Y no era porque hubieran influido en su vida de forma negativa, en realidad no habían tenido contacto más que un par de veces y muy breves, pero no soportaba como trataban a Katherina.

—No necesito la aprobación de *ellos* —repitió con sorna. Tomó un sorbo de té y repasó con el dedo algunos trazos muy originales que, casi de inmediato, vio hechos realidad en su imaginación—. Elizabeth anda ocupada entre inversores y políticos, y Víctor tiene bastante con el golf y las faldas que levanta cada día —resumió—. Quiere que me ocupe yo de esto y te juro que pensé en mandarlo a la mierda cuando me lo dijo. Me degrada, siempre lo ha hecho, pero con esto lo ha dejado tan claro... Lo que parece no entender ese capullo egocéntrico, después de tanto tiempo, es que me encantan los retos.

—¿Y qué hay de lo otro? —preguntó Adrik con el semblante serio. Echó una rápida mirada al pasillo y bajó el tono de voz para que Yelena, que leía con

placidez en su dormitorio, no lo escuchara—. ¿Qué hay de Nueva York y de Washington?

Katherina se levantó de la mesa y recogió los platos de la cena, que continuaban a un lado. El tema que Adrik sacaba a colación siempre le aceleraba el pulso y provocaba cierta presión que le impedía respirar con normalidad. Abrió el cajón de los cubiertos y comprobó que su inhalador seguía allí. Había tenido que echar mano de él más de una vez en los últimos días, algo que no le sucedía desde hacía bastante tiempo.

—No hay nada. Las ofertas siguen ahí.

—¿Y entonces? —Adrik se recostó contra el respaldo de la silla de la cocina y se cruzó de brazos, provocando que la tela de la camiseta se tensara alrededor de los bíceps. Vio duda en unos ojos azules que se negaban a mirarlo; también encontró incomodidad y fastidio. Quería a Katherina como si fuera su hermana. Mijaíl Kovalev le arrancó la promesa de cuidarla antes de regresar a Moscú. La ayudaría siempre que hiciera falta, la protegería si era necesario, incluso de ella misma, sobre todo de ella misma. Era la mujer más fuerte que conocía, pero esa virtud se desvanecía cuando se trataba de cumplir sus propios sueños—. Si asumes la responsabilidad de este proyecto no te irás. Luego saldrá otra cosa y otra más... No van a estar esperándote siempre. —Katherina se encogió de hombros y eso lo sacó de quicio. Tenía miedo, y era lícito que así fuera, pero se empeñaba en vivir una vida que no era para ella y no iba a consentirlo. No iba a dejar que el imperio Lambert acabara con ella—. Deja de jugar a los jardines y vive tu vida.

Adrik tenía razón, las excusas ya solo sonaban a eso, a excusas, no conseguiría avanzar hasta que no dejara atrás el *resort*, pero no estaba preparada. Por alguna razón que no podía explicar, todavía había lazos que era incapaz de cortar, por muy dolorosos que fueran y, hasta que el momento llegase, continuaría enganchándose a cualquier pretexto que la mantuviera allí.

Volvió a fijarse en algunos detalles del proyecto de SN Garden y sintió una extraña sensación. Tal vez ese jardín no fuera más que una nueva evasiva para no asumir que debía marcharse, pero era una evasiva preciosa e interesante. No controlaba nada acerca de especies, ni de floración, ni de por qué era mejor sembrar en una estación u otra. Lo único que sabía de flores era que, en Rusia, se regalaban en número impar porque los números pares eran para los funerales y se asociaban con la muerte. Pero sí tenía una ligera idea de lo que necesitaba el hotel y, si los propósitos de Scott Nolan eran tan precisos como su forma de tratar las plantas, estaba segura de que el resultado final sería espectacular.

—Mis planes tendrán que esperar —sentenció.

Cuando Scott abrió la puerta de la cafetería y vio los tres pares de ojos que lo miraban desde la mesa del fondo, se planteó seriamente echar a correr y no detenerse hasta traspasar la frontera de México. Cada uno de aquellos rostros, tan familiares para él, expresaban sentimientos que, de un modo o de otro, acabarían por amargarle un día más.

Estaba claro que Robbin, después de cinco días callada, no había podido resistirlo y había hecho partícipes a las demás de su hazaña dominguera entre sábanas y, por la mirada de pesar que le dedicó Ywen, también había tenido tiempo de ponerlas al tanto de su última excursión a Montreal. Había tenido cinco días para esquivarlas, cinco días evitando dar explicaciones acerca de lo impetuosas y poco acertadas que eran sus decisiones, cinco días fingiendo estar a la espera de una respuesta laboral que, al final, sería negativa y desencadenaría un drama que no quería vivir. Si bien sus meteduras de pata sentimentales eran suficiente motivo para que aquellas tres brujas formaran un aquelarre, cuando les dijera que no había contrato con Lambert pedirían su cabeza y se la comerían mojada en el café.

—No vamos a morderte, Scott —lo animó Ywen al ver que se quedaba parado bajo el dintel de la puerta.

—No lo digas demasiado alto, querida —murmuró Robbin sin apartar sus acusadores ojos del rostro de su jefe.

—Vamos a relajarnos un poco, por favor. Ya sabéis cómo es. Si lo presionáis saldrá corriendo. Estamos aquí para ayudarlo, no para hundirlo más. —Lana, siempre conciliadora, fue la única que le sonrió con amabilidad.

Era la más tranquila de las tres. Tenía una belleza clásica, con la tez pálida y los cabellos castaños lacios, siempre retirados en una sencilla coleta. Su forma de vestir tampoco destacaba por ir a la moda, más bien parecía que se había quedado anclada en los años veinte, aunque Robbin se esforzase en actualizar su vestuario constantemente.

Robbin era la cruz de aquella moneda que ambas formaban. Eran una pareja de lo más extraña, una simbiosis entre Ava Gardner y Lisbeth Salander, la afamada protagonista de *Millennium*. Se adoraban la una a la otra, se complementaban de una forma que daba miedo; no había pensamiento en la cabeza de Lana que Robbin no hubiera captado con una simple mirada, y viceversa. Sin embargo, el carácter de las chicas se encontraba en polos tan opuestos como sus apariencias. A Robbin le encantaba ser un bicho raro. El color azul eléctrico del pelo y la infinidad de pendientes que llevaba en las orejas despertaba la curiosidad de muchas personas, pero también la antipatía. Mientras

la tranquilidad de Lana servía de sosiego para cualquiera, el nervio de Robbin podía revolucionar hasta un velatorio. Lana era cabal, concienzuda, meticulosa con cualquier detalle, todo lo contrario que Robbin que, al igual que él, se dejaba llevar por sus impulsos. El punto fuerte de Lana eran los números; el de Robbin la creatividad, pero ambas eran imprescindibles en la vida de Scott.

Y luego estaba Ywen, su Ywen, pensó con cariño. Era la personificación de la paciencia y el amor más puro. Su descendencia indonesia la convertían en una mujer de belleza exótica, de carácter dulce, con una voz que te mecía hasta transportarte al sueño, incluso cuando discutía con Gavin, su marido, un empresario inglés que salvaba compañías de la quiebra, y el quinto elemento de aquel dispar grupo de amigos.

Pidió una cerveza en la barra y respiró en profundidad antes de recorrer los pocos pasos entre él y la mesa de las chicas. Hubiera agradecido la presencia de Gavin en aquel momento, pero estaba ocupado con las gestiones del restaurante que había montado con Ywen. Era una fuera de serie en la cocina de vanguardia y, después de mucho pensarlo, se habían embarcado en aquel fantástico proyecto que pronto vería la luz.

—Haces bien en tener miedo —dijo Robbin en cuanto tuvo a Scott sentado enfrente—. Llevas cinco días sin aparecer por la oficina.

—¡Estaba ocupado con el jardín de los Morigan! Llevo una jodida semana deshaciendo todo el trabajo que hicimos el mes pasado. El perro se ensañó con la tubería y el agua ha encharcado...

—¡Ya sé que estabas con los Morigan! Pero no me refiero a eso, Scott. — Cuando Robbin entrecerraba los ojos y se acariciaba los piercings de la oreja, lo único que le salía era tragar saliva y agarrarse a la silla—. No tienes ni idea de la cantidad de mentiras que tuve que decirle a esa pobre mujer que dejaste abandonada en tu casa. ¡Eres un cretino!

—Roberta... Hemos dicho que nos lo tomaríamos con calma —la sosegó Lana, que no dudó en enredar los dedos con los de su pareja para conferirle paciencia.

—Lo siento, de verdad. No fue mi intención dejarla allí —se disculpó con sinceridad. Estaba cansado y todavía no había encontrado la forma de explicarles que lo de Lambert no iba a salir adelante.

—No estuvo bien lo que hiciste —intervino Ywen con su suave voz—. Tampoco estuvo bien que fueras a Montreal. No debes acercarte a ella hasta que se arreglen las cosas, Scott. Podrías tener problemas si se entera...

—Lo sé, lo sé. —Se quitó las gafas un segundo y se presionó el puente de la nariz con los dedos. Parecía ser el único que desconocía cuáles eran las consecuencias de hacer aquellos viajes a Montreal, pero no podía evitarlo.

Necesitaba verla—. ¿Qué tal va todo por el restaurante?

—¡No cambies de tema! —exclamó Robbin—. Eres un irresponsable, un maldito estúpido. Tienes treinta y ocho años y no sé qué demonios pretendes haciendo semejantes estupideces, pero te diré una cosa Scott Nolan: no iré a llevarte revistas de flores a la cárcel.

—¡Roberta! —la amonestaron Lana e Ywen al unísono.

La joven se cruzó de brazos y fulminó a Scott con esa mirada que él tan bien conocía. Era mejor mantener la boca cerrada y bajar la cabeza.

—¿Hay alguna noticia del *resort*? No nos has contado qué tal te fue —se interesó Lana. Hablar de trabajo era zona segura. No conocía a nadie que le apasionara tanto lo que hacía como a Scott—. ¿Hablasteis del presupuesto? Ya sabes que es ajustado, pero puedo bajarlo un poco aún si es lo que quieren.

—Esos jardines son espectaculares y la familia Lambert tiene mucho dinero, no creo que haya problemas de presupuesto. Estoy segura —aseveró Ywen que había sido una pieza clave en la elaboración de los bocetos. Había trabajado de extra en los innumerables eventos que se organizaban allí en verano. Conocía los jardines tanto como el apartamento en el que vivía con Gavin. Su memoria fotográfica había servido para componer el diseño perfecto para cada una de las partes de aquella extensión, de casi dos hectáreas, y se había mostrado tan entusiasmada con la posibilidad de que SN Garden se llevase el contrato que no pasaba un día sin que se interesara por el proceso—. Imagino que tendrán que estudiar la propuesta, tal vez aún sea pronto para decidir.

Scott dejó caer los hombros y el gesto puso en alerta a las tres mujeres. Robbin, que había intentado mantenerse al margen de la conversación mirando las notificaciones del móvil, levantó la vista de la pantalla y apretó los labios hasta que formaron una fina línea.

Scott apoyó los codos en la mesa, consciente de que esperaban que dijera algo, y continuó callado, con la mirada perdida en la orquesta de vehículos. Sabía que, con cada respiración, ellas estaban más cerca de arrancarle la cabeza, y él más lejos de impedirselo.

—Nos han cerrado la puerta, ¿no es eso? —Robbin rompió el silencio con su particular forma de expresarse y puso palabras a lo que todas temían—. Espera, espera... Dime que llegaste a reunirte con ellos, dime que pudiste explicarles el proyecto... ¡Scott!

Lo conocía tan bien que, desde el primer minuto, estuvo temiendo algo así. Era demasiado intuitiva, tan observadora que resultaba asfixiante, eso le decía siempre Lana. Pero cuando de Scott se trataba, jamás se equivocaba.

Ante el mutismo y la mirada arrepentida de su jefe, se revolvió el pelo azul con ambas manos, evaluó qué hacer para no saltar sobre Scott y, finalmente,

retiró la silla con un chirriar insoportable. Recogió sus cosas y salió de la cafetería destilando furia por cada poro de la piel. Lana chasqueó la lengua con fastidio y decidió quedarse. Roberta era como un polvorín a punto de estallar y no le apetecía demasiado estar cerca cuando se produjera la explosión.

—Habrán otros trabajos mejores —dijo Ywen en un susurro. Apretó la mano de Lana y palmeó con cariño la mejilla sin afeitar de Scott—. Ahora es cuestión de ser positivos. No podéis venir os abajo.

—No es fácil —respondió Lana con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Os he fallado, lo sé. Hemos invertido mucho tiempo y esfuerzo en hacer algo espectacular para ese lugar y ni siquiera tuve la oportunidad de exponérselo a esa odiosa mujer —masculló Scott después de aclararse la garganta con un largo trago de cerveza. La voz de las chicas sonaba tan desanimada que le partía el alma, y eso sin hablar de todo lo que tendría que hacer para recuperar la confianza de Robbin. Sin ella estaba perdido—. Llegué tarde y me despachó sin más. No fue justo.

—Joder, Scott, tienes un serio problema con la puntualidad —se quejó Lana. Era tan extraño escucharla decir palabrotas que tanto Ywen como Scott se sorprendieron. Al darse cuenta de lo que había dicho, se llevó las manos a la boca y ocultó una sonrisa—. Lo siento. Roberta es una mala influencia, lo sé.

—Sois buenos, sois muy buenos. Yo estoy orgullosa de vosotros —manifestó Ywen recuperando la sonrisa—. Y si Gavin estuviera aquí os diría lo mismo. Ya sabéis lo que piensa del trabajo bien hecho. Es muy meticuloso.

—Es normal, es británico —dijo Lana.

—No es normal. Es maniático —la rectificó Ywen—. Pero es un amor.

El teléfono de Scott emitió una característica sucesión de pitidos que anunciaban una llamada entrante. No estaba de humor para conversaciones, pero cualquier cosa era mejor que la presión que ejercían sus amigas con tanto silencio.

Contestó confundido al no reconocer el número y, cuando escuchó la voz de Katherina Kovaleva, la transformación de sus facciones fue un espectáculo. Tanto Lana como Ywen se quedaron paralizadas a la espera de saber qué tenía a Scott sonriendo como un idiota.

—Han decidido...

—...reconsiderarlo, sí —lo interrumpió Katherina, para quien la situación resultaba de lo más bochornoso que había hecho en mucho tiempo—. Me gustaría... nos gustaría reunirnos con usted, si todavía lo cree posible.

—Es posible —respondió más rápido de lo normal.

—No quiero que piense que esto es un contrato asegurado, señor Nolan. El proyecto es viable, demasiado pretencioso, pero entra dentro de la idea que la

familia Lambert tiene para el jardín.

—El proyecto es viable —repitió como un papagayo—. Me quedo con eso.

Escuchó con paciencia lo que ella quiso decir acerca de las segundas oportunidades, todo regado con el caldo de la soberbia que tanto le recordaba a su propia madre, Bethany Nolan.

—No le engañaré, señor Nolan. No soy una persona paciente y no estoy dispuesta a perder el tiempo. El diseño es bueno, pero tengo mis dudas acerca de su nivel de responsabilidad.

—Bueno, quizá se haya precipitado al juzgarme, señorita Kovaleva. —Él también sabía utilizar el tono impersonal e indolente que escuchaba en cada palabra—. Déjeme demostrarle que se equivoca.

—Mañana, a primera hora. Y no admitiré retraso alguno.

—De acuerdo. Allí estaré —respondió con seriedad. Cuando colgó y dejó el teléfono encima de la mesa, todavía no podía creer lo que acababa de ocurrir. Se quitó las gafas, se restregó los ojos para comprobar que no estaba siendo víctima de un sueño y volvió a mostrar la hilera perfecta de dientes blancos al sonreír—. Adivinad quién tiene una reunión mañana en Lambert Resort.

—Deja de mirarme así —se molestó Katherina cuando vio que Adrik continuaba sonriendo como un bobo. Se había dejado convencer de que lo llamara, de que le diera una nueva oportunidad a SN Garden y eso acababa de hacer. El proyecto era bueno y dudaba que fueran a dar con una idea tan bien planteada de antemano, pero aun así...—. Sé que antes o después me arrepentiré.

—No sueles arrepentirte de las decisiones que tomas. —El enorme ruso se puso en pie y estiró los músculos de los brazos antes de acuclillarse delante de Katherina y tomarla de las manos. Parecía una niña asustada, pero había un brillo en el fondo de aquellos preciosos ojos azulados que le impidió compadecerse de ella—. Si vas a quedarte, demuestra que sabes hacerlo bien. Eres Katherina Kovaleva, no lo olvides. Puedes lograr lo que te propongas.

—Tienes mucha confianza en mí y eso no me ayuda. Me asusta fallar.

—¿Preferirías que me comportara como ese gilipollas de Víctor Lambert? ¿Quieres que te diga que eres una mujer débil y que no tienes iniciativa propia? ¡Venga ya! —exclamó el ruso—. No importa que ese Nolan te caiga mal, lo que importa es que le des una lección a los Lambert y luego te largues de ese jodido hotel para siempre.

Horas más tarde, cuando Adrik abandonó la casa, Katherina se sentó en el sofá junto a Maximilian y puso sobre la mesilla de café tres documentos de

especial importancia. Uno de ellos era el presupuesto de SN Garden y simbolizaba todo cuanto contenía la carpeta de cartón que había a su lado. Los otros dos representaban su futuro. Acarició las tres hojas con suavidad, deleitándose con el tacto sedoso del buen papel para acabar en la simpleza de aquel folio reciclado plagado de números y conceptos.

Pensó en las palabras de Adrik, tan parecidas a las que siempre escuchó de boca de su padre. Si le hubiera consultado a él, si hubiera levantado el teléfono para llamar a casa, el resultado hubiera sido similar. Mijaíl Kovalev, en sus escasos alardes de orgullo paternal, siempre presumió de tener una hija predestinada a algo grande y contribuyó a ello educando a una niña que jamás tuvo limitaciones por ser mujer, ni en Estados Unidos, ni en la madre Rusia.

Un fuerte arranque de tos, proveniente de la habitación que había al fondo del pasillo, la alarmó. No podía marcharse. Hacerlo suponía dejar atrás muchas cosas, pero la más importante era Yelena, y todavía no estaba preparada para eso. Se había prometido cuidarla, del mismo modo que ella se hizo cargo de una niña asustada, enferma, que irrumpió en el seno de la prometedora carrera política de su padre para causar más problemas que alegrías. Había llovido mucho desde aquello, pero la memoria era una cruel bendición para quien decide no olvidar.

Tras unos instantes de duda razonable, apartó dos de los documentos que tenía frente a ella y tomó el tercero con mano firme. El futuro podía esperar, el presente ya no.

[2]. Postre soviético tradicional. (*N. de la A.*)

[3]. Trozos de carne marinada ensartados en una varilla que se asan a la parrilla. (*N. de la A.*)

[4]. Salud. Frase típica con la que responden los rusos cuando alguien les da las gracias por una comida. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 5

Soy lo que soy por ti, igual de dichoso cuando te pienso que de abatido cuando no te tengo. Seco como una rosa de Jericó que se abre solo cuando brotan las lágrimas, solo cuando te veo. Solo a ti. Mi rosa perfecta.

John Bartholomew Nolan, fundador de uno de los bufetes de abogados más importantes de la costa oeste de los Estados Unidos, tuvo la mala suerte de morir joven a causa de un ataque al corazón, dejando mujer, hijo y una modesta fortuna a sus espaldas que su viuda se encargó de dilapidar en poco tiempo. Scott solo tenía siete años cuando su padre dio el último suspiro y, a pesar de que el tiburón de los tribunales no tuvo jamás ni un minuto para dedicarle a un niño como él, el recuerdo que guardaba de ese gran hombre era... feliz.

—Haz que siempre me sienta orgulloso de ti —le decía en los escasos momentos que dejaba a un lado su trabajo y lo miraba a los ojos—. Dedícate a lo que desees, pero hazlo a lo grande.

Creció con esa idea en la mente y siempre fue un alumno aventajado. Los augurios de sus profesores hablaban de él como el digno sucesor de su padre, el buen hijo que continuaría con el negocio que había costado la vida al gran Nolan. Por eso, cuando a los diecisiete años anunció frente a su madre que no seguiría los pasos de su padre, que no quería ser abogado, ni ocuparse del bufete, se ganó la antipatía de su progenitora, Bethany Nolan, cuyo instinto maternal había brillado por su ausencia desde el instante en que su marido quedó sepultado bajo tierra.

Tiempo después, las deudas se les echaron encima y una sustanciosa oferta para comprar el despacho de abogados fue la única solución para salvar los problemas económicos generados por la codicia.

Cuando creció, el hombre de provecho que todos quisieron ver se convirtió en un estudiante de Biología alocado, enamorado, que cometió errores demasiado graves como para salir airoso de ellos. Después de una etapa de su vida que prefería no recordar, se embarcó en un viaje por Europa que lo llevó a la parte más desconocida de la campiña florentina, en Italia. Y cuando regresó a los Estados Unidos, todos pudieron ver a un hombre nuevo, más decidido y centrado, pero cargado de problemas que ni la distancia había podido solucionar.

Volvió a Los Ángeles, muy a su pesar, y, algunos años más tarde, el destino lo obligó a abandonar la ciudad para ir en pos de aquello que le habían robado de la

manera más vil. Ella, siempre ella. Su corazón estaría de por vida allí donde estuviera y, aunque le cerraran las puertas y lo condenaran a permanecer alejado, nunca se rindió. Situó el dedo en el mapa, lo más cerca posible del lugar donde se habían llevado su alma, y se trasladó sin mirar atrás.

Rochester, la ciudad de las flores, en el condado de Nueva York, le abrió las puertas y le mostró la cara más bonita de una vocación. Tomó parte del dinero que guardaba, alquiló un local cerca del apartamento en el que se alojaba y empezó a ofrecer sus servicios como jardinero. Conocer a Roberta y a Lana una tarde, paseando por Rochester Park, fue una de las mejores coincidencias de su vida. La jauría de perros de la que se ocupaba Robbin se enredó en las piernas de Scott, que acabó cayendo sobre un parterre repleto de flores en plena explosión primaveral. Fue amistad a primera vista, o eso le dijo Lana tiempo después y, desde entonces, aquella extraña pareja se había convertido en su paño de lágrimas, en su fortaleza, en su apoyo, en su familia.

Las ideas descabelladas de Robbin lo animaron a continuar estudiando y no tardó en matricularse en algunos cursos de paisajismo. Mientras tanto, la chica alocada que conoció en el parque acabó el postgrado en Arquitectura, en la universidad de Rochester, y comenzó a trabajar para él. La disparatada unión de conocimientos dio como resultado algo que ninguno de los dos se esperaba: dieron vida no solo a los jardines de aquellos que los contrataban, sino también a zonas abandonadas, cercanas al lago Ontario, en las que practicaban diseños paisajísticos que eran imposibles.

No había día que no soñaran con ver el nombre de SN Garden al más alto nivel.

Ahora tenían la ocasión de demostrar la valía que tanto tiempo había estado guardada en un cajón y todos habían depositado en él la responsabilidad de alcanzar el objetivo señalado: Lambert Resort. No podía volver a fallar. Solía ser bastante escéptico con las segundas oportunidades, sobre todo si era él quien tenía que darlas, pero algo o alguien había propiciado que la señorita Kovaleva cambiara de opinión con respecto al trabajo y, fuera lo que fuera, no pensaba desaprovecharlo.

—Katherina Kovaleva no sabes a quién te enfrentas —le dijo a su imagen en el espejo mientras se vestía.

No le atraía en absoluto. Ni la larga melena rubia, ni la figura de contornos esculturales, ni aquellos ojos azules de intensidad abrumadora, eran suficientes para evitar el estremecimiento de frío que sentía cuando pensaba en ella. El tono de voz que empleaba le provocaba una incómoda picazón en la nuca, y la mirada petulante de la que presumía, despertaba más desprecio que excitación. Era una mujer guapa, de belleza nórdica, con un extraño acento que, en cualquier otra

situación más íntima, hasta podría haberle gustado, pero al pensar en ella de cualquier otra forma que no fuera profesional le salió una mueca de desagrado.

Aparcó en el mismo lugar que la primera vez y subió la escalinata de piedra sorteando los escalones de dos en dos. Desde que traspasó los portones exteriores, que daban la bienvenida a aquel singular paraíso de ostentación, no había dejado de tomar nota mental de cada una de las cosas que eran susceptibles de cambio por no corresponderse con el lujo que requería un lugar así. Si él fuera el encargado de reformar aquel precioso espacio, se desharía de cualquier elemento de madera, como los horrendos pasamanos que bordeaban la carretera interior del complejo.

Justo en la puerta doble de cristal biselado que daba acceso al control de seguridad, un empleado uniformado sostenía la tablilla en la que Katherina estampaba su firma a diferentes documentos. A ella nunca se le pegaban las sábanas. Había llegado temprano para organizarse el trabajo de la jornada y, cinco minutos antes de la hora acordada con el paisajista, salió a esperarlo. Estaba dispuesta a contar los segundos de retraso, pero antes se dejaría envolver por la tranquilidad que se respiraba a esas horas y el ambiente vespertino que daba los buenos días a una mañana reluciente. Le encantaba salir y llenarse los pulmones del aire fresco cargado de rocío y del olor a hierba recién cortada. Cerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol para recibir la calidez de la caricia de sus rayos. Estaba rodeada de belleza, del trinar de los pájaros, de los sonidos de un hotel que se ponía en marcha un día más bajo su competente mando.

—Buenos días —la saludó Scott después de hacer un gesto amable a varios empleados.

—Buenos días, señor Nolan. Hoy llega usted puntual. Es de agradecer. —Katherina le tendió la mano con corrección y el contacto de aquella piel callosa contra la palma le produjo una sensación de extraña incomodidad. Lo recorrió de cabeza a pies, sin disimulo alguno y, finalmente, asintió y retiró la mano que él aprisionaba con demasiada familiaridad—. Además, veo que ha encontrado algo más adecuado que ponerse para una reunión de estas características.

—Gracias por apreciarlo. Entienda que mi atuendo habitual de trabajo no incluye camisas ni mocasines de piel. Soy más de trabajo de campo, ya me entiende. —Disfrutó de la suavidad del saludo y se quedó con las ganas de acercarse un poco más y comprobar si el aroma fresco que percibía era su perfume o la fragancia que despedían las flores comunes que adornaban ambos lados de la entrada. Pero Katherina le dio la espalda de inmediato y comenzó a caminar por los amplios pasillos sin dirigirle la palabra. No tenía la menor idea de si estaba molesta por algo o era su habitual forma de ser, pero no le quedó más remedio que trotar tras ella como un perro faldero, si no quería acabar

perdido en aquel laberinto de puertas que iban atravesando—. Le agradezco la llamada y la nueva oportunidad. No sé qué la ha hecho cambiar de parecer, pero gracias.

—Bueno, yo también le agradezco que cambiara de parecer, señor Nolan. Creo recordar que dijo algo así como que no trabajaría para mí por nada del mundo.

—Sí, bueno... eso. —Se rascó la nuca, incómodo—. Estaba un poco molesto, pero no lo dije en serio...

Katherina dispensó sus palabras con un movimiento de la mano. No pretendía ponerlo en una situación comprometida ni deseaba escuchar justificaciones triviales. Podían dejarlo estar, teniendo en cuenta que ella tampoco había sido correcta a la hora de tratarlo.

—Es su trabajo lo que me ha hecho cambiar de parecer, señor Nolan —dijo después de atravesar a buen paso las amplias galerías del edificio hasta llegar al despacho de gerencia. Katherina levantó la carpeta que había sobre el escritorio y se la mostró complacida—. Usted ha planificado un diseño para estos jardines que se acerca mucho a lo que la familia Lambert tenía pensado. El proyecto que se dejó olvidado tiene detalles que encajan a la perfección con la nueva imagen del *resort*. El aprovechamiento de los recursos existentes y la manera de integrarlos en el nuevo diseño me ha parecido impecable, además de considerar que es de una originalidad encantadora. No obstante, habrá que hacer algunos cambios...

—Parece impresionada. —Como él, que aún no había conseguido reponerse del impacto que el despacho de la gerente le había provocado al entrar. Aquella estancia era igual de grande que su apartamento.

—Estoy sorprendida, sí, pero no tanto por el trabajo como por saber de dónde ha sacado usted tanta información acerca de nuestros jardines. El lujo de detalles que hay en los bocetos, las medidas precisas, las sugerencias que ha incluido... Todo eso no se consigue haciendo una estimación. ¿Ha estado de visita en nuestras instalaciones con antelación?

—¿De visita aquí? ¿Yo? —respondió asombrado—. No, jamás había estado aquí.

Lo invitó a sentarse con un regio cabeceo y le ofreció una taza de té que él rechazó con cortesía. Scott Nolan lo miraba todo con los ojos muy abiertos, como si quisiera quedarse con cada peculiaridad. Bajo el punto de vista de Katherina, no había mucho en lo que fijarse, algún cuadro, muebles bonitos, una zona de reuniones, otra de descanso más informal y una mesa repleta de problemas que resolver. Así era como veía ella el lugar en el que pasaba más tiempo que en su propia casa.

Sin embargo, la versión de Scott era muy diferente. No era lo que había esperado, ni se asemejaba. Después de atravesar el *hall* principal y ver la ostentación que derrochaba, se imaginó un despacho algo más barroco, recargado, con extensas alfombras cubriendo cada palmo del parqué y muebles antiguos dignos de una reina. Pero se equivocó del todo. Era una estancia luminosa, con vistas hacia los viñedos de la propiedad que invitaban a quedarse embobado. Las paredes eran de un tono blanco grisáceo, ornamentadas con molduras y bellos cuadros de paisajes invernales. Los muebles despedían ese aroma a calidad, a dinero bien empleado, sin llegar a ser exagerados. Y sí, había alfombras, pero eran blancas, en contraste con el suelo de madera oscura: una para delimitar la zona del sofá, también blanco, y otra sobre la que se asentaba la mesa del despacho y las dos butacas para los visitantes. Cerraba la composición una sensacional librería atestada de volúmenes de aspecto caro que guardaba las espaldas de la gerente.

—SN Garden ha invertido mucho tiempo en la creación de este proyecto sin contar con que la decisión última la teníamos nosotros, ¿no cree? —Con pausados movimientos de las manos, extendió los bocetos de Scott sobre la mesa y los contempló una vez más—. ¿Cómo es posible que conozca tan bien nuestro jardín actual si nunca lo ha visitado?

—Tengo una amiga que ha trabajado aquí un par de veces con una empresa de *catering*. Tiene memoria fotográfica y sus recuerdos de este lugar nos han servido muchísimo. El resto, se lo debo a la imaginación, a la lógica y a unos viejos planos aéreos que encontré en la biblioteca central —le confesó. Se removió en el asiento, un poco incómodo, y temió manchar la alfombra con la suela de los zapatos.

—Eso es jugar con ventaja, pero reconozco que nos vendría muy bien ahorrar tiempo. Con cualquier otra empresa tendríamos que empezar de cero, con usted no. El primer escollo está salvado, las mediciones están hechas, a falta de ajustar algún dato, y el diseño, como ya le he dicho, se adecuaba muy bien a lo que queremos.

—Me gusta hacer las cosas bien, señorita Kovaleva. No me dedico a esto como pasatiempo. Entiendo que SN Garden es una empresa pequeña que, en cualquier otra circunstancia, hubiera pasado desapercibida para Lambert Resort, pero esta es una oportunidad única para nosotros y decidimos apostar fuerte. Me apasiona lo que hago y soy muy meticuloso a la hora de proyectar un espacio, me gusta visualizar las cosas como son para poder imaginarlas diferentes.

—Bien, pues, si le parece, dejemos de imaginar y vayamos al jardín.

Cuando el portero les abrió la puerta y salieron al exterior, los ojos de Scott se colorearon con la infinidad de tonalidades que el sol le arrancaba al paisaje que se extendía ante ellos. Cruzaron la zona de recepción de vehículos y atravesaron las altas columnas de piedra gris y hiedra, antes de situarse en el primer peldaño de las majestuosas escaleras.

—Magnífico —musitó Scott en voz alta.

En su mente, cada rincón fue cobrando vida hasta convertir el silencio en una algarabía de clientes. Imaginó a algunos huéspedes leyendo en los confortables sillones de jardín que había al pie de la escalinata, allí donde varias extensiones de césped formaban una cuadrícula perfecta. Árboles de tamaño medio ofrecían su sombra y sus ramas, pues de ellas colgaban graciosos columpios de forma ovalada que invitaban a una tarde de intimidad y secretos. Todo estaba perfectamente orquestado, el mobiliario de exterior combinaba con la tonalidad del muro bajo que delimitaba la zona, pequeñas paredes de apenas un metro construidas con la misma piedra que las escaleras que ya comenzaban a descender.

—Impresiona, ¿verdad? —Scott asintió—. ¿Lo había imaginado así de inmenso?

—Tal vez en sueños —musitó él sin dejar de observar cada detalle. Podría haber repasado los bocetos millones de veces y seguiría sorprendido por la magia que despedía aquel lugar.

Cuando llegaron al primer descanso de la escalera, se apoyó en la balaustrada lateral y dejó que sus ojos fueran más allá de lo que había a los lados. Fue entonces cuando entendió la magnitud del trabajo que tenía por delante.

El jardín de Lambert Resort empezaba al otro lado de la estrecha carretera de acceso con un interesante reloj de sol de piedra que marcaba las diez de la mañana. Desentonaba entre la armonía de los árboles y la delicadeza de los setos que venían a continuación. Bajo su punto de vista, hubiera combinado mejor un diseño del estilo del *Floral Clock*, en las cataratas del Niágara, o incluso algo más recargado como el reloj floral de Edimburgo. Lo quitaría, no habría espacio para contabilizar el tiempo porque lo que Scott pretendía era que cualquiera que se adentrara en ese jardín se dejara llevar por el encanto sin necesidad de contar los minutos.

En cuanto dejaron atrás el reloj de sol y se adentraron entre los setos, Scott tuvo la sensación de haber llegado a una mala copia de los jardines de Versalles. La disposición de los arbustos, faltos de un buen recorte, y la tierra clara que habían echado en el suelo, no seguía la línea de la belleza que había visto dentro del majestuoso edificio, ni siquiera de la zona ajardinada a los lados de la escalera. No había continuidad en el diseño, ni elementos románticos que

llamaran la atención, más allá de las típicas estatuas de piedra, a las que auguraba un destino incierto. Las combinaciones de flores eran acertadas, pero no resaltaban y quedaban demasiado lejos del camino como para que se apreciara su perfume y las tonalidades que cambiaban según los rayos del sol.

—¿No le parece aburrido? —preguntó Katherina, que sintió especial admiración por la forma en que Scott Nolan analizaba el lugar a cada paso.

Se detuvieron a orillas del pequeño estanque con la pregunta de Katherina flotando en el ambiente. Él no creyó que fuera aburrido, era un lugar precioso, pero estaba mal estructurado. Un poco como ella. Bajo la apariencia de mujer gélida, había detectado cierto entusiasmo que lo había complacido más que mil halagos. Escucharla hablar del proyecto con pasión encubierta había sido como música para los oídos de Scott, una melodía que bien podría bailar con ella a la sombra de aquellos grandes robles que se veían al pasar el estanque. Sin quererlo, se dejó llevar por las sensaciones que le transmitía la naturaleza: la euforia del canto de las aves rompiendo el silencio entre ellos; la frescura y la humedad que impregnaba el ambiente; el olor a tierra mojada, a hojarasca seca, a clorofila en estado puro; la magia de los rayos del sol rompiendo la penumbra a través de las ramas más altas. Se aproximó a Katherina por la espalda y cerró los ojos para asegurarse de lo que ya sabía. El olor a flores que percibía cuando la tenía cerca provenía de su ropa, de su pelo, del movimiento de sus manos o de un simple parpadeo. Ella formaba parte de aquel jardín tanto como el más ancestral de los árboles, pero no parecía darse cuenta.

—No es un sitio aburrido, es precioso, pero lo será aún más cuando esté acabado —dijo Scott después de salir de su ensoñación.

—Será un cambio radical. Su proyecto es muy ambicioso, señor Nolan.

Se volvió hacia él y lo encontró mirando al cielo, recorriendo con los ojos cada pulgada de la vegetación que había alrededor de ellos. Ya no se trataba de ser delicado con unas orquídeas rotas. Lo que Katherina vio, la sensibilidad que percibió, iba más allá de una simple habilidad con las plantas y eso acrecentó sus buenas impresiones sobre él.

—Sí, es ambicioso, no lo niego, pero será un placer enfrentarme a este reto —le concedió y creyó ver sorpresa en sus ojos. Él no podía saber que esas habían sido las mismas palabras que Katherina había empleado la noche anterior en su conversación con Adrik. Giró sobre sí mismo, embobado, más satisfecho que nunca de haber elegido la profesión que desempeñaba. Habría valido la pena todo el esfuerzo realizado si esta era su recompensa—. Es como conquistar el corazón de una mujer, ¿sabe? Necesitas observarla sin que se dé cuenta, saber qué quiere, qué señales emite, cómo le gusta que la toquen, que la miren. Necesitas escucharla hablar y conocer el lenguaje de su cuerpo. Solo entonces

puedes imaginar cómo satisfacerla, dónde tocarla para que estalle de placer, qué palabras susurrarle al oído, cómo adelantarse a sus necesidades y cómo hacer para que ella satisfaga las tuyas. La naturaleza, como el cuerpo de una dama, merece ser mimada y entendida, pero no todo el mundo posee ese conocimiento, solo se dejará seducir por un experto.

—¿Y se considera usted un experto?

El tono de la pregunta, frío y directo, no acompañaba en absoluto a la revolución que acababa de sufrir el cuerpo de Katherina. No la había mirado en ningún momento. Scott Nolan se limitaba a observar cuanto había a su alrededor, pero no a ella. Pese a eso, aquellas palabras habían llegado a los oídos femeninos como un susurro en la intimidad, directas a sus sentidos, como si la naturaleza de la que hablaba y ella fueran una misma cosa, y no le gustó.

—Por supuesto —respondió él sin dudar. Se quitó las gafas con un gesto estudiado, seguro de sí mismo, y las limpió con un pañuelo de papel que extrajo del bolsillo del pantalón. La miró de reojo a la espera de encontrar rubor en sus mejillas, pero lo único que recibió fue un gesto pétreo y un brillo de ojos que resultó más revelador que cualquier otra reacción—. Deme la oportunidad de demostrárselo.

—La semana que viene. El lunes a primera hora, señor Nolan —lo citó sin más preámbulos—. Tengo que volver a repasar el proyecto con calma y comentar algunos aspectos con administración. Le enviaré un listado de la documentación que necesitamos para que nos la haga llegar cuanto antes—. Emprendió el regreso al hotel sin detenerse a mirar la reacción del paisajista. Necesitaba volver a la seguridad del despacho. Sola—. Y no se retrase o no llegará usted a ver ni las primeras letras del contrato.

CAPÍTULO 6

Subió las escaleras de servicio del *resort* tan cargada que de no ser por el chico de seguridad hubiera acabado llorando.

La semana había sido una pesadilla. Yelena había empeorado y el fuerte dolor en el pecho la partía en dos cada vez que acometía un nuevo ataque de tos. Maximilian encontró la forma de hacerse con un paquete entero de galletas digestivas que Katherina guardaba en un armario de la cocina, y se las había zampado enteras. Tuvo diarrea durante dos días y no le quedó más remedio que llevarlo a la clínica veterinaria y aguantar el sermón de la enfermera acerca de las responsabilidades que conllevaban los animales.

Maximilian era un gato de angora, peludo y gordo, que le había tomado la medida a su dueña. En cuanto lo sacó de la caja de regalo, aquel siete de enero de hacía cuatro años, se adueñó de la casa y se ganó el corazón de Katherina con sus ronroneos y su necesidad de mimos a todas horas. No era nada recomendable para su salud tener un animal en casa, pero se olvidó de esa circunstancia en cuanto lo cogió en brazos. Fue una sorpresa sin igual en su trigésimo cumpleaños, aunque fue más sorprendente conocer quién era la remitente de aquel entrañable obsequio. No le hubiera costado más que unos minutos entregárselo en persona, pero no, ella no tenía tiempo para esas cosas. Nunca lo había tenido.

El maullido de Maximilian la llevó de regreso al presente, a la puerta del *resort* en la que se había quedado paralizada. Se había visto obligada a llevarse al gato al trabajo para librar a Yelena de esa responsabilidad en su estado y más le valía que Víctor no se enterase o montaría en cólera dada la alergia que había desarrollado hacia cualquier animal que no le hiciera ganar dinero.

El veterinario le había recetado a Maximilian una medicina que debía administrarle cada cuatro horas, algo prácticamente imposible dado el carácter arisco del minino. Así que allí estaba ella, cargada con el transportín, con los juguetes de Maximilian, con la cesta donde solía dormir y con un dolor de cabeza que prometía hacerse más intenso todavía.

—Ha llegado temprano hoy, señora —la saludó el vigilante de seguridad con mucha educación y una sonrisa afable en los labios—. Veo que viene bien acompañada.

—Buenos días, Teo —agradeció con un gesto de la cabeza cuando le abrió la puerta y evitó tener que dar explicaciones sobre el gato—. A las nueve he quedado con el señor Nolan, el paisajista. Cuando llegue, ¿serías tan amable de indicarle...?

—Sí, el señor Nolan ya está aquí —la interrumpió—. Ha llegado hace un buen rato y ha dicho que iba a echar un vistazo por los alrededores. Si quiere que mande a alguien a buscarlo...

Abrió los ojos, sorprendida, sin saber qué decir al respecto. Lanzó una rápida mirada al *parking* y localizó de inmediato la camioneta roja, tan sucia que era imposible adivinar qué había en el interior.

—Puedo decirle a uno de los mozos que vaya a avisar al señor Nolan, si lo cree conveniente —volvió a ofrecerle ante tan extraño silencio.

—No será necesario. Gracias, Teo.

Que Scott Nolan hubiera llegado antes que ella la puso de peor humor, no podía negarlo. Le había dicho a primera hora, a las nueve, y no eran todavía las ocho y media, pero él ya se encontraba dando vueltas por el recinto. Maldijo en ruso con una expresión que avergonzaría a Yelena y caminó con prisa por el lujoso *hall* hasta llegar a su despacho. El taconazo con el que cerró la puerta sobresaltó al gato, que maulló dentro del trasportín y se removió haciendo que ella perdiera el equilibrio por unos segundos. La bolsa de los juguetes se desfond  en ese instante y la cesta de descanso del gato se le escurrió de debajo del brazo para caer al suelo desmadejada.

Resopl , y a punto estuvo de emprenderla a patadas con lo primero que se le pusiera a tiro, pero unos toques en la puerta la detuvieron en seco. De inmediato, empujó sin orden los trastos de Maximilian para hacerlos a un lado y, cuando consideró que todo parecía normal, abrió con un impetuoso tirón.

Scott se rascó la nuca al encontrarse cara a cara con una Katherina muy diferente. Parecía haber dormido con el traje que llevaba puesto. La ropa estaba arrugada, la chaqueta no le ca a bien sobre los hombros y por la cinturilla de la falda asomaba uno de los picos de la camisa, cuyos botones parecían querer saltar por los aires.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó después de ver como un suspiro de cansancio se le escapaba de los labios. La recorrió de pies a cabeza con interés y, de pronto, repar  en lo que sostenía en la mano—. Parece que pesa, ¿necesita ayuda? ¿*Ayuda*? Katherina apretó los labios en un gesto de lo más encantador. El movimiento de sus pupilas, que recorrieron el rostro de Scott Nolan sin un punto fijo, demostró que no tenía ni idea de a qué se refería con aquella pregunta. Hasta que la mirada del jardinero no le indicó la dirección en la que poner su atención no cayó en el significado de la pregunta. ¡Todavía sostenía el trasportín

de Maximilian!

—Pase, por favor, y perdone el desorden. —Por mucho que tratara de sonar fría y profesional, el agotamiento le impidió dar la imagen de la que siempre presumía. Tampoco ayudó a la situación que el gato eligiera ese momento para comenzar a maullar como si lo estuvieran torturando.

—¿Qué clase de bicho lleva ahí dentro?

—¡No es un bicho! Es un gato —gruñó. La alarma del teléfono emitió un pitido: era la hora de la medicina y no podría hacerlo sola. Su asistente, su competente Amie, la que solía ocuparse de todos esos inconvenientes, continuaba de baja. O salía a recepción a pedirle a algún empleado que le echara una mano para administrar la dosis a Maximilian, o acabaría con el traje hecho jirones, como había pasado con el pijama esa misma mañana—. Discúlpeme. Tengo que... Es la hora de la medicina y... necesito avisar a uno de los empleados... —titubeó de camino a la puerta.

—¿Está enferma? —Eso explicaría el aspecto que presentaba y lo aturdida que parecía.

—No, no, yo no —respondió azorada, aunque lo estaría si no dejaba de sobresaltarse cada vez que él decía algo—. Es Maximilian. Él... bueno, no quiero aburrirle. Cuanto antes vaya a por un empleado... —Hizo un gesto hacia la puerta, pero no se movió. Era una situación muy embarazosa y el hecho de que él la contemplara como si se hubiera vuelto loca no la ayudaba—. Si me disculpa...

—Está disculpada, pero si lo que necesita es ayuda con el gatito, yo puedo hacerlo. Me gustan los animales tanto como las plantas —se ofreció Scott, que en un intento por ser cordial y facilitarle el mal trago a Katherina, se agachó y golpeó los barrotes con los nudillos, provocando que el animal se erizara.

—Gatito, lo que se dice gatito... —murmuró ella. Maximilian pesaba cerca de doce kilos.

En realidad, desde que lo esterilizaron, su minino de angora, mimoso y agradable, siempre dispuesto a las caricias, se convirtió en un glotón arisco que solo se dejaba lisonjear cuando había comida cerca.

Aceptó la ayuda de Scott Nolan y, con cuidado, abrió la puerta del trasportín para que Maximilian hiciera su majestuosa aparición. Cuando la bola peluda se prestó a salir, la expresión de Nolan se transformó e incluso dio un paso atrás, sorprendido por el tamaño del felino.

—¡Joder! Es un supergato.

Katherina no pudo evitar sonreír ante semejante exclamación, aunque procuró que él no se diera cuenta. Esperaba una reacción sincera y el comentario la ayudó a relajarse. Los ojos azules del paisajista siguieron los movimientos

pesados de Maximilian por toda la estancia hasta que llegó a la alfombra blanca de estilo *shaggy*, que cubría una parte del despacho, y se arrellanó como un príncipe, ignorando su cesto acolchado, a pocos metros de donde había decidido quedarse. No había ni rastro de la gracia felina que caracterizaba a aquellos preciosos animales, pero sí encontró la altivez digna de un león.

—¿En qué se supone que debo ayudarla?

—Tengo que administrarle unas gotas, pero no puedo hacerlo sola porque se me escapa. Si le parece, yo lo sujetaré mientras usted le da la medicación, así evitaremos que le arañe.

—Puedo sujetarlo yo, si lo prefiere.

—No, no quiero que me demande por daños cuando hayamos acabado — bromeó más relajada—. Es un animal un poco especial.

Se dirigió con cautela a Maximilian, que jugueteaba con los largos pelos de la alfombra y la escuchó susurrar palabras dulces en un idioma que no entendió. Era agradable, sensual, incluso erótico. Si él estuviera en el lugar del gato, ya habría saltado a sus brazos y estaría restregando la cabeza contra los senos de esa mujer.

Maximilian vio las intenciones de Katherina y huyó antes de que pudiera acariciarlo siquiera. Era lento cuando quería, pero le faltaba espacio para desaparecer cuando se olía el percal. El segundo intento resultó más acertado, pero las garras afiladas del minino no tardaron en aparecer y la exclamación en ruso de Katherina al recibir el primer zarpazo fue de lo más reveladora.

—¿Tiene una toalla o algo parecido? —quiso saber Scott mientras echaba un vistazo alrededor. Le valdría con una manta, un mantel o similar. Estaba claro que coger a Maximilian no iba a ser tan sencillo como ella creía, pero Scott conocía un truco que era infalible.

Katherina se extrañó ante aquella petición, pero prefirió no preguntar y extrajo de un armario una toalla del hotel, de las que utilizaba cuando tenía tiempo de ir al gimnasio o a darse un baño en la piscina cubierta. Se la tendió con un leve encogimiento de hombros, sin entender muy bien para qué la quería y, cuando vio qué se proponía, se aproximó a él y, con suavidad, colocó una mano sobre el brazo de Scott.

—No irá a hacerle daño, ¿verdad?

Scott avanzó con decisión tras los pasos de la bola de pelo gris y fue más rápido que el gato. Colocó la toalla sobre Maximilian y lo enrolló con habilidad, llevando cuidado de no taparle la cabeza.

—¡Listo! Ahora ya no hay problema —resolvió ante la expresión atónita de Katherina.

Más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir, abrió un pequeño neceser y

extrajo de él todo lo necesario para administrarle las gotas al gato. Tal y como se lo había explicado el veterinario, depositó el contenido de la jeringuilla en la boca del animal y le dedicó a Scott una sonrisa sincera al comprobar que todo había ido bien, una sonrisa que impactó en él como un rayo en plena tormenta. Solo duró un pestañeo, el tiempo que tardó en masajear la garganta del gato, pero fue tan excitante que le dejó una inusual sensación en la boca del estómago.

Mientras Katherina se deshacía de los envases utilizados, Scott tonteó con el gato hasta que un extraño elemento blanco, que asomaba por la abertura del pequeño bolso de medicinas, le llamó la atención.

—No me digas que este dulce gatito también es asmático. Eres un enorme dechado de virtudes, colega —le dijo a Maximilian con ironía. Ante la indiferencia del animal, le rascó al descuido bajo la cabeza y se dirigió a Katherina, que no entendió el comentario hasta que Scott cabeceó en dirección al neceser—. No sé si hay algún truco para suministrarle el inhalador.

—Eso no... —Se apresuró a esconder su propia medicación y cruzó los dedos para que no preguntara. Aunque pareciera una tontería, no le gustaba mostrar su lado más humano.

—¿Has visto, Mix? Ya está. No ha sido para tanto —disimuló Scott, con esa costumbre tan suya de acortar los nombres de todo el mundo—. Buen chico, Mix. Buen gato.

Maximilian, muy ofendido, saltó al suelo y se escondió tras la butaca que había cerca del ventanal del despacho.

—Está enfadado. No le gustan los extraños —le informó ella que parecía dispuesta a sacar brillo a la superficie de la mesa de tanto pasar la mano para eliminar cualquier resto del medicamento.

—Ya, bueno... —Sonrió incómodo y se llevó la mano a la nuca. La dueña tampoco parecía mucho más afín a los desconocidos, pensó—. Se le pasará, no se preocupe.

Le restó importancia con un encogimiento de hombros y le dedicó una última mirada a la cola del gato antes de que desapareciera por completo. Luego se fijó en el araño que Katherina tenía en el reverso de la mano y sintió el impetuoso deseo de tomarla con cuidado y besar la herida como si de una niña se tratase, aunque ninguna niña llevaría un sujetador de encaje como el que se podía ver gracias al par de botones que se le habían desabrochado por culpa del gato.

—Disculpe el imprevisto —musitó Katherina al tomar asiento al otro lado del escritorio. Alineó los bocetos de Scott con un par de golpecitos y sacó de la carpeta el desglose del presupuesto que SN Garden había presentado—. Hay algunos detalles que es mejor que tratemos antes de que firme el contrato, señor Nolan. Me gustaría incluir ciertos cambios que usted no ha tenido en cuenta y

modificar algunas propuestas.

Dos horas y algunos té más tarde, Katherina continuaba analizando los entresijos del proyecto coma por coma. Se encontraban a mitad de discusión cuando Scott se levantó del sillón que ocupaba y dejó que sus ojos vagaran por la amplia extensión de viñedos que se veían desde el ventanal del despacho. La combinación de colores, justo donde el jardín perdía la forma para convertirse en sarmientos secos y tierra oscura, era increíble y lamentó no poder hacer algo para integrar los viñedos en el proyecto. Aquella parte ya no pertenecía al complejo hotelero. Las habladurías, por una vez, habían resultado de lo más acertadas.

—Si levanto una barrera verde donde pretendes, perderás estas maravillosas vistas. No importa que ya no sean de Lambert, es un crimen no disfrutar de una puesta de sol como la que se debe ver desde aquí.

Estuvo tentado de decirle a Katherina Kovaleva que prefería dejar el asunto para otro momento. Estaba cansado de estar encerrado entre cuatro paredes mientras fuera había todo un mundo de posibilidades por explorar. Podrían continuar la conversación sentados en un banco, a la sombra de algún árbol, o paseando entre la hojarasca que se acumulaba cerca del estanque. La temperatura era muy agradable, el verano estaba en plena efervescencia, y parecía un castigo privarse de una negociación cordial al aire libre, donde mejor se encontraba Scott.

—No quiero ver los viñedos ni la bodega. Levante una pared de piedra, plante cipreses o tráigase un pedazo del muro de Berlín, no me importa, pero esta parte no es negociable, Nolan. Víctor y Elizabeth Lambert no quieren tener vistas a algo que ha supuesto el pago por sus... malas gestiones. Y yo tampoco. Si quiero vistas, me basta con salir a la puerta y mirar al frente.

—¡Bien! De acuerdo —Se contuvo de levantar las manos al techo en un gesto de exasperación. Cedería en ese punto, y esperaba que eso fuera suficiente para que ella se mostrara más receptiva en otro más importante—. En cuanto al laberinto...

—No.

—¿Puedo saber por qué? Es el final perfecto para el espacio más alejado de la propiedad. —Cogió el plano aéreo que había llevado y dio golpes con el dedo sobre una parte del papel. No era un laberinto normal y corriente, era algo exquisito en lo que Robbin y él habían trabajado mucho—. Imagina la cantidad de rincones maravillosos que podrás ofrecer a los clientes. Un laberinto es excitante, una aventura, y ese trozo de tierra tiene las dimensiones perfectas para ponerlo ahí.

—Nada de laberintos —repitió mientras ojeaba unos papeles que nada tenían

que ver con el proyecto de Scott. Quería parecer desinteresada, quería demostrarle que, por mucho que insistiera, esa opción estaba descartada.

Los argumentos en los que hizo hincapié le recordaron de inmediato a Adrik cuando le hablaba de las posibilidades que tenía una idea tan conveniente, siempre con la mente puesta en el sexo. La sonrisa afloró sin querer y, con disimulo, levantó los ojos para ver la reacción de Scott Nolan a sus negativas. Observar sus idas y venidas por el despacho como un león enjaulado la llenó de satisfacción. No se comportaba como la mayoría de los contratistas, incluso había notado que, a veces, cuando defendía el proyecto y su discurso se tornaba más pasional, dejaba a un lado las formalidades y se colaba en su zona íntima, esa en la que la hacía sentir incómoda. No estaba acostumbrada a eso, y, si se lo permitía, era porque era divertido comprobar cómo de turbado se sentía al darse cuenta de que se había dejado llevar por el ímpetu.

—El laberinto es una de las partes más importantes de este proyecto. Si no es del agrado de los Lambert, ¿en qué alternativas habéis pensado? —le cuestionó con mucha delicadeza para no empezar a soltar tacos, que era lo que realmente le apetecía.

Katherina se encogió de hombros y provocó que Scott apretara las mandíbulas. El entusiasmo que había demostrado el primer día al hablar del proyecto se había esfumado y había dejado paso a una indiferencia injustificada que parecía más un castigo hacia su persona que una decisión empresarial.

—Bueno, creo que está claro que yo no me dedico a esto. Yo soy la gerente y tú el jardinero. Se espera de ti que tengas alternativas, ¿no?

¿Jardinero? ¡Aggg!, protestó su orgullo. Apoyó el hombro en el marco del ventanal, se cruzó de brazos y la fulminó con una mirada azul intenso. Era su particular forma de decirle que la conversación empezaba a cabrearle. Lo único bueno de aquella reunión fue que, de una forma inexplicable, por fin, ella se permitía tutearlo.

—¿Y bien? —Katherina cerró un archivador con esos movimientos regios y elegantes que la caracterizaban y lo depositó en el hueco de la estantería. Se movía como si flotara, con suavidad, como los primeros copos de nieve de invierno.

—Y bien, ¿qué? —repitió, absorto en el ir y venir de su melena rubia.

—¡Las alternativas al laberinto!

—No las hay. El laberinto es una de las piezas clave del jardín. —Rompió la pose de fingida tranquilidad junto a la ventana y avanzó por el despacho hasta situarse frente a ella de nuevo. No se sentó, no se amilanó ante la mirada de advertencia de Katherina. Señaló con un dedo la zona del plano en la que debía ir el objeto de aquella discusión e insistió en defender su postura afianzándola

con unos obstinados golpecitos contra el papel—. Puedo hacer algo que compita con los mejores del mundo: Longleat Hedge Maze, Il Laberinto de Villa Pisani, Dole Plantation... —Se fue inclinando sobre Katherina, con la mesa de por medio, hasta que el rostro de Scott quedó tan cerca que pudo ver las pequeñas arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos. Tenía una tez tan inmaculada que deseó rozarla con los dedos para comprobar si era tan suave como parecía. El temblor de unos labios seductores, entreabiertos, desvió su atención y, al ajustarse las gafas para admirar tal tentación, fue consciente de que estaba sobrepasando los límites de la profesionalidad y se retiró—. Imagina cuánta admiración despertaría un lugar como este si, además de lo que ya ofrecéis, ponéis a disposición de los clientes una atracción única en el estado de Nueva York.

—¡Está bien! ¡Construye el dichoso laberinto! —exclamó, al fin. Incapaz de mantenerse sentada por más tiempo, se puso de pie y comprobó que las piernas se le habían aflojado por culpa de la cercanía de ese hombre—. Pero si alguien nos pone un pleito porque se pierde dentro...

—Mándamelos a mí. Yo les diré cuál es el mejor camino que pueden seguir —ironizó, cansado.

Algo en la forma de resoplar y aquella alusión a pleitos le trajo a la mente el recuerdo de su madre. Sin duda, Bethany Nolan era ese tipo de persona. Una experta en denunciar a cualquiera que le hiciera la vida un poco menos fácil.

Katherina no perdió detalle del cambio de actitud de Scott. Parecía muy molesto. El pulso que le latía en la sien y el rictus de los labios no hacía más que confirmárselo, pero al mismo tiempo, era esa temeridad en su expresión la que lo convertía en un hombre atractivo. Incluso cuando vestía como si fuera a la guerra, con pantalones de camuflaje y camiseta negra, era uno de los hombres más llamativos que había tenido el placer de conocer. Durante la negociación había comprobado que su personalidad arrolladora la hacía parecer pequeña e insignificante en ocasiones, la obligaba a ponerse a la defensiva y a engrosar la capa de hielo tras la que se escondía una Katherina mucho más cordial y amistosa. Sin embargo, desde que habló con él por primera vez, contaba los minutos hasta volver a experimentar esa sensación de éxtasis que transmitía cuando hablaba de su trabajo y de lo que era capaz de hacer.

La semana anterior, después de visitar con él el jardín, había vuelto a la orilla del estanque y había imitado el gesto que había captado en él por la mañana. Ojos cerrados, rostro hacia el cielo y todos los sentidos alerta. Se había llenado del aroma del verano, había disfrutado con el incesante canturreo de las aves, su piel se cubrió de la frescura del rocío y, sin darse cuenta, se encontró girando sobre sí misma y sonriendo complacida. Nunca se había parado a hacer una cosa

así, pero se prometió a sí misma que no sería la última.

—Esta tarde me gustaría explicarte las partes en las que voy a dividir el jardín. Ahora que ya han quedado claras las aportaciones de la dirección, necesito hacer algunas modificaciones en el terreno, pero tendremos que verlas *in situ* — comentó al notar lo incómodo que resultaba el silencio.

—Está bien.

—Y me gustaría que estuvieras presente a final de semana para la reunión con varios contratistas para hablar de las diferentes edificaciones. Si tienes que hacer algún cambio de última hora ese será el momento, después ya no se podrá tocar nada. ¿Podrás?

—No habrá problema. Lo marcaré en la agenda.

—¿No tomas nota o algo así? Si necesitas que venga tu asistente...

—No tengo asistente, está de baja. Y no, no necesito tomar notas. Tengo suficiente memoria como para recordar cosas tan simples —ironizó.

—¿Por qué te encargas tú de esto? —preguntó con curiosidad. Sabía que se estaba excediendo, pero era extraño que la gerente general fuera a supervisar el trabajo a pie de obra habiendo personal suficiente en el hotel—. No me malinterpretes, no dudo de tus capacidades, pero ¿no tenéis un jefe de mantenimiento o algo por el estilo?

—¿Tienes algún problema con que te controle una mujer?

—¡No! No me has entendido...

—Te he entendido perfectamente —lo interrumpió. Tenía una ligera idea de dónde quería ir a parar, pero estaba tan enfadada por ese mismo tema que a punto estuvo de desembuchar todo el odio que sentía contra Víctor Lambert delante de un completo desconocido—. Continúa con los planes. ¿Qué más hay previsto?

La había importunado y lamentó haber roto la cordialidad que se había establecido entre ellos, pero algo en la forma de reaccionar de esa mujer le decía que él no era el culpable de su estado de ánimo.

—Me pondré en contacto de inmediato con la empresa de maquinaria con la que trabajamos. Los buldóceres deberían entrar en dos semanas, como muy tarde. Digamos... a primeros de agosto —continuó. Tomó asiento frente a ella de nuevo, se quitó las gafas y se presionó el puente de la nariz mientras continuaba con las explicaciones. Estaba francamente agotado y, de pronto, todo el trabajo que había que hacer pareció pesarle sobre los hombros—. He hablado con el señor Glover esta mañana, el encargado de exteriores. Me ha contado que habéis recibido varias ofertas para adquirir el césped. Si se lo van a llevar tendrá que ser antes de que las máquinas pasen por encima. Luego no servirá.

—Lo vamos a donar al ayuntamiento. La señora Lambert cree que es una

buena jugada de cara a sus intereses futuros. Los colegios públicos de Rochester necesitan ese césped, el alcalde se marcará un tanto con la comunidad educativa y Elizabeth ganará puntos para colocar a su retoño en política —juzgó, pero se arrepintió de haber dicho semejante barbaridad en cuanto las palabras se le escaparon de los labios. No tenía ningún derecho a airear ese tipo de pensamientos delante de él—. Discúlpame, no debí decir... Hablaré con Elliot. Le diré que se encargue de eso cuanto antes.

El sonrojo la delató y el intento de mantenerse ocupada ordenando la mesa, lo hizo sonreír de esa manera tan seductora. Habían pasado de discutir aspectos puramente laborales a compartir confidencias, y era de agradecer. La tensión que se respiraba entre ellos iba a ser un obstáculo a la hora de trabajar a no ser que la ataran corta. Pero la forma de ser de Katherina no le permitía quedar al descubierto por mucho tiempo y, en cuanto se vio expuesta, retomó su frialdad y atacó de nuevo con un aspecto de la reforma que le preocupaba demasiado.

—Es importante que la tranquilidad del *resort* no se altere lo más mínimo, ¿queda claro? La gente paga una fortuna por unos días de paz y sosiego en nuestras instalaciones y es fundamental que eso siga siendo nuestro sello de identidad.

—Bueno, lo intentaremos, pero las obras tienen esa parte molesta que... —Katherina levantó el mentón para indicarle que no iba a ser tolerante con ese punto y, a pesar de lo fastidioso que resultaba, a Scott le pareció un gesto de lo más gracioso—. Está bien, nada de ruidos, pero dime una cosa: ¿por qué meterse en reformas en plena temporada alta?

Eso mismo se había preguntado ella un millón de veces desde que Víctor le comunicó las intenciones de Elizabeth. Aunque tenía una ligera sospecha de cuál era el motivo, se encogió de hombros y emitió la respuesta que había elaborado para los clientes.

—¿Quién en su sano juicio haría una reforma de jardines en invierno, con el frío y la nieve cubriéndolo todo? Tiene siete meses, de agosto a febrero. Si todo va bien, la fiesta de inauguración se hará para San Valentín. Y más le vale que así sea. Elizabeth Lambert no es una persona con la que se pueda negociar.

—Está bien, empezaremos en verano entonces. —Recogió su agenda y caminó hasta la puerta con paso decidido. Llegaba tarde a su cita con el dueño del vivero con el que trabajaba—. Recuerda que hemos quedado esta tarde. Estaré de regreso sobre las cinco, ¿te parece?

—A las cinco estará bien —confirmó Katherina con sequedad.

—Por cierto, será mejor que te pongas zapatillas —le aconsejó cuando ya salía por la puerta—. No me gustaría que te torcieras un tobillo en la primera cita.

CAPÍTULO 7

Hasta las más trémulas campanillas de invierno florecen en la nieve al rozar la primavera. Ven conmigo a verlas cuando llegue la mañana.

La llamada de Jean Montgomery justo a la hora de la comida había terminado por empeorar la mañana. Mientras Scott confiaba en que la justicia canadiense fuera un poco más comprensiva con su caso, su abogado tenía que hacer frente a una serie de inconvenientes que agravaban la situación que estaban viviendo desde hacía años. Las noticias no habían sido buenas, continuaban en el mismo punto de siempre: él no estaba dispuesto a admitir algo que no era; ella no estaba dispuesta a decir la verdad. Todavía quedaban posibilidades, al menos eso era lo que le había dicho Montgomery, pero Scott estaba tan cansado de intentar un acercamiento cordial que lo único en lo que podía pensar era en cometer una locura.

Era preferible respirar hondo y calmarse. Estaba en un lugar increíble que, con esfuerzo, se convertiría en el mejor sitio del mundo. La naturaleza lo arropaba como había hecho desde niño y le procuraba la energía que malgastaba pensando en ella. *Ella*, ni siquiera se permitía pronunciar su nombre por miedo a que se desprendiera otro pedazo de su corazón.

Inspiró con fuerza y soltó el aire con lentitud. Entre el sonido de los pájaros y la melodía del follaje, que se mecía por la brisa, le llegó el ruido de un motor que se acercaba. Cuando el *buggy* se detuvo a su lado, cerca de la línea de robles que delimitaban el sendero, tuvo que contener un juramento.

Katherina Kovaleva se había soltado el pelo y la cascada de hebras rubias caía ondulada sobre los hombros y la espalda. Le había dado una vuelta a las mangas de la chaqueta blanca del traje y varias pulseras de gruesos eslabones dorados relucían en la muñeca y tintineaban al mover el volante.

—Sube.

Scott enarcó una ceja ante aquella orden tan directa y dejó que las gafas le hicieran equilibrio en la punta de la nariz. La repasó con mirada crítica y comprobó que seguía llevando los zapatos de fino tacón que le había recomendado cambiar por unas prácticas zapatillas de deporte.

—Iba a hacer el recorrido a pie. Al ver que no venías pensé que estarías ocupada.

—Qué considerado —masculló con sarcasmo—. Sube ya, Nolan.

Ella tampoco había tenido una comida demasiado agradable. Se había reunido con el jefe de administración y finanzas para ponerlo al día de las modificaciones en el presupuesto. Otis Rodríguez, un caradura de los buenos, había puesto reparos a todo lo que Katherina le explicaba y había insinuado la posibilidad de contratar a varios conocidos suyos que podrían hacer un reajuste en las facturas para beneficio propio. Se aprovechaba de su amistad con Víctor Lambert y, para qué negarlo, era esa relación cordial entre ellos lo que aún lo mantenía en su puesto de trabajo. Antes de llegar a los postres había sacado una conclusión: debía hablar con Elizabeth Lambert y ponerla al corriente de lo que estaba sucediendo, por mucho que aquella idea la aterrara hasta hacerla temblar. Eso la enfrentaría a Víctor y era probable que saliera malparada, pero ya no tenía nada que perder.

—Puesto que vamos a trabajar codo con codo, creo que sería más sencillo si me llamas Scott —le pidió. Odiaba las formalidades casi tanto como lo llamaran por su apellido.

—¿Qué?

—Que me llames Scott. Nolan era como llamaban a mi padre y hace años que pasó a mejor vida.

—No creo que debamos tomarnos esas confianzas.

—He arriesgado mi vida para ayudarte con el gato. Si eso no es tener confianza...

—Eso solo ha sido un pequeño favor. No es profesional que...

—¡No hay nada de malo! Yo soy profesional, tú eres profesional y este trabajo nos importa a los dos. Llámame por mi nombre no va provocar el fin del mundo, ¿no crees? —Katherina calibró un segundo esa posibilidad y volvió a cerrarse en banda. Confianzas las justas—. ¡Aggg, da igual! —Estaba cansado de escuchar lo que era o no era profesional. Eran personas, personas que iban a trabajar juntas y era bastante raro hablar con ella como si fuera una anciana de ochenta años a la que debía tratar de usted—. Por cierto, creo recordar cierta sugerencia acerca del uso de zapatillas. Esos zapatos no son adecuados para el terreno.

—No importa. Si se manchan, se limpian. Si se rompen, se compran otros. Tú preocúpate del trabajo y no de mi calzado, Nolan —le gruñó, poniendo especial énfasis en su apellido.

Una vez más quedó patente la pasión que Scott Nolan sentía por su trabajo. Detuvieron el *buggy* un par de veces para que Katherina pudiera prestar atención

a las explicaciones que él le ofrecía. Hablaba con conocimiento, con una calidad y cantidad de detalles a los que no estaba acostumbrada. Parecía conocer el lugar tanto como ella y cada una de las ideas que pretendía poner en marcha en los meses venideros, vistas sobre el terreno, lograron contagiarla de ese entusiasmo que lo dominaba a él.

—Acabaremos la primera parte del jardín en poco tiempo, siempre que no aparezca algún impedimento insalvable —le explicó Scott al ver las dudas oscureciéndole la mirada—. He previsto el alquiler de una mampara que cubra la zona en obras. Los clientes no verán nada más que un bonito paisaje.

—Me preocupa más el ruido. —Se alejó unos pasos en dirección al estanque que Scott pretendía convertir en un maravilloso lago de buenas dimensiones y señaló el pequeño riachuelo que lo abastecía hasta el momento—. ¿Qué habéis pensado para la canalización del agua? Si tenemos que pedir los permisos locales correspondientes más nos valdría tener resuelto ese inconveniente antes de saber si el ayuntamiento consentirá el tema...

—No será complicado, tranquila. Al principio pensamos en Irondequoit Bay, está un poco más cerca y el coste de la canalización sería menor, pero cuando mi equipo consultó los planos de la cuenca hidrográfica del río San Lorenzo, vimos más factible abastecernos del lago Ontario. Además, nos libraríamos de tener que solicitar permisos estatales. En cuanto al sistema, tenemos una idea bastante buena que quería proponerte. —Para eso contaba con la mente privilegiada de Robbin. Tenía la virtud de hacer sencillo lo imposible y, en este caso, incluso él quedó con la boca abierta cuando le presentó el prototipo—. Hemos diseñado un innovador sistema de motores que funcionará con energías renovables. Será la fuerza del agua la que los haga funcionar. Algo complicado, pero efectivo.

—«Complicado pero efectivo» suena a caro —se extrañó. Hizo un gesto con la mano para apartarse el insecto que merodeaba cerca de su oído y puso su atención en Scott—. ¿De qué se trata?

—Vamos a construir una catarata. —Katherina abrió los ojos con sorpresa y empezó a negar con la cabeza para oponerse a la idea. Quiso recordarle que en el proyecto no figuraba semejante excentricidad, pero Scott levantó la mano para hacerla callar—. Ya sé que no estaba prevista, pero si miras los planos verás que hay una parte sin definir. No podíamos incluirla hasta saber si podría contar con la cantera y este mediodía me han confirmado que sí.

—No habrá catarata.

—¿Puedes dejar de ser tan negativa y relajarte un poco? —Sonrió ante el jadeo de indignación, pero recuperó el semblante serio antes de que se cerrase del todo en banda.

Le dio la espalda, avanzó hasta el borde del estanque y apoyó ambas manos en

la barandilla de madera. Le quedaban pocos ases en la manga que jugarse con Katherina, pero no sabía ella lo persistente que podía llegar a ser cuando sus sueños estaban sobre el tapete.

—Los Lambert quieren que sus jardines sean únicos y yo puedo hacerlo posible. Ahora tenéis un estanque que pierde agua —señaló al advertir el charco de barro que había a su lado— y un montón de plantas y árboles colocados de forma aburrida. ¡Tú misma lo dijiste! Yo os propongo crear un lugar del que hable todo el mundo, un lugar en el que se respire la fragancia húmeda del trópico, en el que se escuche la sinfonía de las aves más exóticas, en el que se puedan observar especies de plantas increíbles.

»Cuando vuestros clientes se adentren en el jardín creerán que es uno más de los muchos que habrán visto, pero con cada paso descubrirán lo maravillosa que puede llegar a ser la naturaleza cuando se trata con el debido respeto. —Supo que lo estaba haciendo bien al percibir su cercanía.

Ella también se apoyó en la barandilla, a poca distancia de Scott, y, con una simple mirada hacia Katherina, observó cómo se le dilataban las pupilas al imaginar lo mismo que él ya podía ver y casi sentir.

—Será un lujo para los sentidos, un rincón para los sueños, un paraíso inolvidable. Crearé tal espectáculo, con tanta vida, que todo el mundo pensará que nos hemos traído un trozo del cielo a Lambert.

Katherina parpadeó varias veces y tragó saliva. Tenía la boca reseca y la cabeza saturada de sensaciones, pero no iba a ceder. Conocía el juego que se traía entre manos Nolan y, en parte, era culpa suya por exteriorizar las emociones que le provocó el proyecto cuando lo vio por primera vez. Se había apuntado un tanto con el laberinto, pero ¿una catarata? ¡Ni hablar!

—No-habrá-atarata —puntualizó despacio, con suavidad, para no romper la calidez de aquel sueño tan bonito que él le había pintado, pero también para que lo asimilara a la primera.

—¡Venga ya! ¿Así sin más? —No lo podía entender—. Sé lo que piensas, y sé que no me conoces en absoluto, pero este sitio es increíble y lo será más con un elemento tan rompedor como ese. Dame un voto de confianza. Cuando algo me gusta, lucho por ello, y, créeme cuando te digo que lo que veo, lo que siento cuando estoy aquí, me gusta más que cualquier otro lugar en el mundo.

Estaba hablando del jardín, era indudable, pero los ojos de Scott Nolan la atravesaron con una intensidad que jamás había sentido y puso tanta pasión en las palabras que cualquiera diría que era de ella de quien hablaba. El silencio que siguió le pesó en los párpados y la hizo pestañear, la respiración de ese hombre, tan cerca, la obligó a tragar saliva. Le llegó un sutil olor a pasta de dientes, a café, a colonia fresca de las que usan los niños y, como siempre que lo tenía a tan

poca distancia, la necesidad de quitarle las gafas para limpiarlas se le coló bajo la piel y le dio un susto de los que aceleran el latido.

¡*La tienes!*!, exclamó Scott para sí mismo sin mover ni un músculo del rostro. Quería que aquel jardín fuera su obra maestra, estaba empeñado en lograr algo inigualable y no escatimaría en palabrería si así alcanzaba el objetivo. Y si de paso lograba poner un poco de color en aquellas preciosas mejillas, la recompensa sería doble.

—No puedo asegurarte nada —dijo por fin—. Tendré que hablar con Víctor y con Elizabeth Lambert. Son ellos los que deciden, no yo.

—Pensé que eras tú quien tomaba las decisiones.

—Pensaste mal, Nolan.

¡*Mierda! No la tienes*!, se reprendió, y se hubiera dado una palmada en la frente por idiota. Estaba embelesando a la mujer equivocada. Después de esa declaración quedó claro que era con Elizabeth Lambert con quien tenía que esmerarse. Eso lo molestó más de lo que estaba dispuesto a admitir y, aunque la razón que se dio fue que odiaba desperdiciar tiempo y esfuerzo, en su fuero interno tenía claro que el motivo era diferente.

—Será mejor que regresemos, entonces —gruñó—. Consígueme una reunión con los Lambert y yo me encargaré de que acepten las modificaciones.

Dio media vuelta, sorteó el charco de barro con un pequeño salto y se sentó en el *buggy* ante la mirada atónita de Katherina.

—¿Y este cambio de humor se debe a...?

—No me gusta perder el tiempo.

—¿Consideras mi trabajo una pérdida de tiempo? —le preguntó en claro desafío—. No te equivoques, Nolan. Soy yo la que va a supervisarte. Soy yo la que mantendrá al corriente a la dirección. Soy yo a la que deberás dar explicaciones en caso de que algo salga mal. Y también seré yo la que te haga picadillo si no cumples con el trabajo para el que te he contratado.

Lo único que escapaba a su control era el presupuesto. Estaban hablando de unos cuantos miles de dólares que tendrían que salir de las arcas de los Lambert y ya había tenido suficientes problemas con el presupuesto como para que ahora Scott Nolan propusiera una ampliación, antes incluso de haber empezado. Elizabeth y Víctor la tacharían de blanda por no imponerse y seguir adelante con el dinero asignado.

Lo cierto era que la idea era buena, la imagen que él había planteado era exquisita, idílica, y, en ese instante de silencio en el que ambos se miraron, llegó a percibir el sonido y el ambiente húmedo del salto de agua como si estuviera frente a él con los ojos cerrados. Claro que también podía ser que fueran los latidos del corazón los que sonaban hasta ensordecirla y la transpiración —que

le cubría la espalda por el sofoco— la que creara aquel efecto tropical tan arrebatador. O la inminente tormenta veraniega que se avecinaba. Debía buscar una estrategia válida para venderles a los Lambert esa mejora como algo indispensable para el *resort*, porque ya no podría mirar el lago de la misma forma después de haber conocido aquel detalle del que se había prendado.

Cuando la primera gota de lluvia perló la nariz de Katherina, se desvanecieron las ensoñaciones y se apresuró a ponerse a resguardo. Pero iba tan distraída elucubrando un discurso para convencer a Víctor y a Elizabeth, que no vio dónde ponía los pies y se hundió en un hoyo fangoso que Scott había salvado con facilidad. En un santiamén se encontró de rodillas sobre una superficie blanda y fría, mientras el eco de su grito levantaba un estruendoso aleteo en la bóveda enramada del jardín. Adiós a la falda blanca impoluta; adiós también a los delicados tacones, que crujieron y quedaron inservibles, y adiós al orgullo femenino que tanto le había costado mantener con ese hombre delante.

Levantó la cabeza y la sacudió para apartarse el pelo de la cara. La risa de Scott le llegó con claridad en una melódica carcajada y, por un segundo, estuvo tentada de tomar un puñado de fango y lanzárselo a la cara, como en una de esas peleas de mujeres desnudas en cuadriláteros rodeados de sádicos perversos. Pero le dolían las rodillas, los pies se le habían quedado en una posición bastante incómoda y casi no podía moverse. Las manos estaban sumergidas en aquel surco de barro y ni siquiera se podía apartar los mechones que habían quedado prendidos de las pestañas y adheridos a la piel del cuello.

—*Chert voz'mi!*^[5]—maldijo con los dientes apretados mientras las incesantes risotadas de Scott la hacían enfurecer—. *Idiot!*^[6]

—¡Eh! Eso lo he entendido —le dijo Scott todavía con lágrimas en los ojos. No debería haberse reído de esa manera, pero no había nada más gratificante para poner el punto y final a una tarde nefasta que un «te lo dije» en toda regla—. Te advertí que te pusieras zapatillas. —Se acuclilló delante de Katherina para no perderse el bochorno, a sabiendas de que eso lo alejaba años luz de ser un caballero y de que ella podría ensuciarlo con un simple empujón si se lo proponía—. Vamos, dame la mano. Te ayudaré a salir de ahí.

—¡No necesito tu ayuda! —exclamó al tiempo que intentaba ponerse en pie. El zapato derecho se había quedado completamente hundido y el izquierdo seguiría el mismo camino si continuaba presionando con la punta para darse impulso. Las medias se irían a la basura en cuanto llegara al despacho; la falda seguiría la misma suerte si resultaba que el crujido que había escuchado al caer era de la costura trasera, y la chaqueta tendría que pasar por una buena limpieza a fondo si quería recuperar el blanco prístino que tanto le gustaba—.

Nenormal'nyy, nevospitannyy... [7] ¡Deja de reírte! Esto es culpa tuya, maldito... jardinero de los cojones.

Le gustaba cómo sonaban aquellas palabras en sus labios, aunque sabía que lo estaba insultando sin ningún miramiento, y hubiera continuado perdido en los destellos de sus ojos azules y en los reflejos rubios que le llenaban la retina si no hubiera pronunciado las palabras que más detestaba en el mundo. Ese «jardinero», dicho a modo de insulto, se le clavó en lo más profundo, en un lugar al que solo había accedido su madre con tanta burla, y cortó en seco el buen humor que ella misma había despertado.

De un tirón algo más brusco de lo esperado, la alzó por los brazos y la dejó en terreno seguro. Ya no sonreía, no había ni pizca de humor en su mirada. La sujetó con contundencia y se midió con ella en un mutismo prolongado y tenso.

—No vuelvas a... —La señaló con el dedo, aunque acabó por cerrar la mano en un puño y contener la retahíla de improperios que él también le hubiera podido dedicar.

Pero el enfado de Katherina había dejado paso a un leve temblor en los labios. Respiraba agitada, al igual que él, y estaba tan desorientada que no parecía la misma mujer severa e imperturbable. El lamentable estado en el que se encontraba ya no le resultaba gracioso, ni siquiera consideró correcto reírse de ella sin prestarse a ayudarla en primer lugar. Había sido un acto muy ruin que ya no había forma de solventar y ese hecho le hundió los hombros y apartó la mirada.

—Será mejor que nos vayamos —concluyó al fin.

Cuando se sentaron en el cochecito y regresaron al hotel la lluvia ya era de intensidad considerable. Al llegar a la entrada trasera, el chaparrón pedía una buena carrera para ponerse a cubierto, pero ninguno de los dos lo hizo: Katherina porque iba descalza y temía lastimarse los pies, Scott porque se negaba a dejarla sola. Así que caminó a su lado, pendiente de que diera un paso tras otro sin volver a resbalar.

En momentos como ese, era un verdadero inconveniente que el despacho de gerencia estuviera tan alejado de la puerta de personal. Las miradas interrogantes de los empleados y las preguntas que quedaron interrumpidas por una fría mirada que exigía silencio, los acompañaron en el recorrido. Scott dispensó sonrisas de disculpa por el estado en que quedaba el suelo a su paso, pero siguió tras la estela de Katherina hasta que ella se detuvo para abrir la puerta del despacho.

—¡Largo! —le gritó, humillada. No podía entender por qué continuaba allí, por qué no la dejaba sola de una vez para poder sentirse la mujer más tonta del planeta en soledad.

Trató de cerrar la puerta para darle en las narices, pero Scott fue más rápido y la empujó lo suficiente como para que rebotara contra la pared y diera un portazo. El impacto la dejó parada en medio de la estancia, con los puños apretados y las gotas de agua que resbalaban del cabello mojándole el frontal de la chaqueta. Debajo, la blusa estaba adherida a la piel y se transparentaba de forma insinuante, pero no logró captar la atención de Scott. Él solo tenía ojos para el rostro arbolado de Katherina, húmedo, desafiante, perfecto.

—Si no sales de aquí ya mismo, llamaré a seguridad.

—¡Lo que ha pasado no ha sido culpa mía! —exclamó, indignado—. Siento haber sido un idiota, pero no ha sido mi intención que cayeras en el barro, ni que se te rompieran los zapatos, ni que hayas destrozado las medias, por no hablar de la falda. —Le señaló la prenda con la mano y, a pesar de la vergonzosa situación que estaba viviendo, Katherina hizo amago de mirar el estropicio por encima de su hombro y suspiró derrotada—. Al menos dime que no te duele nada. Puedo llevarte al hospital si crees que...

—Estoy bien —lo interrumpió. Su preocupación era sincera y, en el fondo, tenía razón.

—¿Vas a despedirme?

—Debería. —Elizabeth Lambert lo haría sin pestañear, aunque también la despediría a ella sin que el pulso le temblara lo más mínimo, pero Katherina no era así, ni siquiera tenía una pizca de la sangre fría que corría por las venas de Víctor—. Pero no lo voy a hacer. Que seas un maleducado y un poco gilipollas no tendría que afectar a tu trabajo. A fin de cuentas, es por lo que te contrato.

—Bien —suspiró—, me lo merezco, pero quiero que entiendas algo importante: no soy jardinero, ni florista, ni nada por el estilo. Soy mucho más y creo que has podido comprobarlo estos días. Al igual que a ti, no me gusta que me degraden, ni que me falten al respeto.

—Está bien —le concedió. Scott Nolan era bastante insufrible, pero no se merecía el trato que le había dado—. Siento haberte insultado —murmuró después de un largo silencio. No había apartado los ojos de los suyos mientras hablaba, quizá por eso no se dio cuenta de lo cerca que estaban cuando respondió.

—Bien. —El alivio le dio un motivo para relajar la postura tensa que mantenía. Habría apostado cualquier cosa a que ella le daba una patada en el culo sin pestañear—. Me has llamado jardinero de los cojones. Estoy... sorprendido, en serio.

—Lamento haberlo dicho —susurró, incapaz de apartarse mientras él continuaba acercándose. Si daba un solo paso más podría notar el calor que emanaba de la ropa húmeda.

—Bien. Gracias por la disculpa. —La recorrió de un vistazo rápido y chasquéo la lengua con fastidio al ver el estado deplorable de su ropa—. Deberías haberte puesto zapatillas.

—Lo tendré en cuenta cuando tenga que ir a controlarte —comentó. El gesto ceñudo de Scott dejó claro que no era muy partidario del control, pero tendría que acostumbrarse. Si debía estar al tanto de los avances que se producían en el jardín, era preciso comprobarlo *in situ*, como le gustaba hacer con todo lo que supervisaba—. A los Lambert no les entusiasma que los trabajadores externos hagan las cosas a su antojo. Tendré que pasar informes de los avances a la dirección y me exigirán que esté encima de ti...

¿De verdad había dicho eso? ¡Lo había dicho! Se sonrojó con tanta violencia que las gotas de lluvia que le acariciaban el rostro se le secaron al instante. La expresión de Scott Nolan continuaba seria, pero el destello de los ojos le advirtió que él también había encontrado un doble sentido. Pese al mal trago, se mantuvo frente a él con estoicismo, esperando el comentario mordaz y preparada para soltarle un guantazo si la ofendía.

Me gusta cuando se sonroja, pensó. Era sencillamente encantadora. Le permitiría estar encima de él todo lo que quisiera, o debajo, si lo prefería. Había tanto atractivo en aquel intenso sofoco que la idea de besarla hasta secar el último atisbo de lluvia resultaba irresistible. Los pies de Scott avanzaron de manera imperceptible hasta que las puntas de sus zapatillas rozaron el filo de la alfombra donde los dedos de los pies de Katherina se movían nerviosos.

—¿Qué... qué haces? —preguntó azorada al notar los nudillos de Scott acariciándole el mentón. ¿Por qué la miraba de esa forma tan extraña? ¿Por qué la tocaba? ¿Y por qué ella era incapaz de apartarse?

—Tienes barro aquí. —Presionó con el pulgar cerca de la línea de la mandíbula y le provocó tal descarga eléctrica que creyó que le fallarían las piernas—. También tienes manchas en la frente.

Le apartó el pelo con una caricia y recorrió sus bellos rasgos con demasiada lentitud. Aquello no estaba bien, pensó, no debía hacer lo que se proponía, pero hubiera pagado cualquier cosa por conocer el sabor de esos labios que ella no dejaba de humedecer con la lengua. Se permitió mantenerla en vilo mientras los dedos se enredaban entre el cabello con delicadeza y tomó una firme decisión. No lo haría. Seguiría los consejos de Robbin por una vez en la vida.

—No vuelvas a tocarme —susurró Katherina—. Bajo ningún concepto.

[5]. ¡Maldita sea! (*N. de la A.*)

[6]. Idiota (*N. de la A.*)

[7]. Anormal, maleducado. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 8

Había hecho dos *priániki*, uno relleno de mermelada de albaricoque y otro de chocolate. Las recetas de Yelena eran tan fáciles de seguir que podría continuar preparando deliciosos postres rusos durante toda la noche. Había pocas cosas que consiguieran distraerla cuando estaba nerviosa y dejarse llevar por las recetas de su Rusia natal era el mejor remedio para no pensar en todo lo que llevaba auestas, en el hotel, en los Lambert..., en él.

Era absurdo, se dijo por enésima vez. No entendía por qué tenía un efecto tan extraño sobre ella, ni por qué se le quedaba la mente en blanco cuando lo tenía cerca, ni por qué era incapaz de ser fría y distante. Le había tocado el rostro para limpiarle las manchas de barro y casi se le detiene el corazón. En cuanto Scott Nolan abandonó el despacho aquella tarde, tuvo que echar mano de su inhalador pues no podía respirar con normalidad. También se llevó la mano a la frente para comprobar si tenía fiebre. Un delirio justificaría la sensación de ingravidez que había experimentado al sentirlo tan cerca. Pero su piel estaba fría, aunque la cara le ardía por el sofoco.

Sacó del horno el bizcocho de zanahoria que había preparado y, todavía caliente, sirvió un buen trozo en un plato junto con una taza de té para Yelena. No había salido de la habitación para cenar por culpa del catarro y algo caliente le iría bien antes de quedarse dormida. Llamó a la puerta con suavidad y se adentró en la oscuridad del cuarto, solo interrumpida por el resplandor de la televisión.

—*Babushka*,^[8] es tarde —la regañó al ver su mirada brillante fija en la pantalla—. Deberías estar descansando ya.

La anciana respondió en ruso. Con el paso de los años había asimilado bien la vida en los Estados Unidos, pero siempre se negó a aprender el idioma. Era una mujer adulta cuando Mijaíl Kovalev la contrató para cuidar de aquella niña enfermiza y jamás le hizo falta conocer la extraña lengua que hablaban, pues la pequeña, que casi no pronunciaba palabra, parecía entenderla cuando se dirigía a ella en ruso.

—*Blagodaryu vas*.^[9] —Yelena agradeció el tentempié antes de sufrir un nuevo ataque de tos. Luego le quitó importancia a lo ocurrido con un grácil movimiento de la mano y, para que los ojos de Katherina dejaran de mirarla con

inquietud, palmeó un lado de la cama y la invitó a sentarse.

—No me des las gracias y tómatelo —ordenó Katherina—. Te hará bien algo caliente y un poco de dulce. Yelena vio preocupación en el rostro de su querida Katherina y en el fondo de sus ojos una sombra de tristeza que era acuciante y a la que iba a prestar más atención que ese leve achaque de su cuerpo viejo y desgastado.

—Has hecho pastel de zanahoria y *priániki*, mi niña —advirtió cuando el olor de tan delicioso postre se le coló en las fosas nasales—. ¿Qué te preocupa?

—No es nada, solo es trabajo —respondió, feliz de poder detener su ajetreteado mundo. Yelena le pasó el brazo por los hombros con dificultad y comenzó a acariciarle el pelo como cuando era pequeña y se despertaba en mitad de la noche buscando consuelo—. Ya sabes que me gusta cocinar cuando he tenido un mal día.

—Katherina... Estoy acatarrada, no senil. ¿Quién es el chico? Cuéntaselo a esta vieja aburrida.

Debería haber tenido en cuenta que Yelena siempre había presumido de sus dotes de bruja. Una risilla infantil salió de lo más profundo de Katherina y, como en cada etapa de su vida en la que el sexo masculino se había cruzado en su camino, subió las piernas a la cama, se hizo un ovillo junto a su querida nana y cerró los ojos para pensar qué decir sin resultar patética.

—No es nadie. Solo es un contratista que va a reformar el jardín del *resort*. Es un proyecto muy ambicioso y estoy un poco cansada.

Al abrazar más a la anciana y posar la cabeza con delicadeza sobre su pecho, escuchó el sonido errático de su respiración y levantó los ojos hacia ella, preocupada. Pero el semblante sereno de Yelena la tranquilizó. Se había quedado dormida con placidez, con una sonrisa en los labios y mil arrugas en el rostro, y ella también sonrió al recordar lo afortunada que era de tenerla en su vida.

Depositó un suave beso en la frente de Yelena y salió de la habitación de puntillas, sin hacer el menor ruido, hasta que el timbre de la puerta sonó y juró en ruso por el sobresalto.

—¿Cuál es la urgencia? —preguntó Adrik que invadió el recibidor con su enorme corpachón vestido con bermudas hawaianas y camiseta de tirantes. Tomó aire con intensidad y el delicioso aroma dulce de los diferentes pasteles le hizo poner los ojos en blanco—. Debe ser algo terrible si has hecho... ¡¡*priániki*!! ¡Te adoro!

La tomó entre los fuertes brazos y dio una vuelta con ella mientras le dispensaba besos en el pelo. Adrik era de Tula, una ciudad rusa muy antigua al sur de Moscú, convertida en el centro industrial de la metalurgia. Pero si había algo de lo que sus habitantes presumían, era de los famosos *priániki*, esos

espectaculares pastelitos de miel y jengibre, que se habían hecho mundialmente famosos gracias a ciertos anuncios televisivos emitidos durante la Super Bowl de 1983.

—He tenido una semana horrible de reuniones, clientes puntillosos y empleados incompetentes. El médico del hotel ofendió a la madre de un niño solo porque requirió sus servicios de madrugada para calmar la tos del crío. ¡Ese idiota de Bradiering cree que trabajar en Lambert es estar de vacaciones! —exclamó—. Necesito que te comas todas estas calorías por mí. Esa es la urgencia —concluyó Katherina al entrar en la cocina tirando de la mano de Adrik. Le había dejado un mensaje en el contestador del móvil para que fuera a su casa al salir del trabajo y allí lo tenía, recién duchado y relamiéndose—. Tú trabajas en un gimnasio, en un par de sesiones estarás repuesto.

Maximilian maulló a los pies de su dueña para reclamar una parte de la repostería que había en la encimera. Si se lo permitiera, el gato podría acabar con todo lo que había estado haciendo durante la tarde, pero no sobreviviría a semejante atracón.

—No ha sido una semana muy diferente a las demás. ¿Seguro que es todo lo que ha pasado? —preguntó Adrik con ojo crítico. Cocina y Katherina solo iban de la mano cuando algo era demasiado preocupante como para sentarse y hablarlo—. ¿Tiene esto algo que ver con el jardín y el jardinero?

Puso los ojos en blanco y le dio la espalda para que no viera lo turbada que se sentía. A veces detestaba que la conociera tan bien.

—Quiere construir una catarata. ¡Una locura! Y claro, necesita que le amplíemos el presupuesto. ¿Sabes lo que eso supone? —Se apartó algunos mechones de pelo de la cara a manotazos y golpeó con los puños contra el mármol de la encimera—. Tendré que reunirme con Elizabeth y explicarle lo que ese loco de Nolan quiere hacer en el jardín.

La voz le tembló al planificar con palabras un supuesto encuentro entre Elizabeth y ella. Era una reacción recurrente y que cada vez controlaba mejor. Aprovechó el silencio de Adrik para limpiar de harina y azúcar la superficie en la que había estado trabajando y abrió el grifo del fregadero para ocuparse del montón de cacharros que se habían acumulado.

—Pues dile que no hay más pasta y problema solucionado.

—¡No! —Cerró el grifo, se secó las manos con un paño y se cruzó de brazos con expresión triste—. Esa catarata sería genial. —Ante la mirada contrariada de Adrik, tomó asiento frente a él, apoyó los codos en la mesa y enredó los dedos en el pelo—. Tendrías que haber escuchado con qué pasión hablaba de sonidos y olores. En su cabeza está todo perfectamente estructurado, lo tiene todo pensado y, cuando lo explica, hace que sea sencillo, hace que lo imagines y quieras verlo.

—¿Y cuál es el problema entonces? —preguntó con suavidad.

—¡Que no quiero que me guste! —levantó la voz. Admitió para sí misma que lo que estaba diciendo no era racional, pero todo tenía una explicación lógica y Adrik la esperaba con la cabeza inclinada a un lado y media sonrisa en los labios—. Todo sería más fácil si fuera un chapucero, un vendedor de humo, tú ya me entiendes. Podría decirle que no con total comodidad, incluso no contratarlo y buscar otra empresa. ¡Pero no puedo! Y ahora voy a tener que hablar con Víctor y con Elizabeth para que aprueben esta locura.

—Una locura en la que tú crees.

—¡Sí! Es perfecto —aseveró Katherina.

—Te gusta.

—¡Sí! —respondió, pero cuando se dio cuenta de que Adrik no preguntaba, sino que afirmaba, y que no se estaba refiriendo al proyecto, sino a Scott Nolan, compuso una mueca de desagrado y se levantó de la silla de un salto—. ¡No! ¿Por qué dices eso? No me gusta. Es un engreído y un maleducado. Siempre va sucio, lleno de manchas y todavía no entiendo cómo ve a través de esas gafas que lleva. No tiene cuidado con las cosas y es insoportable. Me caí en el barro y no fue capaz de ayudarme hasta que...

—¿Te caíste en el barro?

—¡Sí! Y no se dignó a ayudarme. Se me rompieron los zapatos —lloriqueé—, la falda crujió... ¡Fue horrible!

—¿Te caíste en el barro delante del jardinero? —insistió Adrik sin poder aguantar las carcajadas.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso? —Le retiró el plato de bizcochos y lo fulminó con la mirada, pero el gigante ruso continuó doblado por la mitad, disfrutando de un hito histórico en la vida de su querida Katherina—. Me sentí muy humillada y, para colmo, tuve que disculparme porque lo insulté y él se ofendió.

La enumeración de faltas y defectos lo divirtieron tanto que tuvo que tomar del suelo a Maximilian para protegerse contra los manotazos que Katherina lanzaba contra él. Con cada bufido y aspaviento, más ganas tenía Adrik de conocer a ese hombre. Había devuelto el calor a la sangre helada que corría por las venas de su amiga y alguien capaz de llevar a cabo esa proeza se merecía toda su admiración. Si, además, podía construir una catarata, era firme candidato a que él mismo le besara los pies.

—¿Sabes lo que creo? —le preguntó sonriente. Katherina se mordió el labio a la espera de las conclusiones de Adrik, aunque de haber sabido lo que iba a decir, se hubiera tapado los oídos—. Creo que debe gustarte mucho si no lo has despedido después de todo.

Mientras tanto, en el 282 de la calle Court, en el distrito central de Rochester, Lana y Robbin revisaban con detalle el contrato que Scott había puesto sobre la mesa del salón nada más entrar en el apartamento. Habían pedido comida asiática y las diferentes cajitas de cartón se encontraban sobre el mantel sin que nadie les prestara la menor atención.

—¿Qué os parece? —preguntó Scott después de un eterno silencio. Había ido directo a casa de las chicas para que echaran un vistazo a la copia del contrato que Katherina le había dado antes de marcharse. Sonrió para sí mismo al recordar ese momento en el despacho y en lo cerca que había estado de meter la pata besándola como si fuera una de sus conquistas de fin de semana. Miró de reojo a Robbin y se alegró de no haber dado rienda suelta a sus impulsos. Su duendecillo particular de pelo azul se hubiera encargado de cortarle los huevos de haber perdido la oportunidad en Lambert Resort—. Decid algo de una vez. Me estáis poniendo de los nervios.

—¿Le explicaste lo del lago? Fue un error no incorporar en el desglose la parte correspondiente al salto de agua —advirtió Lana muy acertada.

—No teníamos la confirmación de la cantera, no podíamos incluirlo hasta estar seguros. Pero ya está, se lo expliqué, aunque no es la gerente quien debe aprobar ese detalle —manifestó aún molesto—. El contrato estaba redactado conforme al proyecto inicial y las modificaciones que ella incluyó. La catarata necesita un aumento del presupuesto que debe contar con la aprobación de los Lambert, así que el plan es firmar este contrato provisional a falta de saber si Elizabeth Lambert y su hijo aceptan las modificaciones.

—Serían estúpidos si no lo hicieran —comentó Robbin que había empezado a comer tallarines—. El jardín tendrá dos puntos fuertes: el laberinto y el salto de agua. Si no saben ver eso es que son idiotas.

—Roberta... —la regañó Lana con cariño.

—Espero tener la oportunidad de mostrarle a la señora Lambert la idea. Si queda solo la mitad de encantada que la gerente, tendremos el aumento de presupuesto y el cielo a nuestros pies —exageró con poca emoción.

—Entonces... ¿por qué no estás dando saltos de alegría, Scott? —preguntó de pronto Lana. Robbin detuvo los palillos a medio camino entre el pollo y la boca y miró a su pareja antes de fijar los ojos en él—. Es un contrato sensacional, incluso sin la catarata valdrá la pena. Era cuanto habíamos soñado desde el principio de esta empresa, así que dime qué pasa.

Estaba seguro de que Lana tenía acceso directo a sus pensamientos porque, de lo contrario, no entendía cómo podía conocerlo tan bien.

—Montgomery me ha llamado cuando venía de camino aquí. —Se retiró las gafas, las dejó junto al botellín de cerveza y se pasó las manos por la cara para

quitarse algo de desasosiego antes de seguir hablando. Las llamadas de su abogado lo convertían en un vagón de la montaña rusa: un día creía estar en la cresta de la ola y se sentía capaz de ganar la batalla de su vida, y al día siguiente nuevos problemas hacían temblar los cimientos de su mundo y su propia cordura —. No van a retirar la orden de alejamiento.

—¡Joder! ¡Me cago en la hostia!—exclamó Robbin con rabia.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —quiso saber Lana, la más serena de los tres. Posó la mano sobre el brazo de Robbin y la instó a que mantuviera la calma —. ¿Al menos habrá conseguido una revisión de la sentencia? Ya va siendo hora.

Scott negó lentamente con la cabeza y la ilusión de ambas chicas se deshinchó como un globo. Jamás se acostumbrarían a las noticias negativas.

—Si no retira la denuncia y sigue adelante, habrá juicio y perderé cualquier posibilidad. Jean va a reunirse con su abogado esta misma semana y le ofrecerá un trato, pero no me dejarán acercarme a ella.

—No te desesperes, ¿de acuerdo? No está todo perdido.

—Y, por el amor de Dios, Scott —añadió Robbin—, nada de excursiones a Montreal. Mantente lejos de ella o lo complicarás más.

—¡No puedo! —gruñó exasperado—. Me estoy perdiendo su vida por culpa de mentiras y falsas acusaciones. ¡Jamás le he puesto una mano encima! ¡Jamás he sido un problema! ¡No sé qué quiere de mí ni por qué coño hace esto! ¡No lo entiendo! —gritó—. Lleva quince años jugando conmigo y no voy a permitir que siga haciéndolo.

—¿Y qué piensas hacer? Saltarte la orden de alejamiento ha hecho que las cosas vayan a peor —le recordó Lana. Scott era el mejor hombre que había conocido. Él y Gavin, el marido de Ywen, eran dos personas inigualables, entregadas, justas y fieles. La experiencia de Lana con los hombres, antes de darse cuenta de que le gustaban las mujeres, fue aterradora. Le costó muchos años volver a confiar en el sexo masculino, aunque, desde que conoció a Scott y a Gavin, sería capaz de poner su vida en manos de cualquiera de los dos. La impotencia de no poder hacer más por él en una situación tan aberrante la frustraba tanto como a Robbin, pero la calma que la caracterizaba era fundamental para el mantenimiento del grupo. Fundamental para la supervivencia de Scott—. ¿Cuál es el plan?

—El plan es sentarse y esperar —mintió de forma automática. Había bajado la cabeza para que no vieran la tormenta que se desataba en sus ojos, pero los dedos agarrotados alrededor de la botella de cerveza lo delataban.

—¿Ese es el plan? —insistió Robbin—. ¿Estás seguro?

Levantó la mirada hacia ellas, pero no respondió. No hacía falta. Le pesaban los hombros y las responsabilidades, pero lo último que haría sería quedarse

quieto.

[8]. Abuela (*N. de la A.*)

[9]. Gracias (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 9

Tengo un campo de girasoles para pedirte perdón y un dolor en el pecho que lleva tus ojos. Crearé para ti mil instantes más algún día si permites que otra pise la hierba que vi crecer con tu recuerdo.

Los primeros equipos de trabajo entraron en el jardín de Lambert Resort a principio de mes, sin que ningún contratiempo demorase el inicio de las obras. Las reuniones entre Katherina, Scott y el personal del complejo que iba a estar implicado en la reforma se fueron sucediendo día tras día hasta que las máquinas entraron en el recinto. Durante esa primera semana de agosto, un singular caos organizado empezó a adueñarse del ambiente y sirvió de distracción a los clientes más curiosos, que, divertidos por la novedad, fueron testigos de la retirada del reloj de sol y de las estatuas de desnudos femeninos, entre otras cosas.

Al llegar el viernes, después de un sinfín de llamadas telefónicas y de repetir órdenes a diestro y siniestro entre el personal, el agotamiento se apoderó de Scott y en lo único que pudo pensar mientras el sol se ponía por la línea de los viñedos fue en sentarse en el sofá a disfrutar de una cerveza bien fría. Cuando el lunes asomara su cansado rostro, comenzaría el verdadero ajetreo y debía estar bien despierto. Los bulldóceres levantarían buena parte del terreno y más le valía a SN Garden no cometer errores a partir de entonces.

—Los chicos del ayuntamiento han cargado el último camión de césped y se van ya, jefe —informó Robbin con voz cansada. Llevaban trabajando desde las siete de la mañana, sin parar más que unos minutos para comer un bocadillo, y ella también tenía ganas de largarse y que Lana le diera uno de esos masajes en la cabeza que la dejaban idiotizada—. ¿Tienes planes? Había pensado que te gustaría venir a casa a ver una película con...

—Vete ya, duende —la interrumpió. Le agradeció la invitación revolviéndole el pelo, pero estaba tan cansado que se quedaría dormido antes de que acabaran los créditos iniciales.

Robbin se puso de puntillas y besó la frente de Scott. Era un gesto que no se producía demasiado a menudo y que decía mucho más que cualquier conversación sin sentido entre ellos.

—Si cambias de opinión...

—¿Señor Nolan? —preguntó un joven botones que miraba con miedo al suelo

por si la tierra amontonada que había a su alrededor le ensuciaba el uniforme—. La señorita Kovaleva me ha pedido que le diga que quiere verlo en su despacho.

—¿Ahora? —se extrañó. Echó un rápido vistazo al reloj y se limpió el sudor con la manga de la camiseta. El chico asintió—. ¿No te ha dicho de qué se trata?

—No, señor.

—No conozco a nadie que le gusten más las reuniones que a ella —le dijo a Robbin con un suspiro. Al cuerno con la cerveza fría y la tranquilidad del hogar. Volvió a centrar la atención en el chico y le guiñó un ojo—. Dame unos minutos para sacudirme la tierra y adecentarme un poco. Iré en cuanto acabe.

—La señorita Kovaleva ha dicho que quería verle de inmediato, señor.

Se encogió de hombros extrañado y se despidió de Robbin. La mirada de advertencia de la chica no dejaba lugar a interpretaciones erróneas. Si la cagaba, ella misma se encargaría de cortarlo a trocitos y dárselos de comer a los patos que pasaban la temporada en High Falls Terrace, el parque a orillas del río Genessee.

Siguió al empleado dispensando pequeños manotazos a la ropa para quitarse la suciedad más visible. Tenía las zapatillas manchadas de barro seco, que se fue desprendiendo conforme avanzaba por el increíble suelo de mármol de la recepción.

La puerta del despacho de Katherina estaba abierta cuando llegó. En el interior, la gerente sostenía el teléfono entre la cabeza y el hombro en una postura que seguro que le dejaba dolorido el cuello. Se apresuraba a recoger una infinidad de hojas desperdigadas por la mesa y las golpeaba con insistencia para ponerlas alinearlas antes de meterlas en un portafolio con el emblema de Lambert grabado en letras doradas. Se encontraba de espaldas a la entrada y tan concentrada en lo que hacía y en la conversación que mantenía que, quizá por eso, cuando Scott golpeó la puerta con los nudillos, se le escapó un grito de sobresalto.

—¿Querías verme?

Levantó un dedo para pedirle unos segundos y se lo llevó a los labios en claro gesto de silencio. Si no fuera porque necesitaba contar con la aprobación de su interlocutora en el tema que tenía entre manos, ya hubiera estrellado el teléfono contra la pared.

—Lo he entendido y te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano, pero hay cosas a las que no puedo... —Katherina se detuvo cuando Elizabeth Lambert elevó el tono de voz para interrumpirla. Era un martirio tratar directamente con ella, pero era aún peor cuando se le metía algo imposible en la cabeza y pretendía que los demás cumplieran sus deseos—. Sí, lo entiendo, créeme, pero llevo toda la semana con esto y... Tal vez Víctor podría... —Una

nueva interrupción la empujó a hinchar las mejillas y soltar el aire. Estaba harta. Debía haber cerrado la puerta para evitar que nadie presenciara semejante situación. No era plato de buen gusto estar siendo reprendida por la dueña del imperio hotelero y mucho menos cuando Scott Nolan podía escuchar los gritos que provenían de algún lugar de Los Ángeles—. Lo sé, Elizabeth. Haré todo lo posible. En cuanto a lo que te he enviado... —Aguardó una respuesta con los ojos cerrados y, cuando se produjo, dejó caer los hombros y a punto estuvo de pegarse cabezazos contra la pared—. Hablaré con Víctor, entonces. De acuerdo. Disfruta del buen clima de Los Ángeles.

Le costó levantar la mirada hacia Scott cuando puso fin a la llamada. Se quedó con los ojos fijos en las letras doradas del portafolio que apretaba entre los dedos y suspiró vencida.

—¿Un mal día? —preguntó Scott, un poco abrumado por la situación.

No lo sabes tú bien, pensó con los hombros hundidos y los ojos húmedos. Su padre no la había enseñado a odiar, le mostró una buena dosis de tolerancia y comprensión con las personas que no eran como ellos, pero Elizabeth era... Lo que sentía cuando escuchaba su voz conseguía despertar un rasgo de su personalidad que no sabía controlar. Era abominable.

—Vamos. —Omitió la respuesta y se aclaró la garganta. Recogió todo cuanto necesitaba y pasó delante de él sin dirigirle ni una sencilla mirada—. Querías una oportunidad y ya la tienes. Víctor nos espera.

—¿Qué? ¿Ahora? Espera un momento. —La tomó del brazo justo cuando pasaba junto a él, pero igual de rápido que la tocó, la soltó. Si no fuera porque hacía tiempo que había dejado de creer en esas cosas, diría que hubo un chispazo entre ellos, que el escalofrío que le había atravesado la espalda se debía al cansancio y no a una conexión extraña—. No estarás hablando del aumento del presupuesto, ¿verdad?

—¿Es que hay algo más de lo que quieras hablar con Víctor Lambert? ¿Necesitas una invitación formal?

Era obvio que estaba cabreada y la conversación con Elizabeth Lambert no había ayudado a mejorar su horrendo día de trabajo. Había hecho todo lo posible para que le aprobara la idea de la catarata, se la había vendido como si fuera suya, había exagerado hasta lo indecible el impacto que un ornamento de esas características podría tener sobre los clientes, y lo único que había logrado era una reunión con Víctor, el incompetente de Víctor.

—No he venido preparado para una reunión con Lambert. ¡Mírame! —Extendió las manos y se exhibió para que ella viera la suciedad que le cubría la ropa—. Voy hecho un asco.

Katherina se acercó unos pasos hasta quedar frente a frente. La tensión que

acumulaba en la mandíbula le dio una idea a Scott de lo poco razonable que iba a mostrarse al respecto.

—El primer día que pisaste este lugar pretendías reunirte con Víctor Lambert con una camisa sucia, unos pantalones rotos y un olor nauseabundo a sudor y colonia rancia. ¿No me digas que ahora sí te importa cómo te vea? —Reconoció para sí misma que, al menos, no olía tan mal como el primer día, aunque las gafas seguían tan sucias que era imposible ver a través de los cristales—. Llevo todo el día intentando que Elizabeth Lambert se lea un maldito resumen de la idea de la catarata para que me dé la aprobación al nuevo presupuesto. Lo ha dejado en manos de Víctor y tenemos una reunión en un minuto. Me da igual si vienes de revolcarte por el barro, Nolan, lo que me interesa de ti ahora mismo es que le vendas ese maldito salto de agua a Víctor para que pueda irme a casa a descansar. ¿Ha quedado claro?

Dudó entre echarse a reír o besarla. Katherina tenía razón y hubiera pronunciado un grandioso «touché!» si no hubiera estado demasiado ocupado calculando la distancia entre ellos y el tiempo que necesitaría para darle un beso antes de que le cruzara la cara de una bofetada y lo despidiera con una patada en el culo.

Todavía resonaba en sus oídos la última frase que le había dicho después de limpiarle el barro de la cara, la tarde que se cayó en el jardín. No quería que volviera a tocarla, pero Scott no dejaba pasar ni una sola ocasión para saltarse esa norma. Al final, sonrió y asintió como un buen chico. Conocería por fin a Víctor Lambert y saldría del despacho de dirección con el presupuesto que necesitaba.

Pero nada más entrar en la amplia habitación desde la que se dirigía el imperio Lambert, tuvo la sensación de que no sería tan sencillo lograr sus propósitos. Se sintió fuera de lugar entre tanta opulencia. Si había admirado en secreto la elegancia del despacho de Katherina, no sucedió lo mismo al echar un vistazo al de Víctor Lambert. La mueca de desagrado fue inevitable, como también lo fue la advertencia silenciosa de Katherina. Era un lugar oscuro, demasiado recargado incluso para un príncipe, como si tuviera que demostrar algo presumiendo de tener un Picasso en un rincón.

El aspecto de Víctor también le provocó rechazo. Atractivo, algunos años más joven que él, pelo engominado, traje a medida y una sonrisa aduladora que fue la que recibió a Katherina. Tendió los brazos hacia ella y le dio un beso en los nudillos de ambas manos, como un aristócrata octogenario saludando a una reina.

—Bella y perfecta como siempre, querida mía —la elogió sin soltarla. Sonó tan falso que Scott desvió la vista para que no vieran su irritación—. Siempre he

dicho que lo más bonito de este lugar eres tú, y me reafirmo.

—Gracias, Víctor —susurró incómoda. Apartó las manos cuando empezaron a sudarle por el contacto e hizo un ademán hacia Scott para hacer notar su presencia—. Te presento a Scott Nolan, el arquitecto paisajista que se está haciendo cargo de las reformas del jardín.

—El nuevo jardinero —apostilló Víctor con desdén tras un rápido vistazo al aspecto de Scott. Le tendió la mano y midió su fuerza con él en un silencioso duelo. Cuando lo soltó, ignoró su presencia e invitó a Katherina a sentarse en la mesa de reuniones como si no hubiera nadie más—. Ya he visto que han empezado las obras y quería hablarte de eso mismo. Como sabrás, la fiesta de temporada se ha adelantado a noviembre y mamá no quiere que los jardines parezcan una batalla campal.

—Creí que ya te lo había explicado. Te dije que SN Garden instalaría unas mamparas, ¿no es así, Scott?

Levantó la vista hacia él, sentado en la silla de enfrente. Estaba tan tenso que se aferraba a los brazos de la butaca como si fuera un pasajero con miedo a volar. Víctor era un malcriado prepotente que se creía por encima de cualquiera que no pudiera competir con su estatus y era muy hábil humillando a las personas con su labia educada. Solo esperaba que Scott no entrara en ese juego, que se mantuviera al margen, porque no lograría salir del despacho con lo que había ido a buscar si decidía ponerse a la altura de tanta estupidez.

—Los buldóceres tienen que entrar el lunes sin falta para que no empecemos con demoras, no puedo aplazar ese tema, pero en lugar de meterlos en el primer sector, los mandaré al cinco y al seis. Podemos adelantar las obras del lago, colocar la mampara más atrás de lo previsto para evitar que se vea y luego, cuando pase la fiesta, nos pondremos de lleno con los cuadrantes del uno a al cuatro. No habrá problema.

—Cuadrantes, sectores... ¡Soy un inculto de la jardinería! —ironizó para esconder que, en realidad, no habría entendido nada, aunque se lo hubieran dado pintado con colores.

—No hay de qué preocuparse —le aseguró Katherina que tenía ganas de acabar con ese asunto para centrarse en la catarata—. En cuanto al aumento del presupuesto que te he pasado al correo electrónico esta mañana...

—Olvídalo. No necesitamos un salto de agua para que nuestros clientes se sientan a gusto.

—Es un elemento que daría un nuevo enfoque al jardín, Víctor. Eso es lo que querías desde un principio —le recordó con enfado. Abrió el portafolio sobre la mesa y extrajo los diseños que Scott le había llevado días atrás. Era una idea sensacional y unos pocos miles de dólares más no supondrían nada a los

Lambert teniendo en cuenta las recientes ganancias obtenidas por la venta de los viñedos—. He estado hablando con Elizabeth y le ha gustado bastante la idea...

—¿Has hablado de esto con mamá? Así que has sido tú la que ha provocado que deba tomar yo la decisión. Estoy sorprendido, querida. —La ironía en labios de Víctor se asemejaba más a un insulto que a una chanza. En cuanto comprobó que sus palabras no tenían el efecto deseado sobre ella, se aclaró la garganta y negó con contundencia—. Bien, pues la decisión está tomada: no habrá catarata.

El teléfono de Víctor comenzó a sonar e interrumpió la réplica de Katherina. Avergonzada, echó una rápida mirada a Scott y se encontró con un ceño fruncido que escondía todo el resentimiento del mundo hacia Víctor. Otro en su lugar habría intentado elogiarlo con cumplidos antes de hacer una exposición impecable. Sin embargo, ser adulador no parecía ir mucho con la personalidad de Scott y eso le gustó. También le agradó la confianza que depositó en ella con un sencillo guiño. Por suerte, Katherina escondía un as en la manga que pensaba utilizar antes de que Scott se tirara a la yugular de Víctor y todo se viniera abajo.

—Disculpad la interrupción. ¿Por dónde íbamos? —Tomó asiento mucho más cerca de ella y le acarició la mano sin venir a cuento.

—Deberías considerar el tema con más calma —le dijo mientras se deshacía del contacto para colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja—. Elizabeth me ha dicho que el alcalde y buena parte del consejo municipal de Rochester están al tanto de las reformas. Ya sabes cuánto le gusta a Seligman la preservación de la naturaleza y de los espacios verdes. En su programa electoral llevó una línea de subvenciones para la recuperación de parques y jardines y estoy convencida de que verá con buenos ojos que en Lambert se innove para dar mayor esplendor al nombre de la ciudad. Tal vez podrías hablarle de tu idea y de lo grandioso que será este lugar cuando esté acabado. Tal vez podrías ofrecerle la posibilidad de abrir el jardín al público durante la temporada baja para demostrar que Lambert tiene un compromiso firme con Rochester...

Víctor pareció pensar en lo que Katherina le proponía. Si los intereses de aquel jardín favorecían el inicio de la carrera política que deseaba emprender, quizá no fuera tan descabellado invertir un poco más de dinero en algo que, al final, le reportaría muchos más beneficios.

—Las características de un elemento así nos permitirán traer especies de plantas tropicales que no son demasiado frecuentes en los Estados Unidos —continuó, dispuesta a dar el golpe de gracia—. Podemos incluir algunos tipos de orquídeas que llamarán la atención de cierto inversor que ahora es nuestro vecino...

Chica lista, pensó Scott sorprendido por aquella jugada. Si Víctor Lambert estaba interesado en entrar en política, sería necesario tender puentes hacia

aquellos que pudieran avalarlo. Recordó la escena de las orquídeas en la puerta de servicio y supo de inmediato a quién se estaba refiriendo ella y lo que pretendía. Al parecer, para Víctor también fue evidente pues esbozó una amplia sonrisa de satisfacción, tan cínica como irritante.

—Me sorprendes, querida Katherina. —Volvió a tomarle la mano y se la llevó a los labios para besarla—. Parece mentira que se te haya ocurrido una carambola como esa a ti sola, pero tienes razón. Será mejor que empecemos a trabajar en esa parte del jardín cuanto antes. Me gustaría mostrarle al alcalde Seligman el estado de las obras en la fiesta y mamá verá con buenos ojos que haya flores de esas. ¡Ya tienes tu presupuesto, Nolan! Solo espero que el resultado sea tan impresionante como dices.

Scott y Katherina recorrieron en silencio los pocos metros que los separaba del despacho de gerencia. La sensación de triunfo que ambos sentían quedó enmascarada por otras emociones más poderosas. Por un lado, Katherina había vuelto a ser humillada por Víctor con sus comentarios hirientes, algo que cada vez le costaba más sobrellevar. Por otro, la sumisión que Scott había presenciado lo había puesto de un humor de perros. No podía entender por qué no se defendía, por qué se limitaba a bajar la mirada y asentir con voz queda.

—¿Por qué consientes que te trate de esa forma? —preguntó nada más traspasar la puerta del despacho—. Es un cretino.

—Olvídalo, ya tienes lo que querías. Eso es lo importante.

La relación que la unía a Víctor era... especial. Prefería obviar el altercado, por muy denigrante que fuera, con tal de no enfrentarse a las represalias, cara a cara, con Elizabeth Lambert.

—No es tan fácil de olvidar. Ese tío... ¡Vale, está bien! —No iba a conseguir nada discrepando con ella cuando lo que de verdad le apetecía era cogerla en brazos y dar vueltas de alegría por la habitación—. Ya tenemos el presupuesto. Celebrémoslo. Te invito a cenar.

—No es necesario. —Declinó la oferta con un movimiento de la mano y huyó tras la mesa repleta de papeles—. Me voy a casa. Además, no te dejarían entrar en ningún lugar respetable con esa pinta y ese olor.

Scott se olisqueó la axila en un gesto bastante vulgar y emitió un gruñido de asco. Tenía razón, le hacía falta una ducha, pero no iba a darse por vencido.

—¿Mañana, entonces?

—No.

—¿Por qué?

—Eres un empleado. No salgo con empleados y estaría bien que lo recordaras de ahora en adelante.

CAPÍTULO 10

—¡Jefe! Te buscan —lo alertó el joven William Dreyfus mientras Scott discutía con el encargado de la maquinaria pesada.

Cuando se retiró el casco de seguridad para limpiarse el sudor que le había humedecido el nacimiento del pelo, escuchó una sucesión de silbidos insinuantes que lo hicieron girar de inmediato. Ver a Katherina avanzar hacia él, con sus tacones, pisando con cuidado sobre las plataformas de acero que habían instalado en el camino, con el mentón levantado, orgullosa, lo hizo tomar una brusca bocanada de aire.

—Es la tercera vez esta semana que tenemos el honor de contar con tu presencia. ¿A qué se debe hoy la visita? —le preguntó con cierto regocijo.

Katherina, tan seria como siempre, obvió las miradas de los trabajadores y se centró en focalizar todo su enfado en Scott. Era cierto que sentía un extraño regocijo tocándole las narices al paisajista, pero para ella era fundamental controlar cada paso del proceso de reforma y Scott Nolan no le había presentado el informe de estado de la última semana. Víctor se lo iba a pedir y ella tendría que inventar otra excusa para cubrir la falta de compromiso de SN Garden.

—Estamos a viernes, Nolan, y sigo esperando tus avances por escrito.

—¡Te los di el martes cuando viniste! —le recordó.

—Ese informe era el de la semana anterior. Te lo dije y te lo repetí el miércoles cuando vine a por los documentos que necesitaba para el trámite de los permisos del trasvase. Envié un correo electrónico ayer a SN Garden para insistir, pero ya veo que no puedo dejarte margen.

—No te enfades, ¿vale? Es viernes y hace un día maravilloso. —Levantó la cara hacia los rayos del sol y cerró los ojos para embriagarse de la naturaleza—. Además, te gustará saber que hemos adelantado un día de trabajo gracias a que ayer, por fin, instalaron las torres de iluminación. Estuvimos hasta pasadas las doce...

—¡Lo sé! Tenemos quejas de huéspedes. ¡Dos quejas, Nolan! Lambert Resort no ha tenido ni una reclamación desde que yo estoy aquí y en una noche han puesto dos. ¡Dos! —se exaltó. Scott le chistó para que dejara de gritar y eso la enfureció más, pero al mirar alrededor se dio cuenta de que era el centro de atención y acabó por apretar los dientes y hablar con un siseo—. Nada de

trabajar por la noche y nada de ruido después de las ocho.

—De las diez —trató de negociar sin perder el humor.

—¡De las ocho! No hay más que hablar —zanjó la discusión—. ¿Es que no tienes familia con la que cenar, una madre a la que visitar o nada más interesante que hacer a esas horas?

—En realidad, no —respondió y lo dijo con tanta desazón que vio como Katherina se arrepentía de inmediato de haberlo preguntado. Estaba preciosa cuando se mordía el labio y dudaba—. Soy un solitario, pero prometo que no habrá más trabajos nocturnos.

—Vale. Me alegra escuchar eso. —Y, antes de decir cualquier cosa que la pusiera en un aprieto, dio media vuelta y emprendió la retirada—. Que pases un buen fin de semana.

—Hablando del fin de semana... —La hizo detenerse y lo miró por encima del hombro. El vestido de Katherina ondeó con la brisa y mostró una parte de sus piernas que no solía estar a la vista muy a menudo. Ella no se dio cuenta, pero el cuerpo de Scott sufrió tal sacudida que por poco tropieza con sus propios pies—. Una amiga mía inaugura un restaurante mañana y SN Garden ha participado en la decoración con un increíble jardín vertical. ¿Te gustaría venir?

Le hubiera encantado recibir un «sí» por respuesta. Iba a ser un momento muy importante para Ywen y Gavin, pero para él también y, sin saber por qué, la presencia de Katherina le hubiera aportado valor añadido al día.

—No puedo, tengo trabajo. —Tragó saliva para que la mentira pasara con mayor facilidad y retrocedió un paso al ver que Scott se acercaba.

—Mentirosa. Sé que mañana es tu día libre. Lo comentaste el martes pasado.

Aprovechó de nuevo la cercanía para aspirar el aroma que Katherina llevaba adherido a la ropa. Parecía como si todo el frescor de la naturaleza se hubiera concentrado en ella para torturarlo. Estar a su lado resultaba adictivo. El problema era que, cuanto más avanzaba, menos posibilidades tenía de retirarse a tiempo. No debía perder de vista la relación profesional que los unía, ni la línea imaginaria que separaba lo que estaba bien de lo que era una soberana estupidez. Pero la tentación era demasiado acuciante y no pudo resistirse a un roce. Un casto roce de dedos que les quemó la piel antes de que ella se apartara y saliera del jardín con el corazón dando brincos sin explicación posible.

Ywen y Gavin se conocieron en Yakarta, Indonesia. Para él, era otro tedioso viaje de negocios. Nada nuevo. Moverse en el mundo de las finanzas y realizar transacciones millonarias a miles de millas de casa, en ocasiones podía resultar

excitante. Pero, después de tanto tiempo, viajar empezaba a ser aburrido.

No obstante, el destino había preparado una grata sorpresa para Gavin y, en una recepción organizada por la empresa anfitriona, conoció a una exótica camarera que lo amonestó por ponerle mala cara a un plato delicioso y le robó el corazón. Se enamoraron y, meses más tarde, se casaron.

Después de algún tiempo, Gavin se estableció por cuenta propia. Abandonó los grandes viajes, los contratos de vértigo y las negociaciones a gran escala, y se centró en asesorar y ayudar a pequeñas y medianas empresas, como la de Scott Nolan.

La idea de montar un restaurante para dar salida a la creatividad de Ywen surgió una noche de cena entre amigos. Ella, de temperamento tranquilo y una modestia celestial, creyó que no era más que otra tomadura de pelo de su marido, una diversión para Lana, Roberta y Scott, que disfrutaban sacándola de sus casillas. Pero la propuesta se hizo fuerte, Gavin se encargó de demostrarle que su cocina era mejor que mucha de la basura que comían en sitios de renombre y, una noche de sábado, entre risas y copas de vino, ella dijo sí.

Cuando Scott llegó al 122 de East Avenue, donde iba a celebrarse la inauguración, reconoció que no había visto a una pareja tan feliz en su vida. Sin soltarse de la mano de un orgulloso Gavin, Ywen hizo los honores y cortó la cinta que Lana y Robbin sujetaban a la entrada del restaurante.

«El jardín de Ywen», ese fue el nombre que eligieron después de mil tormentas de ideas. La carta estaba repleta de suculentos platos, al más puro estilo oriental, pero con el toque fusión que la chef había perfeccionado. El local, una antigua parroquia protestante en el distrito financiero —que Gavin había conseguido por un precio absurdo—, había sufrido una reforma tan radical que incluso los vecinos de los alrededores se sorprendieron del cambio. Se esforzó muchísimo en que todo tuviera la armonía de las costumbres indonesias, que la decoración fuera en consonancia con su forma de ser, que se respirara el ambiente de las tradiciones ancestrales. Una fusión, una mezcla entre el pasado y el presente con un resultado innovador y un futuro prometedor.

—Este lugar también es un poco tuyo —le dijo Gavin a Scott cuando le estrechó la mano con afecto y se abrazó a él.

—¡Bah! ¿No irás a ponerte sentimental conmigo? —bromeó. Siempre se había sentido incómodo con la gratitud de las personas y, cuando eran sus amigos los que trataban de tocarle la fibra sensible, era peor.

—¿No estás orgulloso del trabajo que has hecho? —le preguntó Gavin, que le ofreció una copa de vino en cuanto el camarero pasó por su lado—. La gente no habla de otra cosa desde que han entrado. Es espectacular.

—¡Esto es espectacular! —exclamó al tiempo que tomaba de otra bandeja un

rollito de atún con aguacate y miel y lo degustaba con un sonoro gemido de satisfacción.

Aunque no quisiera admitirlo, aunque el objetivo era que todo el mundo hablara de las delicias que servía el restaurante, cada vez que miraba hacia el jardín vertical que había construido, lo recorría una oleada de satisfacción. La roca natural cubría la pared del techo al suelo y las diferentes especies de plantas y flores que había utilizado anidaban en la piedra como si fuera su medio natural. Había supuesto muchos meses de trabajo fuera del horario de SN Garden, pero había valido la pena. Había integrado en la pared un complejo sistema de riego que dejaba un pequeño rastro de agua en la roca, allí donde las especies húmedas lo requerían. Las luces, los detalles, como la pecera que se veía entre las piedras, y la forma colgante de algunas plantas, completaban una composición magistral que tenía a medio restaurante boquiabierto.

—Te has lucido bien —masculló Robbin, un poco molesta porque la hubiera excluido de aquel proyecto tan personal—. Reconozco que me sentó fatal que no me dejaras participar y me había propuesto criticarlo en cuanto viera el resultado, pero ahora que estoy aquí solo puedo felicitarte. Es maravilloso.

—No te dejé participar porque me lo tomé como algo muy mío en una época bastante mala, ya lo sabes. Necesitaba estar solo.

—Lo sé —coincidió. Había estado al borde de rendirse y volverse loco. No atendía a razones, ni siquiera cuando la amenaza de ir a la cárcel planeaba sobre su cabeza. Pero siempre había sabido sacar partido a las peores circunstancias de su vida y todos sabían que cuando Scott tocaba fondo su creatividad se elevaba a la máxima potencia. De cualquier forma, aunque las locas ideas de su jefe reportaban buenos contratos a la empresa, no le gustaba ver el estado lamentable en el que se sumía durante semanas. Prefería un Scott Nolan sereno y cabal—. Espero que no vuelvas a tener estos ataques de ingenio en mucho tiempo, la verdad.

—¿Eso que huelo a distancia es envidia, duende? —bromeó.

—¿Envidia? No, jefe, eso que hueles son los extraños aperitivos de Ywen —respondió.

Un camarero llegó hasta ellos con una bandeja de originales bocaditos que desprendían un olor delicioso. Scott tomó uno para él y le ofreció otro a Robbin que, de inmediato, se lo llevó a la boca para degustar el maravilloso combinado de ostras con algún tipo de salsa de verduras y frutos secos.

Antes de que Scott se llevara a los labios el refrigerio, apareció Lana como un vendaval y se lo arrebató de las manos.

—Este es para mí. —Lo ingirió sin prestar atención a la expresión confusa de Scott y sonrió de esa forma angelical que lo obligaba a perdonar cualquier cosa

—. Tú no deberías ni olerlos, llevan cacahuetes. —Su carcajada fue tan desmedida como la reacción de su jefe, que dio un paso atrás y levantó las manos como si hubiera visto al mismísimo Lucifer—. Te acabo de salvar la vida. Ahora dime que me vas a subir el sueldo y estamos en paz.

Tenía una alergia severa y prefirió no recordar el último suceso que los tuvo en urgencias varias horas. Le agradeció a Lana su magistral interrupción con un sonoro beso y, con un movimiento de cabeza, dejó claro que no habría revisión salarial por el momento. Siempre se comportaba como una madre: protectora, amorosa... Aunque todos conocían a la fiera de carácter explosivo que se ocultaba debajo de aquella imagen de mujer prudente y recatada.

—Quiero que conozcáis al tipo del gimnasio que le habló de nosotros a los de Lambert. Os va a caer genial.

Siguieron a Lana hasta la barra del restaurante, donde un cocinero japonés hacía las delicias de los espectadores con una exhibición de cocina en directo. Fue imposible no fijarse en la anchura de la espalda hacia la que se dirigían. El tipo que Lana conocía era un armario gigantesco, con el cuello de un toro y unos brazos que podrían partir nueces con los bíceps. A simple vista, tenía pinta de luchador de *pressing*, con el pelo cortado a cepillo y de un color tan claro que se le veía la piel rosada del cráneo.

—Solo le falta ir vestido de *lycra* —le susurró Scott a Robbin con disimulo.

—¡Adrik! —exclamó Lana al tiempo que dispensaba un manotazo en el abdomen de Scott para que se comportara como era debido—. ¡Me alegro de que hayas podido venir!

—Te dije que lo haría. Me gusta experimentar con la comida y todo lo que he probado hasta ahora es una delicia —comentó sonriente. Scott emitió un leve carraspeo al escucharlo hablar. No solo tenía un marcado acento de Europa del este, el tono de la voz era demasiado agudo para un hombre de su talla y la forma de utilizar las palabras resultaba afeminada—. Y ese jardín vertical es... ¡una maravilla!

—Pues te presento a Scott Nolan, el artífice del trabajo.

—¿Scott? —preguntó la voz de una mujer, oculta tras el ruso.

Vaya, vaya, vaya, pensó Adrik al percibir el azoramiento de Katherina. Por fin había logrado que lo acompañara a cenar una noche y la había llevado allí con el fin de que se olvidara de los problemas del hotel. Pero, al parecer, tenía cierta predisposición a que dichos problemas aparecieran en cualquier situación y esa, precisamente, era de lo más oportuna. Por fin conocía al controvertido Scott Nolan.

—Veo que el trabajo te ha dejado tiempo para salir un poco. Me alegro. — Scott levantó la copa en un brindis vago y se bebió el poco vino que le quedaba.

Se quedó desconcertada. Si encontrarlo allí había sido una irritante casualidad, el hecho de que le hablara con tanta desgana la enojó mucho más, sin motivo.

—Tenía asuntos que gestionar y acabé temprano. —Creyó oportuno justificarse con la misma indolencia, pero después de hacerlo se arrepintió. No tenía por qué explicarle nada.

—Katherina es muy estricta con su tiempo —intervino Adrik, que se lo estaba pasando en grande intentando interceptar mensajes subliminares en la tensión que se creó entre ellos—. Si no tiras de ella con fuerza no conseguirás que se mueva del despacho.

La conversación se desvió hacia otros temas mucho más divertidos que la jornada laboral de la gerente del *resort*, pero entre ellos creció una especie de hilo invisible que los obligaba a mirar hacia el lugar donde se encontrara el otro, un hilo del que Adrik no tardó en tirar.

—No me habías dicho que el jardinero era tan atractivo —le comentó como si nada a Katherina en cuanto se quedaron solos—. Entiendo que te sientas así. Yo también pensaría en construir un jardín si lo fuera a tener a él de rodillas plantando las semillas.

—Eres un salido —masculló con la copa apoyada en los labios—. Es un empleado, su empresa trabaja para mí y va contra las normas...

—Esas normas son una mierda y lo sabes. Sálatelas y vive un poco —le recomendó sin apartar la vista de Scott Nolan, que conversaba con el marido de la chef.

—¿Por qué siempre imaginas cosas que no son? ¿No te das cuenta de que no me interesa ese hombre? —Parecer tranquila era fundamental, sobre todo delante de alguien como Adrik, que podía leer en ella sin mirarla siquiera, pero no podía respirar con normalidad. Ya fuera por el ambiente cargado o por las sensaciones que estaba experimentando, sintió la necesidad de sacar el inhalador del bolso y sujetarlo con fuerza entre los dedos.

—Desde que el jardinero entró en tu mundo te he visto utilizar ese trasto más que en toda nuestra amistad. Creo que eso significa algo, ¿tú no?

—No me interesa. Y ya está bien.

—Tranquila, *ledyanaya printsessa*.^[10] Estoy seguro de que a tu amigo Nolan tampoco le interesas demasiado. Tiene cosas más importantes que hacer esta noche.

No entendió el comentario hasta que vio a las dos mujeres que se habían unido al corrillo en el que se encontraba Scott. Le pareció que lo tocaban demasiado, que le sonreían demasiado, que parloteaban demasiado, y que él les seguía el juego con... ¿incomodidad? ¿De verdad estaba incómodo? Lo parecía, aunque no lo conocía lo suficiente como para saberlo y no perdería el tiempo con algo

que la traía sin cuidado.

Aprovechó que Adrik entablaba conversación con Lana Klein, la contable de SN Garden, y trató de pasar desapercibida mientras observaba al resto de los invitados. El ambiente era festivo, la anfitriona estaba espléndida con su vestido de corte oriental y la comida era una delicia para el paladar. Le encantaría regresar a cenar con más calma, sin la aglomeración de gente que tanto le molestaba y sin él, porque, aunque intentara mostrarse serena, no podía engañarse a sí misma. La presencia de Scott se había convertido en el foco de la noche.

Lo localizó de nuevo entre los asistentes y ya no pudo apartar la vista. Iba vestido de manera informal en comparación con otros de los hombres que habían asistido. Llevaba unos pantalones vaqueros azul oscuro muy bien combinados con una camisa de rayas blancas y azules. Había dejado la chaqueta de paño por algún lado, pero recordaba que era azul marino, con coderas, y que le sentaba de maravilla.

Se había cortado el pelo. Las greñas que le rozaban la nuca habían desaparecido y llevaba unas gafas diferentes, más elegantes que las de pasta negra que se ponía para trabajar. Era condenadamente seductor y buena prueba de ello era el círculo de mujeres que lo escuchaban embobadas mientras él les contaba algún secreto relacionado con el jardín vertical.

—Hola —la saludó una voz que apareció a su lado como por arte de magia—. No nos han presentado antes. Soy Roberta Giles, la creativa de SN Garden, aunque Scott siempre me llama Robbin.

—¡Oh, sí! Roberta Giles, es cierto. —Le tendió la mano con cordialidad y agradeció que desviara su atención hacia otra parte—. Permíteme que te diga que tienes un nombre precioso, Roberta. ¿Por qué te llama Robbin?

—Porque tiene la fea costumbre de acortar todos los nombres —le explicó al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Si todavía no te ha llamado Kat o Kathe, no tardará en hacerlo.

Eso no pasará, pensó. Sería dar otro paso más fuera de la correcta relación entre empleado y empleadora, y ya habían dado algunos que la tenían escandalizada como a una virginal damisela. Se lo permitió con Maximilian porque le resultó gracioso que lo llamara Mix, pero no habría más concesiones al respecto.

Volvió a mirarlo y sintió que algo muy cálido se extendía por el cuerpo al verlo sonreír. Era una risa sincera, divertida, con un punto tentador y la acompañaba muy bien con el interés de los ojos y con el movimiento de las manos.

—Es un buen tío. Un poco desordenado y con un grave problema de

puntualidad, como ya has podido comprobar, pero es genial —le dijo Robbin al ver que Katherina tenía sus ojos puestos en Scott.

—¿Es buen jefe?

—Es el mejor. Trabajador, comprensivo, con unas ideas revolucionarias sensacionales —lo halagó. El interés de la gerente en Scott se hizo tan obvio que Robbin tuvo que ocultar una sonrisa cómplice tras la copa—. Te conquistará. Me refiero a su trabajo —le aclaró.

—Sí, por supuesto —respondió absorta en el movimiento de los labios de Scott en la distancia. Se le formaban unas arrugas muy sensuales en las comisuras que la tenían cautiva—. Sé que lo haréis bien.

Después de la conversación con la chica de pelo azul y cara de duende travieso, buscó a Adrik por el restaurante para que la llevara de vuelta a casa. No es que fuera muy tarde, ni que no estuviera a gusto en aquel lugar, pero la tensión que notaba en la nuca y el dolor de pies provocado por los tacones, comenzaban a ser un fastidio y en lo único que podía pensar era la comodidad de su dormitorio, en los ronroneos de Maximilian y en un sueño reparador que la dejara fuera del mundo por unas horas.

Caminó estirando el cuello para ver por encima de los invitados, hasta que se encontró frente al jardín vertical. Había querido acercarse a admirar los detalles y no lo había hecho porque Scott siempre estaba merodeando cerca. Miró a un lado y a otro con disimulo y comprobó que no había rastro de él, por lo que se dio un respiro y contempló aquella obra de arte con admiración.

Scott salió de cuarto de baño dispuesto a marcharse del restaurante. Había socializado ya para el resto del mes. Si hubiera sido el tipo irresponsable y decidido que era hacía poco más de un año, se hubiera marchado acompañado de alguna de las mujeres que habían pasado la velada insinuándose sin pudor. Pero estaba cansado, el trabajo duro le estaba pasando factura y notaba cierta presión haciendo mella tras los párpados.

Hizo un barrido rápido con la mirada para localizar a Robbin, a Lana o a Gavin e indicarles que se marchaba, cuando la vio. Estaba parada frente al jardín vertical y la sensación que lo recorrió no debía ser del mundo en el que vivían. Los ojos de Katherina brillaban como si pudiera ver en la piedra cada segundo de ternura que había depositado en ese trabajo tan especial. Llenó los pulmones de aire, lo soltó poco a poco y obligó al corazón a latir paciente. Solo era una mujer más, una que no estaba a su alcance.

—Es increíble —susurró Katherina cuando Scott se colocó a su lado en silencio. No podía dejar de admirar tan bella composición, aunque era a él a quien veía por todas partes—. Es un gran trabajo. Puedes sentirte orgulloso.

—Lo estoy. Pero solo es un detalle sin importancia en comparación con lo que

ellos hacen por mí. —Alzó la mano para despedirse de un amigo de Gavin y le guiñó un ojo a la mujer que lo acompañaba. Recibió de otro asistente una palmada en la espalda y aceptó las felicitaciones por el jardín que daba nombre al restaurante—. ¿Quieres tomar algo?

—¿Siempre te pasa esto? —preguntó Katherina, que no perdía detalle de la reacción de la gente al cruzarse con él. En la mirada de los hombres había aprecio y admiración; en la de las mujeres deseo y más deseo—. Me refiero a cómo se comportan todos cuando estás cerca.

—No sé qué quieres decir con eso. ¿Cómo se comportan?

—Vamos, no me digas que no te das cuenta —insistió, molesta. Una señora, que podía ser su madre, le había lanzado un beso hacía menos de un segundo, la gente brindaba con él en la distancia y no perdían la oportunidad de aproximarse cuando Scott les correspondía. Estaba en su ambiente y se movía igual que los peces de colores que había dentro de la pecera, con fluidez, con gracia, con sensualidad—. Eres el centro de atención, más incluso que la propietaria del restaurante.

—Estás exagerando —le discutió, aunque, en parte, llevaba razón y resultaba cargante. Gavin le había dicho a todo el mundo quién había sido el artífice de semejante extravagancia y se había molestado por ello. Ahora era Katherina la que le hacía ver que su don de gentes eclipsaba la inauguración—. No tiene importancia.

—Bueno, estoy segura de que para Ywen Winters tiene muchísima importancia.

La entendió mal. Creyó que hablaba de robarle el protagonismo a su amiga, creyó que lo acusaba de no mantenerse al margen para que fuera Ywen quien recibiera los parabienes de todos los asistentes y, por un instante, se miró a sí mismo con los ojos de otro y aborreció ser como era. Pero ¿qué derecho tenía ella a recriminarle algo así? No lo conocía, no sabía nada de él.

Antes de decir algo inadecuado para justificarse y cometer una estupidez, prefirió huir. Estaba demasiado cansado, cabreado y harto de dar explicaciones que a nadie le importaban. La dejó esperando su respuesta, y ni se molestó en mirarla por encima del hombro.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —exclamó Katherina sin entender qué había pasado. Lo siguió entre la gente, esquivando a los invitados para no chocar con ellos y cuando lo tuvo al alcance de la mano, lo cogió del brazo e intentó frenarlo—. ¡Scott! ¿Qué pasa?

¡A la mierda el ser prudente! Apretó las mandíbulas, farfulló una maldición y aprovechó que pasaban delante del pasillo de los servicios para arrinconarla en la oscuridad, fuera de la vista de los demás.

—Yo no tengo la culpa de que la gente sea tan superficial —pronunció a muy poca distancia de ella. Los ojos azules de Katherina se abrieron escandalizados y, cuando intentó defenderse, no la dejó hablar—. Yo solo le hice un regalo a una de mis mejores amigas, le hice lo mejor que sé hacer. No me gusta que me acusen de querer ser el centro de atención, ni voy a consentir que me hagas sentir culpable por...

—No... no te he acusado... Yo no... Te estás equivocando —lo interrumpió azorada. En algún punto de la conversación todo se había vuelto del revés y estaba claro que Scott no había entendido el sentido de sus palabras. Mientras ella pretendía halagarlo, él lo tomó como un insulto—. Solo quería que supieras que es un regalo magnífico. Aunque tú pretendas quitarle importancia, estoy segura de que Ywen Winters estará muy agradecida. Eso era lo que quería decir. —Estaba acorralada, tanto por el cuerpo de Scott como por sus ojos. También se sintió una idiota por perder la templanza de la que siempre hacía gala, por hacer cumplidos cuando no se le daba bien, por permitir que le afectase la cercanía de un hombre y no saber cómo manejar la situación—. Y ahora, si no te importa, deja que me vaya.

Eso no entraba en los planes de Scott. Se había extralimitado con su discurso y había quedado en evidencia, pero ¿dejarla marchar? Ni hablar. Afianzó la mano que le sujetaba la cintura y movió los dedos para percibir el suave tacto de la tela del vestido. Era sobrio, de un sencillo tono burdeos y ribeteado por una hilera de flores azules, tan claras como el tono de sus ojos, tan liviano que se le pegaba a las curvas con cada movimiento y había constituido una tortura para él cada vez que decidía sentarse en el taburete de la barra.

—No me gusta que...

—... que te toquen —acabó por ella—. Ya lo sé

Se arrimó un poco más y vio como sostenía una exhalación. Le encantaba cuando hacía eso, su imaginación echaba a volar al escuchar esos pequeños jadeos entrecortados. El reloj se detenía para darles tiempo extra para mirarse.

—¿Qué estás haciendo? —susurró al sentir la mano de Scott ascender por el costado. Las piernas se le habían quedado inmóviles ante una invasión de espacio tan descarada y, en lugar de empujarlo y salir corriendo, se encontró humedeciéndose los labios y temblando como una colegiala.

—Siento lo que te he dicho —se disculpó—. No soy muy bueno recibiendo cumplidos. Te malinterpreté.

—No pasa nada. No tiene...

Los nudillos de Scott le acariciaron la suave piel de la mejilla y le impidieron continuar con lo que estaba diciendo. Debía ponerle fin a aquello, detener las caricias, acabar con la proximidad y con lo que le burbujeaba en el estómago,

pero no podía. No quería. El roce se demoró al pasar por encima de los labios, que se abrieron con voluntad propia, y soltaron el aliento que habían estado guardando para él.

—Eres preciosa —afirmó sin pensar.

—No... no hagas eso...

Notó la respiración más pesada de lo normal, el calor ascendiendo por las extremidades inferiores hasta concentrarse en una zona demasiado íntima, las terminaciones nerviosas a punto de arder y la cabeza vacía de cualquier cosa que no fueran los labios de Scott acercándose a cámara lenta. Dejó de sonar la música ambiente, dejó de escuchar las conversaciones dispares de los invitados que quedaban, olvidó el tintineo de las copas y se concentró en seguir inhalando aire.

—¿Que no haga qué? —preguntó él, perdido desde el principio en un juego de seducción que le quemaba los pulmones con cada inhalación de su perfume—. ¿Que no me acerque? ¿Que no te toque? ¿Que no te mire? ¿Que no te huela?

—Trabajas para mí. —Debía recuperar un poco de integridad si quería salir de allí con la cabeza alta. Quería decirle que no la besara, pero mentiría—. No... no te conozco y esto va más allá de la poca confianza que tenemos.

—Cena conmigo, entonces. Conóceme —le susurró a escasas pulgadas de acariciarle los labios con los suyos. Si el primer roce se producía, ya nada lo podría detener—. Vámonos. Ahora. Tú y yo. No tiene que pasar nada que no quieras.

—No puedo...

—Sí puedes. —Se apretó más contra ella hasta que el cuerpo de Scott la ocultó por completo—. Cena conmigo. Solo una cena.

—No puedo. —Intentó zafarse de él, pero lo hizo con poco convencimiento—. Deja que me vaya.

—Voy a besarte.

—¡No! —exclamó Katherina—. Scott, esto no es un juego. Soy tu jefa...

—No lo eres, solo trabajas para la persona que me ha contratado.

—¡Da igual! —Se removió inquieta y empleó más fuerza para alejarlo de ella. Se estaba asfixiando con su cercanía y le sería imposible sacar el inhalador si él no le dejaba espacio.

—Si no cenas conmigo pienso besarte y será un espectáculo tan increíble que perdurará en la memoria de quien nos vea —alardeó con una sonrisa torcida. El encanto se había roto, había perdido la oportunidad de comprobar a qué sabían esos labios perfectos, pero había algo en ella que lo empujaba a seguir intentándolo—. ¿Qué decides?

—No puedo hacer esto...

—¿Por qué? —De repente, un mar de dudas se le vino encima y tragó saliva de forma audible. ¿Y si estaba casada? ¿Y si tenía una relación? ¿Y si se estaba comportando como un gilipollas?—. Dame una buena razón y desistiré.

—Porque soy tu... —Scott levantó una ceja y Katherina supo que la excusa de ser la jefa ya no iba a funcionar—. ¡Está bien! ¡Cenaré contigo! —Estaba cabreada consigo misma por ser tan débil y la enfurecía más aún ver la expresión de triunfo en los ojos azules de Scott, pero era excitante. Debía ser eso, porque no había explicación para el cosquilleo que notaba en el vientre, ni para la sensación de libertad que la envolvía cuando cedía a los impulsos que él le provocaba—. Tengo dos condiciones.

—¡Oh, vaya! Eso sí que no lo esperaba.

—Saldremos de aquí por separado. No creo que sea un problema despistar a Adrik, pero si él insiste en acompañarme tendré que...

—No será un problema. ¿Cuál es la segunda? —Apoyó una mano por encima de la cabeza de Katherina y se aproximó un poco más, hasta que los botones de la camisa rozaron los firmes montículos de esos senos que se moría por descubrir.

—No me tocarás, de ninguna manera. Cenaremos como si fuéramos amigos, pagaremos a medias y, al acabar, tú a tu casa y yo a la mía. ¿De acuerdo?

Scott fingió pensarlo para darle más interés al tema y entró en el juego.

—Vale, aceptaré tus condiciones si tú aceptas las mías. —Katherina asintió—. Primera: no hablaremos de trabajo. Nada que tenga que ver con Lambert y eso incluye a Víctor, a su madre o al *resort*.

—Es aceptable. ¿Y la segunda?

—Me darás un beso de buenas noches si crees que me lo merezco.

—¿Lo decidiré yo? —preguntó con asombro. Era demasiado fácil. Scott asintió y el movimiento le descolocó un mechón de pelo que le cruzó la frente. Él no se inmutó, pero Katherina tuvo deseos de retirárselo con los dedos y acariciarle el rostro como hacía Yelena cuando era niña—. ¿Y respetarás lo que decida?

—Siempre que sea justo...

—Respetarás la decisión que tome sin oponerte. ¿Prometido?

—Prometido —claudicó con fastidio.

Puso los ojos en blanco y se sopló el pelo que le tapaba el ojo. Katherina Kovaleva era la mujer más ingenua y dulce de todas las que había conocido. ¿Es que esa chica no había oído que si cruzabas los dedos las promesas no tenían valor?

[\[10\]](#). Princesa de hielo. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 11

Verte un solo instante para no verte más, dama de noche. Estaría toda mi vida esperándote, aunque las espinas fueran lo último que sintiera mi piel.

Nunca pensó en llevar a alguien a aquel lugar especial antes de estrenarlo con la persona con la que siempre había soñado ir. Quizá porque era un sitio solo suyo, de su más privada intimidad, en el que las únicas máscaras que se veían eran las que lucían los actores que interpretaban sobre el escenario de piedra. Quizá porque siempre había deseado llevarla a *ella*, disfrutar del tiempo y del aire libre junto a su chica, su amor, el motor que lo hacía avanzar en la vida, y ese sueño aún no se había podido cumplir.

Quería impresionar a Katherina con algo que la obligara a mirarlo de un modo diferente y, por más vueltas que le dio mientras escapaban de la fiesta en dirección a la camioneta, no encontró nada que le pareciera más adecuado que abrirle las puertas de aquel espacio en el que se sentía realmente él mismo, a solas con sus pensamientos. Pero justo en el momento en que tomaban la avenida Clinton en dirección a Highland Park, la idea empezó a atragantársele. El absurdo sentimiento de que estaba traicionando a otra chica en favor de alguien a quien ni siquiera conocía, comenzó a pasarle factura y se vio obligado a toser un par de veces y aflojarse el cuello de la camisa.

—¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa —respondió serio, sin apartar la mirada de la carretera—. Tengo que hacer una parada antes, si no te importa.

Empezó a dudar ante el tono impersonal de Scott. Estaba dentro de una camioneta bastante sucia, al lado de un hombre que la ponía nerviosa; un hombre por el que había dejado caer una buena porción de la muralla que la protegía contra el género masculino. El brillo en los ojos de Scott había desaparecido, la sensualidad en su voz había dejado paso a una frialdad que ella dominaba bien y el ambiente distendido y cómplice que habían creado al salir de El jardín de Ywen había quedado reducido a un silencio incómodo que no tenía por qué aguantar.

—No sé si esto ha sido una buena idea —susurró—. Sería mejor que me llevaras...

—Tranquila, ¿vale? —Quería cenar con ella, hablar de cosas sin importancia y

pasar un rato agradable, aunque estuvo a un paso de aceptar su retirada y acabar la noche como cabía esperar: solo—. No tardaré.

Entró en el *parking* del supermercado y detuvo la *pick-up* frente a la puerta de un bar de aspecto grasiento y destartalado. No había gente a esas horas, al menos no se veía a nadie a través de las amplias cristaleras empañadas, pero Scott entró convencido de que Rita, la cocinera, le prepararía algo para llevar sin que de sus labios saliera ni una sola pega. Los bocadillos de carne en salsa que preparaba eran asombrosos.

—¿Qué pasa hoy, niño? ¿Cena para dos? ¿Hay algo que quieras confesar a esta anciana? —curioseó la mujer, acostumbrada a poner en la bolsa de Scott solo una ración.

Conoció a Rita poco después de llegar a Rochester. Un día fue a parar a su bar y, desde entonces, no había encontrado bocadillos de carne en salsa más sabrosos que los suyos. Siempre que necesitaba a alguien que le cortara el césped mientras ella andaba entre fogones, Scott se ofrecía sin pedir nada a cambio. Con los años, se estableció una relación casi familiar y, aunque no tenía tiempo de pasar por allí tanto como le gustaría, siempre que iba lo recibía como a uno de sus hijos.

—No te hagas ilusiones. Solo intento impresionar a mi nueva jefa —le explicó con un guiño pícaro—. Por cierto, necesito que me prestes un par de mantas de las de siempre.

—¿Intentas impresionarla llevándola al parque? Debe gustarte mucho, entonces.

Scott puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. No le gustaba Katherina, al menos no más que las demás mujeres con las que se acostaba. Pero era intrigante y, con su forma de ser y sus negativas, había logrado que se convirtiera en un reto. Eso era lo que se repetía en su cabeza sin cesar, aunque en un rincón del alma, muy al fondo de los sentimientos, algo le decía que, si estaba dispuesto a llevarla al parque, era porque había motivos más fuertes que un simple revolcón.

—Me han dicho que esta noche va a estar a reventar. —Rita le pasó una bolsa con la cena y otra con las mantas de franela que desprendían un maravilloso olor a lilas. Lo notó más taciturno de lo normal, como si librara una batalla consigo mismo y no tuviera las de ganar. No había que ser muy inteligente para saber que el motivo de su inquietud esperaba en el coche y sintió lástima por él. Había una herida muy profunda en el corazón de ese chico y nadie le había enseñado a sobreponerse del dolor—. Esa jefa tuya... ¿tiene posibilidades?

—Creo que ya sabes que yo solo tengo ojos para ti. —Un nuevo guiño hizo sonrojar a la mujer, que lo echó del establecimiento barriéndolo con las manos y

le deseó suerte en silencio. Era un corazón triste que llevaba demasiado tiempo solo.

Salió del bar a buen paso y dejó las bolsas en la parte trasera de la *pick-up*. Arrancó sin decir ni una palabra, con los ojos interrogantes de Katherina clavados en él. Recorrieron en silencio la poca distancia que había hasta Highland Park sin palabras, sin música en la radio, pero con un buen puñado de emociones volviéndolos locos a ambos.

—Ahora, a pie —anunció al abrirle la puerta—. No hay mucha distancia, pero si quieres quitarte los zapatos irás más cómoda.

—Creí que íbamos a cenar a algún sitio. ¿Qué hacemos en el parque? —En un acto inconsciente, que respondió a la sugerencia de Scott, se quitó los zapatos y se los dio a él disfrutando del roce de la hierba mullida en la planta de los pies.

—Vamos a cenar en el mejor lugar del mundo. —Y dicho eso, abrazó las bolsas de papel y le tendió la mano para guiarla por la zona menos iluminada del parque.

La familiaridad con que enredaron los dedos fue casi tan desconcertante como el hecho en sí. Las manos se reconocieron sin vergüenza y se acoplaron a la perfección para disfrutar del roce de las pieles al caminar.

Cuando Katherina vio dónde la llevaba, el primer impulso fue salir corriendo. Cientos de personas se arremolinaban frente al pequeño escenario de piedra en el centro de aquel emblemático parque. Las mantas cubrían el suelo de mil colores y familias enteras daban buena cuenta de sus cenas, al más puro estilo del 4 de julio.

—¿Por qué hay tanta gente?

Siguió los pasos de Scott hasta que este consideró que ya habían avanzado suficiente y dejó caer las bolsas junto a unos arbustos perfectamente podados. Estaban alejados de la multitud y la visibilidad no era tan buena como le hubiera gustado, pero había llegado tarde, la obra estaba a punto de comenzar y no quería andar molestando.

—Hoy es un día especial. Los miembros de la compañía Amigos de Shakespeare van a representar Romeo y Julieta. —Extrajo una de las mantas que Rita le había prestado y la extendió para que ella pudiera sentarse. A continuación, como si fuera un perfecto camarero inglés, dispuso la cena entre los dos y la animó a degustar tan exquisito manjar—. No has probado un bocadillo igual en tu vida. Estoy seguro.

Coincidió con él en cuanto su paladar recibió la ternura de la carne mezclada con la salsa de tomate y verdura. Cerró los ojos, masticó despacio para no perderse ni uno solo de los matices de semejante delicia y le dio la razón con un gruñido que demostraba lo bueno que estaba. En cuanto tragó el bocado, le

sonrió como una niña pequeña.

Traerla ha sido una idea horrible, se dijo. A partir de esa noche no podría regresar al parque sin recordar el gemido de placer que ella había emitido, o el movimiento de la lengua al retirar el resto de salsa que se le había quedado en la comisura de los labios, o la cara de satisfacción al comprobar que, contra todo pronóstico, él tenía razón y era lo mejor que había comido en mucho tiempo. Era un idiota por creer que podía controlar la situación, por llenar de recuerdos con otra el lugar que estaba predestinado a ella, por manchar el lienzo en blanco que reservaba para mil colores. Ahora ya es tarde para arrepentirse. Por lo menos haz que sea una buena noche.

—Cuéntame algo sobre ti —le pidió Scott con la voz estrangulada. Disimuló su turbación con un buen mordisco al bocadillo y se entretuvo con el papel que lo envolvía para no mirarla a los ojos—. ¿Has vivido siempre en los Estados Unidos?

—No siempre. Pasé buena parte de mi niñez en Moscú, pero nací en Washington. —Hizo una pausa para beber un poco del delicioso vino que él le había servido y para infundirse confianza. Aquello no era una cita, Scott parecía relajado con esa postura a lo indio. Ella, sin embargo, con la espalda recta y las piernas plegadas bajo el cuerpo, estaba tan tensa que los calambres no tardarían en aparecer—. Mi padre fue embajador de Rusia durante mucho tiempo. Hace cinco años, más o menos, se retiró y decidió regresar a Moscú.

—¿Y tu madre?

Si Scott no se hubiera distraído con el inicio de la obra teatral hubiera visto el resentimiento ensombreciendo la mirada de Katherina. No obstante, cuando volvió a fijarse en ella, no encontró nada por lo que preocuparse. Llevaba tanto tiempo mostrándose indiferente al tocar ese tema que ya lo abordaba con naturalidad, sin que nada de lo que dijera levantara sospechas.

—Ella es americana —respondió con sencillez y un encogimiento de hombros, pero después de un prolongado silencio, en el que aprovechó para dar otro pequeño mordisco al bocadillo, Scott la animó a decir algo más—. No tenemos muy buena relación. Me fui a vivir con mi padre cuando tenía cinco años. Luego él se casó y formamos una familia feliz. Mi madre nunca tuvo mucho tiempo para esas cosas y es mejor así, te lo aseguro.

Katherina desvió los ojos hacia el escenario y fingió prestar atención a los duelos dialectales de los actores. Las peleas entre los Montesco y los Capuleto eran magistrales y le servían para poner un poco de distancia entre ella y las emociones que se despertaban cuando hablaba de temas tan personales.

—¿Y qué hay de ti, Scott Nolan? Cuéntame tu historia.

—No hay mucho, la verdad —mintió. Le colocó la manta de sobra sobre las

piernas, en parte para librarla del fresco de la noche, en parte para ocultar que se le había subido el vestido y no podía dejar de mirarle los muslos—. Nací en Los Ángeles, mi padre murió cuando yo tenía siete años y me crié con mi madre. Estudié Biología en UCLA y me especialicé en Botánica. Ya ves, una carrera completamente vocacional. —Se rio con jovialidad y el sonido melódico y contagioso desencadenó emociones que la animaron a acompañarlo con una sonrisa—. Cuando tuve edad suficiente para establecerme por mi cuenta, lo hice. Me vine a Rochester, la ciudad de las flores, y fundé SN Garden.

—Pero estás muy lejos de tu familia...

Descartó aquel comentario con un gesto de la mano y se disculpó con algunos espectadores que les chistaron por estar hablando mientras transcurría la obra. Se acercó un poco más a ella para susurrarle una respuesta y la brisa de la noche lo envolvió con el perfume floral que desprendía el cabello de aquella mujer.

—Estoy donde quiero estar, te lo aseguro.

Tenía tantas ganas de apartarle el pelo del hombro y depositar un suave beso en el cuello que cerró los ojos e intentó imaginarlo. Era cierto, estaba exactamente donde deseaba, en el lugar perfecto. Llevaba toda la noche arrepintiéndose de haberla llevado allí, pero después de escucharla hablar con tanta naturalidad, de conversar como dos personas normales, un tanto nerviosos, se felicitó por haber descartado cualquier otro plan. Parecía a gusto, se le llenaban los ojos de un brillo precioso cuando contemplaba la obra, sonreía distraída mientras seguía con los labios las frases más conocidas de la representación y suspiraba, suspiraba para tortura de Scott pues, cada vez que lo hacía, algo en su interior lo impulsaba a recoger ese aliento con un beso.

—¿Cómo acabaste en un sitio como Lambert?

Ostorozhno!, sonó en la cabeza de Katherina, ¡cuidado! Tenía poco que contar y mucho que callar.

—Estudié administración de empresas y *marketing* y trabajé en un par de hoteles más pequeños. Supongo que le caí en gracia a Elizabeth Lambert cuando presenté mi candidatura a la gerencia del complejo —ideó sobre la marcha. No sería del agrado de esa mujer, aunque la cubrieran de diamantes.

—Cuéntame qué historia tienes con Víctor. ¿Por qué te trata de esa forma?

—¿Historia? No hay ninguna historia. —Ya sabía que debía haber cerrado la puerta a ese tema antes. No le gustaba hablar de los Lambert—. Además, estás incumpliendo tu propia norma de esta noche: nada de trabajo ni de Víctor ni de su madre.

—Vale, vale, de acuerdo. —Sintió unos irrefrenables deseos de arrimarse un poco más a ella para disfrutar del calor de su cuerpo o para ver cómo se le erizaba la piel—. ¿Y qué hay de relaciones? Aunque me arriesgue a meter la

pata, me atrevería a decir que no tienes pareja.

—No tengo tiempo para relaciones sentimentales —respondió sin más. Era cierto, sus veinticuatro horas estaban repartidas entre los Lambert, Yelena y Maximilian, y lo demás no tenía cabida, salvo los breves periodos en los que se marchaba a Moscú a ver a su padre—. El trabajo es lo primero. Tengo suficiente.

—No lo dices en serio. ¿Ni siquiera un magreo de vez en cuando? —Katherina lo miró con los ojos entrecerrados y le aseguró con el gesto que se estaba extralimitando—. ¿Me estás diciendo que prefieres encerrarte día tras día en tu despacho, escuchando las tonterías de los huéspedes, solucionando problemas entre empleados y lidiando con el mal carácter de Víctor Lambert, antes que pasar una tarde de sofá junto a alguien que te rodee con su brazo, o ir al cine y que te cojan de la mano, o leer al aire libre recostada sobre el cuerpo de alguien que te acaricie el pelo?

Katherina se quedó inmóvil y hasta sus oídos llegó la respiración pausada y cálida de Scott, cada vez más cerca. Las palabras hablaban de los anhelos que siempre había tenido, pero la persona adecuada nunca llegó y el trabajo se apoderó poco a poco de todo su tiempo.

—¿No te gustaría escaparte unos días a cualquier sitio remoto lejos de todo lo que te rodea? Una cabaña en las montañas, por ejemplo. Sin cobertura, sin televisión, solo tú y la persona que te hace feliz. Llenar la bañera, encender velas, brindar con *champagne* mientras os acariciáis la piel húmeda. Hacer el amor...

Fueron los ojos traicioneros de Katherina los que se desviaron a la boca que él mantenía entreabierta, en clara invitación a que tomara cuanto deseara. Fueron sus dedos inquietos los que se alzaron para limpiar con suavidad las pequeñas migas de pan que habían quedado suspendidas en el principio de barba de aquel mentón sin rasurar. Le retiró las gafas, por una vez limpias, y lo miró como si lo descubriera por primera vez, con rendición, cansada de detener aquello que le robaba el sueño y la desvelaba de madrugada. Fue ella la que se dejó arrastrar por una sensación que no había experimentado nunca, la que decidió recorrer el corto camino que había entre sus bocas y acariciar el labio de Scott con el suyo. El contacto fue muy sensual, el beso comenzó lento, dulce, casi inocente, pero el suspiro que se le escapó abrió la puerta a la locura y, de pronto, la mano de Scott la tomó de la nuca para profundizar más y Katherina se encontró buscándolo con el cuerpo para sentir ese abrazo del que él le había hablado.

Las manos se unieron por debajo de la manta y los dedos se entrelazaron sin necesidad de permisos ni excusas. Se acariciaron con la lengua de forma tímida, al principio; compartieron eróticos gruñidos que dieron pie a un contacto más íntimo, sin distancia entre la piel, y se adentraron juntos en una dimensión en la

que no había lugar para Romeo y Julieta ni para ninguno de los cientos de asistentes que los acompañaban en el parque. Solo eran ellos dos y un deseo descubierto que podía explotarles si no lo trataban bien.

Hacía tiempo que no besaba así a una mujer, con la mente puesta en el sabor de su saliva, en el olor de su piel, en el tacto suave de sus manos, en la belleza de un parpadeo que se rinde al fin o en el sonido de su respiración alterada, excitada. Los cinco sentidos puestos en el movimiento de unos labios que aprendían rápido y se igualaban a los suyos en exigencia.

—*Buenas noches, buenas noches, la despedida es tan dulce pena...* —se escuchó a lo lejos, como en uno de esos susurros que trae el viento junto a la melancolía.

A Scott le encantaba esa frase, aunque todas las despedidas de su vida supieran a hiel. Se estremeció al pensarlo y ralentizó el beso hasta que el roce de los labios fue suficiente. La mano que había deslizado hasta su mejilla se recreó unos instantes más, los mismos que ella tardó en abrir los ojos y mirarlo avergonzada.

—Kat... —se le escapó. Le quemaba el nombre en la lengua y pronunciarlo era como un soplo de aire fresco en el infierno.

—Esto no está bien...

Fue en ese momento que los espectadores arrancaron en aplausos y vítores. La escena lo merecía y la calidad de la representación también, pero todo aquello quedaba fuera de la burbuja que comenzaba a resquebrajarse con los remordimientos. Con todo, su corazón se detuvo el tiempo de un latido cuando Katherina apoyó la frente contra la suya y exhaló con intensidad.

Atesoró en la mente la imagen que ella le había regalado antes de separarse de nuevo y romper el contacto: el pelo se le había enredado sin remedio, se negaba a abrir los ojos y la hinchazón de los labios lo invitó a besarla una vez más. Se demoró lo justo hasta escucharla gemir de nuevo. Luego se apartó con decisión y se llevó con el pulgar la humedad que había dejado con los besos.

—Al final va a ser que sí me merecía un beso —dijo en voz baja, solo para ella, solo para poner un punto distendido y hacer que volviera a mirarlo—. ¿Te apetece que vayamos a otro sitio menos concurrido?

¡*Error!*, gritó la mente de Scott nada más formular la propuesta. Katherina se había asustado. Todo su cuerpo había recuperado la tensión que había ido perdiendo.

—Vale —masculló—, nada de ir a otro sitio. Captado. —Intentó poner toda su atención en la escena de la obra, pero que Romeo se cargara al primo de Julieta no era nada interesante en comparación con el hombro de Katherina. Lo rozó con los dedos y recibió a cambio una mirada de irritación—. ¿Tan malo ha sido?

Kat, ¿qué pasa?

—No me llames Kat y llévame a casa. Es tarde.

¡Ahí estaba de nuevo esa mujer!, se dijo Scott con fastidio. La Katherina Kovaleva del principio de los tiempos había vuelto para arruinar el fin de fiesta.

—¿No vamos a hablar de lo que ha pasado? —El rostro de Katherina ni se inmutó. Recogió los restos de la cena como una autómatas y dobló la manta para meterla a empellones dentro de la bolsa. Daba miedo cuando se mostraba así de molesta, pero Scott no iba a acobardarse. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le quitó una brizna de hierba—. No hagas eso, por favor. Solo ha sido un beso. El lunes tú seguirás siendo la gerente de Lambert Resort y yo el tipo al que has contratado para remodelar los jardines. No creo que...

—No quiero hablar de lo que ha pasado, ni ahora ni nunca. Olvídalo.

—¿Olvidarlo? ¡Ja! ¿Por qué tengo que olvidarlo? A mí me ha gustado y creo que a ti también.

—Eso no lo sabes.

—¡Por supuesto que lo sé! ¡Mírate! Todavía estas sofocada. ¿Crees que no te he escuchado gemir? ¿Crees que tu cuerpo no ha respondido a mis caricias? No sé qué demonios te pasa, pero sea lo que sea, no me digas que no has disfrutado porque no te lo crees ni tú.

—Puede que esto te funcione bien con otras mujeres, pero conmigo no. —Se paró en seco. La prepotencia de Scott y esa forma de leer en su cuerpo le hacían perder el juicio—. Pensaste que trayéndome al parque ya tenías la mitad de la batalla ganada. ¡Claro! Después solo tendrías que mostrarte encantador y esperar a que yo mordiera el anzuelo. ¡Soy idiota!

—Pero, ¿qué demonios te pasa, Katherina? ¡No te entiendo! —Y era cierto. No comprendía su reacción. No era lógico un enfado tan desmedido, ni el rencor que le brillaba en los ojos, mezclado con los restos de la pasión que habían compartido—. ¿Qué es lo que quieres?

—¡Que me llesves a casa!

La tomó de la cintura y la besó sin más. Aunque al principio mostró resistencia y manoteó sobre los hombros para apartarlo de encima, se rindió a lo inevitable y se colgó de su cuello con un suspiro. Se ordenó ser paciente y suavizar el beso exigente que le robó mientras las copas de los árboles se mecían para ellos, pero era el orgullo de Scott el que había tomado el control de la situación, un orgullo herido, apuñalado por palabras de despecho. Jamás había compartido tanto con nadie en tan poco tiempo y ella lo había echado a perder con sucias invenciones sobre otras mujeres.

El beso acabó del mismo modo que empezó, con brusquedad y rabia. Entonces sí llegó la bofetada. Fuerte, sonora e hiriente. Se midieron con los ojos,

escucharon sus respiraciones entrecortadas sin atender a nada más y, cuando Scott recuperó la poca dignidad que le quedaba, siguió caminando hasta la puerta de la camioneta.

—Te llevaré a la parada de taxis más cercana.

CAPÍTULO 12

¿Y qué si no había dormido? ¿Y qué si se había pasado la noche dando vueltas y más vueltas a lo que había pasado con Katherina? En ese momento, mientras veía amanecer desde el interior de la camioneta, estaba bien despierto y tenía las cosas muy claras.

No había nadie por la carretera a esa hora y, si tenía un poco de suerte, tampoco encontraría demasiado tráfico a la entrada de Montreal. Sabía bien dónde tenía que ir, sabía que no debía ir, pero necesitaba verla, aunque solo fuera un reflejo a través de la ventana a su dormitorio. Iba a saltarse todas las advertencias, pero se arriesgaría solo porque sentía que debía pedir perdón por la estupidez que había hecho la noche anterior al llevar a Katherina al lugar que debía ser de ellos. Solo suyo y de *ella*.

Estacionó muy cerca del edificio y paró el motor. Se le hacía raro estar ahí, como un mirón, como un acosador. ¿No era eso lo que ella había dicho de él? Daba igual. No estaba de humor para la música del centro comercial donde siempre la esperaba. Prefería ocultarse detrás de un viejo mapa de carretera que le ofrecía una excusa si alguien sospechaba de él. Era patético, pero necesitaba verla. Ella era la única que podía calmar esa quemazón que se le había instalado en corazón desde la noche anterior. Tenía tanto miedo de que esa fuera a ser su vida para siempre que no encontró mejor modo de sobreponerse que verla.

No tuvo que esperar más que una hora larga. El destino le había preparado una sorpresa sobre las diez de la mañana, cuando el portal se abrió y se encontró con la sonrisa más espectacular de cuantas hubiera visto en la vida. Iba acompañada. Era una chica a la que ya conocía de otras ocasiones. Ambas vestían ropa deportiva y llevaban sendas bolsas de lona al hombro. Bromeaban, y las carcajadas llegaron a oídos de Scott como música celestial por encima del ruido del tráfico que caracterizaba ese barrio.

Tomó la manecilla de la puerta para abrirla y seguirlas a distancia. Ya lo había hecho más veces y conocía bien dónde ocultarse para que no sospecharan. Se caló la gorra, se subió las gafas de sol y se peleó con las arrugas de la camiseta de los Rolling Stone antes de poner un pie en la acera.

Y entonces se detuvo en seco. También se detuvo su corazón. Cerró la puerta con demasiado ímpetu y regresó al interior de la camioneta. Pero el sonido en

mitad de un inoportuno silencio, captó la atención de la mujer que había salido tras las chicas. Dejó de respirar, como si eso pudiera evitar que ella lo viera, pero no funcionó.

Layla.

Lo atravesó con la mirada y tembló de frío. Había cometido un error imperdonable.

Robbin encontró a Scott garabateando palabras sobre una de esas horrendas postales de flores que le llegaban en paquetes de diez. El sinfín de papeleo desperdigado sobre la mesa del barracón que habían instalado a modo de oficina amenazaba con venírsele encima y engullirlo. A pesar de ser primera hora, parecía como si llevara allí desde la madrugada, y no se equivocaba demasiado. Los surcos oscuros que se le dibujaban bajo los ojos hablaban de lo poco que había dormido y los gruñidos que emitía eran una evidencia de que su humor no había mejorado durante los últimos días.

—Llevas toda la semana madrugando. ¿Todo bien? —se interesó Robbin, que tomó asiento frente a él mientras daba buena cuenta de la manzana que Lana le había dado antes de salir.

—No. Hay un millón de cosas que hacer y hace dos días me dijeron que varios de los operarios están con uno de esos virus estomacales. No podemos perder más tiempo ni personal. Encima la mampara tiene que llegar hoy y...

—¿Qué te pasa? —lo interrumpió. Poco le importaba el trabajo que hubiera. Desde la fiesta en el restaurante de Ywen se había comportado como un tirano y no era propio de su jefe una actitud tan abusiva. No había querido decirle nada a Lana y mucho menos a él, pero intuía cierto toque canadiense en todo aquello y no pensaba mover ni un músculo hasta que confesara—. Te llamé seis veces al móvil el domingo.

—No tengo que darte explicaciones de lo que hago, Robbin. No eres mi madre.

—No, no lo soy, por suerte para ti. —Hizo una pausa para dar otro mordisco a la fruta y masticó con parsimonia mientras él evitaba mirarla a toda costa—. Fuiste a verla, ¿no es eso? Volviste. —El bufido de Scott fue toda la respuesta que necesitó—. Lana dijo que estarías con la gerente, que estaba segura de que había visto química entre vosotros, pero yo no lo vi tan claro.

—Eres muy lista. Enhorabuena. ¿Podemos volver al trabajo?

—Scott...

—¡Ya está bien! —exclamó con un fuerte golpe en la mesa—. Fui a verla, sí.

Necesitaba verla. Pero ya está. Si estuvieras en mi situación lo comprenderías, pero como no es el caso, me gustaría que lo dejaras estar de una vez. Estoy bien, estoy centrado y ocupado, así que deja de darme la paliza con eso, ¿de acuerdo?

Si quedó convencida o no, no lo demostró. No podía contarle lo que había pasado, no podía decirle que Layla lo había visto y que llevaba cinco días esperando que la policía se personase en su apartamento. Cuanto menos supiera, mejor.

—Tenemos una reunión con Víctor Lambert y Katherina Kovaleva en media hora, pero no voy a poder ir. Tendrás que ir tú —le informó. Robbin levantó la cabeza y se sacudió como si la hubieran golpeado—. No me mires así. Solo es una reunión

—¿Por qué tengo que ir yo? —se quejó la chica.

—Porque tengo mil cosas que supervisar y no puedo entretenerme con las tonterías que quiere esa gente. —Continuó revisando planos mientras Robbin se cruzaba de brazos y golpeaba con el pie en el suelo de la caseta de obra. Se estaba comportando como un idiota, era consciente de ello, pero, después de lo ocurrido con Katherina, necesitaba mantener la distancia cuanto fuera necesario—. La mampara de separación llegará en unos minutos. Si me disculpas...

Recogió la carpeta con la documentación para el transportista y buscó en el móvil el número de teléfono del tipo que debía colocar el vinilo con el paisaje. Hacía horas que debía haber llegado. No quería sorpresas con ese tema y cuanto antes estuviera resuelto, antes se lo quitaría de la cabeza. Ojalá pudiera hacer lo mismo con el recuerdo del sábado por la noche o con el error del domingo por la mañana.

Robbin abrió la boca indignada y la cerró al segundo siguiente. Algo se le escapaba y no alcanzaba a ver qué era. No era propio de él delegar ese tipo de responsabilidades, por muy tediosas que fueran o por mucho trabajo que le esperara. Ella era capaz de supervisar la descarga de la mampara y de esperar al tipo del vinilo, como había hecho en otras ocasiones. ¿Qué había de distinto esa mañana?

La respuesta se le iluminó en la mente como una cerilla en la oscuridad. Cerró los puños y salió corriendo tras él.

—¿Te has acostado con la gerente? —atacó sin rodeos—. Contéstame. ¿Lo has hecho?

—¿Qué? ¡No! —Pero esquivó los ojos de Robbin y ese simple gesto restó credibilidad a la contestación—. No pasó nada.

—¡Oh, mierda, Scott! ¿Te la tiraste el sábado? Es eso, ¿no? Te la tiraste y ahora pretendes que todo sea como sueles hacer con el resto de mujeres...

—¡No! ¡Joder, Robbin! No es eso. ¡Y deja de hablar así! —la reprendió—. La

llevé al parque y nos besamos. Luego ella me dio una bofetada y yo la llevé a una parada de taxis. Fin de la historia.

—¿Que hiciste qué?! ¿Es que eres tonto? —le soltó Robbin antes de llegar donde el resto de operarios se daban cita para recibir las instrucciones del día—. ¿La llevaste al parque? ¿A ese parque al que siempre vas solo porque es tu lugar favorito y no quieres que nadie te moleste?

—¡Sí, a ese parque! —Levantó un dedo de advertencia y se defendió con una actitud intimidante que pocas veces utilizaba—. Ya basta de sermones, Roberta. Lo que haga con mi vida es cosa mía. Si quieres hacer el papel de madre, más te valdría tener un bebé.

—¡Oh, ya veo! ¡Qué madurez la tuya!

Robbin le dio un empujón para apartarlo y anduvo por la tierra del jardín con los puños apretados y mascullando improperios. ¡La había llamado Roberta! Solo la llamaba así cuando quería demostrar su posición de superioridad en la empresa.

—Estás volviendo al principio, estás cayendo de nuevo y no voy a dejar que toques fondo, ¿me oyes? Como no te salió bien la noche del sábado, el domingo decidiste continuar machacándote, ¿verdad? No fuiste correspondido y ahora prefieres no verla por miedo a que ella te hunda más en la miseria, ¿es eso? ¿El pequeño Scott tiene miedo? —le preguntó con una fingida vocecilla lastimosa—. ¡Jódete! ¡Bienvenido al mundo de los mortales con corazón! Tienes treinta y ocho años, supera ya esa mierda y aprende a apartar los problemas de faldas de la vida real. Te lo advertí, Scott, te dije que no te metieras en esas bragas, pero no me hiciste ni puto caso...

Varios trabajadores que se empleaban a fondo en una zanja para la nueva canalización del riego tuvieron la mala suerte de dar con sus picos en una tubería. El géiser de agua que se levantó y el griterío que la ruptura ocasionó interrumpió la agitada conversación entre Robbin y Scott y los puso en acción. Hasta que William Dreyfus no cerró la llave de paso, el agua brotó con energía y empapó a todo el que se acercó a ayudar.

—¡Qué entretenidos se encuentran esta mañana mis jardineros favoritos! —exclamó Víctor Lambert, cuya aparición los pilló calados hasta los huesos en medio del caos. Sus comentarios sarcásticos daban ganas de partírle la boca de un puñetazo y la manera que tenía de mirarlo todo, con esa superioridad insana, creaba malestar entre los trabajadores, casi tanto como el que sentían quienes lo acompañaban—. ¿Disfrutando de juegos de agua para sobrellevar el calor?

Scott efectuó un movimiento rígido de cabeza para indicarle a Robbin que fuera a secarse y regresara al trabajo. Se sacudió el agua del pelo con las manos y se limpió los ojos con los dedos para poder mirar mejor al séquito de

lameculos que rodeaban a Lambert.

—Hemos tenido un pequeño problema que ya está solucionado —se excusó—. Creí que nos reuniríamos en su despacho.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero la prensa está aquí y quieren hacer algunas fotos para el reportaje que saldrá este domingo a nivel internacional. —Señaló con un gesto de la mano a los dos hombres que lo escoltaban. Llevaban cámaras fotográficas de gran tamaño y anotaban cosas en una libreta—. Es de especial relevancia que el mundo sepa qué vamos a hacer aquí.

Katherina puso los ojos en blanco y miró el reloj impaciente. Tenían un almuerzo con Elizabeth Lambert, recién llegada de Los Ángeles, y ambos habían experimentado más de una vez lo que sucedía cuando llegaban tarde. Podía ser una auténtica pesadilla. Aunque la prisa por salir de allí tenía más que ver con lo incómoda que se sentía en presencia de Scott. Después de lo que había pasado entre ellos el sábado, solo esperaba que volvieran a las formalidades y se acabaran las miradas, los roces, las confianzas o ese burbujeo que notaba en el estómago cuando lo tenía cerca. Aun así, los días desde entonces habían transcurrido en constante sobresalto. El nombre de Scott aparecía en cualquier conversación, los empleados lo adoraban, las mujeres de la plantilla suspiraban por una sonrisa y hablaban en susurros sobre él. Y mientras, ella, en su más secreta intimidad, había deseado que irrumpiera en el despacho y cumpliera todo lo que había mencionado en el parque.

—Dame buenas noticias, Nolan. Ahora mismo no me gusta nada lo que ven mis ojos —comentó Víctor al tiempo que tomaba un casco de protección de manos de un empleado y seguía las indicaciones de los fotógrafos—. Esto es una batalla campal.

Lo era, pensó Katherina, pero no podían esperar menos teniendo en cuenta los cambios que habían planteado para aquel lugar. ¿Qué esperaba Víctor? Era una reforma y aún debían dar gracias a que los huéspedes no se estaban quejando demasiado.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en ver algún resultado de tu trabajo, Nolan? —preguntó mientras posaba de forma artificial con una pala en la mano.

El claxon de un camión a la entrada del jardín lo avisó de que las piezas de la mampara acababan de llegar. No tenía tiempo que perder si quería acabar de descargar antes de la hora de comer, pero tampoco podía despachar a Lambert tan fácilmente.

—En un par de semanas tendremos resueltos los cuadrantes uno y dos. En el plazo de dos meses...

—Cuadrantes y plazos, plazos y cuadrantes... bla, bla, bla —recitó como si fuera una poesía. No le interesaba nada de lo que dijera, lo único que quería era

parecer interesante y no lo estaba consiguiendo—. ¡Katherina, querida! Hazte una foto conmigo.

Scott se apoyó contra el tronco de un árbol y se cruzó de brazos a la espera de que la parejita acabase su particular sesión. Fue paciente porque necesitaba comentar con Lambert algunas cuestiones referentes a los pagos y disfrutó con la incomodidad de Katherina, que evitaba mirarlo. Aun así la escena le revolvió el estómago. La trataba como a una muñeca, la movía a su antojo con la mano apoyada en su cintura, hablándole a los fotógrafos como si ella no estuviera presente... Era repulsivo.

—Tardaremos años en recuperar la armonía del jardín. —Víctor abrió los brazos para abarcar todo cuando las máquinas excavadoras habían destrozado y volvió a quejarse sobre el ruido y la suciedad que aquella obra estaba generando—. Si perdemos un solo cliente por esto...

—Todo quedará perfecto, Víctor —lo aplacó Katherina, cansada de escuchar sandeces. Dirigió una mirada de disculpa a Scott y tardó más de la cuenta en reponerse al color azul intenso que encontró en sus ojos—. El jardín será maravilloso y los clientes estarán encantados. Deja de preocuparte.

—Bella como una flor e ingenua como un recién nacido. En este mundo de hombres no hay cabida para ti, querida. —Le rozó la línea de la mandíbula con un dedo y la obligó a levantar la cabeza hacia él—. Si te fías de la palabra de un obrero acabarás haciendo tú la obra. A los jardineros podemos aplicarles la misma lógica. Hay que presionar y apretarles las clavijas hasta que todo esté perfecto. Pero es comprensible que una muñequita rusa como tú no pueda entenderlo. ¿Ves por qué soy yo quien dirige este sitio, pequeña Katherina?

Scott enderezó la espalda, apretó los puños y se tragó la bilis al contemplar como Víctor le acariciaba el brazo sin que ella se inmutara lo más mínimo. ¿Dónde estaba su carácter explosivo en esos momentos?

—Las mujeres bellas sirven para dar belleza a las cosas, para satisfacer, para adornar, para contemplar, no para llevar la batuta —continuó Víctor—. Me equivoqué al ponerte al frente de este proyecto y ahora tendré que corregir todo lo que has hecho mal.

—¿Qué se supone que he hecho mal? —le preguntó en un arrebató. No le importó que los fotógrafos y Scott siguieran la conversación con evidente interés.

—Te lo explicaré en el almuerzo con mamá, querida. Seguro que delante de ella no te muestras tan altanera. —Desvió la atención a Scott y lo señaló con un dedo—. Arregla todo esto o me encargaré de que no vuelvas a pisar un jardín en tu vida, jardinero.

Dejó caer la pala y el casco y se sacudió el polvo del perfecto traje a medida.

Echó a andar sin esperar a Katherina que, consternada por la amenaza, esperó a que estuviera lejos para tomar aire y enfrentarse al silencio de Scott.

Había tantas emociones en los ojos que la miraban que no supo qué decir, ni dónde poner las manos, ni cómo empezar una conversación. Se limitó a esperar mientras el ambiente se cargaba de electricidad entre ellos y, cuando estuvo convencida de que él no hablaría, se armó de valor y dio el primer paso.

—No le hagas caso. Víctor no tiene ni idea de lo que dice.

—Que diga lo que le dé la gana. Él paga, él manda.

Katherina lamentó esas palabras y se prometió hablar con Elizabeth antes de que Víctor le fuera con mentiras sobre el trabajo de SN Garden. Estaban haciéndolo bien, el proyecto iba conforme a lo establecido y el trabajo duro se notaba en los avances. También se apreciaba en la apariencia de Scott, en las ojeras, en la barba de tres días o en lo caídos que parecían sus hombros pese a estar en tensión.

—Tienes un aspecto horrible.

Estuvo a poco de decirle que era culpa suya. Era mucho más fácil señalarla como la causante de sus problemas que asumir que el único responsable era él. El sábado por la noche no pegó ojo. El enfado y la frustración sexual lo tuvieron despierto hasta el amanecer y le nublaron el juicio por completo. Entonces vino la verdadera pesadilla. Que Layla lo hubiera visto en Montreal y no hubiera montado en cólera lo había mantenido alerta durante toda la semana, sin poder dormir del tirón más que un par de horas al día. Era especialista en acumular problemas.

La ignoró deliberadamente y pasó por su lado a grandes zancadas. La sintió tras él, escuchó el ruido que hacían los tacones al hundirse en la tierra apisonada y, de nuevo, se contuvo de gritarle que no regresara allí si no llevaba el calzado adecuado. Ni siquiera se había puesto el casco reglamentario más que para hacerse las absurdas fotos.

—¿Puedes parar?

—Estoy trabajando. —Se retiró las gafas llenas de gotas y se pasó el brazo por los ojos para secarse el agua que aún le chorreaba del pelo.

—Scott, por favor... ¡Para! —ordenó al comprobar que no podía seguirle el ritmo por el sendero.

—¿Qué demonios quieres, Katherina? —Se detuvo de golpe y retrocedió hasta resultar amenazante—. Tengo setenta y cinco metros de mampara esperando y dos hectáreas de jardín que dirigir. Di lo que tengas que decir y déjame trabajar.

Estaba arrepentida de su comportamiento en el parque. Se asustó, no pensó que un beso fuera a causarle tal revolución y tuvo miedo de no estar a la altura

de las circunstancias. Apenas tenía experiencia con hombres y él tenía demasiada confianza en sí mismo. Los días que habían transcurrido le habían servido para pensar con claridad, poner en orden las señales de su cuerpo y adoptar una actitud mucho más adulta. Le debía una disculpa a Scott, él no había hecho nada que ella no hubiera permitido, pero hasta ahí llegaría. La intimidad entre ellos debía acabarse y, por la manera en que la miraba, entendió que la decisión era mutua.

Con todo, si no le hubieran temblado tanto las manos, se las habría estampado en la cara, primero una y luego la otra. No consentía que nadie le hablara así, no se merecía ese desprecio. No iba a permitir que pagara con ella la rabia que acumulaba por culpa de Lambert, porque eso era lo que destilaba cada poro de su piel.

—Eres igual de gilipollas que él, pero al menos Víctor no lo disimula.

Para Scott el trabajo físico era como un bálsamo, conseguía aligerarle la mente. Cuando el encargado del montaje de la mampara le dio los guantes y le agradeció que les echara una mano, se concentró en descargar planchas de acero, capaz de hacerlo incluso sin la ayuda de la grúa que las levantaba del remolque. Se unió al segundo turno de montaje sin siquiera haber parado para comer, pese a las advertencias de los trabajadores. Podía considerar aquella tarea una penitencia por ser tan tonto.

—Ándate con ojo, Nolan —le advirtió uno de los hombres con el que había trabajado en alguna ocasión—. Esas jodidas planchas cortan como demonios. El mes pasado, un chico de Binghamton se rebanó dos dedos.

—Baja un poco el ritmo, muchacho —le dijo el tipo que supervisaba el montaje—. Hasta mañana no quedará instalada por completo. Ya hemos hablado con el del vinilo y...

—La mampara debe quedar lista hoy. El vinilo, mañana. A media tarde debe estar acabada. Mi gente tiene que acondicionar esta parte del jardín para que parezca que jamás ha pasado por aquí un jodido camión, ¿ha quedado claro? —ordenó sin detenerse.

—Eso no será posible, chico —trató de explicarle el encargado, un hombre sudoroso, entrado en años, con una prominente barriga—. Como te decía, hemos hablado con la empresa que ha hecho el vinilo y hay un problema que no han tenido en cuenta.

—¿Qué problema? —Ahora sí se detuvo. Era escuchar la palabra mágica y empezar a temblar.

—No había suficientes planchas de tres por tres para cubrir los setenta y cinco metros, así que hemos cargado las de cuatro metros de altura —respondió incómodo. No tendría que haber sido un problema si no fuera porque el vinilo decorativo que las cubría solo tenía tres metros de alto. Se veía la plancha gris por encima.

—¿Cómo?! ¿Y a quién cojones le han comunicado eso?! —gritó fuera de sí.

Se quitó los guantes de un tirón y buscó en el móvil el número de la persona con la que iba a pagar toda su frustración, pero para desgracia de Scott, la señal sonó hasta que la línea se cortó, una y otra vez. Después de seis intentos estampó el teléfono contra las planchas de acero, apoyadas en el camión, y se lio a patadas y puñetazos contra ellas. Ni le dolieron los golpes, ni se dio cuenta de los cortes hasta que Robbin, que había llegado corriendo al escuchar el escándalo, se puso delante de él y trató de detenerlo.

—¡Para, Scott, para! ¿Qué te pasa?! —Con lo pequeña que era y lo frágil que parecía, fue capaz de sujetarlo por los brazos y sacudirlo con fuerza. Al hacerlo, algunas gotas rojas salieron despedidas y tuvo que retroceder para ver de dónde provenían—. ¿Estás sangrando? ¡Oh, joder! ¡Estás sangrando!

Tenía un corte muy feo en el dedo gordo y otro en la palma de la misma mano. Varios hombres se acercaron a él y taponaron las heridas con lo primero que alcanzaron, pero la sangre continuaba saliendo y pronto, aquellos trapos sucios, se tornaron de un tenebroso color escarlata.

—¡Estás mal de la cabeza! ¿Dónde están las llaves de la camioneta? Hay que llevarte al hospital.

—En la caseta, en el cajón de la mesa.

—¡Sentadlo en un banco y que no se mueva! —ordenó Robbin a los hombres antes de salir corriendo a por el coche. El rostro de su jefe había perdido el color y era cuestión de tiempo que cayera a plomo en el suelo.

Katherina bajó del taxi y levantó la mirada para observar la imponente edificación que dirigía. En días como ese, se sentía tentada de mandarlo todo al garete, de aceptar una de las dos propuestas que guardaba en el armario de la cocina y olvidar que hubo un tiempo en que soñó con que Lambert Resort fuera su casa.

La comida con Elizabeth y Víctor había sido una tortura y, el hecho de que se hubieran pasado dos horas discutiendo sobre las decisiones que tomaba, fueran buenas o malas, no había contribuido a que mejorara su humor. Era de agradecer que ambos, madre e hijo, se marcharan de viaje a Los Ángeles unos días. Necesitaba volver a la normalidad, aunque esa palabra, «normalidad», había

cobrado un sentido diferente desde que Scott Nolan había irrumpido en su ordenada vida.

Cuando ya se disponía a entrar en el hotel y dejar fuera cualquier pensamiento sobre lo ocurrido con Scott, un molesto griterío le llegó desde el jardín. Se hizo visera con una mano para que el sol de la tarde no la cegara y divisó la grúa que estaba descargando la mampara. Había planchas de acero colocadas hasta la mitad del frontal y un grupo de gente que se arremolinaba en uno de los bancos junto al lugar donde estuvo el reloj de sol. Vio llegar a Martina, la enfermera, con el maletín sanitario y achicó los ojos para tratar de averiguar qué estaba sucediendo.

—¿Sabes qué ha pasado allí abajo? ¿Por qué está la enfermera en la obra? — le preguntó al portero que esperaba para abrirle la puerta.

—No tengo ni idea, señora.

Un vehículo apareció en dirección prohibida en ese preciso momento y levantó una miriada de tierra al derrapar cerca del grupo de hombres. El reflejo de la carrocería roja de la camioneta de Scott le impidió moverse. Roberta Giles iba al volante y la forma de presionar el claxon con urgencia le dio muy mala espina. En cuanto el hormiguero de hombres se disipó, lo vio, y la sangre se le quedó tan congelada en las venas que percibió el frío y se estremeció. Bajó los escalones de forma automática y fue acelerando el paso hasta recorrer los últimos metros casi trotando sobre los tacones. Martina sujetaba la mano de Scott mientras dos tipos grandes y fornidos lo llevaban prácticamente en volandas hacia la camioneta.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber de inmediato, consternada.

—Un par de cortes —le respondió la enfermera sin detenerse—. Hay que llevarlo al hospital. Necesitará sutura al menos en uno y una inyección de antitetánica.

—Eso le pasa por golpear las planchas —se rio el conductor de la grúa, que lo llevaba cogido por el brazo—. ¡Se ha vuelto loco!

—Ha sido el polvo del acero, que se sube a la cabeza —soltó otro, y palmeó la espalda de Scott con confianza sin importar que estuviera tan mareado como un pollo sin cabeza—. Demasiado trabajo, jefe. Hay que saber cuándo parar.

—¡Subidlo en el asiento de atrás! —ordenó Robbin por la ventanilla.

—Estoy bien, estoy bien —se revolvió Scott—. Solo ha sido un rasguño. ¡Soltadme!

Los hombres apartaron las manos de él y dejaron que subiera solo a la camioneta. Estaba mareado y no podía dejar de repetirse lo idiota que había sido, pero no había mal que por bien no fuera. Ya se sentía mucho mejor del cabreo.

—Llévalo al Hospital General de Rochester, es el más cercano —le indicó

Martina a Robbin una vez acomodado.

—¡Will! —exclamó Scott—. Hasta que volvamos, estás al mando. Encárgate de que la jornada acaba con los planes para hoy cumplidos o Lambert pedirá mi corazón vuelta y vuelta para desayunar mañana.

—Lambert no pedirá nada. —Katherina se abrió paso entre los trabajadores y apartó a William Dreyfus, que la miraba con sonrisa de bobo—. Víctor se va Los Ángeles en unas horas y tú eres un estúpido.

La miró resentido y podría haberla ignorado para dejarle claro que le era indiferente, pero no podía. Cuando la tenía cerca no pensaba con normalidad.

Suavizó el gesto y acabó por dejar caer los hombros frente a ella. Agotada la adrenalina, la mano comenzó a dolerle horrores y no le salió fingir un enfado que se había evaporado. Hizo una mueca que pretendía parecer una sonrisa de medio lado, y le guiñó un ojo, un gesto cálido cargado de picardía, que fue correspondido con sorpresa casi al mismo tiempo.

—Estás loco —musitó Katherina solo para sus oídos.

Fue un leve movimiento de labios que Scott captó a la perfección y, de no ser por la brusca sacudida de la camioneta al ponerse en marcha, se hubiera acercado a ella para demostrarle el verdadero significado de aquellas dos palabras.

CAPÍTULO 13

En los pétalos de una manzanilla está mi amor y en la madre Rusia mi familia. He cruzado una frontera que me da miedo y olvidaría mi nombre por ir de tu mano.

Ya había anochecido cuando Katherina levantó la cabeza y descubrió que el sol se había puesto y que se había perdido la mejor parte del día. Después de haber metido las narices en el trabajo pendiente hasta perder la noción del tiempo, el teléfono comenzó a sonar y las peticiones de última hora de Elizabeth Lambert le cayeron como una pedrada.

La organización de la fiesta de temporada que el *resort* daba cada año antes de Navidad siempre le producía dolor de cabeza. Todavía estaban en verano, quedaban meses para aquel singular acontecimiento, pero a Elizabeth le encantaba volverla loca y, en el almuerzo de mediodía, ya había dejado claro que no le iba a consentir ni un solo fallo.

Tenía que localizar la empresa que se había ocupado de la mantelería en la fiesta de los Saint Breil el año anterior, —una fiesta a la que Elizabeth ni siquiera fue—; debía llamar al representante de William Devane, el afamado actor y viejo amigo de Henry Lambert —con quien se sospechaba que había tenido un *affaire* durante su matrimonio—, pues su agenda no aceptaba compromisos que no se concertaran con meses de antelación; era de suma importancia localizar al pintor fetiche de Elizabeth, Israel Tsvaygenbaum, cuyo cuadro, *La novia*, colgó durante mucho tiempo en una de las paredes de la *suite* que los Lambert tenían en el último piso del hotel. Tenía que..., había que..., debía hacer... ¡No podía más!

Y luego estaba Scott. Cada vez que cerraba los ojos lo veía en el asiento de atrás del coche, con la mano envuelta en gasas sanguinolentas, mirándola con ojos repletos de arrepentimiento y de algo más cálido. *Maldito seductor*. Apartó de un manotazo la agenda que tenía abierta, apoyó el codo en la mesa y dejó que la cabeza reposara contra la mano. Scott Nolan era un tonto y no le agradaba en absoluto esa forma de perder los nervios. Podía haberse hecho daño de verdad, podía haber provocado una catástrofe...

—*Idiot!*

Recogió el bolso y salió del despacho, dispuesta a marcharse de una vez a casa. Una sucesión de saludos y de «buenas noches» la acompañó hasta las escaleras de piedra de la entrada principal. El coche con conductor que utilizaba

en ocasiones la esperaba paciente en la puerta, pero ella pasó de largo y bajó uno a uno los peldaños, con una lentitud exagerada, mientras sus ojos se posaban en los metros de mampara que cubrían la entrada al jardín.

Miró a un lado y a otro cuando llegó abajo y, como la niña traviesa que siempre quiso ser, decidió saltarse las normas por una vez e ir a echar un vistazo. Uno rápido. Sin casco, sin protección y con tacones. El sistema de iluminación se había activado con puntualidad, salvo en el sector central, donde las excavadoras debían profundizar para ampliar la balsa de agua. La claridad era suficiente para ver el trazado que las máquinas estaban haciendo. Los árboles que Scott quería salvar se encontraban a un lado de la obra, formando un pequeño bosquecillo de macetas gigantes y copas entrelazadas. Varias grúas y maquinaria pesada habían trabajado durante días desde bien temprano para lograrlo, bajo las órdenes de Scott y de esa chica tan extraña, Roberta.

La superficie del estanque, con ese brillo digno del país de las hadas, le dio la bienvenida y la animó a relajarse. Pronto, ese rincón hecho para los sueños en el que tantas monedas había depositado, se convertiría en algo mucho más grandioso, algo espectacular. El proyecto de Nolan prometía romanticismo en la estética, exotismo en el ambiente, sensualidad en la escena; y eso fue lo que ella pidió cuando cerró los ojos con una moneda entre los dedos y la lanzó al agua como tantas otras veces.

Había dejado de sentirse estúpida al hacerlo. La primera Navidad que trabajó allí, conoció a una mujer que había pagado una fortuna por unos días de retiro mientras se recuperaba de una operación de nariz y pómulos bastante drástica. Su hija de diez años iba con ella, una niña retraída, vergonzosa, con grandes ojos almendrados que siempre miraban al suelo. Iba a pasar las fiestas y el fin de año allí sin su padre y sin el calor de una madre más preocupada por sentirse bien entre calmantes y *champagne*. Una tarde la encontró cerca del estanque con claros signos de haber estado llorando y el frío corazón de Katherina latió con fuerza hasta romper la capa de hielo que lo cubría. Esa niña se parecía tanto a ella que la asustaba.

Después de unos minutos sin decir nada, la pequeña confesó que echaba de menos a su padre y que lo único que deseaba era que estuviera allí. Fue una declaración que caló hondo en Katherina porque si ella misma hubiera podido desear algo, hubiera sido exactamente eso. Así que se puso en pie, extrajo del bolsillo algunos centavos que iba a utilizar para el parquímetro y ambas lanzaron sus monedas en época de sueños y fe.

El padre de la niña llegó a tiempo para pasar la última noche del año con ella. Su deseo se cumplió, no así el de Katherina, que aquella noche, vestida de Versace en una fiesta memorable bajo el lujoso techo de Lambert Resort, lloró

como nunca lo había hecho al sentirse completamente sola. Jamás dejó de creer que algún día sus deseos también se cumplirían, y continuó depositando su centavo en el estanque siempre que paseaba por el jardín y nadie la veía.

—No creí que fueras de las que piden deseos —resonó la potente voz de Scott en el silencio.

Había escuchado pisadas e iba dispuesto a amonestar con dureza a cualquiera que se hubiera aventurado hasta allí cuando la zona era de paso restringido. Pero la sorpresa lo había dejado inmóvil y le había dado la oportunidad de observar cómo Katherina dejaba caer la moneda al agua.

—No creo que tengas la menor idea de cómo soy —respondió a la defensiva. Se había llevado un susto de muerte y dio gracias a la penumbra que había en esa parte del estanque por ocultar el alborozo que había sufrido al escuchar su voz.

—¿Qué haces aquí, Katherina? —preguntó con una nota de cansancio. Se restregó la cara con la mano que no llevaba vendada e insistió en uno de los ojos, donde algo se le había metido, para su fastidio—. No deberías andar por la obra a estas horas y sin ningún tipo de protección. Es peligroso.

—¿Y tú? Deberías estar en el hospital, o en tu casa, o... ¡yo qué sé! Pero no aquí —lo reprendió furiosa. Era más fácil escudarse en las faltas de Scott que asumir que tenía razón. Se fijó en la mano vendada, en el punto donde la blancura del apósito se tornaba marrón y, en un principio, pensó que era sangre, pero al acercarse a él, identificó manchas de tierra oscura en sus rodillas y entendió que no estaba sangrando sino embarrado. ¿Cómo podía ser tan irresponsable?—. ¿No estarás trabajando? ¡No te quiero ver por aquí mientras estés así!

—No me molesta la mano. —Abrió y cerró los dedos para demostrárselo, pero Katherina se cruzó de brazos para afianzar su postura y darle más énfasis a la decisión—. No me puedo permitir faltar al trabajo. Robbin es demasiado buena para dirigir al personal. —Si pretendía convencerla con ese argumento, en seguida descubrió que no lo había logrado. Katherina levantó el mentón, en un gesto que Scott empezaba a considerar muy *sexy*, y dejó claro que le importaba poco el carácter de Roberta o quién dirigía el equipo de SN Garden. Él no lo haría y eso lo exasperó—. ¡Venga ya! ¿A ti qué más te da? ¡Vuelve a tu despacho!

Se refregó los ojos de nuevo con más fruición. Se le había metido tierra en uno de ellos y el picor había dado paso a una molestia mucho mayor. Gruñó como un animal, frustrado, cabreado, y, al presionar con la nariz sobre la mano, vio las estrellas y pateó el suelo como un niño.

—No seas bestia y deja de hacer eso. Vas a quedarte ciego.

—¿Y a ti qué más te da?

Lo tomó del brazo como si fuera un niño y, con una decisión que no había tenido en mucho tiempo, lo guio hasta uno de los bancos de forja cercanos al estanque. La luz de una farola alumbraba más bien poco, pero era suficiente para comprobar si había que lamentar algún daño adicional antes de acabar el día.

Se situó entre las piernas de Scott y le levantó el mentón. No se había afeitado, pero sí parecía haber pasado por la ducha antes de regresar al complejo. Todavía llevaba el pelo húmedo, aunque no supo adivinar si el olor dulce que le llegaba era del champú o del chicle que escondía en la boca y que movía de vez en cuando.

—¿Dónde están tus gafas? —quiso saber mientras intentaba quitarle los restregones oscuros que le manchaban la frente—. Si las hubieras llevado puestas...

—No me sirven para ver de cerca, solo de lejos —respondió sin desear moverse lo más mínimo.

—Pues ponte el protector para los ojos si vas a hacer cosas. ¡Solo me faltaba que te quedaras ciego!

—¡No voy a quedarme ciego! —replicó como un niño—. Y tú, precisamente, no eres la más indicada para decirme qué debo ponerme y qué no. Te habré dicho mil veces que uses zapatillas para venir a la obra. Y, por cierto, te has ensuciado la falda. —Recorrió con un dedo las dos manchas negruzcas que había cerca del culo y no pudo evitar sonreír al recordar el día que cayó de rodillas en el fango—. Eres un desastre, Katherina Kovaleva.

No le dio importancia a las manchas, ni a las palabras de Scott. Acarició la piel de las sienes, bronceada por las horas de trabajo al sol, y recorrió con suavidad las arrugas de expresión que tenía marcadas en la frente, mientras Scott, con la respiración contenida, se repetía una y otra vez que aquello no podía estar pasando de verdad.

—¿Por qué no estás en casa descansando?

—Mañana tengo una reunión con el ayuntamiento y necesito los documentos del trasvase. Pensé que estaban en la caseta, pero no sé...

Los labios de Katherina se acercaron a su rostro para soplar sobre el ojo lastimado y tuvo que apretar las manos contra el hierro del banco para no abrazarla por la cintura. ¿Es que no se daba cuenta de que le estaba poniendo los pechos a la altura de los ojos? ¿Qué demonios pretendía, volverlo más loco todavía?

—No tienes nada —susurró sin detener las caricias sobre el pelo de Scott. Estaba completamente anclada a la mirada azul de ese hombre y la sensación que le aleteaba en el estómago la dejaba falta de respiración—. ¿Vas a besarme?

—Sí —contestó con sinceridad. No había nada que deseara más en ese

momento.

—Vale. Yo también quiero besarte —confesó.

—¿Y por qué no lo haces?

—Me da miedo que sea más de lo que espero.

¿Tenía eso algún sentido? *No*, se respondió al instante. Solo quería volver a experimentar lo que había notado en el parque cuando Scott la besó de aquella forma salvaje, porque por primera vez en la vida algo muy cálido y agradable la llenó por completo, porque perdió la noción del tiempo y del espacio para convertirse en otra Katherina, una que le gustaba mucho más.

Más de lo que espero, se repitió Scott mientras observaba la batalla entre la razón y el deseo que tenía lugar frente a él. ¿Qué esperaba? ¿Y él? ¿Qué se suponía que estaba haciendo? Era la gerente del *resort*, la mujer que tenía que supervisar su trabajo, la tercera en la escala de poder de Lambert, la que tomaba las decisiones y la que podía acabar con su negocio con un simple pestañeo. ¿Qué hacía sentado en un banco del jardín con ella entre las piernas? Ni siquiera debía estar allí, ni siquiera debía plantearse seguir adelante. Pero, ¿cómo renunciar al cielo cuando ya has estado una vez en él? Quería más, lo quería todo, hasta el final, aunque solo fuera una vez, como con las demás.

Pero Katherina no era como las mujeres que solían despertar entre sus sábanas. Debajo de aquella frialdad hibernal había un fuego abrasador que él mismo había tenido oportunidad de avivar. También era vulnerable, más que cualquier chica que hubiera conocido y él podría ser muchas cosas, pero no era un canalla, no andaba por ahí rompiendo corazones ni haciendo promesas que no podía cumplir. Su vida era demasiado complicada, pero ni todo el resentimiento acumulado gracias a las mujeres de su familia había logrado convertirlo en una mala persona.

—Kat... —pronunció muy bajito cuando vio que estaba decidida a seguir adelante. Iba a besarlo y no podía permitirlo por mucho que lo deseara—. Katherina...

Le acarició las mejillas con los nudillos y justo cuando parecía inminente que fueran a tocarse boca contra boca, Scott se desvió a la mejilla y depositó allí un intenso beso, suave como una pluma, tan cerca de la comisura y tan lejos de los labios.

—Es mejor así. Mañana me lo agradecerás.

Si la hubieran golpeado no le hubiera afectado tanto como aquellas palabras. Podía notar el calor de los labios de Scott en los suyos cuando las pronunció, el brillo de aquellos ojos azules no se correspondía con lo que escuchó, ni siquiera la respiración quebrada acompañaba a tan bochornoso comentario.

Aun así, ninguno de los dos se movió lo más mínimo hasta que el ulular de

algún ave nocturna los hizo reaccionar y apartarse.

—Tienes razón. Esto no es buena idea. —Retiró las manos que todavía mantenía sobre el cabello de Scott y fingió no sentirse defraudada. Se le daba bien esconderse en su palacio de hielo y aislarse del mundo, a pesar de que el frío también la hacía temblar—. Los papeles que has venido a buscar están en mi despacho. Mañana se los daré a Roberta para que te los lleve a casa.

—Los necesito ahora. —Dudó, miró hacia el hotel y luego comprobó la hora. Eran casi las once—. Será un minuto.

—Solo les he echado un vistazo y no voy a firmarlos sin haberlos revisado de forma exhaustiva —se justificó—. Cuando haya acabado te llamaré para que pases a por ellos.

—¿Y dónde se supone que me llamarás? —preguntó divertido—. Ni siquiera sé quién tiene la tarjeta de mi móvil.

—Eso te pasa por majadero —masculló entre dientes—. ¿A qué hora es la reunión? Puedo hacer que un empleado te los lleve al despacho del concejal.

—O puedes venir tú y desayunar conmigo. —La idea le hizo especial ilusión, aunque por el gesto de Katherina supo que no había sentido el mismo entusiasmo que él.

—¡Aggg! Eres insoportable. Está bien. ¡Llévatelos ahora!

Accedieron al edificio por la puerta principal, con toda la pompa y la ceremonia que el portero brindaba a los mejores clientes. Al llegar a la recepción, algunos empleados del turno de noche lo saludaron como si lo conocieran desde la niñez, se preocuparon por el estado de la mano y le desearon una pronta recuperación.

Varias camareras de piso lo entretuvieron mientras Katherina avanzaba hacia el despacho. Cuando se dio cuenta de que no iba tras ella, de que le estaba haciendo perder el tiempo, apretó los puños y reclamó su atención por encima del hombro.

—¡Nolan!

Scott se despidió de las dos muchachas con un guiño que a Katherina no le pasó desapercibido. Era frustrante ver de qué manera se metía en el bolsillo a cualquiera, principalmente a las mujeres, y ese pensamiento la empujó a ser mezquina en su siguiente comentario, nada más atravesar la puerta.

—Si tienes intención de seducir a todo el personal, te sugiero que no empieces por las que podrían ser tus hijas. ¿Te gustan jovencitas?

—No —respondió serio—. Me gustan las rubias de piernas largas y ojos de hielo. Si tienen un leve acento extranjero cuando se enfadan, mejor. Y si además se muestran indiferentes, aunque no dejan de atacarme con cualquier pretexto, mejor aún. Me gustas tú, Katherina, ¿aún no te has dado cuenta?

CAPÍTULO 14

Era un experto en meterse en problemas, sobre todo cuando de mujeres se trataba, pero por nada del mundo la hubiera rechazado cuando Katherina dio el primer paso y lo besó como si se acabara el aire de la habitación. Hambrientos, desesperados, irracionales, ambos se dejaron llevar por ese deseo ciego de sentirse y de algo más. Fue un contacto explosivo armonizado por el erótico siseo que hacía la ropa al frotarse, como la melodía que los cuerpos desnudos componen entre las sábanas en el momento de amarse.

El baile de dedos que tocaban, de bocas ansiosas que mordían, de placer asegurado, los apremiaba a ir a más, a introducir las manos bajo la tela y explorar sin miedo, a acercar la pelvis para encontrar un inconsciente alivio, a robar del otro cualquier ruego para que no acabara nunca la danza.

La tomó de la cintura con ímpetu para acercarla todo lo posible a él y la punzada de dolor lo atravesó hasta reducir considerablemente la erección que se perfilaba sobre el pantalón. La mano empezaba a ser un suplicio, los calmantes estaban en el apartamento, sobre la mesilla de noche, justo en el mismo lugar que la caja de profilácticos. Ambas cosas le vendrían muy bien en ese momento.

—Eh, Kat, tranquila —le susurró sobre los labios sin interrumpir la sucesión de húmedos besos que ella le dispensaba. Tenía los ojos cerrados y la piel caliente, coloreada de ese tono rosado tan delicioso. Le mordisqueó con dulzura el labio inferior y volvió a separarse apenas una pulgada para que el aire entre ellos los ayudara a bajar el calentón—. No me cansaría de besarte nunca.

Qué bien le sonaron aquellas palabras y qué extraña sensación estaba experimentando entre los brazos de Scott. No recordaba haber compartido algo tan increíble con ninguno de los hombres con los que había estado.

—¿Y por qué paras?

—Porque, a no ser que tengas preservativos en algún lugar del despacho, creo que este es un buen momento para frenar... Ya me entiendes. —Scott se echó una rápida mirada a la cremallera del pantalón y volvió a sonreírle con ternura.

Ella también sonrió más acalorada aún, si es que eso era posible. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Estaba claro que esa noche no pasaría nada, por mucho que lo deseara, por mucho que lo necesitara.

Debió emitir algún tipo de sonido de insatisfacción porque, sin esperarlo, la

mano de Scott la tomó por la mejilla con una caricia y le recorrió el labio con el pulgar. El gesto fue explosivo, las ganas de lamerlo, de succionar, de morderlo, como si al hacerlo pudiera calmar esa sensación de ansiedad que le hacía hervir la piel, crecieron hasta que hincó los dientes. No podía apartar la mirada de él, tan concentrado en desabrochar los botones de su blusa mientras ella no era capaz de pensar con coherencia. ¿No había hablado de parar?

—¿Qué haces? —jadeó Katherina.

Con destreza, Scott bajó la cremallera de la falda y provocó que la prenda cayera al suelo.

—Darte algo que te demuestre que no hay nadie en este hotel que me interese más que tú.

Apartó la cara, encendida por la vergüenza. Scott se demoró sobre su estómago, depositando besos lentos y leves mordiscos que le erizaron la piel. Notaba cierta humedad entre las piernas, además de una quemazón que ascendía al mismo tiempo que él se arrodillaba y le acariciaba los muslos.

—Me muero por saber si sabes igual que hueles.

—Scott... hay mucha luz... —dijo con voz temblorosa y se sintió estúpida de inmediato. Había sonado como una melindrosa, pero era la primera vez que un hombre se postraba a sus pies con intenciones de hacerle... eso. ¡Y con las luces encendidas!

—Mejor —respondió. Antes de que ella pudiera presionar de nuevo el interruptor, la cogió de la mano y le besó la yema de los dedos—. Quiero verte y quiero que tú me veas también.

¿Ver qué?, se preguntó confundida. Pronto iba a obtener una buena muestra de lo que estaba dispuesto a hacer.

—No sé... no sé si podré...

—¡Oh, ya lo creo que podrás! —La sedujo con la voz y posó la boca en el encaje para que supiera de qué estaba hablando. En cuanto la humedeció con la lengua, todas las terminaciones nerviosas de Katherina estallaron en fuertes sacudidas que la dejaron tambaleante, con una sensación de vacío que no conocía—. ¿Ves? Sí podrás. Iré muy despacio.

—¿Despacio? —graznó. Lo que necesitaba era que la aliviara lo más rápido posible.

Él, por el contrario, solo podía pensar en alargar la noche hasta el fin de los tiempos. Estaba deseando comprobar cómo de dulce era, descubrir el néctar que guardaba entre encajes y saciarse de la esencia que lo volvía loco en sueños. No tenía prisa, pero tenía un hambre voraz.

—Dime algo en ruso —le pidió con la boca pegada a la carne firme del interior de los muslos. Llevaba un liguero que sujetaba unas medias

transparentes, era condenadamente *sexy*, pero le molestaban para su cometido y, como no podía utilizar la mano para soltar los enganches, optó por tirar de ellas hasta desgarrarlas. Brusco, sí, pero a ella no le importó—. Quiero escucharte.

—¿Ahora? —se extrañó—. Scott, esas medias...

—Shhh. Sí, ahora. Háblame, Kat. No podré entenderte, así que di lo que quieras —la animó sin dejar de tentarla, cada vez más cerca del vértice entre sus piernas.

¿Qué podía decirle si ni siquiera podía pensar? Scott introdujo los pulgares en los laterales de las braguitas y las deslizó con cuidado, poco a poco, para que la caricia la excitara tanto como a él.

—Háblame, Katherina. Dime qué sientes.

—*Teper' ya nichego ne mogu pridumat'*^[11] —pronunció de forma entrecortada. Se encontraba tan bien y, a la vez, tan extraña, que ponerlo en palabras era casi imposible—. *Dumayu, ya upadu v obmorok.*^[12] —La imperiosa necesidad de dejarse ir era cada vez mayor y lo fue mucho más cuando quedó libre de las braguitas y notó el cálido aliento acercándose al centro de su feminidad—. *Chto ty delayesh'?*^[13]

Quiso saber qué iba a hacer justo antes de que él hundiera la nariz en los rizos pajizos que brillaban de excitación. La exclamación de Katherina en ruso fue de lo más sensual y, aunque le tiró del pelo para detenerlo, en cuanto la lengua de Scott la rozó, cualquier indicio de resistencia desapareció bajo un gemido de satisfacción.

La sujetó con una mano sobre el estómago y le enseñó hasta dónde llegaba su devoción por ella. Lamió el punto exacto en el que se acumulaban todos sus anhelos, la recorrió con delicadeza primero, cosquilleando en la entrada de su sexo hasta que la sintió tensa y dispuesta. La miel que comenzaba a recoger era un delirio y se sentía tan ambicioso que deseó bebérsela toda, sin prisa. Se ayudó de algunas caricias con los dedos que arrancaron gritos ininteligibles, la llevó al límite, la hizo suplicar y se sorprendió cuando Katherina impulsó las caderas hacia su boca para que el contacto fuera más profundo. Introdujo la punta de la lengua en ella y succionó hasta que un violento clímax explotó en su interior y, solo entonces, llegó la recompensa para ambos.

Si le hubiera soltado las piernas en ese momento, hubiera caído desmadejada al suelo como una muñeca de trapo. Temblaba y jadeaba con las manos en la cara. La piel de marfil se había tornado encarnada, con señales fruto de los sensuales mordiscos que Scott le había prodigado en su ascenso a la cumbre.

Había sido increíble, exquisito, tan erótico que dudó de poder llegar a casa sin derramarse en los pantalones, tan intenso que aún no se había separado de ella y

ya deseaba tenerla de nuevo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al notar como su respiración se hacía más trabajosa. Levantó la mirada hacia ella y la encontró con los ojos apretados. Los labios formaban una fina línea tensa y se aferraba a su melena rubia con los nudillos blancos—. Katherina, ¿qué pasa?

Se puso de pie y la tomó de los brazos. Fue entonces cuando escuchó el leve siseo que se le escapaba entre los dientes y entendió que algo en ella estaba fallando.

—¿Qué necesitas? —preguntó con urgencia. Continuaba inmóvil, pero cada vez respiraba peor—. ¡Dímelo!

No quería abrir los ojos, no podía. Estaba sufriendo un ataque de asma como hacía años que no sucedía y, en lugar de salir corriendo y coger el inhalador que había en el cajón del escritorio o el que llevaba en el bolso, la vergüenza de encontrarse desnuda frente a él la paralizó por completo. Nunca le habían hecho algo así, nunca había vivido una experiencia tan... increíble. Nunca había estado en una situación tan comprometida.

—En el bolso... —siseó.

Sobraban las explicaciones. Scott recordó a la perfección el episodio con Maximilian en aquel mismo despacho y supo a qué se refería. Era un poco extraño rebuscar entre las cosas de Katherina, pero al mirar por encima del hombro percibió la palidez donde hacía poco había rubor y no dudó en volcar el contenido sobre la mesa. Cuando lo halló, a punto estuvo de dar un grito de júbilo.

—Siéntate y respira con calma, ¿de acuerdo? —Le arregló los botones de la camisa para cubrir su desnudez y, con mucha delicadeza, volvió a colocarle las braguitas en su sitio mientras ella inhalaba del respirador con lágrimas mojándole las mejillas—. No pasa nada, no llores, por favor. Estoy empezando a pensar que ha sido la peor experiencia de tu vida y...

Lo interrumpió un sollozo mezclado con una suave sonrisa y la respiración de Katherina se tranquilizó. Pasó la mano por su rostro para retirar algunos mechones de pelo que le cosquilleaban en la nariz y no pudo contener un beso encantador, rápido, pero tierno, en unos labios naturales, de un rojo oscuro y tacto ardiente.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

No podía explicar qué le sucedía, no tenía palabras para definir la sensación que se había adueñado de ella. Había sido todo tan intenso: el rechazo en el jardín, la discusión, ese «me gustas tú» que todavía escuchaba en los oídos, lo que él le había hecho, el orgasmo... Se había quedado sin aire y no había sido capaz de sosegar a tiempo. El resultado había sido un ataque bastante

considerable y la horrible sensación de haber desnudado mucho más que el cuerpo delante de Scott.

—Tuve algunos problemas de salud de niña y supongo que el asma es la secuela de todo lo que pasé en su día —le contó sin entusiasmo. No iba a profundizar en la historia, era demasiado dramática para soltarla en medio de tanta intimidad y el recuerdo, por lejano que estuviera, aún dolía—. Hacía tiempo que no me pasaba.

La última vez fue después de una violenta discusión con Elizabeth Lambert, que tuvo lugar en pleno comedor, delante de una decena de huéspedes. Mantuvo la cabeza bien alta mientras caminaba hacia su despacho, pero una vez en la intimidad se desbordó en llanto y la presión en los pulmones por poco la ahoga. Pasó dos días en cama, afectada por una fuerte tos que la dejó sin voz, y se rindió a las atenciones de Yelena, la única que había cuidado de ella durante toda su vida.

—¿Y qué hace una chica con asma con un gato tan peludo? —Quería poner una nota divertida en todo aquel revoltijo de emociones, pero la pregunta le salió tan suave y sensual que sintió un profundo dolor en la entrepierna y fue necesario cambiar de posición. Eso le dio la oportunidad de abrazarla, de acercarse más a ella y acariciarle la espalda, de arreglarle el cuello de la camisa para que la piel del escote no lo entretuviera y de cubrir sus rodillas, aún temblorosas, con la tela de la falda—. Ya sabes lo que dicen del pelo de los animales y lo perjudicial que es. ¿O es que estoy en presencia de una temeraria?

Negó repetidas veces y se ruborizó de forma violenta.

—No puedo renunciar a él. Fue amor a primera vista.

Volvió a besarla con una caricia de los labios y, sin apenas alejarse de ella, le recorrió el rostro con los ojos como si quisiera memorizar cada rasgo. Aún quedaban lágrimas prendidas de las pestañas y tenía la nariz enrojecida por el llanto, pero era la mujer más bonita que había contemplado en mucho tiempo.

—¿Estás mejor? —El asentimiento de Katherina le pareció de lo más dulce—. ¿Seguro que ha sido solo asma? ¿No tendrá algo que ver lo que yo...? Bueno, no sabía si tú... si alguien te había hecho...

—¡Oh, *der'mo!*^[14] —maldijo entre dientes—. No digas nada, ¿vale? —Apoyó la frente en el torso de Scott y percibió la vibración de su risa en el pecho—. ¡No te burles! Vas a pensar que soy una puritana.

—Nada más lejos de la realidad. ¿Quieres saber lo que pienso de verdad? —No esperó respuesta. La honró con un beso largo y pausado, templado por el aliento y sazonado con los restos salados de la esencia de Katherina. En el interior de esa boca, Scott encontró una mezcla de sabores que solo ella era capaz de crear, una combinación misteriosa que siempre lo dejaba con ganas de

bebérsela entera—. ¿Con cuántos hombres has estado, Katherina Kovaleva?

—¿Qué más da eso? —Se puso a la defensiva e intentó zafarse del brazo de Scott, que le rodeaba los hombros y la mantenía pegada a él.

Se puso en pie con la dignidad de una reina mientras Scott se frotaba la cara con las manos y echaba un vistazo a las nalgas de Katherina. Era complicado saber dónde estaba la línea entre lo correcto y lo incorrecto con ella, pero estaba claro que la había sobrepasado y que volvían a la casilla de salida como dos jugadores desconocidos.

Él también se puso en pie y esperó en silencio, mirando por la ventana, hasta que Katherina estuvo completamente vestida. Detrás de los pesados cortinajes que decoraban el despacho, la noche era ya un espeso manto negro y lejanas nubes de tormenta se acercaban cargadas de agua y aparato eléctrico. Eran como ella, amenazadoras, frías, vibrantes, pero cuando descargaban su ira se deshacían y dejaban paso a la calma y al olor a lluvia. Aunque la calma en Katherina duraba bien poco.

—No has tenido muchas relaciones satisfactorias, ¿no? —preguntó sin ánimo de ofenderla. Dejó caer las cortinas y la alcanzó frente a la mesa cuando se proponía refugiarse tras ella.

—No creo que sea de tu incumbencia esa información y no me parece apropiado contarte si mis relaciones han cumplido o no las expectativas. ¿Qué pasaría si yo te preguntase por las mujeres con las que te acuestas? —Scott fingió pensar en la pregunta y la animó formular cualquier cuestión de su interés —. ¿Ha habido alguna a la que hayas amado de verdad?

[11]. Ahora no puedo pensar en nada. (*N. de la A.*)

[12]. Creo que voy a desmayarme. (*N. de la A.*)

[13]. ¿Qué estás haciendo? (*N. de la A.*)

[14]. ¡Mierda! (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 15

Yo nunca te regalaré flores si puedo ofrecerte la naturaleza completa. No te regalaré pensamientos cuando son mis palabras las que importan. Siempre habrá un nomeolvides antes de que llegue la noche. No lo olvides nunca.

Se llamaba Layla Mcpherson y la conoció en la cafetería de la Facultad de Ciencias de UCLA. Jamás se hubiera fijado en una chica como ella: triste, apocada, solitaria... Pero le servía el desayuno cada mañana, conocía bien qué tomaba y era la única con el don de encontrar el punto exacto al café. Un día de lluvia torrencial y cortes de luz en la facultad, Layla derramó el contenido de su bandeja sobre los pantalones de Scott y, como si de una cómica sucesión de catástrofes se tratase, quiso limpiar el estropicio entre sus piernas, pero lo hizo con demasiado ímpetu. El dolor provocó que él se echara atrás en la silla, las patas resbalaron y cayó de espaldas, no sin antes agarrarse a la cintura de la muchacha y arrastrarla con él. Layla quedó sobre el cuerpo de Scott, jadeante por la incómoda situación. La redecilla que llevaba en el pelo se le soltó y una cascada de hebras lisas en tono castaño actuó de telón para una primera mirada de verdad.

Ese día marcó el inicio de una bonita historia de amor. Layla era una chica sencilla, sin demasiados recursos, modesta, prudente y sin grandes ambiciones. Todo lo contrario a lo que representaba la madre de Scott o el tipo de mujeres a las que estaba acostumbrado: cínicas, hipócritas, con unas ansias de poder y dinero que superaban cualquier emoción. Tal vez por ese motivo se enamoró tan profundamente de la joven camarera y, tras un periodo de unos meses de noviazgo, Scott le propuso matrimonio y Layla aceptó. Solo tenían veintidós años.

Tardó demasiado en descubrir que su flamante esposa, a la que quería con locura, no era tan afable como creyó en un principio. Tenía una mente perversa y era hábil manipulando a la gente en su favor. Se aprovechó de un tonto enamorado que hubiera dado por ella hasta el último centavo de lo que poseía. Lo aisló de sus amigos a base de chantaje emocional y derrochó dinero a manos llenas como si lo hubiera ganado con el sudor de su frente. Los flirteos de Layla con las drogas fueron el punto de inflexión que marcó la decadencia del matrimonio. Jean Montgomery, el abogado amigo de la familia, se encargó de

abrir los ojos de Scott y mostrarle la realidad que había más allá del amor que creía sentir por una mujer así.

Cuando por fin comprobó que las habladurías de la gente eran ciertas y que los asuntos de su esposa pasaban por situaciones que rozaban lo inverosímil, cerró el grifo del dinero y estalló la guerra. Después de que hasta su madre lo culpara de ser el causante de todas las desdichas que tenían que soportar, se divorció de Layla y se largó del país.

Un año más tarde regresó a los Estados Unidos a la fuerza. Las noticias también llegaban al pequeño pueblo de Florencia en el que se escondió. Layla volvía a ser la comidilla de su círculo de contactos más directo en Los Ángeles y el motivo todavía sangraba en el corazón de Scott.

—¿Vas a contárselo? —preguntó Lana mientras daba buena cuenta de un exquisito plato de nombre impronunciable que Ywen le había preparado en exclusiva. Siempre que iban a cenar al restaurante los utilizaba como conejillos de indias.

—Es demasiado pronto.

—Estoy de acuerdo contigo —coincidió Robbin. Acompañó el comentario con un guiño y le ofreció a Lana un trozo del pescado que estaba probando—. También deberías dejar de babear cuando la ves por allí. Esta semana has estado alelado.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto se podría decir que te gusta? —intervino Gavin, siempre tan metódico.

—¡Ocho! —exclamaron Lana y Robbin al unísono. A continuación, rompieron en carcajadas que todos secundaron menos Scott.

—¿Podemos dejar el tema? —demandó mientras se escudaba tras un buen trago de vino tinto. En el fondo de la copa debió encontrar algo de sumo interés pues sus ojos se perdieron en el oscuro líquido y dejó de prestar atención a las bromas de sus amigos.

—Le deja flores por la mañana en el despacho —susurró Robbin a modo de confidencia. Lana ya conocía ese detalle y le parecía algo precioso, pero era extraño en él, lo que decía mucho de su grado implicación emocional actual—. ¿Ya te ha permitido llegar hasta su cama?

Movió la cabeza de forma negativa, pero no miró a nadie en concreto. Nunca le había molestado que Robbin, Lana, Ywen o Gavin le preguntaran por sus relaciones con las mujeres, pero por extraño que pareciera, que lo hicieran sobre Katherina le sentó como una patada en el estómago. Era cierto que llevaba desde el lunes colándose en su despacho cuando todavía no había llegado, pero Robbin

se había equivocado con los presentes que le dejaba. No sacrificaría una delicada flor pudiendo regalarle la planta entera. Empezó con una hermosísima orquídea de tonos blanquecinos y procedencia tropical. Dos días después, fue un maravilloso ejemplar de bonsái de *Azalea Satsuki*, cuyas flores rosadas aportarían al despacho un toque de color cuando llegara el mes de mayo. Y esa misma mañana le había llevado una singular maceta de gardenias blancas, cuyo perfume se había dejado notar en el ambiente antes de abandonar la estancia. Era la mejor forma de obligarla a pensar en él, aunque la estrategia, que contaba con la complicidad de algunos empleados, parecía no estar surtiendo efecto.

—¿La estás cortejando a la vieja usanza? —se extrañó Gavin—. ¿Eso aún funciona?

Scott agradeció que Ywen le diera un coscorrón a su marido. Bastante desconcertado estaba él como para que sus amigos metieran el dedo en la llaga y lo convirtieran en el tema de conversación. Cuando la veía a lo lejos, ardía en deseos de correr a su lado y volver a besarla. Y es que, desde aquella noche en el despacho, no habían vuelto a coincidir ni un solo segundo. No sabía si era porque estaba demasiado ocupada o porque le rehuía. No había pisado el jardín, no le había demandado los dichos informes que tanto le gustaban, no estaba cuando pedía verla y se marchaba con prisas antes de que él se diera cuenta. La semana había pasado y empezaba a creer que todo había sido producto de su imaginación calenturienta y aburrida.

—Yo creo que esa mujer no te conviene. Es más, en cuanto te la tires te darás cuenta de que tengo razón. Le pega más un tipo estirado como el señorito Lambert: el mismo estilo, los mismos modales, el mismo palo metido por el culo...

—¡Roberta! —la regañó Lana—. Deja de decir barbaridades, ¿quieres? A mí sí me parece adecuada para Scott. Tiene pinta de ser una buena chica. Es trabajadora, tiene carácter, sabe lo que quiere y no tiene miedo a cogerlo. Es fuerte, decidida y, además, es guapa. Y fiel a sus amigos. Adrik habla maravillas de ella.

—¡No me fio! —protestó Robbin. Impidió que Lana la interrumpiera levantando una mano y se volvió hacia Scott que observaba la conversación, dubitativo—. Hazme caso. Mantenla contenta mientras dure el trabajo, déjale flores, mándale besos o recítele poesía. A ella le gustará y a nosotros nos facilitará las cosas, pero luego... Nada de implicaciones emocionales. Todos sabemos lo que pasa cuando te da por enamorarte de alguien.

—Nada de enamoramientos, estoy de acuerdo —susurró Scott, que revolvió con el tenedor el arroz que le quedaba en el plato.

Había perdido el apetito. Era cierto que las relaciones que mantenía con las

mujeres eran solo de carácter sexual. Se había prometido a sí mismo que obtendría de ellas tanto placer como dolor le habían causado las pocas a las que había querido, y había funcionado. Hasta el momento. Había algo diferente en Katherina, algo que nunca encontró en las demás, algo intenso y adictivo que lo atraía como un imán. Pero también llevaba un lastre a cuestas que ella debería conocer, un pasado, una historia y varios problemas que no estaba preparado para desvelar. No podía decirle, sin más, que lo habían denunciado por acosador, que tenía una orden de alejamiento contra su exmujer, que la vida de ambos estaba unida con cadenas a pesar de que ella solo quería destrozársela. Era ridículo. No había nada entre ellos más que una simple relación laboral y una experiencia maravillosa en su despacho. Porque aquella noche fue increíble; Katherina era increíble y él estaba... perdido.

—Scott —lo llamó Lana. Puso una mano sobre la suya para que dejara de rayar con el tenedor en el plato y lo reconfortó con tan sencillo contacto—, solo tienes que seguir lo que te dicte el corazón. Olvida el pasado, ¿de acuerdo?

Nunca había tenido problemas para congraciarse la mente con su parte más sensible. Por norma general, solían estar de acuerdo con las decisiones que tomaba en el plano sentimental, incluso en las peores épocas de su vida. Pese a eso, los cinco minutos de paseo que había desde el restaurante de Ywen hasta su casa fueron suficientes para darse cuenta de que Lana, defensora de su corazón, tenía razón; pero Robbin, la voz de su conciencia, también. Y eso lo enfrentaba a un dilema que debía resolver cuanto antes.

Por eso, el lunes por la mañana, cuando llegó al hotel, se sintió seguro de haber tomado la decisión acertada. Katherina no era el tipo de mujer a las que estaba acostumbrado y él aún no estaba preparado para entablar una relación diferente a las que había mantenido hasta el momento. Quizá más adelante, cuando las cosas con Layla estuvieran un poco más claras, se plantearía volver a cortejarla, o tal vez lo mejor fuera acabar el trabajo y olvidar lo que había pasado en aquel despacho. Como si fuera tan sencillo.

Subió los peldaños de la entrada de servicio de buen humor. Puesto que continuaba con la mano vendada y hasta que le quitaran la sutura de la herida, se estaba haciendo cargo de algunas labores de Robbin, mientras ella supervisaba el trabajo sobre el terreno. Además, le estaba cogiendo el gusto a eso de tomarse el café con el personal de seguridad. Comentaban los partidos del fin de semana, bromeaban sobre el comportamiento excéntrico de algunos huéspedes y disfrutaba de unos minutos de tranquilidad antes de imbuirse de lleno en el ruido de las máquinas y el ajetreo de los camiones.

Maya Harris, la jefa de seguridad, lo saludó con una amplia sonrisa y le tendió los permisos que había ido a recoger. Eran muy estrictos con el control de

vehículos en la zona, por lo que sus contratistas no podían acceder al jardín si antes no se lo autorizaban como era debido.

—¿Viste a los Yankees este fin de semana, Nolan? —le preguntó Randolph Takelberry, un gigantesco afroamericano con problemas para encontrar camisas de su talla dado el tamaño de sus bíceps—. Hicieron un partido horrendo.

—Preferí los Red Wings. Últimamente ni los Yankees ni los Mets me convencen.

—En la cuarta carrera ya estaban machacados —intervino Maya, apoyada contra el marco de la puerta—. Yo creo que la era Girardi^[15] no les está sentando bien en absoluto.

—¡Bah! Si no consiguen la victoria este año, el pobre Joe pasará a la historia igualmente. Será el entrenador menos laureado de las Grandes Ligas —bromeó Takelberry.

Scott abrió la boca para comentar que todavía quedaba mucha competición por delante cuando el sonido de unos tacones captó toda su atención. Aquel repiqueteo contra el mármol era inconfundible y, en cuanto la vio salir de uno de los despachos de administración, por poco se le cae el café de las manos.

Tiró el vaso de cartón a la papelera y dejó los permisos encima del mostrador. Se ajustó las gafas, sucias como de costumbre, y salió tras ella sin despedirse. ¡Al diablo la decisión concienzuda que había tomado sobre dejarla en paz! Se merecía alegrarse un poco la vista, aunque solo fuera para saludarla y preguntarle cómo estaba.

—¡Eh, jefa! —la llamó antes de que traspasara la puerta que llevaba al *hall*, pero ella no se detuvo. Ni siquiera se inmutó cuando volvió a pronunciar su nombre.

Era inevitable, se dijo Katherina al escuchar la voz de Scott, pero aceleró el paso de forma sutil, como si lo hubiera escuchado. Con un poco de suerte, desistiría de alcanzarla y podría refugiarse en el despacho hasta recuperar el latido normal del corazón.

El trabajo la tenía abducida por completo. Elizabeth se comportaba de manera más exigente de lo normal, Víctor no ayudaba a que el día a día resultase más sencillo y se sumaba a la lista la reforma del jardín. Todo eran problemas, inconvenientes, quejas y cambios de última hora que la tenían ocupada cada minuto del día, o al menos eso era lo que se repetía una y otra vez cuando el sentimiento de culpabilidad la azotaba. Debía reconocer que lo había estado evitando, que se avergonzaba de lo que había pasado entre ellos, que se había metido en un jardín del que necesitaba salir, y hacer como que no había sucedido era la única forma de lograrlo.

Pero luego estaban todos esos regalos florales que aparecían en el despacho

como por arte de magia. Encendía las luces cada mañana con la secreta esperanza de ver algo nuevo y se le llenaban los ojos de emoción cuando descubría los detalles que Scott dejaba para ella. Ni notas ni insinuaciones, aunque la intención iba implícita en cada hoja, en cada pétalo, en el aroma de cada flor.

Había tenido muchos días para pensar y creía haber tomado una decisión acertada. Era el momento de dejar de huir y plantarle cara a la situación. Entre ellos no podía haber nada más.

—¡Katherina! —volvió a escuchar mucho más cerca, con mayor empeño.

Aceleró de nuevo y disimuló la turbación que sentía saludando a algunos huéspedes que acababan de salir del ascensor central, pero cuanto más rápido andaba ella, más percibía la presencia de Scott a su espalda.

Cuando llegó a la puerta del despacho no pudo detenerlo. La mano vendada ya le rozaba el hombro y no encontró la forma de deshacerse de él sin montar una escena delante de las personas que pasaban por allí.

—¿Qué quieres? Tengo trabajo.

—Debes ser la persona más ocupada del planeta —comentó mientras se tomaba su tiempo para repasarla de arriba abajo por la espalda. Cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Lo soy.

El teléfono le dio la razón a Katherina cuando empezó a sonar. Le vino de perlas la interrupción y, con un sutil parpadeo, que venía a demostrar que ella tenía razón, se sentó en el sillón y se deslizó hasta la otra punta de la mesa para atender la llamada.

La conversación no se alargó más de unos minutos, un tiempo que Scott aprovechó para observar las pequeñas muecas que hacía al escuchar o el movimiento de los dedos sobre el teléfono mientras asentía a su interlocutor. Se mantenía seria, con la mirada fija en el listado que tenía delante, hasta que cogió el bolígrafo y comenzó a puntear conforme pronunciaba diferentes nombres.

—Está bien. Hablaré con el despacho del embajador y veré qué puedo hacer. No lo tenía previsto, pero no será un problema.

Finalizó la llamada sin despedidas ni más explicaciones, solo colgó y continuó trabajando como si se hubiera olvidado de que Scott estaba allí.

—¿Preparando la fiesta de temporada? —Katherina levantó la vista, sorprendida por sus dotes de adivinación—. Todo el mundo habla de esa fiesta. Debe ser muy importante —afirmó él sin interés. Se acercó al bonsái de azalea, que continuaba en el mismo lugar donde lo había colocado, y hundió los dedos en la tierra para comprobar el grado de humedad.

—Lo siento, Scott. Si quieres hablar algo del jardín tendrá que esperar. Estoy

muy ocupada y...

—¿Es por eso que no nos hemos visto? —preguntó sin prestarle atención. Caminó con lentitud hasta la mesa de café donde había puesto la gardenia y se tomó la libertad de llenar un vaso de agua mineral y verterla en la delicada maceta de porcelana blanca.

—No sé lo que esperas de mí, pero ya deberías de haberte dado cuenta de que no tengo tiempo para juegos, Scott. Lo del otro día no...

—No estoy jugando, Katherina. Solo quiero saber por qué no te he visto ni una sola vez en toda la semana. —La estaba cabreando, lo notó cuando se dejó caer sobre la butaca frente a la mesa y vio como apretaba los puños—. Si me dices que ha sido por la fiesta, te creeré.

—Ha sido por la fiesta.

—Mentirosa.

—¡Ya está bien! —exclamó. Miró el reloj para calcular el tiempo que le quedaba hasta la siguiente reunión y comprobó que, si se deshacía de Scott en ese momento, aún podría realizar las llamadas que tenía pendientes antes de que comenzase. Para más tarde, había pensado en nadar un rato en la piscina del hotel. Lo necesitaba. Era la mejor forma de eliminar un poco de estrés—. Vuelve al jardín. Allí es donde debes estar.

—¿Te arrepientes de lo que pasó?

Era una cuestión que le estaba volviendo loco desde la misma noche que estuvo allí. Todo cuanto había a su alrededor le hacía revivir unos momentos únicos y no entendía cómo ella podía concentrarse entre esas cuatro paredes.

—Scott... —Chasqueó la lengua. No se arrepentía, había sido una experiencia increíble que todavía rememoraba cada noche en la intimidad de su dormitorio, pero debía quedar solo en eso, en algo bonito que recordar—. No puede volver a repetirse. Espero que lo entiendas.

—¿Te gustó? —Se paseó a sus anchas por el espacio que había entre la silla de Katherina y la librería. Se le daba de lujo fingir que le interesaba lo que había en los estantes cuando lo único que deseaba era escuchar una respuesta. Tenía la suficiente confianza en sí mismo para saber que le había gustado, pero quería oírse lo decir—. Te gustó, lo sé.

—¡Aggg, Scott! ¡Ya está bien! —Levantó las manos al cielo, exasperada, y lo enfrentó con el ceño fruncido—. Si me gustó o no, es cosa mía. Si me arrepiento o no, es cosa mía. Si quiero verte o no, es cosa mía. Y ahora quiero que te vayas para poder seguir trabajando.

Al ponerse de pie se encontró con el cuerpo de Scott demasiado cerca. La miraba como si no hubiera escuchado nada de lo que había dicho y, en realidad, así era. Porque la mente de Scott estaba muy lejos de entender lo que ella decía,

y muy cerca de besarla. Por eso, cuando vio que ella no se retiraba ni le impedía el avance, le pasó la mano por la cintura y la obligó a retroceder hasta que dio con el trasero en la mesa.

—También es cosa mía. —La aupó por la cintura hasta sentarla. Le dio igual el jadeo de indignación que emitió. Que fuera vestida con pantalones le permitió poder situarse entre sus piernas y acallarla con un suave beso. Le pasó las manos por los muslos, como si quisiera calentarla, sin saber que, por dentro, Katherina era un incendio desatado—. Todo lo que sientas es cosa mía, tanto si te arrepientes como si quieres más.

—Scott... —musitó cuando él le besó el cuello. Fueron roces tan pausados y sensuales que abrió la boca en busca de aire y se aferró a los hombros con los dedos crispados.

—No te arrepientes, ¿verdad? —Katherina negó, perdida en la lujuria que él despertaba y que se le acumulaba entre las piernas—. Te gustó tanto como a mí.

—Pero no pasará... otra vez... —jadeó—. No podemos... no debemos...

—¿Por qué? —No la dejó responder. Volvió contra sus labios y los recorrió con la lengua hasta que Katherina se rindió al beso—. Lo necesitas. Y yo te necesito a ti.

Fue lento, tierno, tan placentero que deseó que la desnudara para enseñarle el conjunto de lencería que se había puesto esa mañana. Había pensado en él al escogerlo, en su cara de satisfacción, en esa sonrisa seductora y, en secreto, había imaginado que eran sus manos las que la recorrían al deslizar la prenda por las piernas o sus diestros dedos los que le endurecían los pezones en vez del satén frío. Scott Nolan se había convertido en el dueño de sus anhelos, en el propietario de sus sueños.

Unos golpes en la puerta los obligaron a separarse con desgana. Le dio la mano para ayudarla a poner los pies en el suelo sin tambalearse y la premió con un beso rápido, antes de que Katherina diera permiso para entrar a quien permanecía tras la puerta.

—Le traigo el almuerzo, señora. —Un joven botones uniformado, de sonrisa afable, empujó un carrito con una tetera humeante y una taza. También había fruta y una servilleta de hilo con las iniciales del *resort*. Al ver a Scott, el chico mostró una brillante hilera de dientes y levantó la mano con timidez a modo de saludo—. Me han pedido que le diga que su reunión con la señorita Carver y el señor Olson se ha pospuesto hasta las doce y que su reserva de la piscina interior se ha pasado a las dos.

—Gracias, Barry —respondió antes de que se marchase.

Cuando el chico cerró la puerta, no quedaba ni rastro de deseo en los ojos de Katherina. Scott chasqueó la lengua y se metió las manos en los bolsillos, a la

espera de que ella dijera alguna cosa, para bien o para mal. Pero justo en el momento en que se decidió a hablar, el teléfono volvió a sonar y un gruñido de protesta se les escapó al unísono.

—Así es mi día a día, ¿te das cuenta?

No se apresuró a responder. El teléfono siguió sonando mientras se acomodaba en el sillón y ordenaba los papeles que habían quedado revueltos durante el asalto de Scott.

—Ya veo —murmuró—. ¿Qué tal si cancelas la piscina y te invito a comer? Tendría que ser algo sencillo, una ensalada o un bocadillo sentados en algún banco. No podría permitirme ni un trozo de pan del restaurante del hotel, pero...

—Tengo que contestar —le dijo para no declinar su invitación de forma directa. Levantó el teléfono y se centró en la llamada.

Estaba claro que no habría comida. Se sintió un poco fuera de lugar esperando una respuesta cuando era evidente que no sería posible estar un rato a solas.

Se acercó a la mesa antes de marcharse, tomó un trozo de papel y un bolígrafo y garabateó algunas palabras bajo la mirada tensa de Katherina. A continuación, dobló en cuatro la cuartilla, se la puso en la mano y le dio un rápido beso en el pelo.

Cuando la puerta se cerró, no pudo esperar para abrir el mensaje. El teléfono por poco se le cae de la mano, el calor que había sentido con sus caricias le subió por el vientre hasta encenderle el corazón y un placentero cosquilleo le arrancó una sonrisa y un suspiro: «Voy a imaginarte mojada el resto del día. Húmeda por fuera, húmeda por dentro».

[15]. Joe Girardi, entrenador de los Yankees, de Nueva York. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 16

Prefería mil veces ensuciarse las manos y acabar dolorido de la espalda, a hacerse cargo de las facturas, informes, permisos y demás documentos que lo miraban a la espera de que hiciera algo con ellos. ¡Estaba deseando que le quitaran la sutura! Después de media mañana intentando reducir el montón de papeles pendientes, continuaba sentado pensando en ella, en ella en bikini; en ella y en esos ojos entrecerrados rendidos a él; en ella y en lo sencillo que había sido echar los planes por la borda y volver a sucumbir a sus encantos.

Robbin asomó su característico pelo azul por la puerta de la caseta y llamó con los nudillos sin esperar permiso para entrar. Venía cargada con los últimos planos que había trazado y resoplaba de cansancio.

—Hay un hombre ahí fuera preguntando por ti.

Scott miró el hueco de la puerta y se encogió de hombros. Un botones con edad para jubilarse se sacudía las mangas de la librea negra allí donde Robbin lo había tocado con las manos sucias. Cuando acabó, se cuadró delante de él y se aclaró la garganta.

—Me han pedido que le traiga un mensaje, señor Nolan. —Le tendió un sobre con su nombre y se retiró unos pasos a la espera de una posible respuesta.

—¿Quién es el señor Avery? —preguntó Scott una vez leída la misiva. Un hombre que atendía a ese nombre le pedía que se presentase sin demora en la *suite* Royal.

—El señor Avery es el supervisor de plantas, señor.

—¿Supervisor de plantas? ¿Estamos hablando del... jardinero? —bromeó Scott. Robbin también le vio la gracia, pero el botones no se inmutó.

—No, señor. Estamos hablando de la persona que supervisa el trabajo en las habitaciones en cada una de las plantas del edificio —respondió con altivez.

—¿Y por qué quiere el señor Avery que vaya a la *suite* Royal?

—No lo sé, señor.

—Están reformando ese piso. Ve a echar un vistazo —lo animó Robbin—. Llevas aquí encerrado todo el día y la mesa sigue tal cual la dejé yo ayer. Te irá bien un poco de aire y ¿quién sabe? A lo mejor nos sale otro trabajito en el hotel.

—Me acercaré más tarde —decidió sin más. Dejó el mensaje a un lado y devolvió la atención a los papeles que tenía delante.

—El señor Torres, de recepción, insistió en que era urgente, señor.
—¿Urgente? —repitió Scott.
—Muy urgente —aseveró el hombre.

Sir Edmon Willem, el aristocrático conserje inglés, le abrió la pesada puerta de cristal y lo saludó con ceremonia, como si fuera una eminencia. Scott, en cambio, no fue tan formal. Se limitó a palmearle un par de veces el brazo con confianza y le dedicó un guiño que descolocó por completo al anciano bedel.

—Acompañe al señor Nolan al ascensor de servicio —ordenó el jefe de recepción al botones en cuanto llegaron a la altura del mostrador—. Y que no toque nada, por favor.

El gesto burlón de Scott arrancó sonrisas entre las chicas de administración, que asomaron sus cabezas por las puertas de los despachos al escuchar su nombre.

Se miró en el espejo del elevador mientras la melodía de piano del hilo musical lo animaba a llevar el ritmo con el pie. Estaba hecho un asco. Por mucho que se pasara las manos por el pelo para peinarse, no tenía arreglo posible. Aunque no llevaba la ropa sucia como en otras ocasiones y el vendaje parecía limpio, su aspecto era lamentable.

—Suerte que eres guapo, Nolan —se dijo al escuchar el característico sonido de la campanilla que precedía a la apertura de puertas.

No había nadie en la planta décima. A juzgar por el aspecto que presentaban algunas de las habitaciones, era evidente que las estaban reformando. El olor a pintura era denso, la moqueta del pasillo estaba cubierta por un fino plástico que se elevaba como una ola a cada paso, los cuadros permanecían ocultos bajo sábanas que los aislaban de la suciedad, algunas puertas dobles estaban siendo lijadas a conciencia y las arcaicas cerraduras se estaban sustituyendo por modernos sistemas de cierre.

—«Suite Royal» —leyó en voz baja al llegar donde le habían indicado—. ¿Señor Avery? ¿Hola? Soy Scott Nolan.

Se adentró unos pasos, temiéndose que la urgencia del supervisor hubiera sido excesiva y se hubiera marchado sin avisar. Pero, de pronto, el taconeo pausado de unos zapatos lo puso alerta y, justo en ese momento, una mano cerró la puerta y la luz tenue de una lamparilla iluminó la estancia.

—Pero ¿qué demonios...? —Se interrumpió en cuanto Katherina cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Qué haces tú aquí? Tengo un mensaje urgente de un tal Avery para que...

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Y dónde está Avery? —Ninguno de los dos se movió del sitio. A Katherina le temblaban las piernas y eligió mantenerse contra la puerta por sí, al separarse, las fuerzas le fallaban y quedaba en evidencia. Scott, por el contrario, deseó más que nunca acercarse a ella y descubrir si era él quien provocaba ese brillo de ojos del que había quedado cautivo. También rogó para que hubiera sido ella quien lo hubiera citado allí, pero era más probable que le cayera un rayo encima—. ¿Qué hacemos aquí?

A ver cómo se lo explicaba, pensó al notar el bochorno que siempre la delataba. No podía decirle que la repentina visita de Adrik antes de comer había trastocado sus planes. Ni podía contarle la conversación que habían tenido acerca de lo que se consideraba adecuado entre empleados y lo que no. Tampoco iba a explicarle cómo había reaccionado su amigo al conocer los diferentes episodios que habían compartido, ni los consejos que le había dado, porque solo de pensarlos el estómago se le llenaba de incómodos cosquilleos.

Debía de estar sufriendo un grave trastorno provocado por el estrés pues había cogido el pequeño regalo improvisado que Adrik había sacado de su cartera y se había olvidado de la piscina para seguir el consejo que el ruso le había dado.

—Deberías echar un polvo con él —le había dicho sin más, antes de pasar a enumerar los gratos beneficios que el sexo tenía para liberar tensiones—. Es más satisfactorio que nadar —apostilló con una sonrisa maliciosa.

Scott giró sobre sí mismo para fijarse en los detalles de aquella estancia. No había cama, ni armarios, pero sí un sofá, en el que parecía que nunca se había sentado nadie, sobre una carísima alfombra de Aubusson en tonos granate y dorado. También había una mesa de café, de esas cuyas patas simulan garras de león en un color oro tan intenso que, de no ser porque hubiera parecido idiota, se habría arrodillado para comprobar si estaban hechas de tan preciado metal.

—¿Piensas decirme qué hacemos aquí en algún momento? —le preguntó de nuevo al ver la imagen de Katherina en el aparatoso espejo que había a su derecha. Cuando se encontraron a través del reflejo creyó vislumbrar lo que parecía una sonrisa, pero al girar para verla directamente, el semblante serio había regresado y empezó a sentirse molesto.

—El señor Avery no vendrá —dijo al fin—. He sido yo la que te ha mandado llamar.

Scott la señaló con un dedo, divertido, incrédulo. A continuación, para evitar echarse a reír delante de ella, se llevó la mano a los labios y simuló estar digiriendo semejante revelación. Era mejor de lo que esperaba.

—Bien, pues ya estoy aquí. ¿Cuál es el problema?

Empezaba el juego, lo vio en sus ojos. Ya no había oportunidad de echarse

atrás, ni de inventar excusas creíbles para salvar la situación. A sus treinta y cuatro años, Katherina acababa de tomar con firmeza unas riendas que siempre habían constituido un estorbo en su vida. El sexo jamás había sido una prioridad, ni un estímulo, ni un placer, hasta que Scott Nolan apareció. Quería comprobar cómo de bueno era y si era capaz de multiplicar por mil las sensaciones que había vivido en aquel primer encuentro, tal y como le había dicho Adrik. Se avergonzaba de pensarlo y, de no haber sido por el ruso, jamás hubiera accedido a una locura así, pero el estado de excitación en el que vivía no podía ser bueno para la salud y era mejor acabar con el asunto lo antes posible.

—Nosotros somos el problema. —Al fin encontró la fuerza necesaria para mover las piernas en dirección a la primera puerta que había en la estancia, justo delante de Scott. Encendió la luz de la habitación y el resplandor los hizo parpadear a ambos—. Que quede clara una cosa: si hago esto es solo porque tú estás dispuesto y yo lo necesito —lo sermoneó al tiempo que retiraba el cobertor de la cama *king size* y colocaba los almohadones decorativos en el sillón que había junto a la puerta del baño. Luego, sin detenerse a analizar la expresión incrédula de Scott, se desabrochó la chaqueta del traje y se quedó con una fina camiseta de tirantes ribeteada de encaje—. Esto no nos convierte en nada, no nos obliga a nada y no nos da derecho a nada. Espero que lo entiendas y que lo aceptes.

Cuando Katherina empezó a desabrochar, uno a uno, los diminutos botones de los pantalones, Scott, tan diestro siempre con el género femenino, salió de su letargo y comprendió de una vez qué estaba pasando y qué era lo que ella pretendía.

—¡Wow, wow, wow, Katherina, para un momento! —Con paso rápido, llegó hasta ella y la tomó de las manos para detenerla. Si lo que pretendía era acostarse con él, ¿por qué demonios parecía que iba camino del cadalso? No era así como debía ser, no era así como lo había imaginado y no lo haría si esa sensación de obligación no desaparecía—. ¿Me has traído aquí porque quieres acostarte conmigo?

—¡No! Es que me gusta desnudarme delante de mis empleados antes de probar la calidad de las sábanas. —El sarcasmo le dio el valor que estaba perdiendo. Se liberó del agarre de Scott y se separó unos pasos de él—. ¡Pues claro que te he traído aquí por eso!

La carcajada de Scott resonó fuerte en las paredes de la habitación. Abrumado, se llevó la mano a la nuca y se despeinó como hacía cuando estaba nervioso. Llevaba fantaseando con ese momento desde bien temprano. Besarla en el despacho no había sido una buena idea e imaginarla mientras hacía largos en la piscina, tampoco había ayudado a bajar el grado de excitación que

arrastraba. Y cuando por fin lograba lo que deseaba, se quedaba parado, sin saber qué decir y con la sensación de que no estaba bien ceder a sus impulsos más primitivos. No mientras ella se tomase aquello como una mera transacción.

—Vuelve a ponerte la chaqueta, por favor —le pidió con suavidad—. No creo que tengas claro lo que estás pidiendo, Katherina. Es mejor parar antes de que te arrepientas y sea demasiado tarde.

—Sé lo que estoy haciendo. —Tiró un poco de los botones del pantalón cuando el último se negó a abandonar el ojal. Las manos le temblaban tanto que la tela se le escapaba entre los dedos, haciendo más bochornosa la situación. Cuando logró soltarlo y se vio libre de la cinturilla, tomó aire y deslizó la prenda poco a poco, sin mirar a Scott—. Es lo que querías, ¿no? Pues acabemos con esto de una vez.

—No. —Volvió a detenerla y le subió los pantalones como a una niña pequeña. Se pegó a ella con intención y deslizó la mano por el contorno de su cuerpo hasta tomarla de la nuca y obligarla a mirarlo. De cerca no parecía tan valiente, los labios le temblaban, las mejillas le ardían y el cuerpo se balanceaba como si fuera a desplomarse de un segundo a otro—. Esto no es lo que quiero, ni como lo quiero.

—Entonces, ¿qué quieres, Scott? —susurró con un hilillo de voz. Siempre que la tocaba perdía el control de todo, incluso del latido de su corazón.

—Quiero que tú también lo desees. Quiero que notes como el cuerpo te pide que te toque, que te acaricie. Quiero que, cuando te bese, me correspondas solo porque necesitas besarme, solo porque te gusta el sabor, porque te enciende el movimiento de mi lengua retozando con la tuya. —Rozó con delicadeza los labios de Katherina con el pulgar hasta que los abrió y dejó escapar el aire. Los ojos se le cerraron y la rigidez que había notado al tocarla dejó paso a una languidez que se transformaba en sensualidad con cada exhalación—. Quiero que te desnudes para mí solo porque deseas mostrarme qué hay debajo de la ropa. Quiero que me dejes rozarte con la yema de los dedos para erizarte la piel y que te vuelvas loca con la reacción de tu cuerpo. —Tal y como le estaba susurrando, la mano vendada de Scott se deslizó por el brazo de Katherina hasta el hombro y, de ahí, descendió por el esternón sin apenas tocarla—. Quiero que solo puedas pensar en la plenitud que sentirás cuando esté dentro de ti y que te des cuenta de que la realidad va mucho más allá de cualquier cosa que hubieras imaginado. Quiero que te excites cuando te hablo, y que jadees, y que grites, y que me mires mientras te doy placer, un placer que deseas por encima de todas las cosas.

—Lo deseo... —musitó al borde del éxtasis.

—Quiero que te ruborices cuando pienses en lo que vamos a hacer, que frotes

las piernas cuando lo recuerdes y no puedas aliviarte, que lleves el olor de mi piel pegado al tuyo y te humedezcas al sentirlo, que te masturbes pensando en mí, que sueñes con lo que soy capaz de provocarte, que te despiertes en medio de la noche buscándome para seducirme, que me persigas con la mirada y me provoques, que me cites a escondidas y me propongas hacer el amor solo porque soy el único que puede apagar eso que te arde dentro y que no entiendes.

La tomó de las nalgas y presionó contra su erección para demostrarle el poder que tenían las palabras y lo dispuesto que se encontraba. Pero no pensaba ceder a sus necesidades hasta que no confesara que lo necesitaba de la misma forma que el aire para respirar. Katherina estaba acostumbrada a hacer las cosas a su manera y había llegado el momento de hacerle ver que había mil formas diferentes de conseguir algo, que no siempre era todo tan metódico y organizado, que había espacio para la improvisación, para la seducción y para mucho más que pensaba descubrirle poco a poco.

—Ahora dime, ¿qué quieres tú, Kat?

—Yo... —Dejó de sentir la mano que le acariciaba las nalgas y el dedo que se paseaba por los labios y el mentón a sus anchas. Libró una batalla con los párpados, que habían decidido permanecer cerrados todo el tiempo que duró la respuesta de Scott. Las palabras estaban cargadas de electricidad y le chispeaban en la piel como placentas descargas eléctricas. No se le daba bien seducir, acababa de comprobarlo. Su intento de poner a Scott al límite había sido un fiasco estrepitoso y, a cambio, él la había transportado a una ensoñación de la que no deseaba despertar. ¿Qué quería ella? Lo quería todo, cada sensación, cada mirada, cada roce. Quería cada una de las cosas que él le prometía, sin excepción, y quería empezar en ese mismo momento, porque si Scott se marchaba y la dejaba sola, el vacío que crecía entre sus piernas la engulliría sin miramientos—. Yo... quiero que me beses, quiero...

—Es suficiente.

La besó con desesperación, con locura, intentando recordar un momento en su vida en el que hubiera sentido tanta necesidad por otra persona. La obligó a abrir los labios y a seguirle el ritmo frenético que marcaba su lengua al probar de nuevo la calidez que Katherina reservaba dentro. No entendía cómo era posible que aquella mujer tan fría pudiera hacerlo arder, aunque siempre supo que el hielo era capaz de quemar tanto como el mismísimo fuego.

Descubrieron los cuerpos con manos ansiosas y no se dieron cuenta de que, en el proceso, también desnudaron el alma. Cuando Katherina retiró la última prenda que cubría el torso de Scott, abrió los ojos por la sorpresa que encontró sobre la piel caliente que pretendía besar pulgada a pulgada.

—Oh, Dios mío —musitó, impresionada. Recorrió con los dedos el contorno

de unos ojos que estaban fijos en ella, los ojos claros de una mujer de largas pestañas y eterna tristeza. Surgían en medio de una bandada de pájaros en pleno vuelo, pájaros que escapaban de un enramado tenebroso y oscuro. Siguió la lenta caricia por la clavícula y bajó por el costado, donde las frondosas ramas de un árbol se entrelazaban para formar un tronco centenario que se perdía por la cintura del pantalón. Bajo la sombra de una rama de tinta negra que parecía cobrar vida con el movimiento de los músculos de Scott al respirar, encontró un nombre tatuado que ella misma repasó con el dedo—. Eleanor...

Eleanor..., repitió Scott desde el fondo del alma.

La erótica inspección de Katherina lo había dejado temblando. Sentir sus dedos sobre las líneas del dibujo y reconocer aquel nombre en sus labios lo había obligado a cerrar los ojos y a coger aire con calma. Pero en cuanto el aliento de Katherina lo rozó y la lengua se abrió paso para saborearlo, un rugido nació de las profundidades de su ser y perdió el control del cuerpo junto a la capacidad de pensar.

El enredo de brazos y piernas desnudas despertó un sensual siseo entre las sábanas. Una explosión de sentimientos hizo temblar los cimientos del complejo cuando por fin se unieron en aquel acto primitivo, ardiente a la par que dulce. El espejo de cuerpo entero que había frente a ellos les devolvió una obra de arte de movimientos lascivos, carnales, casi obscenos. Fue todo un espectáculo ver el rostro desinhibido de Katherina, buscando aire con la boca abierta y las uñas clavadas en la espalda de su amante; o la tensión de los tendones de Scott al penetrarla con enérgicos movimientos que se aceleraban o ralentizaban según marcaban los gemidos femeninos; o el acoplamiento de ambos cuerpos, húmedos de sudor y de besos, acompañados de los sonidos más excitantes que provocaba el placer en estado puro.

—Estás a punto, lo noto... —jadeó contra el oído de Katherina. Le apartó el pelo de la cara sin detener los intensos movimientos de la pelvis y le mordió los labios hasta sentirlos hinchados y calientes—. Di mi nombre, Katherina, quiero escucharlo cuando llegues a lo más alto.

—¡Scott...! —gritó segundos después. El nombre salió de ella en un alarido desgarrador que anunció la llegada de un orgasmo con mayúsculas.

Ambos se ganaron el clímax con los dedos entrelazados, clavándose las uñas en la carne como única forma de controlar las convulsiones que los arrollaron y, entre besos pasionales, caricias delicadas y susurros incoherentes, demostraron que, aunque los cuerpos se separasen, ellos estaban unidos por algo mucho más fuerte que la piel.

CAPÍTULO 17

Frágil, etérea y de destino incierto, así eres tú, así es ella, como un copo de nieve, como las flores de invierno.

—¡Un mes, ni un día más! —exclamó Katherina, que estaba cansada de encontrar problemas ya de buena mañana. Malcom Savage, el jefe de mantenimiento, había acudido en su busca para informarle de que la reforma de las *suites* de la décima planta tardaría mucho más de lo que estaba previsto y no podía ni pensar en cuál sería la reacción de Elizabeth al conocer ese inconveniente—. ¿Crees que para mí no es un problema? Tendré que cancelar las reservas, reubicar a los huéspedes... ¡El gobernador iba a estrenar la *suite* Emperador, Savage!

—No depende solo de mí. Los pintores van con retraso, los problemas con el mobiliario nuevo han...

—¡Me da igual! —Apretó los dientes al mismo tiempo que los dedos se cernían sobre el bolígrafo con el que dispensaba su firma—. Estoy harta de excusas. Las habitaciones tienen que estar listas en un mes, intendencia debe dejarlas impolutas y sin rastro de olor a pintura. No me importa si hay que hacer horas extra, se pagarán, díselo a tu equipo, pero no voy a consentir que el trabajo se demore más.

Eso le recordó que necesitaba echar mano de la experiencia de Scott para revisar las balconadas. John Wyatt, el encargado de jardinería, no daba más de sí desde que había sido padre de gemelos y se pasaba las noches entre pañales y biberones.

Pensar en Scott siempre le provocaba un intenso cosquilleo en la piel. Habían pasado solo unos días desde el encuentro en la *suite* Royal y aún había momentos en los que notaba sus caricias en diferentes partes del cuerpo. Desde aquella tarde no habían vuelto a estar a solas, pero habían sido numerosos los instantes de miradas, de roces de manos, de llamadas profesionales que adquirirían tintes demasiado eróticos para tratarse de trabajo, y la sensación de estar ascendiendo a las nubes se incrementaba cuando leía en sus ojos la promesa de ir a más, de querer más, de necesitarla tanto como ella deseaba sentirlo dentro.

Salió del despacho convencida de que buscar la ayuda de Scott era la mejor

excusa para volver a verlo y compartir con él unos minutos antes de regresar a la montaña de problemas que le estaba causando la fiesta de temporada.

Septiembre había llegado con el otoño a cuestas y, desde los primeros días, el aumento de las lluvias había empezado a crear inconvenientes en el trabajo exterior. No obstante, los cambios la hicieron suspirar al adentrarse en el jardín. Los dos primeros cuadrantes estaban quedando espectaculares y sabía bien que, al otro lado de la mampara, la visión sería mucho mejor, aunque en esos momentos estuviera todo manga por hombro.

Robbin vio a Katherina avanzar hacia el agujero del lago donde se encontraba Scott y olvidó que estaba manteniendo una acalorada discusión con William Dreyfus. Mientras el chico continuaba explicándole por qué se había cambiado la ruta de tuberías en el cuadrante cuatro, ella se apoyó contra el vallado de seguridad y observó el lento caminar de la gerente, que detenía el trabajo de los hombres a su paso. Cuando Katherina la vio, levantó la mano para saludarla en la distancia y captó la atención de joven Will que, de manera automática, dejó de parlotear y esbozó una amplia sonrisa que Robbin borró con un manotazo en el pecho.

—¿Crees que se la ha tirado ya? —le preguntó Will con muy poco tacto.

—Eso no es asunto tuyo, Dreyfus. Deberías tener un poco más de respeto por tu jefe, ¿no te parece? —lo amonestó Robbin.

Claro que se la ha tirado ya, solo hay que ver cómo lo mira y cómo reacciona él, se dijo Robbin en respuesta a Will. Agitó la cabeza para apartar pensamientos poco convenientes y devolvió la atención a los planos que sostenía. Solo esperaba que Scott no se implicara en algo que pudiera hacerle más daño del que ya había sufrido.

Katherina se detuvo a pocos pasos del lugar en el que Scott conversaba con un robusto hombretón. Había una infinidad de pliegos de papel sobre una mesa improvisada con una tabla y dos caballetes. Justo delante de ellos se abría el inmenso agujero que, en unos meses, se convertiría en un espectacular lago artificial.

—Dale un par de metros de profundidad por la zona este —le indicó Scott al encargado de la maquinaria. Le señaló en el trazado el lugar al que se refería y el hombre asintió complacido—. Si queda listo hoy, las cervezas correrán de mi cuenta.

Palmeó la espalda del operario y se colocó bien las gafas. Solo hacía dos días que le habían quitado la sutura de la mano y se sentía como un niño de vuelta al colegio. Miró al cielo temiéndose que el ambiente húmedo y el calor de la mañana iban hacer de las suyas y se limpió el sudor con el bajo de la camiseta.

—Si se queda listo hoy, te invito a cenar, Nolan —dijo Katherina a espaldas

de Scott. No sonó demasiado fuerte, pero lo suficiente para que él lo oyera y para que su cuerpo reaccionara ante el recuerdo de la mujer con la que soñaba cada noche.

Siempre tan elegante, siempre tan *sexy*...

—Siempre con tacones y sin casco —comentó con disimulo mientras recogía algunos planos—. Señorita Kovaleva es usted una temeraria.

—Me gusta el riesgo. Lo sabes mejor que nadie —le insinuó antes de morderse el labio.

—Si sigues haciendo eso me saltaré tus absurdas normas de comportamiento en horario de trabajo y te tumbaré en el suelo para hacerte mía —le advirtió inflamado de deseo. Estaba perdiendo la cabeza—. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito que le echés un vistazo a las balconadas del décimo piso —gimió Katherina. No le gustaba pedirle favores de ese tipo cuando sabía lo ocupado que estaba—. Sé que no tienes mucho tiempo, pero... —Un detalle en la mano de Scott, cuando se la pasó por el pelo, la hizo callar de súbito—. ¡Te han quitado los puntos de la mano! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No quise molestarte. He oído que hay dificultades con las reformas de las habitaciones y me imaginé que andarías liada. —Dejó que Katherina le cogiera la mano y pasara los dedos por la cicatriz, con lo que eso suponía. Su virilidad reconoció la caricia de inmediato y una punzada de necesidad le hizo contener un juramento—. Deja de tocarme así, Kat, o tendré un problema con los pantalones. Ven, anda, quiero que veas lo que se me ha ocurrido.

—Yo también he tenido una idea que quería comentar contigo, pero no sé si será adecuada.

Tiró de ella hacia un lateral de la obra, allí donde comenzaba la pequeña zona boscosa que habían decidido mantener. El lago llegaría hasta ese punto y el precioso robledal serviría para delimitar el camino hasta el salto de agua, justo donde ubicarían la entrada al laberinto. Los altos árboles de ramaje espeso formaban una bóveda verde que, en algunas partes, se acercaba tanto al suelo que era capaz de ocultar a cualquiera. En cuanto Scott comprobó que nadie los veía, abrazó a Katherina con necesidad y la besó contra el tronco robusto de un precioso roble.

—Hueles como un animal —murmuró ella, rendida al recorrido que las manos de Scott seguían por su cuerpo.

—Pero a ti te gusta, reconócelo. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja mientras le subía el vestido y palpaba el borde de su ropa interior con ansiedad—. Te he echado de menos cada segundo.

—¿Has pensado en mí? —preguntó entre jadeos. Los dedos de Scott rozaron esa parte íntima que se inflamaba solo con su recuerdo y las oleadas de éxtasis la

empujaron a agarrarlo del pelo con violencia—. Scott... no puedo...

Le tapó la boca para que gritara mientras le daba placer. Fue sensual en la forma de tocarla y pausado cuando recogió sus jadeos entre los labios. Le hubiera encantado culminar enterrado entre sus piernas, en plena naturaleza, rodeados del canto de los pájaros y de los sonidos lejanos de la obra, pero su cartera, en la que llevaba la protección necesaria, estaba en la taquilla del barracón.

—Respira hondo, no quiero que te ahogues. —La honró con mil caricias destinadas a calmarla. Le arregló el pelo con los dedos y tiró del vestido para dejarlo en su sitio. Se sentía inflamado, a punto de explotar, pero moriría mil veces de frustración solo por ver el brillo de los ojos de Katherina cuando los abrió y le sonrió—. Este acaba de convertirse en uno de mis lugares favoritos del jardín. Voy a poner un columpio de madera para que te acuerdes de este momento cada vez que te sientes en él.

—Me gusta la idea, me encantan los columpios —comentó sonriente—. ¿Y qué te parecería una pérgola blanca donde estaba el reloj de sol? —sugirió.

Scott la miró sorprendido y asintió a la propuesta. Todavía no había hablado con Robbin sobre los ornamentos de la entrada al jardín y la verdad era que un templete de esas características quedaría perfectamente integrado con los senderos de Hebe que había previsto.

—¿Quieres una pérgola blanca? —Katherina afirmó con un cabeceo—. Pues tendrás tu pérgola. Tendrás lo que tú quieras.

—¿De verdad? —Lo peinó con los dedos como si fuera un niño revoltoso y depositó un suave beso en los labios antes de separarse de él—. Entonces quizá quieras pasarte luego por el despacho. Tengo una larga lista de deseos que me gustaría tratar contigo.

Unas horas después, cuando la revisión de las pequeñas balconadas ajardinadas de la décima planta había quedado lista para que el jefe de jardinería hiciera lo propio con las indicaciones de Scott, regresó a la caseta de obra donde Robbin lo esperaba para terminar de resolver algunos problemas de coordinación.

Todavía no había entrado por la puerta cuando su teléfono móvil sonó y el nombre que apareció en la pantalla le puso el vello de punta.

—Dime, Jean. ¿Alguna novedad? —Le indicó a Robbin que no se marchara cuando hizo amago de dejarlo solo. Conocía la historia de sobra y, fuera cual fuera el motivo de la llamada, acabaría por contárselo.

—¿Novedad? —preguntó Jean Montgomery con la vena del cuello a punto de reventar—. ¡Cuéntamela tú, Scott! Dime qué demonios hacías en la puerta de

Layla el mes pasado. Explícamelo porque yo no sé qué parte de «orden de alejamiento» no has llegado a comprender en todo este tiempo.

—¿Va a denunciarme? —Robbin se puso tensa al escuchar la pregunta, pero un suave movimiento de la mano de Scott la devolvió a la silla donde estaba sentada.

Había esperado una llamada así. Lo que realmente lo sorprendió fue que no se hubiera producido antes. Layla no era una mujer de hacerse esperar, era temperamental y sabía qué teclas tocar para hacerlo saltar. Que su actual marido fuera abogado penalista ayudaba bastante a la causa, y que a él se lo hubieran llevado mil demonios en una ocasión y hubiera acabado por darle una paliza a ese idiota insoportable, también. Jamás le puso una mano encima a su exmujer, eso era algo que no se le pasaría por la cabeza nunca. Amó a Layla hasta la locura y, aunque ella le había hecho más daño del que nadie le había provocado en treinta y ocho años, no le desearía ningún mal. Pero a Morgan Bishop... ese hombre era el mismísimo Lucifer y se había quedado con lo que Scott más quería.

—Estás de suerte. No, no va a denunciarte, pero su abogado me ha hecho llegar una advertencia bien clara: no van a pasar ni una falta más.

—Bien. Al final no son tan malas noticias, ¿no? —le guiñó un ojo a Robbin, más pálida de lo normal, y se quitó las gafas para masajearse el puente de la nariz.

—Eso no es todo —añadió con pesar—. Han rechazado la revisión del expediente. Hasta el año que viene no podremos solicitar...

—¡Joder! —Se levantó de golpe y estampó una mano contra la mesa—. ¡Joder, joder, joder!

Robbin dio un respingo sobre la silla y se mordisqueó las uñas de manera mecánica. Scott estaba fuera de sí, negaba con la cabeza una y otra vez hasta que apoyó la frente en la pared y dio un puñetazo que hizo eco en el barracón.

—Debemos esperar. Voy a continuar peleando, Scott, pero tienes que ayudarme. ¡No más problemas! —Para Jean Montgomery era como un hijo. Un buen chico, trabajador, responsable, que había tenido muy mala suerte. Tampoco había nacido en el seno de una familia convencional que le diera su apoyo, se había hecho a sí mismo al margen de la fama de su padre y de la hipocresía de su madre, y había resultado un hombre íntegro en el que se podía confiar. Pero eso no le eximía de cometer errores, algunos de ellos demasiado graves—. Scott, por lo que más quieras, ni un solo viaje más a Montreal. Tengo abierta una vía que puede resultar efectiva, pero es imprescindible que te alejes de Layla. Sé que es duro, pero confío en que sabes lo importante que resulta.

Lo sabía. Lo que más quería en el mundo estaba en juego y, aunque doliera

como un cuchillo en pleno corazón, le prometió a su abogado que se mantendría al margen. Cuando colgó, la mirada de Robbin le quemó la piel. El gesto interrogante y de preocupación que había en el rostro de su duende no necesitaba palabras. Era patético, era un hombre vencido que no aceptaba su culpa y que no merecía más oportunidades. Especialista en paisajismo y en meter la pata, en plantas y en destrozarse la vida.

Salió de la caseta con la chaqueta en una mano y las llaves de la camioneta en la otra. Robbin lo observó con lástima porque conocía bien las reacciones de su jefe cuando las llamadas de Montgomery no eran esperanzadoras. Con cada mala noticia, el corazón de Scott se hacía un poco más pequeño y su carácter extrovertido y amigable se esfumaba. Ojalá hubiera algo que ella o Lana pudieran hacer, se dijo destrozada por el nuevo contratiempo. Pero lo único que podía aliviar el escozor de la herida de Scott, al menos hasta que dejara de sangrar, era estar solo.

No había recorrido ni un par de millas cuando sintió que se ahogaba. El aire que entraba por la ventanilla no era suficiente. Por mucho que abriera la boca para llenar los pulmones no conseguía deshacerse de la sensación de estar perdiendo el control. Abrió la puerta, salió del coche y golpeó la pared con la mano abierta una vez, dos veces, hasta que el dolor fue más insoportable que el que sentía en lo más profundo del alma. Estaba completamente ido, agotado, tan harto de pelear que la desesperación le ganaba terreno a la firme templanza que lo caracterizaba.

Gritó con rabia antes de volver a emprenderla contra la pared, esta vez con el puño cerrado. Un solo golpe fue suficiente. El rostro se le contrajo; los ojos, rojos de ira, se le llenaron de lágrimas; las piernas le flaquearon y, muy despacio, sin apartar la mirada de las manos temblorosas, se dejó caer hasta quedar con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

Entonces, todo lo que había estado conteniendo se desbordó y lloró como no recordaba haber hecho nunca. No podía perderla, no podían quitársela, era suya y le habían robado la mitad de su vida, los mejores años. Ahora también debía renunciar a verla a escondidas, a capturar pequeños instantes que atesoraba como si fueran piedras preciosas. Ella era preciosa, más que nada en el mundo.

Su pequeña, su hija. Su Eleanor.

CAPÍTULO 18

Katherina miró el papel que tenía en la mano para comprobar que no se había equivocado de dirección. El edificio de apartamentos donde vivía Scott estaba falto de una buena reforma o, al menos, de una buena capa de pintura que le diera un aspecto mucho más acorde al distrito en el que se ubicaba.

Una amable pareja de jóvenes le abrió la puerta cuando se disponía a llamar al interfono. Llevaba dos bolsas de comida italiana que había comprado en un establecimiento del que Adrik le había hablado muy bien. Se había cambiado de ropa para no parecer tan formal, pero en cuanto se vio en el espejo del ascensor pensó que a lo mejor se había pasado. Unos vaqueros, una camiseta blanca de tirantes y una cazadora de cuero marrón a juego con las sandalias. Se había deshecho de la apretada coleta que había llevado durante el día y la melena caía alborotada.

—Me siento ridícula —se dijo con un movimiento negativo de la cabeza.

Cuando entrada la tarde salió del despacho y preguntó por Scott, quedó decepcionada al saber que se había marchado. Escuchó a los trabajadores comentar que la ampliación del estanque estaba lista para comenzar la siguiente fase y encontró en aquella buena noticia la excusa perfecta para sorprenderlo con una visita inesperada. Le había dicho que lo invitaría a cenar y allí estaba para cumplir su palabra, aunque solo fuera un medio para volver a verlo, para conocerlo en su hábitat.

Se estiró de la chaqueta para ajustarla bien al cuerpo y se pasó la mano por el pelo. Encontró la puerta del apartamento de Scott. Estaba nerviosa, insegura, era la primera vez que hacía algo así y no sabía si él lo consideraría una invasión de su intimidad.

Lo primero que pensó Scott cuando escuchó el timbre fue que Robbin y Lana debían estar muy preocupadas para presentarse en su casa sin avisar. O que la vecina de abajo volvía a ver manchas de humedad en el techo del dormitorio donde solo había sombras. Nada lo había preparado para ver a Katherina en su puerta.

—¿Qué haces aquí? —No fue su intención sonar tan hosco, ni mostrarse desagradable, pero las palabras se le escaparon de los labios teñidas del mismo humor que lo acompañaba.

—Yo... he traído la cena —titubeó. Se sintió absurda, fuera de lugar. La mirada de Scott tras los cristales de las gafas no le transmitió ninguna confianza y, una vez más, se dio cuenta de la mala idea que había tenido yendo a su apartamento sin ser invitada—. Creo que será mejor que me marche.

Scott la atrapó por la muñeca y tiró de ella hacia el interior de su humilde y desastrosa morada. Por nada del mundo iba a dejarla marchar después de que hubiera hecho el esfuerzo de llegar hasta él. Le gustó el atuendo informal que lucía, le gustó cómo olía y cómo se mordía el labio, dudosa. Pensó en besarla, porque al hacerlo aflojaría los músculos que la mantenían en tensión, pero prefirió contemplarla un poco más mientras los dedos le pedían acariciarla y la boca se le secaba al pensar en su sabor.

—Te dije que te invitaría a cenar si acababan la ampliación —se justificó. No sabía dónde poner la mirada, ni qué hacer con las bolsas que aún sostenía. Echó un vistazo rápido sobre el hombro de Scott y encontró una estancia amplia, bien decorada, acogedora. Una barra y un par de taburetes separaban la cocina del resto. La pared de piedra que delimitaba la zona del sofá era magnífica, aunque el desorden en la mesa de trabajo y los libros apilados en el suelo le restara armonía a un espacio tan confortable. El conjunto era acorde con la personalidad del hombre que tenía delante, a pesar de la evidente falta de limpieza—. No será como la cena en el parque, pero...

—No importa. Tengo hambre —manifestó sin moverse. Temió estar siendo víctima de una cruel alucinación y, para asegurarse de que no despertaría abrazado a la columna del salón, se frotó la cara con las manos y le cogió las bolsas, que despedían un olor muy apetecible—. Me alegro de que hayas venido.

La besó en la frente de forma precipitada, porque si lo hacía donde él deseaba se olvidaría de la cena y de los buenos modales, y la precedió hasta la cocina donde se dedicó a sacar la comida. Cuando estuvo todo dispuesto en platos sobre la mesa del salón, le apartó la silla con caballerosidad y se sentaron a cenar como si fueran una pareja de verdad después de una larga jornada de trabajo.

—Cuéntame qué viene ahora. ¿Cuál es la siguiente fase? —le preguntó Katherina después de que Scott le hiciera un resumen de cómo había ido el día en el jardín.

Se acabó los tallarines con gambas que habían compartido y se limpió la boca antes de responder. Estaba tan concentrado en verla paladear cada bocado que perdió el hilo de la conversación y le costó un largo silencio darse cuenta de que esperaba una contestación.

—Ahora hay que impermeabilizar el lago, aunque antes tendrán que acabar de pasar el sistema de tuberías. —Con mucha delicadeza, deslizó el pulgar por la comisura de los labios de Katherina y le limpió una pequeña mancha de nata.

Con descaro, sin apartar la mirada de ella, se llevó el dedo a la boca y lo lamió con lentitud, provocando una infinidad de sensaciones que electrizaron el ambiente—. Pondremos una capa de tierra y luego una geomembrana que evite pérdidas y que el terreno de alrededor se encharque.

—Eso no nos gustaría.

—No, a mí tampoco me gustaría, por ese motivo hemos invertido un poco más de presupuesto en hacer algo decente, con productos de calidad.

Continuaron hablando del proceso de creación del lago hasta que la cena llegó a su fin y Scott se apresuró a recoger la mesa. Los silencios entre ellos eran incómodos, y no era debido a una falta de conversación. Al contrario, respondían a la certeza de que alargaban las frases para evitar lanzarse el uno encima del otro.

Con tal de no quedarse sentada en la mesa mientras él fregaba los platos, se entretuvo mirando algunos libros que llenaban las estanterías. Los volúmenes de plantas y jardines se acumulaban por doquier. Había revistas, gruesas enciclopedias, cuadernillos manuscritos en francés, en italiano, cada uno especializado en una cuestión diferente. Había cierto encanto en ellos, en la forma en que estaban marcadas algunas páginas, en las anotaciones que vio en los bordes al ojearlos, en las manchas de los dedos que indicaban cuántas veces habían sido consultados, como los cuentos que Yelena le leía antes de dormir cuando era pequeña.

Se mojó los labios con el vino y deslizó el dedo por el filo de la estantería hasta que dio con un pequeño porta fotos. En la imagen, Scott pasaba los brazos por los hombros de Roberta Giles y de su novia y los tres lucían una encantadora sonrisa que se le contagió. A sus espaldas, el cartel de SN Garden relucía tanto como el orgullo en los tres rostros.

—Es una foto muy bonita —comentó al notar la presencia de Scott a su espalda.

—Nos la tomó mi amigo Gavin el día que abrimos el local. —Tocó la foto con cariño, como si al hacerlo estuviera rozando la nariz de Robbin, y al retirarla decidió que posarla en la cadera de Katherina era lo apropiado.

—¿No tienes fotos de tu familia? —Había esperado encontrar la respuesta al misterio del nombre que llevaba tatuado y se decepcionó a no ver imágenes que le dieran una pista.

—No —respondió casi por impulso—. No paso mucho tiempo aquí, la verdad. Prefiero estar en cualquier otro lugar. —Le quitó la copa de la mano y la dejó en la estantería. Se pegó a la espalda de Katherina y hundió la nariz en el pelo—. Me gusta más estar en plena naturaleza, libre, salvaje. —Le apartó el cabello con la mano y dejó un tierno beso en la nuca, un simple roce que provocó la reacción

deseada. Ella gimió complacida y Scott aprovechó para girarla entre los brazos —. Prefiero estar entre tus piernas, dentro de ti, en el cielo.

Se fundieron en un beso arrollador que fue tornándose lento y sensual conforme avanzaban hacia el dormitorio. Todavía no podía creer que Katherina estuviera allí, en su casa, entre sus cosas, donde tantas veces la había imaginado en los últimos días.

Ni ella podía creer que algo pudiera ser tan maravilloso como cuando Scott la tocaba. Había una sutil diferencia en cómo la miraba, en la manera en que las manos de Scott le rozaban la piel, en el movimiento de los labios sobre los suyos o en la acelerada respuesta de su cuerpo a cada estímulo que él provocaba. La forma de desnudarla también fue diferente, acompasada a cada movimiento hasta convertir el roce de la ropa en otro estímulo más, una nueva manera de excitarla hasta hacerla gimotear. Cuando la recostó sobre la cama y la cubrió con su desnudez, sintió que algo había cambiado entre ellos, que los lazos que habían tendido desde el primer día se estrechaban para formar un nudo demasiado intenso, demasiado poderoso.

Y entonces volvió a ver aquel nombre, «Eleanor», y esos ojos que la observaban con atención, jueces de cada uno de los sentimientos que se le escapaban de la piel. *¿Quién es Eleanor?* ¿Qué mujer había sido tan importante en la vida de Scott como para llevarla sobre el corazón el resto de sus días? Sintió celos de ella y de todo lo que hubieran compartido, y se asustó tanto que a punto estuvo de pedirle que se detuviera. Sin embargo, era Katherina la que gozaba en esos momentos de las intensas caricias de Scott, era a ella a la que besaba, a la que susurraba eróticas palabras al oído, a la que recorría con la boca y veneraba con el cuerpo. Era su alma la que veía cuando los ojos azules de Scott la miraban.

Sin apenas darse cuenta, se robaron el corazón. Hicieron el amor con reverencia, sintiendo cada movimiento como si fuera el primero, deslizándose piel contra piel, boca contra boca, hasta descubrir que habían traspasado toda barrera, que estaban expuestos, que habían permitido que otra persona se adueñara de sus pensamientos y se convirtiera en el universo entero.

Aquella noche de cielo estrellado a las puertas del otoño, se prendió la primera chispa del resto de sus vidas.

Lo que comenzó siendo una sucesión de encuentros esporádicos en horas de trabajo, evolucionó hasta transformarse en una rutina de lo más inusual. Ver a Katherina por el jardín, con su repiqueteo de tacones y sus elegantes modelos de

diseño, dejó de ser algo que llamara la atención de los trabajadores. Se había convertido en una más, se detenía a charlar con unos y con otros, conocía detalles de sus vidas familiares, los problemas de crianza de los padres primerizos, los dolores reumáticos de los de mayor edad, la ruptura sentimental de la única chica entre los operarios o el viaje que habían previsto algunos para el fin de semana. Acompañar a Scott en el día a día le había dado la oportunidad de quedarse con lo mejor de su personalidad y eso la ponía en pie por las mañanas con un humor diferente.

La reforma del jardín avanzaba al mismo ritmo que la relación entre ellos. Los días dejaron paso a las semanas y, entre noches de pasión y besos a escondidas al amparo de cualquier excusa, dijeron adiós a septiembre cogidos de la mano y se calzaron las botas y los abrigos para dar la bienvenida al mes de octubre, con un frío sin precedentes.

—¡Ven! Te enseñaré algo.

Echó a andar delante de ella hasta que llegaron a una zona donde nadie podía verlos. Camiones de gran tonelaje habían descargado esa misma mañana una infinidad de piedras procedentes de una cantera al sur del condado.

—¿Y eso? —preguntó extrañada—. ¿Vas a construir una montaña también?

Le encantaba ver la cara de desconcierto que ponía cuando no controlaba algo del proyecto. Esas rocas eran para la formación del salto de agua que empezarán a crear en pocos días, en cuanto las grúas que necesitaban estuvieran disponibles. Pero lo que realmente le interesaba era mostrarle otro lugar, el que se escondía tras aquellas moles de piedra que formarían la entrada del laberinto cuando empezaran a trabajar con ellas.

Le cedió el paso a través de una pequeña rampa de hierro que bordeaba el agujero del lago y, cuando llegaron a la parte más alta, la tomó de la cintura y la acercó a él.

—¡Ya estamos!

Ante ellos se extendía el lugar donde se levantaría el laberinto de Lambert. Los operarios habían comenzado las excavaciones en el perímetro a primera hora siguiendo las indicaciones de los planos que Robbin siempre llevaba bajo el brazo. Era difícil imaginar cómo quedaría cuando estuviera acabado con solo ver aquella maraña de cuerdas, estacas y señales pintadas sobre el terreno, pero en la cabeza de Scott era real y estaba decidido a que en la mente de Katherina también tomara forma.

—Este lugar será impresionante —comentó ella, contagiada por el entusiasmo que Scott desprendía en cada explicación—. Estoy deseando verlo acabado.

¿Qué son todas esas cuerdas y puntos en el suelo?

—Ya sabes qué son. Te lo expliqué sobre el plano la semana pasada.

—Pero me gusta como lo cuentas. Haces que sea especial.

Le quitó el casco de protección que tanto la incomodaba y la invitó a descender la rampa que los llevaba directos al inicio de la aventura. Se situó tras ella para guiarla, aprovechó para meter las manos en el interior del abrigo de Katherina y el calor que desprendía su cuerpo le calentó los pensamientos. Había pasado la noche amándola como si fuera la primera vez y volvería a hacerle el amor allí mismo si el decoro no se lo impidiera.

—Las excavadoras ya están trabajando para hacer los surcos donde se sembrarán los arbustos de boj. Seguirán cada una de las líneas marcadas por las cuerdas y respetarán el terreno que hay entre las estacas.

—Esas partes son los caminos.

—Exacto —respondió feliz de tenerla ese rato solo para él y poder regalarle caricias mientras hablaban de algo que le apasionaba tanto como tocarla—. Una vez hayamos puesto cada arbusto de boj en su lugar, habrá que esperar un tiempo para que se aclimaten. Los mimaremos y calentaremos con radiadores especiales para que el frío no los hiele antes de tiempo y, cuando estén listos, les daremos forma.

—¿Qué altura tendrán al final? —preguntó con interés, sin olvidar que las manos de Scott trazaban pequeños círculos sobre su abdomen por debajo del abrigo. Daba igual que la chica del tiempo hubiera anunciado temperaturas bajas de récord para la jornada, ella sentía tanto calor que le estorbaba hasta la ropa interior—. ¿Tres metros?

—Después de recortarlos y darles forma quedarán unas paredes de dos metros y medio, aproximadamente. Tendrá mucha personalidad, mucha fuerza. Será un espectáculo.

—Será perfecto. Como tú. —Le acarició la mejilla rasposa y sintió crecer su amor por él. El brillo que despedían sus ojos al mirar el solar, como si viera su creación acabada, era un motivo más para quererlo. Trabajaba en el jardín como si depositase un poco de él en cada cosa que hacía, pero con el laberinto era diferente. Estaba poniendo su alma—. ¿Por qué es tan importante para ti?

—He estado en muchos, me he perdido en ellos, he disfrutado con el placer de llegar al centro, pero jamás me había planteado hacer uno hasta que diseñé el proyecto de este lugar —respondió con orgullo—. Hay mitos que los asocian a las habilidades del hombre para controlar su propio destino. Quizá nuestro destino esté en el centro de este.

—Eso es muy bonito.

Besó la piel del cuello que Katherina le ofreció al ladear la cabeza y deseó con

todas sus fuerzas que aquello saliera bien. Imaginó cómo sería recorrer con ella cada pasadizo y refugiarse del mundo en los rincones que pensaba crear para los dos, escondites donde desatar todo lo que contenían cuando no podían dar rienda suelta a lo que sentían el uno por el otro. Allí, en su laberinto, todo sería posible.

—Ven. Te enseñaré otra cosa. —La guio por encima de las cuerdas, poniendo especial atención en aquellos sitios por los que era más complicado acceder.

Hacía un frío de mil demonios y la humedad en el ambiente les arrancaba volutas de vaho en cada respiración. Las nubes se amontonaban en silencio y tapaban el azul de un cielo que deseaba brillar para ellos, pero la tormenta era inminente, se podía oler la lluvia en el aire. Tampoco eso los disuadió. Se entretuvieron con las ideas que tenían previstas e incluso Katherina se aventuró a seguir el trazado para encontrar el camino directo al centro. Después de algunos intentos sin hacer trampa, se rindió y dejó que fuera él quien la llevara al punto exacto.

—Aquí va una torre como la del laberinto de Villa Pisani —le explicó—. No será muy alta, pero lo suficiente como para que se vea todo cuanto nos rodea, el lago, la fachada del hotel con sus columnas cubiertas de hiedra. El desnivel sobre el que se asienta el laberinto contribuirá a que la elevación sea perfecta.

Esperó que los ojos azules de Katherina dieran un último vistazo al espacio abierto, que pronto estaría sembrado de gruesos y mullidos muros verdes, y la abrazó sin poder contenerse más. Lo que sentía por ella podía equipararse al desconcierto de encontrar una pared en el camino erróneo, a la desesperación por hallar la salida o al regocijo de llegar al centro. Nunca lo había percibido así, nunca había necesitado estar tan próximo a una persona de una forma tan intensa y, a veces, el miedo era similar al que te atrapa cuando sabes que debes regresar por el camino correcto o volverás a perderte.

—Te he echado de menos al despertar esta mañana —le confesó Scott mientras le mordisqueaba el labio inferior—. No he podido dejar de pensar en ti en todo el día.

Cuando Scott la besaba de esa forma y le susurraba palabras al oído tampoco en su cabeza había lugar para otros pensamientos. Ella también lo había echado de menos, por eso mismo estaba allí. Las caricias de Scott eran una adicción para los sentidos. Sabía dónde rozar, dónde lamer, cómo moverse y hacia dónde llevarla para que fuera ella quien tomara la iniciativa y olvidara todos los remilgos que había acumulado de experiencias pasadas. Por eso cuando lo tomó del pelo con ímpetu y se apretó contra los labios en un beso urgente, un grito de júbilo sonó en su mente, ebria de perfume floral.

—Está lloviendo —se sorprendió Katherina al notar una gota en la punta de la nariz.

Ambos levantaron la mirada al cielo al mismo tiempo y sonrieron al ver lo que estaba sucediendo. No llovía, nevaba. Durante algunos minutos, observaron en silencio cómo se fundía la nieve al contacto con el suelo y se acercaron el uno al otro para que el calor corporal les sirviera de abrigo adicional.

—Son como flores congeladas —los describió ella al deslizar los dedos por encima del cabello de Scott, moteado de diminutos puntos blancos—. ¿Has visto de cerca la forma que tienen? De niña siempre pensé que mi nana los dibujaba tan bonitos porque a mí me gustaban así, pero es que son así, como flores de invierno.

—Flores de invierno en otoño, ¿eh? —dijo Scott pensativo antes de besarla con efusividad una última vez y dirigirla a la entrada—. Pues como sigan cayendo estas flores de invierno mi gente me pedirá el día libre.

Deshicieron el camino que los había llevado hasta allí en silencio y de la mano. Hacía algunos días que Scott le daba vueltas a una idea que no había barajado con seriedad hasta la noche anterior. En la penumbra de la madrugada, después de hacer el amor con Katherina hasta sentir una plenitud infinita, la había descubierto mirando fijamente el tatuaje del pecho. No era la primera vez que ella repasaba el nombre de Eleanor con la yema de los dedos, ni la primera que tenía que silenciarla con un beso para impedir que formulara la pregunta que le quemaba en los labios. Pero esa noche había visto la duda ensombrecerle los ojos. Ya no era simple curiosidad, era miedo, era ese pavor que te retuerce las entrañas cuando amas a alguien que, tal vez, no te corresponda con el mismo fervor. Estaba siendo injusto con ella al ocultarle ese capítulo tan importante de su vida y había decidido poner remedio a la situación antes de que se sintiera herida.

—¿Vendrás a cenar esta noche?

—No, esta noche tengo una cena con Víctor y Elizabeth —se lamentó. Era lo último que le apetecía, pero la fiesta de temporada estaba al caer y no podía eludir sus responsabilidades por muy apetecible que fuera pasar las horas abrazada a Scott—. Y mañana tampoco podré. Hay una convención de joyeros este fin de semana en el salón principal y una exposición que requiere especial cuidado. Tengo que planificar con Maya Harris cada movimiento de entrada y salida de huéspedes para que la seguridad sea extrema.

—Puedo ir a tu casa cuando acabe la cena y prepararte un baño... —Le faltaban manos para tocarla mientras nadie los veía—. Puedo darte un masaje relajante y hacer que te olvides de esa cena horrible...

—No puedes venir a casa, Scott. —Por mucho cuidado que puso en sonar cariñosa, la negativa fue tajante. Todavía no había aprendido a capear temporales y la tormenta, sin quererlo, se le vino encima—. Aún no le he contado nada a

Yelena. Sé que debería haberlo hecho, pero no es el momento.

Vio la decepción crecer en el mismo lugar en el que, segundos antes, había habido deseo. Los ojos de Scott eran el reflejo de sus emociones, y supo que acababa de hacerle daño. Contar historias no era el punto fuerte de Katherina y le debía algunas que había estado demorando. ¿Qué más daba si Yelena no conocía a Scott? ¿Qué más daba si Scott no conocía su pasado? ¿Qué más daba si no estaba incluido en su futuro? Todo eso podía cambiar, estaba cambiando y, aunque sabía que tendría que contárselo todo, había tiempo. Siempre habría tiempo.

CAPÍTULO 19

*Y de repente, tú. Me traes la fuerza para soportar el frío, delicada, hermosa, como el tulipán temprano.
Llegaste una mañana y la perdí a ella.*

La fiesta de temporada que Elizabeth Lambert ofrecía a sus numerosos amigos antes de Navidad era el evento más temido por la mayoría de los empleados del *resort*. La flor y nata de la sociedad estadounidense copaba el hotel durante los días previos al acontecimiento y convertía el habitual relax que se respiraba en el entorno en una agrídulce tensión, digna de una película de suspense.

Los plácidos días de encuentros secretos en sus rincones favoritos, las llamadas de trabajo que acababan siendo provocativas y las reuniones clandestinas en el despacho de gerencia al finalizar la jornada, se fueron convirtiendo en rápidos besos de buenos días, miradas de disculpa en la distancia y noches de cansancio en las que caían rendidos sin haberse quitado la ropa. La pasión seguía presente, el deseo que les recorría la piel cuando tenían oportunidad de darse un respiro era palpable, pero esa efervescencia inicial, típica de una relación adolescente, se fue enfriando del mismo modo que lo hacía la temperatura con la llegada de noviembre.

—Quiero pedirte algo —murmuró Katherina una noche de esas en las que se permitían tener una vida normal. Habían cenado sentados en el sofá del apartamento, habían compartido caricias mientras fingían ver la televisión y se habían amado de forma salvaje hasta saciar la demora de varias noches sin verse—. ¿Estás despierto?

Detuvo las caricias que su dedo hacía sobre las líneas del tatuaje del pecho y levantó la cabeza para poder mirarlo a la cara. El rostro de Scott era de puro goce, tenía los ojos cerrados y una sonrisa de medio lado se le dibujaba en los labios. Le pareció el hombre más sensual del planeta y, antes de que el rubor le calentara las mejillas por lo que iba a hacer, se subió a horcajadas y lo sacudió para que dejara de fingir un cansancio que no sentía.

—¿Nunca te han dicho que eres insaciable, Kat? Estoy agotado. Deja que descanse un poco...

—¡No es eso! —Intentó tumbarse de nuevo a su lado para que no viera la vergüenza que estaba pasando, pero las manos de Scott la atraparon por la cintura en una sucesión de cosquillas que la hicieron retorcerse sobre su virilidad

—. ¡Para! ¡Quiero que vengas a la fiesta de Lambert!

Scott borró la sonrisa y se incorporó contra el cabezal.

—No creo que sea una buena idea. No me gustaría que tuvieras problemas con Víctor o con su madre.

—Olvídate de ellos. Piensa en que podrías hacer contactos. Muchas de esas personas tienen jardines enormes y aburridos que necesitan del mejor arquitecto paisajista para darles vida —lo aduló, y deslizó las manos por los pectorales de Scott. El nombre de Eleanor volvió a provocarle unos celos irracionales difíciles de controlar—. Tienes unas ideas maravillosas que más de uno estaría dispuesto a financiar. El alcalde, por ejemplo. Yo podría presentarte...

—Estarás ocupada. Solo sería un estorbo. —Intentó esquivar la súplica que leyó en sus ojos, pero Katherina los puso en blanco y le tiró del pelo para que cambiara de opinión—. Además, aunque pienses que tengo don de gentes no suelo sentirme cómodo entre la gente con dinero.

—Solo sé tú mismo. He visto cómo te metías en el bolsillo a Frederick Olson, el gerente de cuartos, un hombre intratable, un esnob de mucho cuidado. Ni que decir el aprecio que Sir Richard Benton siente por ti. —El anciano huésped lo buscaba cada mañana, después del desayuno, para conversar sobre cualquier tema que tuviera que ver con la flora y la fauna del planeta. Ese detalle no sería de especial relevancia si no fuera porque Sir Richard apreciaba el silencio y la soledad más que cualquier otra cosa en la vida—. Te he visto conquistar un restaurante entero sin mover un dedo. No es lo que tú le ofrezcas a ellos, es lo que ellos verán en ti. Y tal vez... en algún momento... podría necesitar ayuda con la cremallera del vestido...

Puede que tuviera razón, pero él no servía para reír las gracias de ningún mecenas, ni para abordar temas banales que no llevaban a ninguna parte. Tampoco era un buen plan cruzarse con Víctor Lambert en su propia fiesta porque había desarrollado cierta aversión hacia él y el sentimiento era mutuo. Pero el ruego silencioso en las pupilas de Katherina era un buen contrapunto a sus argumentos y el puchero que compuso fue su perdición.

—Todo sea por esa cremallera.

Había muchas cosas que Scott había aprendido a odiar con el paso del tiempo y una de ellas era la pajarita del esmoquin.

Cuando vivía bajo el ala de su madre, incluso durante el tiempo que estuvo casado con Layla, cualquier excusa era buena para colocarle una pajarita al cuello. Era ese afán por aparentar algo que no eran el que los llevaba de un

evento a otro, empeñando hasta el último centavo que había dejado su padre al morir. Hacía mucho tiempo que se había bajado el telón de ese teatro familiar, pero el recuerdo aún le provocaba rechazo.

Se largó de los Estados Unidos después de divorciarse, huyó de todo lo que le asfixiaba y aprendió a ganarse la vida. Se refugió en un pequeño pueblo de Florencia, vivió como un auténtico bohemio entre viñedos y vastas extensiones de girasoles y, por primera vez en mucho tiempo, fue feliz. Sin preocupaciones, sin depender de nadie, sin medir lo que decía o hacía por miedo a desatar la furia de cuantos lo rodeaban. Todo eso no era para él. A Scott le apasionaba la naturaleza, las plantas, el cultivo, la armonía de un paisaje y las sensaciones que lo envolvían cuando se levantaba por la mañana y solo encontraba paz a su alrededor.

Pero la semilla que había plantado en Los Ángeles antes de marcharse dio un fruto inesperado. Todo el odio y el rencor que Layla almacenó contra él se transformaron en una preciosa niña que nació sin que él supiera de su existencia. Su Eleanor, su pequeña, la voz de sus sueños. De eso hacía ya quince años.

En ese momento, frente al espejo del dormitorio, impecablemente vestido, le temblaron las manos al hacerse el nudo de la dichosa pajarita. No le gustaba remover tiempos pasados, ni iba a permitir que lo perturbaran más allá de un simple estremecimiento, pero el pesar continuaba anclado en el fondo del alma, al igual que los problemas que debía sobrellevar con estoicismo.

—Kat no es Layla —se repitió una vez más.

Ella no lo quería a su lado para presumir de posición social, ni pretendía echar un vistazo en su cuenta corriente. No era una mujer pretenciosa como Bethany Nolan, ni una embustera como Layla. Tenía su propio abolengo y, aun así, trabajaba duro. Se estaba forjando un prometedor futuro para el que no necesitaba a nadie.

En eso mismo pensaba Katherina mientras esperaba su llegada. Tenía planes, grandes planes que pensaba compartir con Scott cuando acabase la fiesta. Quería que él supiera que iba a aceptar la oferta de trabajo en Washington cuando finalizara la obra del jardín. Tal vez pudiera contratar a SN Garden para hacerse cargo del mantenimiento, siempre que Scott lo creyera conveniente. Tal vez él decidiera trasladar la sede de la empresa... O tal vez se estaba haciendo ilusiones demasiado rápido.

—¿Esperas a alguien, querida? —le preguntó Elizabeth Lambert, que observaba desde hacía unos minutos la mirada taciturna que su gerente dirigía a la puerta del hotel.

El *hall* principal había sido engalanado con exquisitez y los camareros, ataviados con libreas rojas, servían la primera parte del cóctel de bienvenida al

medio millar de invitados que se daban cita esa noche en Lambert Resort.

—A nadie en particular —respondió cansada.

Pasaban las diez de la noche y no había ni rastro de Scott. Empezó a pensar que no cumpliría su promesa, que se había echado atrás y ni siquiera le había mandado un mensaje para decírselo. No había faltado nadie. El gobernador había llegado hacía poco más de media hora rodeado de su séquito de seguridad. Artistas, ilustres personajes de las letras, empresarios influyentes, políticos y un largo etcétera, conformaban un murmullo festivo bajo el techo más ostentoso del estado de Nueva York. Pero ella solo podía pensar en Scott Nolan.

—Madre. Katherina —saludó con formalidad Víctor Lambert, que cazó al vuelo dos copas del mejor *champagne* para depositarlas en las manos de las mujeres más bellas de la fiesta—. La noche está siendo un éxito, como siempre.

—Lástima que nuestros invitados no puedan pasear por el exterior sin ver esa horrenda mampara que habéis permitido —gruñó Elizabeth sin perder la sonrisa estática que dedicaba a varios de los presentes—. Ha sido lo primero que ha mencionado el alcalde nada más bajar del coche.

—Es porque se muere de curiosidad por lo que hay detrás —intervino Katherina, a quien las burbujas del *champagne* empezaban a soltarle la lengua. Estaba harta de escuchar tonterías, harta de caras falsas y comentarios absurdos—. Quizá podrías enseñárselo...

—No seas insolente, querida. —Elizabeth Lambert no estaba acostumbrada a que la siempre sumisa Katherina hiciera sugerencias de ese estilo con el tono hastiado que había detectado—. Más valdría que te ocuparas de que todo sale como debe ser. No te pago para que seas mi consejera.

Si las miradas hubieran podido estrangular, la poderosa señora Lambert hubiera caído fulminada en el acto. Katherina, que contenía una furia sin precedentes, dejó la copa sobre la bandeja de un camarero y se alejó en dirección a la puerta. Necesitaba que le diera el aire y que el frío de aquella noche de noviembre le devolviera un poco de la templanza de la que siempre había gozado para tratar con aquella odiosa mujer.

Saludó al señor McNought, el regio portero que le abrió la puerta, y mantuvo la sonrisa al encontrar a Sir Richard Benton junto a su esposa, que venían de dar un breve paseo por los exteriores. Intercambiaron algunas frases de cortesía, hablaron del frío invierno que ya tendía sus garras al caer el sol y no pudieron evitar un comentario sobre el futuro jardín, del que disfrutarían como dos jovencitos. Llevaban casados cincuenta años y, aunque Sir Benton afirmaba cien veces al día que estaba harto de su esposa, todos eran testigos del amor que le profesaba.

—Elige bien al hombre que vaya a darte la mano —le aconsejó la señora

Benton, que contó de inmediato con la aprobación de su marido—. Ojalá algún día puedas disfrutar de un amor tan intenso y duradero como el nuestro, querida niña. Y si además te da plenitud en otros muchos aspectos, mejor. Ya me entiendes —le susurró con una picardía que no dejaba lugar a dudas.

Se conmovió, los ojos se humedecieron y se despidió de ellos con un nudo en la garganta. Allí, de pie sobre las escaleras que relucían con la luz de una perfecta luna llena, miró al jardín y entendió que su corazón ya había decidido.

Y el de Scott también.

Llegó tarde, para no perder la costumbre. Él, tan previsor como siempre, había estacionado en el *parking* del personal y había entrado por la puerta de atrás para no llamar la atención. La había buscado entre los invitados hasta que uno de los chicos de seguridad le indicó que Katherina acababa de salir.

Cuando la encontró, deseó guardar su imagen en las retinas para el resto de su vida. El vestido de pedrería dorado, que se ajustaba al cuerpo como una segunda piel, ensalzaba cada una de las curvas que él había tenido el placer de acariciar. La espalda al aire le trajo el recuerdo de una noche en la que dibujó el laberinto sobre su piel con sirope de chocolate para luego limpiárselo con besos y lametones. Llevaba el pelo suelto, y unos largos pendientes, a juego con el vestido, colgaban de las orejas y le acariciaban los hombros. Se sintió celoso de aquellas joyas, celoso del traje que le besaba la piel, celoso de la cascada de cabello que rozaba sin permiso los lugares donde él deseaba poner los labios.

Un golpe de aire hizo ondear el bajo del vestido y ella se cruzó de brazos para detener el escalofrío. Tenía que estar loca para haber salido al exterior sin el abrigo, pero eso le daba la oportunidad de hacer algo que había visto en infinidad de películas: se quitó la chaqueta con un silencioso movimiento y se la puso sobre los hombros. No iba a permitir que nada, a parte de él, la hiciera estremecer.

—Llegas tarde. Y estoy enfadada.

—Lo sé. No me castigues demasiado, ya vivo un infierno solo con verte. —La abrazó por la espalda y, como era habitual en cada encuentro, aspiró con vigor el perfume que desprendía el cabello y el cuello de Katherina—. ¿Crees que sería demasiado atrevido si te beso como si fuéramos algo más que gerente y paisajista?

La reacción de Katherina lo sorprendió más que cualquier negativa directa. Lo empujó hacia la pared lateral, allí donde las majestuosas columnas de la fachada formaban sombras ocultas a las miradas curiosas. No había nadie en el exterior, la fiesta estaba en pleno auge, los invitados ya se dirigían al comedor principal para disfrutar de la cena y ella solo quería desaparecer. Con él.

—No veo mejor forma de disculpar tu tardanza.

La velada, contra pronóstico, resultó de lo más entretenida para Scott. Solo hizo falta que Katherina le presentara a un par de personas para enlazar una conversación tras otra y descubrir que, si bien en aquel salón no había nadie con rentas inferiores a varios millones de dólares, también había quien tenía sentido del humor, intereses a la altura de los mortales y una disposición sana a ayudar a los no tan afortunados.

—¿Tiene usted un minuto, señor Nolan? —preguntó Katherina que había irrumpido en medio del corrillo en el que se encontraba—. Hay alguien a quien me gustaría presentarle.

Lo tomó del brazo con suma elegancia y lo guio hacia las puertas laterales del salón Emperador, el más grande de los siete con los que contaba el hotel. En cuanto estuvieron fuera de la vista de los invitados, Katherina aceleró el paso y recorrieron pasillo tras pasillo hasta llegar al despacho de gerencia.

—¿Los Lambert no te echarán de menos? —preguntó Scott mientras ella se encargaba de abrir la puerta.

—Víctor ha ido a comprobar que todo anda bien bajo la falda de la mujer de un concejal —respondió con una risilla nada propia de ella. El *champagne* se le subía a la cabeza con demasiada facilidad y esa noche, gracias a las miradas hoscas de Elizabeth Lambert, ya había sobrepasado el número de copas que se permitía en eventos tan importantes—. En cuanto a ella... —bufó—, me da igual.

Se precipitó al interior del despacho sin encender la luz, con prisa. Cuando alcanzó el sofá, accionó la lámpara de pie y esperó a que Scott llegara a su lado con las manos en los bolsillos y ese andar pausado tan típico del gran cazador acechando a su presa. El vestido lanzó cientos de finos reflejos dorados que llenaron la habitación de un aura sensual y excitante y la música del salón les acompañó en un tenue susurro hasta que las respiraciones de ambos apagaron el mundo alrededor.

—Eres tan perfecta que da miedo tocarte —musitó Scott, que levantó una mano para acariciar el fino tirante de pedrería que le marcaba el hombro. Deslizó el dedo por el escote y bajó por el abdomen de Katherina hasta perder el contacto con su cuerpo—. No he podido dejar de seguirte con la mirada en toda la noche.

—Me alegra saberlo. —Se llevó la mano a la espalda con mucha lentitud y el sonido rasgado de la cremallera partió en dos el silencio. Con la misma parsimonia, deslizó los tirantes por los hombros y la prenda cayó al suelo con un pesado tintineo metálico. Debajo solo había un fino liguero de color marfil.

—¡Oh, joder! Si llego a saber esto antes...

Le sobraron las palabras y le faltaron formas de demostrarle a esa mujer lo

que era capaz de conseguir con un pestañeo. Solo tenía que mirarla para olvidar que tenía una vida repleta de problemas sin solucionar y una fractura demasiado grande que le dividía el corazón.

La recorrió con caricias, con la mirada, con los besos que le quemaban en los labios, y se detuvo en aquellos puntos que la volvían tan loca. Alumbrados por el tenue resplandor de la lamparilla, se retorcieron entre susurros, entrelazando los dedos con fuerza y difuminando los límites de toda razón. Era una danza erótica que crecía al ritmo de los gemidos de placer que Katherina emitía cuando él se hundía con lentitud en ella; una melodía que se completaba con gruñidos hambrientos y ecos carnales que los sorprendían al querer convertirse en uno.

Nadie oyó a Katherina cuando gritó presa del éxtasis, solo él le prestó oídos a las súplicas y a la rendición hasta casi hacerla perder el sentido. Arqueó la espalda en una contorsión imposible y el calor de las manos de Scott sobre sus senos alargó un delirio que también lo arrastró a él, intenso, ardiente, descomunal... No quedó lugar para pensar en nada más que en la oleada de fuego líquido que le corrió por las venas y la dejó tumbada sobre Scott, al borde del desmayo, sin aliento y convencida de que, dejarse llevar por él, era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

—No te duermas, tienes una fiesta que dirigir, ¿recuerdas? —Todavía permanecía dentro de ella cuando notó la lasitud en las extremidades de Katherina. Se retiró lo suficiente para acomodarla entre sus brazos y depositó una miríada de besos en cada retazo de piel desnuda—. ¿Qué crees que dirán tus invitados cuando te vean salir despeinada y con los labios hinchados?

—Los hombres te odiarán... —jadeó al notar una nueva caricia sobre su pezón—. Y las mujeres también...

Rieron y compartieron unos minutos de intimidad más antes de decidir regresar a sus obligaciones. La ayudó con la cremallera del vestido y Katherina le abrochó los botones de la camisa. Pero al llegar a la mitad, deslizó los dedos por el nombre de tinta que tanto la mortificaba y se atrevió a preguntar por fin.

—¿Quién es Eleanor?

Aunque la primera reacción de Scott fue ponerse tenso, los dedos que lo acariciaban como una pluma obraron magia en él. Soltó muy despacio el aire que había estado conteniendo, cerró los ojos y posó los labios en su frente.

—Es una historia muy larga que prefiero contarte luego, cuando acabe la fiesta, en mi casa, en mi cama. —Acompañó cada palabra con un beso hasta que ella asintió convencida y le sonrió—. Ha sido increíble, Kat. Ha sido... Yo...

Estuvo a un latido de confesar que la quería, que había puesto el alma en sus manos para que ella curara las heridas que tanto dolían; que no podía dejar de tocarla, de olerla, de besarla, de escuchar su voz; que no debería ser así, pero su

corazón la amaba desde antes de saber que existía. Estaba tan asustado de sus sentimientos que las manos le temblaron cuando la abrazó, pero el sonido del teléfono dentro del bolsito de mano de Katherina le cerró la boca antes de dar el paso definitivo.

—Elizabeth me está buscando —comentó con el semblante serio. Rechazó la llamada y se calzó los zapatos—. Es mejor que regresemos.

En cuanto vislumbraron la entrada que llevaba al salón, compartieron un último beso contra la pared.

El último, sí. El que cambió una historia que no había hecho más que empezar.

—Querida Katherina, ¿seduciendo a los invitados en horas de trabajo? —preguntó una voz femenina, arrogante, cargada de soberbia y de maldad.

El sobresalto se pudo equiparar al impacto de un rayo en medio de la nada. El beso quedó interrumpido por un jadeo y una maldición en ruso nació en los labios de la gerente e hizo sonreír a Scott. Pero la sonrisa se le quedó congelada en cuanto vio a Elizabeth Lambert y ella lo reconoció.

No podía creer en su mala suerte, ni entendía qué broma del destino había puesto a esa mujer de nuevo en su camino. Iba muy elegante, demasiado ostentosa. Llevaba la cascada de pelo castaño recogida en un moño alto, muy regio. El vestido era una oda a lo impúdico, pero Scott ya conocía los gustos de la señora y no le extrañó una elección tan poco adecuada para una mujer de su edad. La recordó en el bar, mientras intentaba olvidar otro viaje insatisfactorio a Montreal. También la vio desnuda, en la cama, mientras le daba todo lo que ella le pedía, al ritmo que quería. Con la resaca de aquel día olvidó una cita. Con Víctor. Con ella, con Katherina, en Lambert Resort. *¡No, no, no! ¡Joder!*

—Madre, te presento al jardinero —anunció Víctor, recién incorporado a la extraña reunión. Las más temidas sospechas de Scott se hicieron realidad y formaron un nudo en la garganta que lo obligó a tragar saliva con esfuerzo—. Señor Nolan, esta es mi madre, Elizabeth Lambert.

Ni un solo músculo de su operado rostro se inmutó cuando Víctor le presentó al hombre que conocía con tanta intimidad. Ella solo tenía ojos para Katherina, que la miraba con una mezcla de vergüenza y rabia difícil de disimular. También encontró odio en el fondo de aquellas lagunas azules, un odio que conseguía controlar la mayor parte del tiempo, pero no esa noche, no en ese momento.

Pobre Katherina, pensó Elizabeth con ironía. Si las cosas hubieran sido diferentes... Si la vida hubiera sido diferente... Cada vez que la veía recordaba un tiempo pasado en el que deseó con todas sus fuerzas ser feliz, pero la joven Lizzie siempre quiso lo mejor, lo más caro, lo más exclusivo y eso implicaba deshacerse de todo lo que se interpusiera en su camino. Incluso si se

trataba de una niña llorona y enfermiza que le robaba tiempo para dedicarse a amasar la fortuna que le correspondía por derecho.

Jamás se arrepintió de haberla enviado con su padre. De haberse sabido, cualquiera hubiera dicho que Elizabeth Lambert era una madre abominable, pero le importaba un bledo lo que opinaran los demás. Katherina nunca quiso ser como ella, tenía un corazón demasiado blando y poca ambición. Cuando la contrató para hacerse cargo de la gerencia del complejo hotelero, le dejó muy claro a qué debía atenerse y ella, la siempre conformista princesita de hielo, dejó que la tratara como a una empleada más y se convirtió en un cero a la izquierda para el que no tenía compasión.

Pero las cosas parecían estar cambiando. En los últimos almuerzos que habían compartido se había encontrado con un carácter más férreo, una Katherina más curtida, capaz de hacer callar a Víctor con una mirada gélida, y eso, aunque pareciera una tontería, le estaba ablandando el corazón hasta el punto de pensar que, quizá, había cometido un error al no querer saber de ella.

Luego se fijó en el hombre que la acompañaba y cerró los puños al tiempo que elevaba las comisuras en una sonrisa infame.

Nunca una venganza le había parecido tan deliciosa.

CAPÍTULO 20

—Querido Scott, qué coincidencia más desafortunada. La última vez que nos vimos ibas mucho más ligero de ropa... Pero ¿qué digo? ¡Sin ninguna ropa!

—¡Madre! —exclamó Víctor—. No puedo creer que...

—¡Cállate! —El siseo que salió entre los dientes apretados de Elizabeth fue suficiente para darle a entender que nadie le había pedido su opinión al respecto.

Detestaba que utilizara aquel tono reprobatorio, pero sobre todo, detestaba que se refiriera a ella de esa forma. No era su madre, no había relación materno filial con él, ni consanguinidad, ni nada más allá de compartir las acciones que su padre, Henry Lambert, les dejó en el testamento. Era irónico que, a pesar de haber vivido separados por culpa de las infidelidades, a pesar de que ella renunció a su hija para hacer una vida junto a su marido, para el que su presencia resultaba indiferente, él tuvo a bien castigarla hasta el último aliento y la obligó a compartir la notoriedad del apellido con un petimetre malcriado que no sabía ni hacer la «o» con un canuto. Ella puso el talento en aquel matrimonio, ella favoreció la expansión a Europa, ella movió los hilos para que la marca de Lambert destacara en el sector del *wellness* y la restauración y fue ella quien cometió el error de repartir la fama con un hombre que jamás la amó, que la detestó, que la obligó a buscar el calor en otras camas, que le impidió divorciarse y llevarse todo lo que le pertenecía.

En aquella época era necesario tener a un hombre al lado para triunfar, un hombre que le pusiera el apellido a cualquier cosa con futuro, que llevara las riendas ante otros hombres de negocios mientras lucía al lado la sonrisa de una mujer bonita. Ella fue esa sonrisa, pero también el cerebro y el alma del imperio Lambert. No pasaba un día sin que se arrepintiera de haberle dado a Henry tanto poder. Él destrozó sus sueños, se apropió de su inteligencia y lo transformó todo en un arma contra ella. ¿Qué hubiera dicho el mundo entero al saber que había abandonado a una hija? ¿Qué le quedaría si se divorciaba de él?

Dejar el *resort* de Rochester en manos de Víctor había sido su último error. Era igual de incompetente que su padre. El destino volvió a poner a Katherina en su camino y tal vez fue el mayor golpe de suerte que la vida le había brindado. El esplendor de Lambert volvía a ser próspero gracias a la gestión sin mácula de la chica. Luchó por demostrar su valía en un mundo de hombres, frente a otros

candidatos con más posibilidades, aunque no dejaría nunca que viera lo orgullosa que se sentía de que, al menos en ese aspecto, hubiera tenido más agallas que ella.

—Creo que el señor Nolan y yo tenemos cosas de las que hablar. Si nos disculpáis...

—¿De qué está hablando? —le preguntó Katherina a Scott en un susurro. El mutismo que mantenía ante la situación y el semblante pétreo que mostraba empezaron a ponerla muy nerviosa—. ¿Scott?

—¿No te lo ha contado, querida? —Hacerse la sorprendida de esa manera tan ficticia era su especialidad, aunque no era más que una forma desquiciante de disfrazar la tormenta que estaba a punto de desencadenarse—. Mal, mal, mal, Katherina. Deberías conocer a las personas con las que te acuestas antes de dejarte seducir como una fulana.

—¡Ya basta! —bramó Scott, que no iba a consentir un trato tan denigrante.

La herida que Elizabeth Lambert pretendía infringirle a Katherina le dolió a él como si le hubieran lacerado la piel.

—Katherina, regresa al salón. Hay personas a las que debes atender —le ordenó Elizabeth, que empezaba a exasperarse. Ser testigo de las miradas de aquellos dos era muy fastidioso y el plantón en medio del pasillo le estaba provocando un intenso dolor de pies—. No es muy profesional por tu parte descuidar a los invitados, ni andar retozando con... el jardinero.

Una fría sensación de estar perdiendo el control de sus actos se adueñó de Katherina y necesitó de toda la fuerza de voluntad que le quedaba para no abofetear a la mujer que le había dado la vida. Elizabeth ya no podía herirla más de lo que la había lastimado durante sus treinta y cuatro años, pero Scott sí, y estaba muy cerca de comprobar la cara más cruel del amor.

—¿Te acostaste con ella?

—Fue hace tiempo, hace meses. Yo no sabía que era...

—¿... Elizabeth Lambert? ¿No sabías que era ella? —lo interrumpió con los dientes apretados y destilando furia en cada palabra—. ¿Querías llevarte el proyecto del jardín pero ignorabas quién iba a pagarte? ¿Quieres hacerme creer que no sabías quién era la cara más conocida del papel cuché?

No era el momento adecuado para decirle que hacía mucho tiempo que había dejado de darle importancia a los ecos de sociedad, que había tenido suficiente pompa y ceremonia en su vida como para que eso le importase, que pasaba del sensacionalismo y de cualquier noticia que lo promoviera. No, no era el momento. Estaba más ocupado intentando averiguar por qué Katherina se sentía tan dolida con él.

—Esto no tiene nada que ver contigo y conmigo —se defendió Scott—. Lo

nuestro es...

—¡Lo nuestro! —exclamó Elizabeth con una teatral risotada que resonó en el pasillo. Se dio aire con la mano, fingiendo sentir un sofoco y palmeó el brazo de Víctor, que la secundó con una sonrisa tonta—. ¡Qué escena tan romántica! ¡Lo nuestro! —repitió—. Me vais a hacer llorar. Víctor, querido, acompaña a nuestra gerente al salón. Creo que ya es hora de que asuma sus responsabilidades.

Los ojos de Scott refulgieron de ira cuando la mano de Víctor asió el brazo de Katherina y tiró de ella hasta romper la sutil resistencia que ejerció. No obstante, antes de empezar a andar y alejarse de él, todavía le quedó orgullo para realizar un movimiento brusco y soltarse del agarre de Víctor. Barrió con una mirada de repugnancia el cuerpo de Scott y dio media vuelta para alejarse de allí antes de que las lágrimas la dejaran más en evidencia si cabía.

Le dolía muy adentro, en el mismo lugar donde antes solo había existido dicha. Se pasó la mano por el pelo mientras avanzaba con el eco de los pasos de Víctor tras ella. No podía creerlo, no quería ni pensarlo, no lo podía soportar. ¿Por qué ella? Entre todas las mujeres que había en el mundo, ¿por qué la tuvo que escoger a ella? Llevaba la sonrisa de triunfo de Elizabeth grabada en la retina, aunque fue la súplica en los ojos de Scott la que la persiguió durante el último recorrido que hizo por el salón.

Sin importarle ya su futuro allí, abandonó sus deberes como gerente y dejó a los invitados degustando el postre. Se fue antes del esperado discurso de la sublime Elizabeth Lambert, no fue consciente de estar llorando, ni que el personal se preocupaba al verla correr en dirección al *parking*. Solo quería marcharse, dejar atrás el recuerdo de esa noche y no volver a pisar aquel lugar nunca más.

Mientras tanto, en el pasillo, Elizabeth Lambert dio un par de vueltas alrededor de Scott con aires de superioridad y lo recorrió de pies a cabeza con mirada enigmática.

—Ganas mucho más vestido de esmoquin, tengo que reconocerlo. —Se detuvo frente a él y se dio unos ligeros golpecitos con un dedo sobre el carmín de sus labios. Pretendía hacerse la interesante, tal vez recuperar un poco del orgullo que perdió en aquel apartamento al descubrirse sola. Decidió olvidar el asunto en cuanto aquella extraña chica de pelo azul la despachó con amabilidad. Solo había sido una noche, un buen polvo y no volvería a ver a ese hombre. Pero el destino tenía una forma muy pintoresca de mover los hilos de su vida—. Así que eres el jardinero que está reformando mis jardines. Que conveniente, ¿no crees?

—Imagino que estoy despedido y que el contrato con SN Garden queda restringido.

—No, no, no, por favor. Nada me disgustaría más que tener que dar explicaciones. Mis trapos sucios son de dominio público siempre que me reporten algún beneficio, pero si me van a costar dinero, mejor lavarlos en casa. —Elizabeth se carcajeó como si su ocurrencia fuera de lo más divertida, pero un instante después recuperó su semblante más fiero y lo golpeó repetidas veces con el dedo contra el pecho—. Vas a terminar lo que empezaste, vas a trabajar para mí y me darás lo que necesite, cuando lo necesite y donde lo necesite. No sé si he sido suficientemente explícita.

Scott tensó hasta el último músculo del cuerpo cuando Elizabeth se aproximó y lo inundó todo con su caro perfume francés. La insinuación quedó todavía más clara cuando deslizó la mano por el esternón y se acarició la piel desnuda del profundo escote que lucía sin remilgos.

—No lo haré. El lunes mismo retiraré a mi gente y tendrá que buscar quien acabe el trabajo —dijo con firmeza. No iba a consentir que una mujer volviera a controlar su vida de esa forma—. Lo lamento, señora Lambert. Puede encontrar quien le dé lo que necesita en cualquiera de los clubs de la ciudad. Estoy seguro de que no le costará lo más mínimo.

—¡Por supuesto que lo harás! —La exclamación le valió un repentino ataque de tos que trató de disimular, sin éxito. Se maldijo por tan inoportuno contratiempo; el cansancio había empezado a hacer mella en su resistencia y no deseaba mostrarse frágil ante los ojos de un hombre que, no hacía tanto, la había mirado con deseo—. Lo harás o no volverás a trabajar en esta ciudad, ni en este estado, ni este maldito país.

Extrajo de su cartera de mano un pequeño pañuelo de tela bordada y se limpió las comisuras de los labios con cuidado de no estropearse el maquillaje. El rojo del carmín se fundió sobre el blanco y disimuló la mancha sanguinolenta que acompañaba desde hacía días a cada ataque de tos. Pese a que ella no le dio la menor importancia, los ojos de Scott captaron el detalle en el pañuelo y sospechó que algo grave le ocurría. Lejos de causarle regocijo o de pensar que se lo tenía merecido, despertó su compasión.

—Estás enferma.

La tos continuó y el rostro de Elizabeth fue tornándose cada vez más cetrino. Se limpió los labios con un poco más de ímpetu, rabiosa por no poder detener aquel inoportuno acceso, y algunas gotas encarnadas salpicaron el suelo, para su disgusto.

Se fijó detenidamente en ella y descubrió algo que lo dejó impactado. Era un detalle casi imperceptible, muy bien disimulado, tanto como el dinero de la familia Lambert podía pagar. Pero de cerca, tan cerca, era imposible no ver la diferencia. Llevaba una peluca de pelo natural y eso solo podía significar una

cosa.

—¡Deja de mirarme como si te importara! —Lo apartó con un manotazo y el repentino esfuerzo la hizo trastabillar. De no ser porque Scott la tomó del brazo a tiempo, hubiera caído al suelo desde los doce centímetros de altura de sus tacones. Ella, la gran Elizabeth Lambert, no permitía que nadie la compadeciera y mucho menos un don nadie disfrazado de esmoquin, que debería estar excavando en el fango. Se aclaró la garganta, a sabiendas de que el sabor metálico de la sangre le provocaría una arcada, y cuadró los hombros, como si al hacerlo pudiera protegerse de él y de su conmiseración—. Cumple con tu contrato y lárgate de mi casa, Nolan —le escupió con acritud—. Termina ese maldito jardín y procura mantener la boca cerrada. No quiero verte merodeando por el hotel ni alrededor de mi personal.

—¿Señora Lambert? —La interrupción por parte de la jefa de seguridad fue de lo más oportuna. Después de que Scott Nolan hubiera descubierto el secreto, cualquier amenaza que saliera de sus labios sonaba demasiado a la defensiva y se le acababan los argumentos para recuperar el orgullo que había perdido tras el ataque de tos—. Los invitados esperan su discurso, señora. Me envían a buscarla.

—Enseguida voy.

Despachó a Maya Harris con un regio movimiento de la mano y volvió a centrarse en él. Se miraron durante un tiempo indefinido en el que Scott descubrió a una mujer diferente: una anciana, una bruja cansada de luchar contra el mundo y cuyo poder se apagaba un poco más cada día. Por muy dispuesta que estuviera a seguir siendo la dama de hierro que todos conocían, pronto sería evidente la decadencia de Elizabeth Lambert; pronto estaría lista para rendir cuentas de todos sus pecados.

—Acabaré el jardín, pero no voy a renunciar a Katherina.

—¡Oh, es verdad! Me había olvidado de Katherina. —Chasqueó la lengua con fastidio y agitó levemente la cabeza, como si de verdad le importaran los sentimientos que compartían—. Es demasiado inocente para un hombre como tú, aunque algo me dice que te has convertido en el cazador cazado, ¿no te parece? Te has enamorado de ella, ¿verdad? Tal vez te interese saber que es una mujer débil que suele salir corriendo cuando se asusta, en lugar de lidiar sus propias batallas. Te abandonará, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Cómo puedes hablar así de ella? Trabaja más que nadie en este lugar, es buena con el personal, es responsable, es...

—Sí, sí, es la mujer maravilla, pero una cobarde.

—Y tú eres despreciable.

—Ah, querido, si me dieran un dólar cada vez que un hombre me ha dicho

eso... No soy Santa Claus, ni el hada madrina de Cenicienta. No voy regalando cuentos a las jóvenes ni creo en príncipes azules. Las mujeres como Katherina no merecen vestidos preciosos ni bailes a la luz de la luna. Merecen perder el zapato y andar cojas toda la vida, por necias. Así aprenderán a luchar por lo que quieren, por lo que les pertenece, sin la ayuda de varitas mágicas —le dijo con tranquilidad, sin que una palabra sonara más alta o más cruel que otra.

Elizabeth Lambert era única para dar lecciones de vida, todas las que ella había aprendido a base de golpes. Era sabia como un viejo demonio y vio venir lo que él ni siquiera intuyó. No se equivocó cuando afirmó que se había enamorado de Katherina, ni cuando predijo que lo abandonaría. Si Scott ya había aprendido de sobra que en la guerra todo valía, la lección de aquel día tampoco la olvidaría: en el amor no había nada pactado.

Buscó a Katherina entre la gente mientras Elizabeth ofrecía a los invitados un discurso vacío de sentimiento; volvió al despacho donde habían hecho el amor y donde todavía permanecía la esencia de los dos flotando en el ambiente; recorrió los pasillos con temor a que se le hubiera acabado el tiempo e inspeccionó una por una las estancias para empleados que conocía, pero no la encontró. Fue Bridget, que estaba de guardia esa noche en el puesto de seguridad, quien le informó de la apresurada marcha de Katherina y del estado en el que se encontraba.

—Esa odiosa mujer va a acabar con ella un día —le aseguró la agente, que atribuyó el malestar de su jefa a un nuevo altercado con Elizabeth Lambert.

Pero la culpa era de Scott y quería enmendarla, pero no sabía cómo. Podría haber despertado a Lana en medio de la noche para que llamara a su amigo ruso y le pidiera la dirección de Katherina. Podría haberle sonsacado esa misma información a alguno de los empleados con los que más confianza tenía. Pero antes necesitaba analizar bien la situación y aclarar qué parte de lo que había sucedido había sido tan grave para ella como para desaparecer sin más.

Vio salir el sol desde la ventana del apartamento, con el teléfono sujeto en una mano y la enésima taza de café en la otra. Se había deshecho de la pajarita y de los zapatos, pero seguía llevando puesta la camisa y los pantalones por si ella respondía a alguna de sus llamadas y debía salir corriendo. Iría a buscarla al fin del mundo si hiciera falta.

Se quedó dormido sin querer, con la taza vacía sobre el sofá, pero el móvil aferrado como si fuera el único salvavidas en aquel nuevo naufragio. De repente, el teléfono sonó. Pero no era Katherina quien llamaba.

Rugió de frustración y de decepción. No le apetecía en absoluto hablar con su abogado, pero Jean Montgomery solo llamaba cuando era estrictamente necesario.

—Cuéntame algo positivo, amigo. De malas noticias ya ando sobrado.

—Bueno... no sé cómo calificar lo que tengo que decirte —comentó Montgomery con tono sombrío—. Acaba de llamarme Dexter Martínez.

—¿Y qué demonios quiere el abogado de Layla un domingo por la mañana? —se preguntó. Tomó asiento en una de las banquetas de la barra de la cocina y dejó caer la cabeza sobre la mano en un gesto de agotamiento.

—Morgan y Layla sufrieron un grave accidente anoche. Morgan murió en el acto, Scott.

—¿Y Layla?

—Layla ha fallecido esta mañana en el hospital.

CAPÍTULO 21

Te elijo a ti hasta que caiga el sol. Luego, deja que sueñe en blanco, como una gardenia en las nubes, o como ella, mi flor de invierno.

Montreal. Dos semanas después.

No se parecía en nada al Scott Nolan que llegó allí hacía quince días.

Las ojeras que le oscurecían la piel y apagaban el azul de su mirada casi habían desaparecido después de una buena noche de sueño, la primera que dormía del tirón. Aunque la chaqueta no le quedaba como cuando contaba con unos kilos de más, se veía bien, informal pero correcto. No quería dar una imagen desastrosa en su primer encuentro con Eleanor. Cada minuto de cada hora de preocupación que había pasado en aquella habitación de hotel habían valido la pena. Atrás quedaron las innumerables patrañas que se inventaron contra él. No sentía rencor hacia Layla, ya no tenía sentido. Lo único que deseaba era conocer a su hija y abrirle las puertas a su vida sin miedo.

Porque por muchos engaños que le hubieran hecho creer a la niña, Scott jamás fue una amenaza para su madre, jamás le levantó la mano, jamás la engañó, jamás le dijo una palabra más alta que otra, salvo una vez. Era joven, acababa de enterarse de que había sido padre y ella se negó en rotundo a mostrarle al ángel que le iluminaba la sonrisa con solo imaginarla. Layla sacó a relucir toda la crueldad que reservaba desde el divorcio, se la estampó en la cara con odio y, cuando comprobó que las palabras no tenían efecto sobre Scott, utilizó a la niña para herirlo en lo más profundo.

—La verás cuando a mí me dé la gana. Y más te vale no provocarme, Scott, o no sabrás ni de qué color tiene los ojos.

¿Cuántas veces lo había amenazado con frases como aquella? No lo recordaba ya, pero siempre tenía alguna con la que distraerlo, y él, un tonto con pocas luces, cedió y cedió hasta que perdió los papeles y fue demasiado tarde.

Se mostró dispuesto a darle todo el dinero que le hiciera falta, a velar por las necesidades de la niña siempre que lo dejara verla, pero nunca lo consintió. Inició los trámites para llevarla ante los tribunales y le recomendaron que se alejara de ella mientras durase el proceso, pero era incapaz de hacerlo, era incapaz de dejar de pensar en aquel bebé, su bebé, y la seguía adonde fuera con tal de ver a la pequeña unos míseros segundos.

Pero aquella tarde ella montó en cólera. Iba de la mano de Morgan Bishop, un abogado canadiense de muy mala reputación. Y, ante las provocaciones de la pareja, perdió los nervios. Arremetió contra aquel idiota en plena calle, la insultó en público y la vapuleó como si fuera una muñeca de trapo hasta que Eleanor rompió en un estridente llanto y él salió corriendo.

Pocas horas después la policía lo detuvo por agresión y comenzó una pantomima que acabó por sepultarlo bajo una montaña de acusaciones inciertas que se remontaban a la época de su matrimonio. Un juez decretó que podía resultar una amenaza para el bienestar y la seguridad de la niña y de la madre, fallaron la custodia legal exclusiva de Eleanor a favor de Layla y le negaron el derecho a visitas como si fuera un delincuente.

Después vino lo peor. Tenerla tan cerca y no poder ni siquiera acercarse. La orden de alejamiento que se dictó le impedía estar a menos de quinientos metros de Layla. Se volvía loco cada vez que Jean Montgomery se reunía con los abogados de su exmujer y regresaba con noticias cada vez peores. Y cuando le comunicaron que el juez había firmado el permiso para que Layla pudiera trasladarse a Montreal, donde residía la familia de su flamante marido, casi pierde la sensatez que le quedaba.

Abandonó Los Ángeles unos meses después de que ellos se hubieran marchado a Canadá y se estableció en Rochester. La ciudad tenía dos características que le convenían: los negocios de jardinería y paisajismo estaban en auge y se encontraba a solo cinco horas de Eleanor. Hizo sus averiguaciones y consiguió la dirección del bufete de Morgan. De ahí a obtener las señas de su residencia solo le llevó un par de días más. Y mientras su abogado luchaba en los tribunales para demostrar que existían cambios sustanciales de las circunstancias en la vida de Scott y perdía el tiempo demandando una revisión de la custodia, él se dedicaba a ver crecer a su hija en la distancia, como una sombra.

Ahora Layla estaba muerta, su marido también, y creyó que las cosas serían mucho más fáciles. Era lícito que él, el padre de la niña, asumiera la custodia por la que había luchado durante quince años, pero los Bishop, los padres de Morgan, decidieron continuar con una batalla para la que no estaban preparados. Podrían considerarse abuelos de Eleanor, podrían haberse encargado de cuidar a la niña mientras su nuera y su hijo se daban a la buena vida, pero no lograron convencer al juez cuando alegaron que existían circunstancias extraordinarias a tener en cuenta para quedarse con ella. Los tribunales canadienses consideraron que las faltas de Scott en su juventud habían quedado atenuadas por los quince años que llevaba luchando para recuperar lo que le correspondía. Había sido una dura pelea, pero se había terminado.

—¿Estás listo? —le preguntó Jean Montgomery desde la puerta de la

habitación.

Claro que estaba listo. Iba a casa de los Bishop a por ella, a por sus cosas y, en cuanto todos los papeles estuvieran formalizados, regresarían a Rochester para empezar de nuevo, juntos, como una familia.

—Por supuesto. Llevo quince años preparándome para esto.

Los servicios sociales canadienses habían puesto a disposición de los Bishop las oficinas de menores para que tuviera lugar el encuentro de la manera más rápida y sencilla, pero el matrimonio había declinado la oferta y había aludido a la necesidad de pasar con Eleanor el mayor tiempo posible porque no sabían cuándo volverían a verla. A Scott no le importó, no estaba resentido con ellos. En su fuero interno los comprendía y se sentía agradecido por el juego limpio que habían mantenido durante esas dos semanas. El interés en la niña decía a las claras que estaban preocupados por ella y, aunque eso quería decir que no se fiaban de él, era comprensible después de todas las mentiras con las que habían vivido.

—Está asustada y no se lo pondrá fácil, señor Nolan —le dijo Dorothea Bishop nada más abrirles la puerta.

Jean Montgomery extrajo algunos papeles de la cartera que siempre lo acompañaba y se sentó junto a German Bishop en el salón. Scott quería darles una compensación por haberse ocupado de Eleanor sin haber visto ni un solo centavo de la manutención que le pasaba a Layla, pero aquel anciano de pelo blanco y mirada acuosa negó una y otra vez, hasta que el abogado desistió.

Mientras, Scott siguió a la señora Bishop por las escaleras que llevaban al piso superior. Le indicó la última puerta con un ademán y le cedió el paso, dispuesta a quedarse donde estaba para no interferir. Tampoco deseaba sufrir más.

—Es una niña complicada. Tenga paciencia.

Él también fue un adolescente complicado, sin una figura paterna en la que reflejarse y una madre que jamás estaba cuando se la necesitaba. Podía hacerse una idea de lo que iba a encontrar, pero descubrirían juntos la mejor forma de sanar las heridas que compartían.

Cuando llamó a la puerta y abrió, la joven de pelo negro y ojos azules que él conocía agitaba la cabeza como una demente al ritmo de la música que salía de unos gruesos auriculares conectados a un reproductor. Incluso desde donde estaba parado podía escuchar el infernal sonido que la hacía moverse como si sufriera convulsiones. Se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados y la observó a placer. Nunca había estado tan cerca de ella.

—¿Hola? ¿Eleanor? —No quería darle un susto de muerte y empezar con mal pie la relación, pero si no hacía algo, se giraría de golpe y la impresión sería peor. Se acercó al pequeño aparato de música y deslizó el dedo con suavidad por la esfera del volumen. El resultado fue instantáneo. La chica se dio la vuelta, con una maldición rozándole los labios, y se quedó inmóvil al ver al hombre que la miraba con sonrisa de bobo—. Hola.

—No vuelvas a tocar mis cosas —le advirtió con una mirada asesina. De mala gana, se retiró los auriculares y pausó la canción que sonaba.

—Soy Scott —dijo sin moverse.

¿Dejaría de sentirse el hombre más afortunado del mundo alguna vez? Probablemente sí, pero en ese momento el corazón le latía frenético, las palmas de las manos le sudaban y no podía borrar la sonrisa, por mucho que intentara ponerse serio. Esa chiquilla se parecía tanto a él que nadie podría negar jamás el parentesco que los unía.

—Ya lo sé. Eres el jardinero.

Era la primera vez que alguien utilizaba esa denominación para referirse a su trabajo y no sentía ganas de retorcerle el cuello. Dejó escapar una carcajada que desconcertó a la muchacha y se relajó contra la puerta del armario.

—Soy arquitecto paisajista, diseño jardines y espacios naturales...

—Si me importara seguro que sería superinteresante —le soltó sin emoción.

No quería saber nada de él, le daba lo mismo si era jardinero o el creador de las malditas habichuelas mágicas del cuento. Lo único que quería era que se marchara de su habitación, que no tocara sus cosas y que dejara de mirarla como si fuera a abrazarla, porque, si se le ocurría dar un paso más, estaba dispuesta a soltarle una patada en sus partes más nobles.

Ahí tenía a su angelito, pensó al ajustarse las gafas al puente de la nariz. Borró poco a poco la sonrisa y trató de ponerse en su lugar. Su madre acababa de morir, la figura paterna que veía en Morgan, también. Un juez había decidido que debía dejar el hogar de sus abuelos, y que tenía que marcharse con un desconocido, al que odiaba. No podía tenerle en cuenta nada de lo que dijera.

—¿Quieres que te ayude con lo que falta? —se ofreció para calmar la tensión. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla. Había cajas apiladas a un lado de la cama, preparadas para que él mismo las enviara a Rochester esa misma tarde. Otras, todavía abiertas, esperaban a que Eleanor guardara todo lo que quedaba aún por recoger—. ¿Tal vez los libros? —preguntó al tiempo que tomaba uno de la estantería más cercana.

—¡He dicho que no toques mis cosas! —vociferó enloquecida—. ¡No quiero que estés aquí! ¡No quiero irme contigo, ¿te enteras?! ¡Fuera de mi cuarto! ¡Fuera!

—¿Se puede saber qué demonios es ese griterío? ¿Y por qué no está todo recogido ya? —la regañó la señora Bishop al entrar en el dormitorio.

El tono reprobatorio que empleó con la chica lo puso tenso. Era severo, nada conveniente para una situación tan delicada como la que se estaba produciendo. Cuando Eleanor se metió en el cuarto de baño para huir de su abuela, la señora Bishop se dirigió a él con la misma severidad.

—Tiene quince años, señor Nolan. Ni es una mujer, ni es una niña. No puede hablarle con lindezas o acabará por tomarle la medida rápido. Tampoco puede hacerle comprender algunas cosas que van a pasar en su vida de la noche a la mañana. Así que, lo más sensato, es ser estricta. —El discurso fue perdiendo intensidad al mismo tiempo que la bravura de la mujer se desinflaba. Al final del largo suspiro que exhaló, había una anciana cansada que iba a echar de menos a la única nieta que tendría en la vida. Abrió las solapas de una caja vacía y empezó a llenarla con todo lo que iba encontrando al paso—. Es una buena chica, se lo aseguro. Pero usted mejor que nadie sabrá lo que supone vivir sin un ejemplo a seguir. Layla era... era una mujer muy especial, como nuestro Morgan. Pero ambos encontraron la horma de su zapato en el otro y no había espacio para Eleanor. La chica es igual que usted, no tiene ni uno solo de los rasgos de su madre, y eso la sacaba de sus casillas.

—¿Y por qué no me dejó que fuera yo el que se hiciera cargo de ella? ¿Por qué me jodió la vida de esa forma durante quince años? ¡Yo quería a mi hija y jamás me dejó verla! —exclamó, muy enfadado. Dio vueltas por la habitación como el hombre desesperado que era e incluso pateó con rabia algunos cojines que había por el suelo. Eran los últimos coletazos de ira que le arrancaba Layla.

—No tengo las respuestas que usted busca y la persona que debería haber contestado a sus preguntas ya no se encuentra entre los vivos —declaró Dorothea Bishop, más cansada de lo que estaba dispuesta a admitir delante de Scott—. Pero, si le sirve de consuelo, Eleanor siempre quiso saber más sobre usted. Aunque Layla le envenenara la mente con historias que eran difíciles de creer, ella siempre sintió un interés especial por saber más y quizá ese fue uno de los motivos que hizo enfermar de rencor a su madre.

—¿Tanto me odiaba?

—Parece usted un buen hombre, señor Nolan. Nada que ver con la imagen que nos habíamos hecho. —Continuó recogiendo como si nada, aunque sus movimientos eran más pausados, casi sin energía—. Olvide el pasado. Ahora ya tiene lo que lleva tanto tiempo buscando. Enséñele a su hija lo que significa la palabra familia y demuéstrole que ha valido la pena abandonar todo lo que conoce para ir con su padre. No va a ser fácil, ya se lo he dicho antes.

Recordó aquellas palabras de Dorothea Bishop cada día de los que vinieron de

regreso en Rochester. El silencio de Eleanor era tan molesto como esa música que salía de su reproductor, los gruñidos empezaban a sacarlo de sus casillas, sobre todo cuando intentaba entablar alguna conversación que le diera una pista de sus gustos relacionados con la comida o la bebida. Se quejó de lo pequeño que era el apartamento, de lo diminuto que era el dormitorio, de la incomodidad de compartir el único baño de la casa con él o de la escasa señal wifi que llegaba a su habitación.

La primera noche que pasó en casa de Scott, rodeada de cosas desconocidas, no fue capaz de dormir. El cansancio no pudo con el miedo, ni con la rabia que nacía al verse obligada a abandonar todo cuanto conocía. Abría los ojos con sobresalto, deseando con fuerza que todo hubiera sido una cruel pesadilla, que su madre continuara gritando a Morgan en la habitación de al lado, que la vida que conocía siguiera su curso normal, pero la oscuridad y el silencio de aquella casa la golpeaban una y otra vez hasta que se deshacía en lágrimas de impotencia. Odiaba a su madre por haberla dejado, odiaba a Morgan por haber insistido en salir aquella noche, odiaba a sus abuelos por no pelear por ella, por rendirse. Y lo odiaba a él, a Scott Nolan.

Salió de puntillas del dormitorio para no hacer ruido, llegó al cuarto de baño justo cuando su cuerpo ya no podía contener más lo que había cenado y vomitó. Tenía tanto miedo del futuro que se escondió en la bañera, como una niña pequeña, y se tapó los oídos para no escuchar el ruido que hacían los recuerdos a su alrededor.

En esa misma posición la encontró Scott después de despertar sobresaltado en mitad de la noche. No había tenido tiempo para asimilar que la tenía a solo una puerta de distancia, que ya nadie podría arrebatarla, pero estaba tan cansado que ninguna de esas cuestiones lo privó de unas horas de sueño profundo. Hasta que la oyó. Fue un sutil lloriqueo que llegaba del fondo del pasillo, como un ligero maullido contenido que se deshacía en el silencio para dar paso a ruidos que no podía identificar. En cuanto se frotó la cara en la oscuridad y abrió los ojos entendió que se trataba de Eleanor y solo tuvo que levantar la cabeza de la almohada para constatar que estaba en el cuarto de baño. El haz de luz que salía por debajo de la puerta la delató.

Allí estaba, abrazada a las piernas, con la cabeza hundida entre las rodillas y el pelo formando una cortina que le ocultaba el rostro. Unos fuertes estremecimientos le sacudían el cuerpo, seguidos de los pequeños quejidos que había escuchado desde su habitación.

—Eleanor... —murmuró para no asustarla, pero no se inmutó.

La escuchó sorber los mocos y contener un gemido, la vio limpiarse las lágrimas a manotazos una y otra vez antes de volver a esconderse tras la larga

cabellera negra enmarañada. No tenía ni idea de qué hacer ni qué preguntarle, nadie le había dado el manual de instrucciones para entender a una adolescente, nadie le había enseñado a querer a una niña de quince años. Así que, después de unos minutos mirándola sin que se le ocurriese nada de utilidad, hizo lo único que creyó adecuado. Se metió en la bañera con ella y la abrazó por la espalda hasta que el frágil cuerpo de Eleanor se relajó contra el de él.

—La última vez que me senté en esta bañera me acompañaban cinco langostas de grandes pinzas que me pellizcaron a placer durante cinco eternos minutos —dijo de pronto. La posición en la que se encontraba, con las piernas encogidas, le recordó a aquella fiesta de fin de año en la que Ywen se empeñó en cocinar langosta para cenar. Como no tenía otro sitio para dejarlas, decidió que la bañera de Scott sería un buen lugar para que los pobres crustáceos pasaran sus últimas horas. Pero las celebraciones se adelantaron, el vino y el *champagne* empezaron a correr demasiado temprano y, en medio de una neblina alcohólica sin igual, Gavin se apostó cien pavos a que no se bañaba con las langostas—. Te gustarán Gavin y las chicas. Somos como una extraña familia.

La escuchó de nuevo sorber y notó como la respiración se le hacía más pausada. Scott se recostó un poco más hasta que la espalda quedó pegada a la bañera y las piernas encontraron un hueco en el que adoptar una postura más cómoda.

Para tratarse de un primer contacto con ella, no se le había dado mal, pero el silencio volvió a ser demasiado intenso y la situación resultaba surrealista. Si no hacía o decía algo de inmediato, se rompería el encanto.

—Sé que tendrás un millón de preguntas sobre lo que ha pasado y también sé que no era esto lo que esperabas cuando murió tu madre, pero voy a hacer que funcione, ¿sabes? Soy muy persistente cuando me interesa una chica. —Tal vez no fuera el mejor momento para contarle lo que tenía en mente, pero necesitaba que la conversación fuera lo más informal posible. Era la única manera de mantener la atención de Eleanor para que no saliera corriendo de allí—. Una vez obligué a mi amiga Robbin a escayolarme una pierna para ligarme a una traumatóloga. Lo malo fue que no controlaba muy bien lo de llevar muletas y cuando me presenté en el hospital, me caí por las escaleras y me rompí la clavícula de verdad.

Fue una de esas estupideces que hacía para impresionar a las mujeres cuando todavía creía que tenía posibilidades de ganarle la batalla a Layla.

Intentó ver una parte del rostro de Eleanor y deseó poder retirarles el pelo para contemplar esas facciones de niña que, poco a poco, se convertirían en las de una mujer de belleza singular. Había conseguido que dejara de llorar con sus historietas de conquistas y era posible que si le contaba otra le dejara darle un

beso antes de llevarla de regreso a su cama.

—En otra ocasión conocí a una crítica gastronómica que se empeñó en llevarme a un lugar nuevo, uno de esos de comida de vanguardia que mezclan gases con flores y todo eso, tal y como hace ahora mi amiga Ywen. Normalmente soy yo el que elige donde llevo a cenar a las chicas, pero puso tanta insistencia que cedí. La noche hubiera salido bien si uno de los platos no hubiera llevado cacahuets. Soy alérgico a los cacahuets. —Percibió un leve cambio de actitud en ella, como si de verdad estuviera interesada en lo que le contaba, y se sintió muy bien—. Me empecé a hinchar como un globo y me salieron manchas rojizas por toda la cara y las manos. Parecía el tipo feo de *Pesadilla en Elm Street*, ¿cómo se llamaba? Ese de las cuchillas en los dedos. ¡Bah! Da igual. La cuestión es que la crítica de cocina se asustó tanto que, mientras varias personas me atendían y llamaban a una ambulancia, ella se largó. ¿Te lo puedes creer? ¡Me dejó allí solo!

Se rio. Todo el cuerpo de Eleanor tembló al contener una risilla tímida. Scott no podía verla, pero fue inconfundible y el logro lo hizo sentir orgulloso. La abrazó con intensidad y hundió la nariz en los cabellos negros de su hija, como siempre hacía con Katherina. Iba a tatuarse el aroma que la caracterizaba, dulce, inocente, para no olvidarlo el resto de sus días. No volvería a perderla bajo ningún concepto, no ahora que su esencia formaba parte de él.

—Freddy Krueger —dijo de repente con un hilillo de voz—. Así se llama el de *Pesadilla en Elm Street*. Es una de mis pelis de terror favoritas —le confesó sin saber muy bien por qué. Scott sonrió de medio lado y confirmó lo que había pensado con anterioridad: se llevaría de maravilla con Robbin, friki del género de terror hasta la médula—. Y también soy alérgica a los cacahuets.

—Pues es bueno saberlo —suspiró aliviado—. No me gustaría verte convertida en una zombi si te invito a cenar. —Esperó a que ella comentara alguna cosa más, a que le ofreciera otra migaja de su vida que él pudiera atesorar, pero se quedó callada y tensa, como si se hubiera dado cuenta tarde de que acababa de compartir algo divertido con su padre—. ¿Quieres hacerme alguna pregunta antes de volver a la cama? Necesitas descansar, yo también y la bañera no es muy cómoda que digamos.

—¿Estás casado o tienes novia?

—No, ninguna de las dos —respondió sin pensar demasiado.

En otro tiempo, no muy lejano, se hubiera reído de la pregunta, pero no era ese el caso. Ojalá hubiera podido contestar de forma afirmativa, ojalá hubiera podido decirle que sí había alguien especial, que había una chica con la que deseaba compartir la vida, a la que no soltaría de la mano jamás. La única con quien imaginaba cada despertar. Sensual, cálida, fuerte y de sólidos principios.

No podía olvidar el suave acento ruso al hablar cuando se ponía nerviosa, ni la mirada recelosa de cuando se conocieron. Lo perseguía sin tregua, le robaba las horas de sueño y convertía el silencio en una tortura.

Pero no podía contarle sus problemas con Katherina a una niña de quince años en su primera noche en un nuevo hogar. Por mucha confianza que quisiera darle, esa historia todavía dolía, era demasiado reciente y no estaba dispuesto a que su hija encontrara tan pronto su punto débil.

—Solo hay una mujer en mi vida y está sentada en una bañera conmigo ahora mismo.

CAPÍTULO 22

Durante las dos semanas de ausencia que estuvo en Montreal, el proyecto del jardín avanzó a pasos agigantados bajo la batuta de Robbin y se sintió un extraño el primer día que pisó de nuevo Lambert Resort. Se armó un incesante revuelo a su alrededor que fue acompañado con saludos cordiales y palmadas en la espalda de los más allegados. Y mientras las bromas por su ausencia y las carcajadas se sucedieron durante la jornada, él no pudo apartar la vista de la puerta principal del hotel, como si fuera a ver salir a Katherina en cualquier momento.

Se había marchado. El día de la fiesta desapareció y no había regresado. Scott no desistió de comunicarse con ella durante aquellas dos semanas, pero la frustración crecía al mismo ritmo que la felicidad que le proporcionaba recuperar a Eleanor. Vivía en una constante guerra de sentimientos, en una contradicción enloquecedora que muchas noches provocaba cortocircuitos en su cerebro.

Katherina había renunciado al puesto de gerente, Elizabeth Lambert en persona había presentado al hombre que ocupaba ya su lugar, Anthony Woods, un lameculos según su malvada Robbin. Un buen hombre en opinión de Lana.

Aquella primera mañana encontró varios camiones descargando turba mientras los jardineros se afanaban en distribuirla por los diferentes parterres que formaban el dibujo de la entrada. El intrincado diseño francés en el que se había basado había quedado perfecto. El Hebe^[16] que habían utilizado para dar forma a los setos de un metro de altura producía el efecto que Scott pretendió desde el principio. El uso de Hebe *Inspiration*, de un intenso color verde oscuro, captaba la atención de los huéspedes con una simple mirada y se fundía con el Hebe *Wiri*, de un tono muy parecido al de la hierba húmeda recién cortada. Acabar con Hebe X *Franciscana variegata*, la más bonita de las tres, había sido un acierto, obra de Robbin. El color crema que bordeaba las hojas era perfecto para rematar el degradado. Era una planta luminosa que armonizaba con el entorno acuático al que daba paso.

Por fin habían quitado la odiosa mampara que ocultaba las obras y habían instalado el espectacular templete de música que Katherina había elegido para ocupar el lugar del ya inexistente reloj de sol. La canalización del agua hasta el lago había sido un éxito y las últimas pruebas de escape estaban siendo satisfactorias. Ya andaban trabajando en los sectores cinco y seis, a ambos lados

del gigantesco estanque y, si todo iba conforme a lo establecido, pronto le llegaría el turno al laberinto, cuyo trazado se había completado satisfactoriamente.

La adaptación de Eleanor, por el contrario, no seguía el ritmo que a Scott le hubiera gustado. La comunicación entre ellos continuaba siendo desastrosa. Los pequeños cambios positivos en el carácter hosco de la chica aparecían y desaparecían sin guardar un motivo lógico al que Scott pudiera aferrarse; sus gruñidos y contestaciones monosilábicas iban dejando paso a frases un poco más largas, pero también más dañinas. Recriminaciones, estallidos de odio y miradas airadas, que Scott fingía no ver, eran el pan de cada día.

Se comportaba de forma diferente cuando las chicas venían, que solía ser bastante a menudo desde que Eleanor vivía con él. Aunque permanecía callada la mayor parte del tiempo, era respetuosa con ellas, se reía con las bromas de Gavin y sonreía. ¡Sonreía! Jamás había visto una sonrisa tan perfecta. Ywen le había dicho que una mañana se levantaría de la cama, la encontraría preparando el desayuno para los dos y todo ocuparía el lugar correcto en sus vidas, pero algo le decía que pasaría una larga temporada hasta que eso sucediera de verdad.

—¿Necesitas dinero? ¿Más material? ¿Ropa nueva? Dame alguna pista, Eleanor, esto es tan nuevo para mí como para ti —se exasperó Scott de camino al instituto en el que la había matriculado.

No fue complicado que la aceptaran en Elm Creek. Tenía muy buenas referencias de esa escuela pública y había muchas actividades de secundaria que podían interesarle, pero la forma de ser de la chica era tan frustrante que empezaba a dudar de que todo aquello sirviera de algo.

—Sé que estás enfadada y que no entiendes muchas cosas, pero por favor, háblame. Llevamos una semana aquí y no sé qué más hacer —le rogó al enfilar East Avenue desde Elmwood.

—¡Dejarme en paz! Eso puedes hacer —le gritó al fin, rompiendo así el pacto de silencio que ella misma se había autoimpuesto—. ¡Sí que entiendo las cosas! ¡No soy estúpida! Mi opinión no cuenta, ¡te importa una mierda! ¡Tú y mi madre me habéis destrozado la vida!

—De acuerdo, lo has entendido perfectamente —gruñó Scott, que había decidido tirar la toalla de buena mañana. Estaban ya frente a Elm Creek y no era plan de montar un numerito como cada día desde que regresaron a Rochester. Descargó toda la mala leche aporreando el claxon para amonestar a los coches que le impedían el acceso al aparcamiento, y maldijo entre dientes porque iba a llegar tarde a trabajar—. Vendré a recogerte a las cinco. Aquí mismo, ¿de acuerdo?

Eleanor abrió la puerta y estuvo tentada de mostrarle el dedo corazón como

respuesta. Tenía quince años, era autosuficiente, lo había sido desde que tenía uso de razón. No quería que él la llevara al instituto ni que la recogiera ni le interesaban las absurdas conversaciones en las que pretendía que participara. Solo quería que todo el mundo desapareciera, que la dejaran sola, porque nunca le había importado nada a nadie y se había acostumbrado a ir por libre.

—¡Que lo pases bien, cielo! —le deseó Scott con cierto tono de burla. No iba a ser un buen día para ella, de eso estaba convencido, pero sobreviviría, al igual que él. No les quedaba otra opción que entenderse, antes o después—. Te quiero, nena —susurró cuando ya no podía escucharlo.

Puso en marcha la camioneta y salió disparado hacia Lambert Resort.

Era oficial: llegaba tarde.

Cuando llegó al hotel, el bullicio se le antojó extraño, más festivo. Existía en el ambiente cierto tufillo navideño que empezaba a ser cargante incluso para él, que estaba entusiasmado con celebrar las fiestas por primera vez en compañía de su pequeña.

—Señor Nolan, llega usted hoy más tarde de lo normal —lo saludó Takelberry, el enorme afroamericano que custodiaba la puerta de servicio esa mañana—. Han traído un paquete muy extraño para usted, señor.

—Buenos días, Randolph. —Apoyó los codos sobre el mostrador y se frotó la cara por debajo de las gafas. El nuevo intento de entablar una conversación amena con su hija lo había dejado exhausto—. Es un muestrario de boj, de setos, para que me entiendas. La semana que viene empezaremos con el perímetro del laberinto y quería asegurarme de que... Bueno, no importa. Dime dónde está y yo mismo iré a recogerlo.

Un estallido de risas surgió de uno de los despachos de administración que había en el pasillo más próximo. La sonrisa de Randolph se ensanchó y Scott notó que la mirada del agente se tornaba acuosa. Vio salir a Bridget de la sala de control y dirigirse hacia el lugar del alboroto con prisa, sin pararse a dedicarle el guiño pícaro que siempre guardaba para él. Maya Harris, en cambio, sí se detuvo unos segundos y le sonrió con amabilidad, aunque sus ojos expresaban otro sentimiento que no supo descifrar.

—Ella está aquí —dijo sin más preámbulo la jefa de seguridad—, por si te interesa.

No tuvo que preguntar a quién se refería, el asentimiento de Maya le confirmó lo que su expresión interrogante preguntaba por él. Dio media vuelta y lo dejó frente a Takelberry, boqueando como un pez fuera del agua.

Le hubiera venido bien un poco de oxígeno en ese momento pues era incapaz de inspirar aire y de procesar ni un solo pensamiento. Quería entrar en ese despacho, sacar a cualquiera que acaparara su atención y enfrentarse a ella de

una vez. Era la oportunidad que había esperado durante tres semanas. Pero, por otro lado, le daba tanto miedo volver a verla...

—¡Entre a saludarla, vamos! —lo animó Randolph, ajeno a lo que había pasado entre ellos.

Pero Maya Harris, de regreso al puesto de vigilancia, se encargó de desalentar cualquier intento de Scott por acceder a Katherina. Negó en silencio cuando hizo el amago de avanzar y borró la triste sonrisa que había mantenido.

—Takerberry, está prevista la llegada de la señora Lambert a mediodía —comentó sin apartar la mirada de Scott. Estaba informando al controlador, pero también a él, demostrando así que conocía la situación. Desapareció tras la mampara y regresó cargada con el semillero que había llegado del vivero—. Esto es tuyo, Nolan. ¡Ah! Sería conveniente que echaras un vistazo a las plantas del antiguo despacho de gerencia. Varias chicas de la limpieza han comentado la falta de cuidados y sería una pena que se estropearan. Desde que Víctor Lambert trasladó el despacho del señor Woods a esta parte del edificio, el ala este está un poco descuidada.

—¿Y John Wyatt? ¿No debería el jefe de jardinería ocuparse de...?

—Sobre las once estaría bien —insistió sin hacer el menor caso a las preguntas de Scott. Miró el reloj con firmeza y se aseguró de que la había entendido—. No te retrases.

Anduvo hasta el jardín como un autómatas, como si estuviera en una realidad paralela. Desapareció el ambiente festivo y obvió los amables saludos de todo aquel que se cruzaba en su camino. Hasta que no se rodeó de bullicio y las responsabilidades le saltaron sobre la espalda, no se deshizo del estado catatónico en el que se había sumido.

—¡Jefe! Llevo esperando las muestras desde las ocho y media —lo regañó Robbin, que tiró del semillero con insistencia—. ¿Qué tal Eleanor? ¿Ha ido mejor esta mañana? Podríamos llevarla a comer a...

—¿Cuándo coño han comenzado a construir la torreta del laberinto? —Dejó por fin el muestrario en manos de Robbin y se dirigió con los puños apretados hacia la rampa de acceso donde las gigantescas piedras ya empezaban a tomar forma de cueva. Él no había dado permiso para iniciar las obras, nadie le había comunicado nada, estaba colérico y perdió la cordura por unos instantes—. ¿Quién ha firmado la autorización? ¿Es que no puedo estar tranquilo ni un solo día? ¿Tengo que encargarme yo de todo? ¡Maldita sea, Roberta! Se suponía que hasta mañana nadie entraría ahí.

—¡¿Qué?! ¡Lo hiciste tú a principios de semana! ¡Tú firmaste el permiso! —se defendió, asustada. Nunca la llamaba Roberta. No entendía qué mosca le había picado de repente, ni por qué parecía que quisiera estrangular a alguien

con sus propias manos—. ¿Qué te pasa?

Scott frenó tan de repente que Robbin se estampó contra su espalda sin poder evitarlo. No era propio de él comportarse así, ni levantar la voz, ni olvidarse de lo que firmaba, por mucho que hubiera sido el primer día que regresó al trabajo. Estaba estresado y el hecho de que Katherina estuviera en el hotel no mejoraba su nivel de ansiedad. —Es por ella, ¿verdad? Ya sabes que ha venido. —Scott asintió, pero no dijo nada—. Esta mañana estuvo aquí. Vine temprano para organizar el trabajo y me la encontré. Dijo que venía a recoger algunas cosas y a zanjear asuntos pendientes. —Hizo una pausa y le acarició el pelo con cariño. Se merecía ser feliz de una vez, pero tenía un poderoso imán que tiraba de él hacia el lado más oscuro de la vida—. Preguntó por ti. Le costó hacerlo, pero quería saber cómo estabas.

—¿Y qué le dijiste?

—Que te lo preguntara ella misma —respondió.

Sonrió abatido y le sujetó la mano en agradecimiento. Al parecer, Katherina había seguido el consejo de Robbin y por ese motivo lo había citado, solo que aún no tenía claro si iba a acudir al encuentro en el despacho.

—Vamos a trabajar, duende —dijo después de un largo suspiro—. Tenemos cosas que hacer.

Recibieron la visita de un inspector del ayuntamiento, al que atendió con más paciencia de la que sentía y tuvo que calzarse unas gigantescas botas de agua para entrar en la orilla septentrional del lago y comprobar, ante la mirada de ese hombrecillo repelente, que las medidas de profundidad eran correctas.

La jornada laboral fue intensa, ajetreada, y, aun así, el tiempo parecía haberse aliado contra él, para su completa desesperación. Hiciera lo que hiciera siempre acababa mirando el reloj para comprobar cómo de cerca estaba la hora que Maya le había indicado. Y cuando decidió que no acudiría a aquella improvisada encerrona, se guardó el viejo Rolex de su padre en el bolsillo e hizo como si los minutos no le quemaran debajo de la ropa. Pero tan terco era él como caprichoso se presentaba el destino y, fuera donde fuera, siempre encontraba a alguien que hacía referencia a la hora que marcaban las manecillas.

Al final, ni todo su empeño en atender a las explicaciones que Robbin le daba sobre las muestras de boj para el laberinto fue suficiente para distraerlo de lo que realmente le importaba.

—¡Maldita sea! —masculló al ver en el teléfono que solo quedaban dos minutos para las once—. Enseguida vuelvo.

Se quitó el casco y emprendió una alocada carrera hasta la puerta principal. Saludó con un rápido gesto al portero, se disculpó con varios clientes a los que casi se lleva por delante y aminoró el paso antes de llegar al antiguo despacho de

gerencia. Necesitó unos minutos para recuperar el aliento e infundirse el valor que le había faltado durante todo el día. No sabía qué iba a decirle, no había querido pensar en la supuesta conversación que tendría lugar, ni en sus consecuencias. Pero necesitaba verla, aunque eso acabara por hundirlo en la más absoluta depresión.

Katherina, por el contrario, se encontraba demasiado tranquila mirando por el ventanal. Hizo una apuesta consigo misma acerca de los minutos que Scott la haría esperar y, cuando unos tímidos golpes sonaron en la puerta, chasqueó la lengua con fastidio por haber perdido en su propio reto. Se lo jugó todo a que serían quince y tan solo habían sido diez.

Había llegado el momento de las explicaciones, el temido momento de enfrentarse a él y a lo que todavía sentía. Había estado tan ocupada: primero, con el ingreso de Yelena en el hospital afectada de una neumonía; y luego, con la planificación del traslado a Washington, que no le había dejado tiempo para pensar en que, antes de marcharse, tendría que hablar con Scott. Era importante si quería empezar de cero con la conciencia tranquila, o eso le había dicho su anciana y sabia nana, que había padecido más por la tristeza que leía en su rostro que por su propia enfermedad.

—Adelante. —Intentó que la voz le saliera lo más firme posible, pero hasta ella misma se dio cuenta de que no estaba tan tranquila como aparentaba.

¿A quién quería engañar? No controlaba la situación, ya no pisaba terreno seguro, ni podía escudarse en la montaña de trabajo que solía desbordar aquella mesa completamente vacía. Había ido a decirle adiós y ni siquiera sabía si le saldría el primer «hola» sin echarse a temblar.

—No pensé que volvería a verte aquí —dijo Scott después de haber cerrado la puerta y haberse empapado de ese perfume tan suyo que llenaba el despacho.

La silueta de Katherina se recortaba contra la luz que entraba por la ventana como si fuera un recuerdo en un sueño lejano, tan inmóvil y etérea que parecía estar a punto de desvanecerse entre las partículas de polvo que flotaban en el aire. Se quitó las gafas para limpiarlas con el borde de la camiseta que sobresalía bajo el anorak y se sonrió al ver el aspecto sucio y desaliñado que mostraba. Como siempre, ella lucía perfecta, incluso cuando vestía un simple jersey de lana y un pantalón.

—¿Qué tal van las cosas por el jardín? —preguntó sin apenas moverse. Realizó un pequeño movimiento de la cabeza que tenía por objetivo mirar por encima del hombro, pero se arrepintió nada más comprobar que Scott estaba más cerca de lo que había presentado. No lo había oído acercarse, pero apenas los separaban una silla y la mesita de café—. He pasado por allí hace unas horas. El lago ha quedado muy bien y me gusta como has combinado...

—¿De verdad he venido para que me hables del jardín? —No iba a dejar que se anduviera por las ramas. Tal vez ella no tuviera nada que hacer allí, pero él tenía trabajo y no podía perder el tiempo—. Mírame, por favor.

Cuando Katherina se dio la vuelta y encaró a Scott, los ojos que lo miraron contenían el agua salada de todo un mar, azules, brillantes e infinitos. Por mucho que quiso disimular sus emociones, fue imposible controlar el mohín de congoja que le frunció los labios.

—¿Por qué? —susurró Scott—. Te llamé mil veces, te escribí cientos de mensajes, necesitaba hablar contigo y explicarte algunas cosas que debías saber. Solo dime por qué.

—No lo entenderías —dijo Katherina, por fin.

—Prueba a ver. Siempre he sido bastante comprensivo y, a lo mejor tú no lo crees, pero estoy convencido de que me merezco eso al menos.

—Te acostaste con ella.

—Me he acostado con muchas mujeres —declaró sin ánimo de ser presuntuoso.

—Pero ella es diferente.

—¿Por qué? ¿Porque era tu jefa? ¿Porque es una mujer mayor? ¿Porque no la soportas? —insistió cada vez más alterado y más cerca de ella—. ¿Por qué, Katherina? ¡Explícamelo!

—¡Porque es mi madre! ¡Elizabeth Lambert es mi madre!

[16]. El Hebe es un género de plantas nativas de Nueva Zelanda, Australia y Nueva Guinea. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO 23

Es mi sol, mi agua y mi sustento, pero a veces olvido que hay orquídeas que no necesitan tierra para ser preciosas.

Aquella revelación lo dejó sin la singular elocuencia de la que hacía gala en momentos tensos. Retrocedió varios pasos hasta que las piernas dieron contra el sofá y convirtió el cuerpo en un peso muerto que levantó una asfixiante nube de polvo al caer.

—¿Lo entiendes ahora? —La cara de desconcierto le dijo que sí.

—Entonces, ¿Víctor y tú...?

—No, Elizabeth no es la verdadera madre de Víctor. Es hijo de Henry Lambert, de un matrimonio anterior —le aclaró—. Si consiente tenerlo pegado a las faldas después de tanto tiempo, es porque él tiene el cuarenta y nueve por ciento de las acciones de Lambert, las que heredó de su padre.

Víctor solo pensaba en Elizabeth cuando perdía dinero apostando y debía intercambiar acciones del imperio hotelero por efectivo para cubrir los descubiertos que ocasionaba; o cuando necesitaba contactos que afianzaran su futuro en la política. Él era un don nadie, pero alardeaba de tener una madre que podía con cualquier cosa y ese poder era demasiado atractivo. Era tan superficial y tan poco observador que creía que los viajes a Los Ángeles de Elizabeth se debían al espíritu ocioso de la mujer, cuando era más que evidente el estado lamentable en que llegaba después de los tratamientos de quimioterapia.

—¿Y por qué trabajas para ella? —preguntó sin entender cómo era posible que soportara el carácter infame de esa mujer, por mucho que fuera su madre.

Adrik le había hecho esa misma pregunta infinidad de veces. Hasta Yelena había insinuado en alguna ocasión que no le debía nada. Pero hubo un tiempo en que creyó que había cambiado. Cuando la contrató lo consideró un acto de conciliación, una forma de recompensarla por todo el daño que le había hecho en su más tierna infancia. ¡Incluso le regaló a Maximilian! Era una ingenua, una criatura demasiado inocente que vio afecto donde solo había egoísmo. Lo único que quería conseguir Elizabeth era limpiar su conciencia, su maldita y sucia conciencia y, cuando lo logró, se encargó de demostrarle que estaban en paz, que había pagado con un buen sueldo y un diminuto hueco en su mundo cualquier falta del pasado, sin tener en cuenta que su ausencia no se podía compensar.

—Pensé que quedaba algo por lo que luchar y me arriesgué para conocerla mejor. Quería que viera lo fuerte que se había hecho aquella niña enfermiza a la que renunció; quería que se sintiera orgullosa de tener una hija, aunque no supiera absolutamente nada de mí. —Se le quebró la voz una vez más y no dejó que Scott viera las lágrimas de ira que resbalaron hasta desaparecer. Caminó hasta la mesa del despacho y se sentó en su sillón por última vez—. No había ni un poco de humanidad en ella, ni lo hay ahora ni lo habrá jamás.

—Está enferma. —Debía saberlo, aunque maldijera mil veces el nombre de Elizabeth Lambert, era su madre y tenía derecho a saber que, si la percepción de Scott era correcta, no duraría demasiado—. A lo mejor quieres decirle cómo te sientes antes de que... no sé...

—¿Antes de que se muera? —No le salió reír, aunque lo cierto era que la situación tenía gracia. Scott, que había sido el último en llegar a su vida, conocía detalles de su madre que a ella le costó años averiguar—. No va a morir, al menos no demasiado pronto. Sé que está enferma, tiene cáncer, me lo dijo Martina, la enfermera del hotel, ¿por qué crees que he permanecido aquí los últimos años?

—¿Lo sabías? —se sorprendió.

—Sí, claro que lo sabía. —Desvió la mirada hacia la luz que entraba por el ventanal y se avergonzó de haber sonado tan indolente. Ella no era así—. Hace tiempo que debí marcharme y he ido postergando esa decisión con excusas. La enfermedad de Elizabeth fue la primera. Cuando lo descubrí llegué a preocuparme incluso, y ella me sermoneó en público como si no fuera más que una empleada. Luego fue mi orgullo, como si demostrarme a mí misma que podía soportar dirigir este lugar al lado de Víctor, el favorito, fuera a hacerme mejor a ojos de mi madre. Qué absurdo, ¿no crees?

No era absurdo en absoluto. Sin embargo, sí lo era permanecer alejado de Katherina mientras los recuerdos empezaban a ensombrecer sus ojos claros. Lo era aparentar que seguía enfadado cuando no podía guardar rencor hacia ella. Era absurdo ignorar lo que le hacía sentir, aunque desde que lo había experimentado estuviera aterrado.

Caminó con indecisión hasta el escritorio de cristal y se apoyó en él justo donde la mano de Katherina jugueteaba con un bonito abrecartas con forma de espada antigua.

—Eres mejor que ella y mejor que ese gilipollas de Lambert. —La hizo sonreír, pero la sonrisa no le llegó más que a los labios—. No tienes que demostrarle nada a nadie, Katherina. La gente que trabaja para ti te adora, eres justa, eres fuerte y decidida, eres todo lo que necesita este sitio.

—Ahora ya da igual —concluyó. Se levantó al notar el roce de los dedos de

Scott. Si no se apresuraba a recoger las cosas que le quedaban allí se le echaría encima la reunión con Elizabeth y después no tendría fuerzas para volver al despacho—. No puedo continuar en un lugar donde no soy feliz, donde cada vez que ella aparece por la puerta tengo que tragar bilis, donde me degradan y censuran mi autoridad en cuanto demuestro que sé hacer algo más que preparar fiestas.

Abrió el primer armario que tuvo a mano y extrajo una pila de carpetas que tiró con fuerza dentro de la caja de cartón que había en el suelo. Le siguieron algunos objetos más, libros, fotografías que guardaba con cariño. Mientras Scott la miraba con una pregunta clave en los ojos.

—¿Y nosotros?

—No hay un nosotros —respondió. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse a llorar porque, en realidad, estaba mintiendo—. Víctor Lambert me dio una nueva excusa para demorar mi marcha. Creyó que, poniéndome a cargo de la reforma del jardín, la reforma que Elizabeth tanto deseaba, volvía a darme una de sus lecciones de niño rico y poderoso. Pero se equivocó. Me dije a mí misma que ver materializado el maravilloso proyecto que habías presentado sería mi premio a tantos años de amargura. Luego me iría con la cabeza bien alta y con la certeza de que había hecho un buen trabajo. Pero entonces tú me llevaste a aquel parque y me besaste —le recordó con cariño—. Tú me enseñaste una versión de mí misma que yo desconocía y por eso me enamoré de ti. Nunca había estado con un hombre como tú, Scott Nolan, tan seguro, tan intenso, tan capaz de sacar de mi interior el valor que necesitaba para seguirte.

—Te enamoraste de mí —susurró al tiempo que ponía un dedo en su mentón y la obligaba a mirarlo. Katherina asintió y desnudó su alma, la única parte de ella que jamás mostraba a nadie—. Y yo me enamoré de ti. Estoy enamorado de ti.

Le acarició la mejilla con la palma de la mano y apoyó la frente contra la suya. Cerró los ojos un instante, notó como el dolor que latía junto a los pedazos de su corazón se hacía cada vez más liviano y dejó que otro sentimiento mucho más poderoso obrara una magia que no era capaz de describir. Volvió a mirarla cuando las lágrimas de Katherina le mojaron los dedos y solo entonces reconoció que su expresión no era de dicha, que había dolor en sus facciones contraídas, que el llanto silencioso que la estremecía no tenía nada que ver con los designios del corazón.

—Amarte solo es otra excusa para quedarme y ya he decidido que me voy.

El dolor regresó junto con la sensación de estar cayendo al vacío. Le costó entender lo que Katherina quería decir, pensó que lo estaba interpretando mal, pero el mensaje era claro: él no era suficiente.

Golpeó el volante con los puños y una sarta de tacos se le escapó cuando el coche que iba delante frenó por enésima vez. East Avenue era un infierno a esa hora y llegar al instituto a tiempo para recoger a Eleanor iba a ser misión imposible.

El encuentro con Katherina lo había destrozado, pero en lugar de irse a casa o ahogar las penas en la barra de algún bar, decidió ser responsable y continuar con el trabajo como si nada hubiera cambiado.

Pero todo había cambiado. La esperanza de recuperarla, que se había mantenido viva durante tanto tiempo, había muerto acuchillada por palabras crueles. *No hay un nosotros*, repitió su mente ofuscada. Estaba enamorada de él, pero se iba. ¡Se iba! ¡Se había acabado!

—¡Mueve el jodido coche de una vez! —gritó como un demente. Presionó el claxon sin descanso con el mismo resultado que cinco minutos atrás.

Marcó el número de teléfono de Eleanor para avisarla del retraso, pero el buzón de voz le saltó al primer tono y volvió a maldecir. Debía ser la única ocasión en la que tuviera el móvil apagado. Desde que habían vuelto a Rochester pasaba las horas muertas mirando la pantalla y moviendo los dedos sobre el teclado digital a una velocidad imposible. Era lógico que quisiera estar en contacto con sus antiguos amigos, que los echara de menos y que tuviera la necesidad de contarles lo patética que era su vida al lado de un padre al que detestaba más que a nada en el mundo, pero si no empezaba a centrarse en los estudios, las restricciones de acceso a internet y a dispositivos móviles pasarían a formar parte de la larga lista de cosas por las que odiarlo.

La vio apoyada en la pared del aparcamiento del instituto mientras ojeaba un papel. El anorak y la mochila estaban en el suelo tirados de cualquier forma, el pelo le caía sobre la cara y cubría parte de sus facciones. Si no fuera porque no se había fijado demasiado, diría que cuando la dejó por la mañana llevaba una coleta.

—¡Eleanor! —la llamó. Levantó el brazo desde el interior de la camioneta y tocó el claxon para que lo viera. Era imposible acceder donde estaba dada la cantidad de vehículos que había parados en la avenida.

Recogió sus cosas con toda tranquilidad y caminó hacia él. No se apresuró lo más mínimo, ni dijo una sola palabra cuando abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto. Scott resopló con fastidio y dio un volantazo para incorporarse al sentido contrario de la circulación y evitar el atasco. Si ella no quería hablar no sería él quien la obligara. Su día había sido una auténtica mierda y los desaires de Eleanor no ayudaban. Se daría el capricho de ser tan

mezquino como ella, aunque tuviera que arrepentirse más tarde.

—Tienes que firmar un papel que me han dado en el instituto —comentó al cabo de unos minutos, cuando ya enfilaban la calle Broad y la puerta del edificio de Scott era visible.

—¿Ya te han dado las notas?

—No son las notas —respondió, y guardó silencio de nuevo, lo que provocó que Scott la mirara con curiosidad.

—¿Vas a decirme qué es o tengo que adivinarlo? —Se adentró en el aparcamiento subterráneo del edificio y sorteó un par de columnas hasta llegar a su plaza. En cuanto detuvo el coche, Eleanor dejó de malas formas el papel en el regazo de Scott y salió disparada en dirección al ascensor—. ¡Eh! Pero, ¿qué...?

La primera frase de la nota era lapidaria: «Parte de expulsión». Levantó la mirada hacia la chica con los ojos muy abiertos y volvió a centrarla en el mensaje. Su hija se había peleado con otra chica y la jefa de estudios le enviaba una advertencia muy severa. Al ser la primera amonestación que recibía, solo le costaría un par de días de castigo en casa, pero no consentirían más violencia en el centro.

—¿Me puedes explicar qué es esto? —preguntó enarbolando el mensaje por encima de la cabeza. Eleanor se metió en el ascensor y no hizo por contener las puertas automáticas. De no haber sido por los reflejos de Scott, que interpuso el pie en el último momento, le hubiera tocado esperar o subir por las escaleras—. Te he hecho una pregunta. Lo menos que puedes hacer es responder.

—¿Para qué? Ya has leído lo que pone, ¿no?

—¡Te han expulsado dos días! —exclamó sin paciencia alguna. Eleanor levantó las cejas. Era el mismo gesto que hacía él cuando se mostraba irónico, pero Scott se obligó a respirar hondo y apoyar la espalda en la pared más alejada de su hija—. Dime al menos por qué cojones te has peleado. ¡Solo llevas cinco días en el instituto! ¡Cinco días, Eleanor!

Silencio. Eso fue todo lo que recibió de ella. En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, pasó delante de él con expresión indiferente, entró en la casa con la llave que Scott le había dado y se encerró en su cuarto, no sin antes dar un portazo que hizo temblar las ventanas.

—¡Ah, no! Si crees que escondiéndote vas a conseguir algo estás muy equivocada. —Abrió la puerta de la habitación con más fuerza de la que deseaba y la señaló con un dedo mientras buscaba en su cabeza las palabras que su propio padre hubiera empleado de haber cometido una falta semejante. No las encontró, por supuesto. Sus padres jamás tuvieron que preocuparse por cuestiones así—. ¡Al salón! ¡Ya! —ordenó. Luego avanzó hasta la mesilla de noche y le requisó el móvil. Estaba apagado, pero no le importaba—. Y se han

acabado las tecnologías mientras estás castigada.

—¡No tienes derecho a quitarme lo que es mío! —De brazos cruzados y con cara de odio, caminó a grandes zancadas hasta el salón y se dejó caer en el sofá. Scott aprovechó para llevarse la *tablet* y el portátil, y para respirar de nuevo. Después del día que había tenido, lo último que le faltaba era soportar una rabieta—. ¡Te denunciaré! ¡Le diré al juez que eres un mal padre!

—¿Y qué conseguirás con eso? —preguntó con un tono de voz que denotaba el cansancio que acumulaba—. Dime, Eleanor, ¿qué piensas que dirá el juez cuando sepa que todo esto viene porque te han expulsado?

—Conseguiré librarme de ti y volveré a Montreal. ¡Te lo juro!

—¿Con los Bishop? Creo que no estarán muy por la labor. —O tal vez sí, pero esa posibilidad no era válida. Ninguna lo era, en realidad—. ¿A lo mejor prefieres un centro de menores? ¿O una casa de acogida?

—Cualquier cosa sería mejor que vivir contigo.

—Pues lamento decirte que, hasta que cumplas los dieciocho, vas a tener que conformarte con esto. —Abrió los brazos para abarcar la casa y acabó por señalarse a sí mismo. Aunque se mostrara más tranquilo que de costumbre, cada palabra de Eleanor lo hacía sangrar por dentro—. Ahora cuéntame por qué te has peleado.

La indignación y la impotencia pusieron un singular brillo en los preciosos ojos de Eleanor. Le salió un suspiro de lo más profundo del alma y se quitó las gafas para masajearse el puente de la nariz.

—Se burlaron de mí, ¿vale? —lo enfrentó por fin—. Llevan dos días llamándome rara y hoy me han empujado. —De forma instintiva, se frotó la rodilla allí donde los pantalones vaqueros estaban deshilachados.

—¿Te han hecho daño? —No era esa la situación que había esperado y se sintió fatal por no haber preguntado con más calma antes de montar un revuelo por algo que podía no haber sido culpa de Eleanor. Cuando la vio negar con la cabeza y mirarse las manos, acongojada, acudió a su lado y pensó rápido en cómo afrontar la situación. Si la regañaba por no haber acudido a los profesores o por no habérselo contado antes, la perdería de nuevo—. ¿Quiénes eran?

No se detuvo en muchos detalles, ni le dio nombres propios que delatara a las supuestas agresoras y, aunque eso decía mucho de ella y de lo acostumbrada que estaba a hacer las cosas sola, Scott no pudo más que protestar. Cuando llegara el lunes, iría a hablar con la jefa de estudios de Elm Creek y se aseguraría de que la adaptación de Eleanor se producía de la manera más tranquila posible.

—¿Sigo estando castigada? —preguntó con una vocecilla inocente, algo nuevo en los registros que Scott tenía de ella.

—Sí. Lo siento. —Le palmeó la pierna con cariño y se levantó del sofá para

sobrellevar la mirada de súplica que Eleanor le dirigía. Tal vez fuera el peor padre del mundo castigándola cuando ni siquiera había tenido tiempo para adaptarse con normalidad, pero debía mostrarse firme con la decisión—. No habrá móvil ni *tablet* ni portátil hasta nueva orden.

—Y ¿qué quieres que haga aquí encerrada todo el tiempo? Ni siquiera tienes una tele en condiciones —gruñó—. ¡Es injusto!

El aparato no tenía conexión a internet, tampoco la necesitaba. Pocas veces perdía el tiempo con programas o series y, si se sentaba a ver algún documental o alguna buena película, solía estar tan cansado que actuaban como somnífero.

—Tienes razón —dijo para sorpresa de Eleanor—. No es justo que te quedes aquí encerrada sin hacer nada. Además, no te ofendas, pero no me fio mucho de dejarte sola mientras voy a trabajar, así que te dejaré por las mañanas en la oficina de Lana y le echaras una mano en lo que puedas.

Minutos más tarde, cuando el portazo que dio Eleanor dejó de resonar en los oídos de Scott, se dejó caer en el asiento de la ventana más cansado de lo que había estado nunca. Afuera ya oscurecía y las bajas temperaturas mantenían las calles desiertas. Ya se veían luces de Navidad en muchos comercios y las alfombras rojas que decoraban las aceras se llenarían en breve de nieve amontonada y pisadas de los transeúntes.

Se le ocurrió la buena idea de llevar a Eleanor ese fin de semana a comprar adornos para decorar el apartamento. Siempre había experimentado una especie de aversión por el espumillón y la purpurina, por no hablar del pavor que sentía al ver los cientos de miles de abetos y de pinos silvestres que aparecían en los contenedores de basura cuando finalizaban las fiestas, pero no sería mala idea conseguir uno de esos desmontables que daban el pego, así como una buena remesa de detalles con los que ornamentarlo. ¿A qué chica de su edad no le gustaba salir de compras? A Eleanor le encantaba, él mismo lo había comprobado en las innumerables veces que había viajado a Montreal para verla pasear junto a sus amigas por el centro comercial al que iban los domingos. Sí, podría funcionar.

El timbre del apartamento anunció la llegada de Robbin y Lana. Entraron en tromba, parlotando como dos cotorras y cargadas de bolsas de comida del restaurante de Ywen. Se golpeó la frente con la mano al recordar que iban a llevarse a Eleanor a su casa. Habían organizado una fiesta de chicas, o algo por el estilo, e iban a pasar las horas viendo películas de esas que tanto les gustaban a las tres. Él no estaba invitado, aunque tampoco hubiera ido tratándose de una maratón de *Pesadilla en Elm Street*.

Mientras Lana iba al dormitorio a ayudar a Eleanor con sus cosas, Robbin se quedó en silencio, observando el ir y venir de Scott en la cocina. Estaba serio y

las ojeras delataban el cansancio y el estrés que estaba soportando en los últimos días.

—¿Quieres hablar? Puedo enviar a Lana a casa con Eleanor y quedarme un rato si lo necesitas.

—Estoy bien. Me vendrá de lujo irme a la cama temprano, te lo aseguro. — Tenía intención de tomarse un relajante muscular suave para dormir como un tronco toda la noche. Sonrió ante ese pensamiento y se rascó la nuca, sorprendido. En otro tiempo hubiera echado mano a la cerveza hasta caer rendido en el sofá, o se hubiera ido al club de la noventa y ocho con Kensington Park a ahogar el cansancio con alcohol y algo de sexo sin compromiso. Era curioso cómo podían cambiar las cosas en un par de meses—. He pensado ir mañana de compras con ella. Adornos, algo de ropa... Esas cosas, ya sabes.

—Es una idea cojonuda. Estoy segura de que le gustará, pero tómatelo con calma, ¿de acuerdo? No se trata de ganártela a base de lo que le gusta, se trata de que acepte esta nueva vida contigo.

Eleanor y Lana salieron de la habitación cuchicheando y se detuvieron al llegar a la barra de la cocina, donde Scott y Robbin mantenían una conversación a media voz. La intención de su hija fue pasar de largo y salir por la puerta lo antes posible, pero Lana la sujetó del brazo y le dio un leve empujoncito hacia Scott.

—Eleanor me ha contado lo del castigo y quiere decirte algo.

Scott se cruzó de brazos a la espera de las palabras de su hija. La incomodidad de la niña le resultó adorable, la forma de morderse el labio y de mirar de reojo a Lana, como si quisiera asesinarla por obligarla a hacerle caso, era conmovedora. Si las cosas entre ellos no estuvieran cuajándose todavía, la hubiera envuelto en un intenso abrazo, pero era mejor esperar a que ella diera el primer paso, a que se sintiera cómoda en aquel ambiente, entre las personas que la miraban con cariño y que ya eran su familia.

—Lo siento. No volverá a repetirse.

Consideró que no había más que decir e intentó escabullirse con la cabeza gacha, pero Lana volvió a detenerla y cabeceó de nuevo en dirección a Scott. Faltaba la parte más importante y la que más la fastidió. Puso los ojos en blanco, se acercó a su padre y lo rodeó con los brazos en una especie de abrazo que apenas lo rozó. Solo fue un segundo, pero bien podría asegurar Scott que fue el instante más maravilloso de su vida.

Cuando se marcharon, todavía sonreía como un bobo. Se abrió una cerveza para celebrar aquel pequeño paso y dispuso sobre la barra un sinfín de ingredientes con los que pretendía hacerse un bocadillo. Pero el timbre sonó de nuevo y se aventuró a abrir con una ligereza que no había sentido en todo el día.

Eleanor era igual de despistada que él y con toda seguridad se habría dejado algo.

—¿Qué se te ha olvidado? No voy a devolverte el móvil...

La sonrisa se le congeló en los labios. Era Katherina la que estaba allí de pie, la que lo miraba como si lo viera por primera vez, la que se mantenía serena a pesar de que había una venita debajo del ojo derecho cuyo latido la traicionaba.

—Creí que estaba todo dicho. —Scott masticó las palabras mientras regresaba a la seguridad de la cocina y, como si no hubiera nadie mirándolo desde el otro lado de la barra, continuó con la preparación de una cena que no iba a comerse—. ¿Qué quieres?

—Quiero explicarte bien las cosas.

—Eso ya lo hiciste esta mañana. No era necesario que vinieras hasta aquí para repetirme nada, Katherina. Lo entendí a la primera. —Cerró la puerta de la nevera con demasiado ímpetu y se afanó en dejar la encimera más limpia de lo que había estado nunca.

—Quiero que te quede clara una cosa muy importante, Scott.

—¿Qué? —Se volvió con fiereza, harto de todo. No tenía la menor idea de a qué estaba jugando, ni qué pretendía llamando a su puerta cuando las cosas habían quedado clarísimas. *No hay un nosotros*, se repitió de nuevo. Eso era lo único que le había quedado claro de la conversación que habían mantenido en el despacho y lo que más lo torturaba—. ¿Qué más tienes que decirme? ¡Dilo y márchate!

—Siempre hay una alternativa, hasta para nosotros.

CAPÍTULO 24

Adrik siempre le repetía que el polo opuesto de la valentía no era la cobardía, sino el conformismo, y ella llevaba conformándose toda su vida. Cerraba la boca y asentía ante las injusticias a las que la sometía Elizabeth Lambert porque era su madre y no había otra forma de estar cerca de ella. Hacía de tripas corazón cuando Víctor la relegaba a trabajos que no le correspondían, solo porque no deseaba tener problemas con el niño bonito de la familia. Cargaba la mochila a la espalda con una infinidad de problemas para los que no tenía solución, pero que pesaban hasta hundirla en la más absoluta desesperación. Y cuando el agua le llegaba al cuello y notaba que le faltaba el aire, se pegaba un par de chutes del inhalador y hacía repostería en lugar de poner los puntos sobre las íes.

Esa misma mañana, después del desencuentro con Scott y de discutir con Elizabeth hasta que un ataque de tos la dejó exhausta, se marchó a casa y mantuvo una larga conversación con Yelena. Su adorada niñera, cuya sabiduría la elevaba a la categoría de ser místico, la reprendió con tanta dulzura en las palabras como severidad en la mirada. Le habló del corazón y de lo que sucede cuando amas a alguien, de lo maravilloso que es encontrar a la persona adecuada y lo duro que resulta separarse de ella.

—La única barrera que no podrás sobrepasar jamás es la muerte, querida niña —le había dicho en su idioma paterno—. El resto de obstáculos los construimos nosotros en el camino de la vida y, por muy altos que sean, por mucho que nos cueste superarlos, siempre se salvan si se ama de verdad.

Por eso estaba allí, por eso había decidido no conformarse. Desde el momento en que Yelena pronunció aquellas palabras, no pudo dejar de pensar que separarse de Scott solo era otra barrera y que aún había esperanza para ellos.

—Hace unos años, una buena amiga de la familia de mi padre, la princesa Jayendra Kumari Ji, dueña de The Raj Palace, el hotel más lujoso de la India y uno de los más importantes a nivel mundial, me escribió para pedir mis servicios en el nuevo balneario que estaba construyendo en Washington DC. —Scott se había sentado en uno de los taburetes de la cocina mientras ella había tomado asiento en el borde del sofá con la espalda muy recta—. Ya había decidido que Lambert no era el lugar en el que iba a quedarme y solicité trabajo en algunos hoteles que, después de un tiempo, tuvieron en consideración mi experiencia

como gerente.

—Pero entonces supiste que Elizabeth tenía cáncer y lo dejaste a un lado —supuso Scott.

—Lo dejé a un lado, pero no me olvidé, ni ellos se olvidaron de mí. He estado retrasando la decisión y he perdido algunas oportunidades que podrían haber sido interesantes, aunque las dos más importantes continuaban sobre la mesa. El Baccarat, en Nueva York y The Raj Palace, en Washington.

—Y te vas a Washington.

—Sí —confirmó. Se sintió pequeña e indecisa ante la mirada de Scott, casi del mismo modo que en presencia de su madre. Pero, al igual que había pasado esa mañana con Elizabeth, decidió saltar otra absurda barrera más e ir al grano—. Ven conmigo. Puedes trasladar la empresa allí o dejarla aquí en manos de Roberta, como desees. No te faltará el trabajo, Scott, quiero que te ocupes de la jardinería y el mantenimiento, quiero que seas quien contrate al equipo, quien distribuya las funciones y quien ponga flores en mi vida cada mañana. Quiero que seas lo último que vean mis ojos cuando me vaya a dormir...

—... y lo primero al despertar —completó él con una sonrisa triste.

—Sí —dijo un poco más animada. Abandonó la postura rígida del sofá y se colocó entre las piernas de Scott, tan cerca que pudo ver cómo el pecho se le hinchaba al percibir su perfume—. ¿Recuerdas aquello que me dijiste en el parque cuando hablamos de desear una relación? Una tarde de sofá junto a alguien que te rodee con su brazo, ir al cine y que te cojan de la mano, leer al aire libre recostada sobre el cuerpo de alguien que te acaricie el pelo. Quiero todo eso contigo, Scott. —Le rozó las sienes con la punta de los dedos y aprovechó para retirarle las gafas sucias. Ya se había acostumbrado a limpiarlas cada vez que estaban juntos y no hacerlo se le antojaba extraño. Cuando se las devolvió, acercó los labios a los suyos y lo acarició con sensualidad—. Quiero llenar la bañera, encender velas, brindar con *champagne* mientras me acaricias la piel húmeda. Quiero hacer el amor contigo siempre... Quiero pasar el resto de mi vida entre tus brazos, Scott Nolan.

La rendición de Scott llegó en forma de abrazo y de beso profundo con sabor a promesas, pero también a despedida. Tenía que dejarla marchar. Por mucho que la amase, por muy arrepentido que fuera a estar durante mucho tiempo, no podía abandonarlo todo y seguirla. Las prioridades que movían su mundo habían cambiado y establecerse en Washington, cuando Eleanor no llevaba ni un mes en Rochester, no entraba en la lista de las mejores ideas.

—No hay nada que desee más que estar a tu lado cada día... —le dijo Scott con sinceridad.

Katherina abrió los ojos y se separó de él lo suficiente como para poder verse

reflejada en las lentes. El desconsuelo lo envolvía como una manta raída. Era todo muy confuso y tan abrumador que, de repente, entendió que había llegado tarde.

—Hay un *pero*, ¿verdad?

—Sí, lo hay. No puedo marcharme.

—¿Por qué? —preguntó al borde del llanto.

—Porque han pasado muchas cosas desde aquella noche en la fiesta, porque ahora tengo responsabilidades mucho más importantes...

—¿Qué puede ser tan importante? Esta mañana decías que estabas enamorado de mí, que querías estar conmigo. He venido a darte la solución a nuestro problema y tú... —Quiso apartarse de él, pero no se lo permitió. La aferró con fuerza, como se aferran las raíces a las rocas cuando no hay tierra, y abrazó el cuerpo de Katherina para calmarla y para sosegar él también—. ¿Por qué no puedes venir conmigo?

—Porque ahora tengo una hija y debo cuidar de ella.

Katherina miró alrededor, desconcertada. No tenía sentido lo que decía. ¿Una hija? Era ilógico. No podía ser cierto. Mientras encontraba algo que decir que no pusiera en evidencia lo impactada que estaba, percibió en el salón algunos detalles que habían estado presentes ante sus narices y en los que no había puesto atención. Había un pequeño reproductor de música de color lavanda sobre la mesa, varios coleteros encima de la barra de la cocina, una chaqueta deportiva de un color que no iba con el estilo de Scott... La estancia estaba igual que siempre, el desorden era patente en cada rincón, pero se respiraba cierto perfume femenino que no era el suyo, un agradable aroma a cítricos que, desde su llegada, había atribuido a un nuevo ambientador.

—No te entiendo.

—Tengo una hija de quince años. Se llama Eleanor.

Eleanor, pensó Katherina. Ese nombre... Lo llevaba escrito en el corazón, al amparo de un enramado que lo protegía de las adversidades. Buscó a tientas el hueco de la ventana y se sentó muy despacio en la bancada. El mundo empezaba a girar a una velocidad que ella era incapaz de seguir. Habían pasado solo tres semanas y no entendía cómo era posible que se hubiera producido un cambio tan drástico en la vida de ambos, pero sobre todo en la de Scott, que se acercó a ella después de rebuscar en su cartera y le mostró la foto de una preciosa chica con sus mismos rasgos. Y esos ojos... esos ojos que la habían mirado en cada momento de pasión compartida, esos ojos que ella había besado y acariciado envuelta en los velos del placer. Esos ojos y ese nombre por los que había sentido celos, pues ocupaban un lugar en el corazón de Scott más cerca de él de lo que había estado ella nunca.

La chica de la fotografía le resultó familiar de inmediato. La había visto hacía menos de media hora en compañía de Lana y Roberta, a las que no se atrevió a saludar por miedo a que la juzgasen mal. No la conocía, pero, desde la acera de enfrente, esa niña la miró con tristeza y sintió una ternura inmediata.

—¿Cuándo...? ¿Cómo es que...? No... no puedo entenderlo...

—Llevo mucho tiempo peleando por ella —comentó con los hombros hundidos—, pero ahora ya está conmigo y es lo más importante que hay en mi vida.

Scott tomó asiento al lado de Katherina sin dejar de mirar la fotografía y acariciar el borde con los dedos. Con palabras suaves y emoción contenida, le contó cómo había sido su vida desde que se enteró de que tenía una hija: el infierno de los tribunales, la pérdida de la custodia, las mentiras de Layla...

—Cuando mi abogado me dijo que el juez había firmado el permiso para que se mudaran a Canadá estuve cerca de cometer una locura de la que me hubiera arrepentido el resto de mi vida —confesó ante el silencio de Katherina, que contenía las emociones a duras penas—. Fue una suerte que Lana y Robbin se cruzaran en mi camino. Ellas fueron mi cordura, aún lo son.

—¿Por qué no me lo contaste antes? Tuviste muchas oportunidades. ¿Cómo has podido callar algo tan importante durante todo este tiempo?

—¡Quise hacerlo! Iba a contártelo el día de la fiesta pero las cosas se fueron a la mierda esa noche. Tú tampoco me contaste que Elizabeth Lambert era tu madre. —Katherina abrió la boca para protestar, pero Scott levantó la mano y la detuvo. No era un reproche, no quería que se enfadara—. Supongo que estas cosas eran una parte de nuestras vidas más íntimas y no estábamos dispuestos a compartirlo todo.

Había pasado noches en vela elucubrando sobre una mujer, sobre la única con suficiente importancia como para tener un lugar privilegiado en su piel. Por un lado, se sintió aliviada y encontró entrañable que Scott se hubiera tatuado esa mirada triste sobre el corazón. Eran los ojos de su hija, el nombre de su niña y significaban un amor y un sufrimiento que solo él podía entender. Pero, por otro lado, recuperar a Eleanor suponía decirle adiós a ella, y de ese dolor Katherina sabía demasiado.

—¿Entiendes ahora por qué no puedo marcharme? Eleanor necesita estabilidad, necesita habituarse a esta casa y a esta vida. No me habla, no confía en mí y no lo hará si le digo que debemos marcharnos de nuevo. Ha encontrado en Lana y en Robbin a una especie de amigas que la comprenden y espero que, poco a poco, con su ayuda, acabe aceptándome tan bien como a ellas.

—Seguro que lo hará, solo necesita... tiempo. —*Y espacio*, añadió el corazón de Katherina, *y afecto, y atención, y mucha paciencia*. Lo entendía

perfectamente. Ojalá su padre hubiera renunciado a una parte de su vida para cuidarla como Scott pretendía hacer con Eleanor. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

Se mordió los labios para contener un sollozo, pero fue imposible. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le desbordaron sin contención, como todas las emociones que ya no le cabían en el corazón. Se sentía una tonta por haberle pedido a Scott que lo dejara todo para ir con ella, como si el amor fuera lo único por lo que vivir.

—Kat... —Le apartó el pelo de la cara y le levantó el mentón con un dedo. Sentía lo que ella sentía y dolía tanto que por poco se dobla en dos—. Siento no habértelo contado antes. Siento...

No quería escucharlo más. Cada palabra era un recordatorio de que sería la última vez que estaría a su lado, tan cerca, tocándola con manos trémulas que ya no la acariciarían. Dejó que las lágrimas se fundieran contra los labios de Scott en un momento en el que ya no había nada más que decir. La decisión estaba tomada, el camino que habían empezado juntos se separaba y, en ese laberinto que eran sus vidas, no había un centro al que llegar, no había un destino escrito para ellos.

Sería la última noche, se lo merecían. No tendría sentido una historia de amor tan intensa sin un final que marcara la diferencia. Scott la estrechó en los brazos, consciente de que tenía que dejarla ir, pero al menos iba a conseguir que su perfume se le quedara adherido a la piel para siempre. Tenían toda la noche por delante para crear bellos recuerdos que llenaran los días solitarios que vendrían, instantes que se quedarán grabados en la memoria, caricias que marcaran el corazón para revivirlas en cada latido, en cada lágrima, en cada suspiro.

Tenían toda la noche para decirse adiós.

CAPÍTULO 25

Me quieres, no me quieres, y eres cruel con esta margarita. Todavía no te has dado cuenta de que soy para ti, pero se han llevado mi corazón.

Hacía mucho tiempo que había dejado de disfrutar del espíritu navideño y quizá por ese motivo aquel año todo le parecía demasiado forzado, demasiado alegre, demasiado brillante. O tal vez tenía que ver con el hecho de que la felicidad hubiera llamado a su puerta en forma de niña de quince años y todo el mundo estuviera disfrutando de ella menos él, que seguía anclado en el recuerdo de Katherina hasta el punto de estar volviéndose loco.

La dejó marchar porque no podía hacer otra cosa, porque se merecía la oportunidad que le brindaban, porque no podía pedirle que se quedara ni era factible arrastrar a Eleanor con él por un motivo como el amor. Ahora la niña era su prioridad e intentaba que los sentimientos que lo estaban destrozando no ensombrecieran el día a día, que no le afectaran en el trabajo cuando pisaba alguno de los lugares donde la besó, que no lo ahogaran cuando, al llegar a casa, se acostaba en la misma cama que compartió con ella hasta el último amanecer juntos.

A veces incluso se distraía lo suficiente como para olvidarla y la sonrisa regresaba a sus labios para compartirla con la familia: con Lana y Robbin que lo miraban preocupados; con Ywen y Gavin, que estaban entusiasmados con la buena aceptación del restaurante; y con Eleanor, que ya fuera por las fechas o por el ambiente festivo, comenzaba a cederle espacio y a permitirle muestras de cariño que no rechazaba.

Pero la tristeza esperaba a la vuelta del corazón y, del mismo modo que había días en los que Scott no soportaba la compañía de nadie, para Katherina tampoco estaba siendo fácil.

El entusiasmo que siempre le iluminaba la cara cuando viajaba a Moscú para reunirse con su padre y pasar las navidades en familia, había desaparecido. Yelena la observaba con disimulo y sacudía la cabeza con pesar, pues lo más parecido a una nieta que tendría, a la que tanto quería, había quedado oculta bajo una pesada capa de tristeza que solo ella podía quitarse de encima. Adrik trataba de llenar los espacios de silencio con anécdotas que hacían reír a todos, pero no lograban hacerla participar del buen humor que se respiraba en la casa de campo

de Mijaíl Kovalev.

Para ellos, el veinticinco de diciembre era un día como otro cualquiera. La Navidad llegaría a Moscú el día de su cumpleaños, el siete de enero, según marcaba el calendario juliano. Sin embargo, en casa de Katherina se celebraban ambas fechas pues los compromisos laborales en Estados Unidos no siempre les permitían unas vacaciones que se extendieran hasta el catorce de enero, el día de año nuevo. Hacía años que *Ded Moroz*,^[17] el Abuelo Escarcha, y su nieta, *Snegúrochka*, entregaban los regalos por adelantado en medio de un jolgorio de risas y cánticos de felicidad. Era la primera vez que sentía el deseo de hacer callar a todo el mundo y encerrarse en su dormitorio hasta que llegara la hora de volver a la rutina diaria.

—Tu gato se está poniendo morado con todas las guarrerías que le está dando la mujer de tu padre —dijo Adrik cuando la encontró abstraída contemplando el paisaje blanco que se extendía más allá de los límites de la propiedad. Que no reaccionase y que, en cambio, se encogiera de hombros sin ni siquiera mirarlo por encima del hombro, era síntoma de que las heridas seguían sangrando—. El dolor pasará. Solo necesitas entretenerte y dejar de pensar.

—Lo sé, pero es difícil.

—No pasa nada si lo llamas y hablas con él un rato. —Entonces sí lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa. No era típico de Adrik dar consejos de ese tipo. El ruso se inclinaba más por cortar por lo sano y esperar a que todo cicatrizase a su ritmo—. ¡No me mires así! No hay nada de malo en desearle una feliz Navidad. Hay ocho horas de diferencia horaria con Rochester. —Miró el reloj y cerró un ojo para calcular—. Allí será mediodía ahora.

Le regaló un beso sobre el pelo y la dejó sola de nuevo. No llamaría, Adrik lo sabía bien, pero al menos había dejado claro que, si lo hacía, no sería tan terrible como ella pensaba.

Se colocó el abrigo acolchado que utilizaba cuando estaba de visita, se quitó las zapatillas de estar por casa y se calzó unas viejas botas forradas de pelo que siempre le mantenían los pies calientes. Necesitaba salir y que el intenso frío de diciembre le refrescara la mente y le aligerara un poco la dolorosa carga. La copiosa nevada que había caído a media tarde había cubierto el jardín de los Kovalev de un espeso manto blanco, ensalzando la belleza del lugar, y, por primera vez desde que había llegado a casa, sonrió.

A Scott le encantaría este sitio, pensó al limpiar la base del columpio de su infancia. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, llevando cuidado de no perder el gorro de lana. Se aferró con las manos enguantadas a las cadenas del balancín y se dio impulso como cuando era una niña y su estado de salud le permitía pasar unos minutos al aire libre. Soñaba con ser una emperatriz de

vestidos vaporosos, tan blancos como la nieve, tan libre como el frío que iba y venía a su antojo con cada estación. Era una *ledyanaya printsessa*, una princesa de hielo, una chiquilla tímida que vivía mil aventuras en la imaginación mientras el invierno, su época del año favorita, le esculpía el carácter y el corazón.

Adoraba la sensación de libertad que experimentaba cuando levantaba los pies en el aire y se mecía bajo la nevada. Le hubiera encantado hacer lo mismo en el columpio que Scott había instalado en aquel recodo del jardín, donde las ramas de los árboles eran gruesas y resistentes y las copas descendían a pocos metros del suelo, formando un precioso espacio íntimo en el que compartir secretos y un millón de besos.

De pronto, el contacto con un pequeño copo en la frente la sobresaltó y detuvo el movimiento del balancín para comprobar que, efectivamente, volvía a nevar. No había nada que aliviase la pena más que ver el pausado descenso de miles de cristalinas gotas convertidas en *zimniye tsvety*, sus flores de invierno.

Lo mismo pensó Scott cuando se dirigía a casa de Lana y Robbin junto a Eleanor. Iban cargados de bolsas de compra para ayudar a preparar la cena de Navidad cuando el cielo gris de mediodía decidió hacerles un regalo único.

—¡Está nevando! ¡Menos mal! —exclamó Eleanor, que dejó las bolsas en el suelo y extendió los brazos para recibir los primeros copos. Acostumbrada a las heladas de Montreal y a las copiosas nevadas que soportaban en esas fechas, era lógico que deseara que, al menos eso, fuera igual que en otros años—. ¿Crees que podremos salir esta noche a hacer un muñeco de nieve o algo que se le parezca? En casa de la abuela Bishop era como una tradición.

—No sé si nevará tanto, nena, pero ¿quién sabe? Es Navidad, todo es posible.

Miró al cielo con tristeza y siguió el movimiento de los diminutos puntos blancos como había hecho Katherina aquel día en el centro del laberinto. Recordó cómo los había llamado ella, flores de invierno, y los ojos se le llenaron de melancolía.

No volvería a ver nevar sin sentir que la perdió demasiado pronto.

Pero, por otro lado, era la primera Navidad con ella, con su Eleanor, y se tragó toda la tristeza que ensombrecía los días para disfrutar de aquel sueño hecho realidad. Constituía un esfuerzo sobrehumano sonreír y fingir que todo estaba bien, porque una cosa era parecer un hombre dichoso delante de la niña y otra muy diferente querer engañar a quienes conocían de sobra la historia. Pero no se hubiera perdido por nada del mundo el rostro de ilusión de Eleanor cuando abrió el montón de regalos que había bajo el árbol, ni su risa durante la tradicional cena de amigos, ni que se quedara dormida sobre su hombro mientras los adultos

seguían hablando de temas que ella aún no entendía.

Aquellos días, antes de que se acabara el año, fueron como un paréntesis de calma para los dos, casi como una familia de verdad, con conversaciones distendidas, bromas repentinas y momentos dulces a los que Scott se hubiera acostumbrado, de no ser porque levantarse cada mañana sin Katherina, a veces, pesaba mucho más.

Despidieron el año en la tranquilidad del apartamento. Juntos. Por primera vez, su hija descartó los planes que Lana y Robbin proponían y optó por quedarse en casa con él. Compartieron la deliciosa cena que habían encargado en el restaurante de Ywen y que Gavin les había llevado a media tarde para aprovechar la escapada y beberse una cerveza con Scott, y, acomodados en el sofá, vieron la retransmisión desde Times Square, donde miles de personas decían adiós al año y celebraban la llegada de un futuro más prometedor.

—Tía Lana me ha dicho que el año que viene me llevara a Nueva York a ver el árbol de Rockefeller Center —comentó Eleanor con la boca llena de helado de chocolate.

—Tía Lana, ¿eh? ¿Desde cuándo ellas han adquirido el grado de tías mientras yo sigo siendo Scott? —se quejó.

Eleanor se encogió de hombros y él rio complacido. Por primera vez, notó que el vínculo que los unía se estrechaba hasta convertirse en un nudo sólido, difícil de romper. Se sintió libre para pasarle el brazo por los hombros y abrir la boca para demandar un poco del helado que ella degustaba como si aún tuviera cinco años. Y se sorprendió cuando, tras un chasquido de la lengua, Eleanor cedió a su silenciosa petición y depositó una abundante cucharada de chocolate en la boca de su padre.

—Si un duende de los deseos llamara a la puerta ahora mismo y te concediera uno, ¿qué pedirías? —preguntó la chica después de un silencio, al hilo de uno de los anuncios que acababa de ver en la tele.

—No lo sé —gruñó. Tenía los ojos más cerrados que abiertos—. ¿Un desayuno completo para mañana?

—¡Venga! Hablo en serio. ¿Qué pedirías? —insistió con un codazo en el costado para que dejara de hacerse el dormido.

Que Katherina estuviera aquí, sentada a mi lado, cogiéndome la mano y con la cabeza apoyada en mi hombro. Seguramente estaría comentando con Eleanor algún detalle de la fiesta de fin de año que todavía continuaba en la tele mientras él se dejaba llevar por la dulce tentación de Morfeo. En cuanto la casa estuviera en silencio, cerraría la puerta del dormitorio y le haría el amor hasta que la mañana los sorprendiera desnudos, satisfechos, enamorados y juntos. Siempre juntos. Si un maldito duende llamara a la puerta para concederle un deseo, solo

querría estar con ella el resto de su vida.

—Tengo todo lo que necesito ahora mismo —respondió. No mentía, Eleanor era el centro de su universo y no podía permitir que ningún deseo o pensamiento le arruinara lo que estaban compartiendo esa primera noche del año, aunque doliera conformarse con una verdad a medias—. Tú eres lo que siempre he deseado. Lo demás tendrá que esperar.

Enero se presentó cargado de nuevos propósitos y un reto que alcanzaba la recta final. Iba siendo hora de rematar los detalles del jardín de Lambert mientras los setos del laberinto se aclimataban antes de la poda definitiva que les diera el aspecto adecuado.

—He anulado la construcción de la estufa de leña que querías frente al roble —le informó Robbin en la reunión semanal mientras él se dedicaba a garabatear palabras en postales con motivos florales—. El señor Woods me dijo que no estaba muy convencido y, la verdad, yo tampoco.

—Me parece bien. ¿Qué has pensado poner? —Se guardó el trozo de cartulina con una hermosa orquídea de color azulado en el bolsillo trasero del pantalón y atendió a las indicaciones que Robbin le daba sobre el plano del jardín—. No podemos dejar ese espacio sin algo que llame la atención y convierta el sitio en una distracción. Es demasiado amplio.

Robbin extrajo de la mochila una carpeta con algunos recortes de revistas. Entre ellos, encontró la foto de un precioso tablero de ajedrez, con piezas de medio metro de alto, que encajaba a la perfección con el espacio que deseaban ornamentar.

—Había pensado en rodearlo de algunos sillones como los de la entrada y colocar pebeteros de barro en los que se puedan hacer brasas. —Señaló la imagen con un dedo y recurrió a otra foto para mostrarle el tipo de recipiente al que se refería—. Me acordé de las grandes tinajas que quieres poner en esa orilla del lago y pensé que sería buena idea seguir la línea de decoración, así que busqué por internet y encontré a una alfarera de Catskill que hace unas piezas sensacionales.

—¿La has llamado?

—Por supuesto —declaró. La fecha de finalización se les estaba echando encima y no podían perder el tiempo—. Tendremos los doce pebeteros en dos semanas.

—Dos semanas es demasiado —gruñó sin apartar los ojos del calendario de sobremesa que tenía delante—. Dile que le pagaremos cien dólares más por cada

uno de ellos si los tiene en la mitad de tiempo. ¿Y el ajedrez?

—Lo encargué esta misma mañana. Llegará el jueves.

—Buen trabajo, entonces. Tienes unas ideas cojonudas —la felicitó. Robbin esbozó una mueca extraña y la comisura de los ojos se le llenó de arruguitas. No sabía por qué, pero no estaba conforme con su opinión—. ¿Qué pasa?

—La idea no fue mía, fue de Katherina. Solo quería que lo supieras.

Guardó silencio mientras digería aquella información y le agradeció la sinceridad con un cabeceo.

—Salgamos de este barracón. —Le pasó un brazo por los hombros y la besó en el pelo—. A veces siento que me asfixio aquí dentro.

—Bueno, en cuanto las pruebas de la cascada sean positivas y la inspección del ayuntamiento dé el visto bueno, adiós caseta odiosa. Revisión, limpieza y fin de fiesta. Hemos hecho un buen trabajo, jefe.

El suelo empedrado que habían terminado durante la primera semana de enero había quedado sensacional. Todo el lago estaba bordeado por aquel sendero de grandes guijarros redondeados que se perdía detrás de la pared de rocas y vegetación por la que caería la cascada en cuanto accionaran la bomba de agua.

William Dreyfus y varios de los hombres que habían trabajado desde el principio en el proyecto esperaban con impaciencia la llegada de Scott y de Robbin. Todo el mundo quería ver el efecto de aquella espectacular catarata artificial y comprobar si las locuras de SN Garden, una vez terminadas, resultaban tan increíbles como habían imaginado.

—¿No estás nervioso? —le preguntó Robbin al abrir el cajetín que contenía los interruptores de contacto de los sistemas eléctricos—. Debería haberle dicho a Lana que viniera hoy para verlo. Le hubiera encantado estar aquí.

A Katherina también, se dijo Scott con tristeza. Hubiera disfrutado de ella con solo tenerla al lado, aunque nadie le hubiera privado de abrazarla por la espalda mientras esperaban a que el bombeo de agua se hiciera constante y el ruido resonara como la banda sonora de sus vidas. Ese jardín era suyo, de los dos, habían compartido allí pensamientos, ideas, silencios y confidencias, aunque los recuerdos se empeñaban en torturarlo solo con los besos y las caricias. Sin saberlo, había creado en aquel espacio decenas de lugares en los que solo deseaba estar con ella.

Levantó la vista y contempló el templete de música donde soñó que bailaban al compás de alguna melodía de violín, o el columpio que colgaba de las ramas del roble más anciano del jardín. El día que los operarios de la grúa le permitieron subir a la cesta para instalarlo con sus propias manos, pensó en lo bien que sonaría su risa mecida bajo las ramas o en lo excitante que sería hacerle el amor entre balanceos y caricias. Había pensado incluir alguna barca de remos

decorativa que, en realidad, les sirviera solo a ellos, para llevarla al centro del lago, donde no pudiera escapar de él, y prometerle que la amaría siempre. Porque la amaría siempre, pero ahora eso ya no tenía importancia.

En cuanto el agua comenzó a brotar y el equipo estalló en vítores, dispensó un par de palmadas en la espalda de sus empleados y decidió regresar al trabajo que aún tenía pendiente.

—¿Todo bien? —le preguntó Robbin preocupada por su aspecto cansado. Le retiró las gafas para limpiarle las gotas de agua que le habían salpicado al pasar cerca de la cascada y se las devolvió con una sonrisa y un pequeño golpe de puño en el brazo—. Vamos, jefe. Deberías estar dando saltos de alegría. Esto se acaba y dentro de nada podremos volver a los pequeños jardines particulares que tanto nos gustan.

—Lo sé. Tranquila, todo está bien. —Le pasó el brazo por los hombros y juntos caminaron hacia la caseta de obra—. Tienes que explicarme esa idea que tenías para el sistema de calefacción.

—¡Te va a encantar! —exclamó entusiasmada—. He encontrado un material que retiene el calor en... ¿Qué hace aquí la jefa de seguridad de Lambert?

—Malas noticias, Nolan —dijo Maya Harris a modo de lúgubre saludo—. Elizabeth Lambert ha fallecido esta madrugada en su casa de Los Ángeles.

[17]. Personaje análogo a Papá Noel que, tradicionalmente, aparece acompañado de su nieta: la Doncella de Nieve(*Snegúrochka*).

CAPÍTULO 26

Un mes más tarde...

—¡No! No puedes quedarte en casa de esa chica entre semana, ya lo hemos hablado —sentenció Scott mientras se afeitaba frente al espejo del cuarto de baño con el torso al descubierto. Eleanor le comentaba a gritos, desde su cuarto, que la habían invitado esa noche a una fiesta de pijamas. Lo tenía claro, no pensaba dejarla acudir por muy pesada que se pusiera—. ¿Es que tengo que recordarte que estás castigada?

—¡Oh, venga ya, Scott! ¡Tengo quince años! No puedes castigarme por tonterías como no recoger mi cuarto.

—Y por llegar tarde, por faltar a clase, por suspender tres exámenes... —enumeró al levantar la mirada y verla parada en la puerta con los puños apretados. No había nada como una bronca de buena mañana para llegar al trabajo con ganas, pensó—. Cas-ti-ga-da hasta nueva orden —remarcó—. Cuando salgas del instituto quiero que cojas el autobús sin entretenerte y vengas directamente a casa. Así toda la semana, ¿está claro? —Se dio media vuelta al no recibir respuesta y se encontró con unos ojos que lo miraban asombrados—. ¿Qué pasa?

Se retiró los restos de espuma de afeitar con la toalla y se miró los pectorales con preocupación. Eleanor se había quedado boquiabierta al ver el tatuaje.

—¿Soy yo?

—Sí, son tus ojos y tu nombre.

—¿Y el árbol? —le señaló las ramas retorcidas que le subían por el costado, pero no llegó a tocarlo.

—Supongo que simboliza mi vida. —Se encogió de hombros y repasó el contorno con los dedos—. Y estos pájaros de aquí digamos que son todas las cosas que he dejado marchar con el tiempo.

—¿Como a mamá?

—Sí, como a mamá.

—Y como a mí.

—No. A ti no te hubiera dejado ir. No lo olvides nunca.

Eleanor continuó mirándolo hasta convertir el intenso momento en una situación incómoda y, cuando por fin parpadeó, creyó percibir en ella algo

diferente, un destello de arrepentimiento, un suspiro de alivio que se esfumó igual de rápido que llegó.

—Nada de fiesta de pijamas, entonces. Me quedaré a estudiar en casa de Cristina esta noche —lo intentó de nuevo.

—Ni de coña. Estás castigada y no se hable más.

—Eres insoportable —musitó.

—Lo sé —coincidió Scott. Se colocó las gafas y pasó delante de ella, ignorando la mirada asesina de Eleanor—. Estudia en casa.

—¿Tampoco podré ir a la fiesta de inauguración el viernes? Tía Robbin dice...

—Tía Robbin dice... Tía Lana dice... —Imitó la voz de su hija y movió la cabeza de un lado a otro harto de escuchar siempre la misma cantinela, aunque lo que le molestaba de verdad era que a él siguiera llamándolo Scott. Al llegar a la cocina, se sirvió una taza de café y abrió el portátil para echar un vistazo al correo electrónico—. Yo no iré a la fiesta. Tú no irás a la fiesta. Fin.

—¡Pero me han dicho que Justin Timberlake estará allí! —exclamó escandalizada ante tan rotunda negativa—. Y Robert Pattinson ha puesto en su Instagram que asistirá...

—¿¿Qué?? ¿¿Robert Pattinson?? —Imitó a la perfección el histerismo de una *groupie* y fingió arañarse la cara—. ¿¿Sabes quién me han dicho que no estará?? Tú.

Dio media vuelta en el taburete e ignoró los aspavientos y gruñidos de su hija.

—Eres un amargado, ¿sabes? —Se sintió un poco culpable después de decir esas palabras, pero estaba tan furiosa que hubiera dicho cualquier barbaridad con tal de herirlo un poquito—. ¡Y un plasta! Va a ser una fiesta de lujo, le había dicho a Cristina que podría venir conmigo.

—Mal hecho. No irás y tu amiga tampoco. —Cerró la tapa del portátil y vio a Eleanor con la invitación de Lambert en la mano. Tocaba el relieve de la tarjeta con devoción, del mismo modo que había hecho él al abrir el sobre—. Deja eso y recoge tus cosas. Vas a llegar tarde.

—Aguafiestas. —Tiró la invitación sobre el sofá y pasó delante de él con el mentón en alto y porte orgulloso. Tenía la batalla perdida, pero confiaba que Lana y Robbin lograran ablandarlo un poco y arrastrarlo hasta aquel maldito jardín.

—¡Yo también te quiero!

Había pasado un mes desde la muerte de Elizabeth Lambert. Las banderas que presidían la fachada del *resort* ondearon a media asta durante los días que tardó SN Garden en acabar la reforma de los jardines; el ambiente se transformó en silencioso y sombrío, solo alterado por los estallidos de furia de Víctor Lambert,

a quien el fallecimiento de la accionista principal le cayó como polvo de hadas sobre la cabeza.

Scott no tuvo constancia de que Katherina hubiera ido a Los Ángeles desde Washington para asistir al entierro de su madre, tampoco se molestó en preguntar si así había sido pues nadie hablaba de temas relacionados con la difunta señora Lambert en el hotel, como si su espíritu todavía vagase por los pasillos para atormentar a quien osase mencionar su nombre en vano.

La vida laboral de Scott se vio sorprendida por la llegada de algunos proyectos que le devolvieron la ilusión por levantarse cada mañana. Después de echar el último vistazo a su obra maestra en Lambert, había pasado unos días sumido en la más absoluta depresión. Se dejó allí el corazón y el vacío lo había mantenido en un estado de semiinconsciencia, solo alterado por las trifulcas que, día sí, día también, mantenía con Eleanor. Pero el trabajo era su pasión y Robbin siempre había sabido cómo tentarlo y cómo tirar de él hasta sacarlo del pozo sin fondo en el que no había dejado de caer desde que Katherina se marchó.

La sorpresa había llegado hacía tan solo dos días, cuando un mensajero entró en el local de SN Garden y dejó un sobre con su nombre escrito a mano. Lo primero que le llamó la atención fue el relieve que se apreciaba al deslizar los dedos por la superficie blanca. Le resultó tan familiar que le dolió, y, durante un largo minuto, cerró los ojos y se remontó al lugar exacto en el que pintó aquel dibujo sobre la piel de su espalda.

Lambert Resort tiene el placer de invitarle a la inauguración de los jardines en honor a Elizabeth Lambert.

Aquel cuadrado de formas extrañas era su laberinto.

Rechazó asistir desde el principio, pero se alegró de que el jardín fuera a ir dedicado a la mujer que decidió poner patas arriba su propia casa, sin pensar que, al hacerlo, también su vida, y la de cuantos la rodeaban, quedaría lista para un cambio radical.

Robbin apareció a su lado, tan silenciosa como siempre, y lo obligó a soltar la invitación, que apretaba entre los dedos hasta arrugar el papel, para sustituirla por un nuevo paquete de postales con motivos florales. El contacto de aquella pequeña mano en su hombro, signo de compasión, lo hizo desinflarse y perdió toda la rigidez que habían mantenido los músculos mientras observaba, sin ver en realidad, el trazo de las letras garabateadas en la tarjeta.

—Algún día me gustaría saber qué haces con esas imágenes de flores y a quién se las envías.

—Algún día —musitó con una sonrisa melancólica. Dejó a un lado las

postales y echó un último vistazo a la invitación que Robbin sostenía al descuido.

—Creo que deberías ir —le aconsejó mientras movía la tarjeta a modo de abanico. No lograría hacerlo entrar en razón, pero no se quedaría tranquila si no le decía lo que pensaba—. De hecho, creo que deberíamos ir todos, hasta Eleanor. Ha sido nuestro mejor trabajo, una obra maestra, y no deberíamos perdernos un momento tan importante. Además, seguro que habrá comida y música. Será divertido.

—No me importa si vais, pero no me des el coñazo, Robbin. Fui muy claro al respecto y me gustaría que no se hablara más del tema.

Y no se habló más hasta que Eleanor lo mencionó esa misma mañana. Recogió la tarjeta del sofá y acarició el diseño con la yema de los dedos. Le recordaba tanto a Katherina que las heridas sangraron de nuevo y la sensación de estar a punto de ser engullido por un agujero negro lo dominó. Se sentó en la bancada de la ventana, se quitó las gafas y cerró los ojos sin soltar el trozo de papel rugoso que tanto lo había atormentado desde que llegó. No tenía ganas de ver a Víctor Lambert pavoneándose por el jardín como si él hubiera hubiera hecho alguna aportación valiosa. No quería encontrarse en medio de desconocidos que juzgasen su obra con ojo crítico, pues el único juicio que tendría en cuenta era el de la mujer que había inspirado cada rincón, y ella no estaría allí. No estaba de humor para recorrer el laberinto si no la llevaba de la mano, ni quería subir a la torre si no la iba a encontrar arriba. No quería ver a gente pisando el suelo que ella pisó, ni balanceándose allí donde él la amó, ni disfrutando de un entorno que olía a su perfume y sonaba a su risa.

Podría llamarla y preguntarle si iba a asistir. En uno de sus sobresaltos desesperados antes del amanecer le pareció una buena idea hacerlo, pero en cuanto veía su nombre en la agenda de contactos cambiaba de opinión. No habían vuelto a comunicarse desde que se fue y nada le hacía pensar que ella estuviera tan necesitada de escuchar su voz como lo estaba Scott.

El jueves, un día antes de la inauguración del jardín Lambert, Ywen decidió utilizar su jornada de descanso para reunir a todo el grupo en una cena. El restaurante sería solo para ellos y el encuentro serviría para animar un poco a Scott y para celebrar el cumpleaños de Gavin, que se negaba a sobrepasar la barrera de los cuarenta.

—¿En qué estáis metidos ahora? —preguntó la anfitriona—. Me ha dicho un pajarito que habéis recibido una oferta del Hilton Garden Inn y que andáis liados preparando el proyecto.

—Tienes un pajarito muy listo —respondió Scott—. No es tan impresionante como Lambert Resort, pero creo que quedará muy bien.

—Y hablando de eso —lo interrumpió Gavin—. He visto en la prensa que habrá una inauguración por todo lo alto mañana. No puedo creer que no os hayan invitado.

—¡Sí nos han invitado! ¡Y estarán Robert Pattinson y Justin Timberlake! —exclamó Eleanor con una sonrisa triunfal que perdió al instante siguiente—. Pero él no quiere ir y eso nos estropea la diversión a todos.

—No te equivoques, señorita. Lana y Robbin pueden ir si lo desean. Tú no.

—Podría venir con nosotras si... —La mirada de advertencia de Scott fue suficiente para silenciar a Lana. No había discusión al respecto—. ¿Es que no tienes ni un poco de curiosidad por ver la que monta Víctor Lambert? Las excentricidades de los ricos siempre me han llamado la atención y más si se trata de un homenaje a su difunta madre.

—No era su madre y estoy seguro de que ese hijo de puta estaba deseando que Elizabeth la palmara.

—¡Scott! —lo regañó Robbin. A pesar de que ella era de la misma opinión, no debía decir esas cosas delante de Eleanor.

Empezó a agobiarse cuando las miradas de los presentes incidieron en él. Bajó la cabeza, musitó una disculpa y salió a la noche del frío mes de febrero. Mientras tanto, en el interior del restaurante, Robbin sacudía la cabeza con pesar y maldecía para sí misma la actitud de su jefe.

—Pensé que había superado ya lo de la rusa —comentó Gavin—. Últimamente se le veía más animado.

—¿Quién es *la rusa*? —preguntó Eleanor, pero la conversación entre los adultos continuó sin que le prestaran la menor atención y eso la enfureció.

—Es oír algo relacionado con ella y saltan chispas —apuntó Lana, que dispensó varias miradas a través del ventanal de la entrada por si regresaba—. No quiero ni pensar en cómo se pondrá cuando se entere de que la mitad de los trabajos que nos salen vienen de recomendaciones de Katherina.

—No se lo contéis ahora. No está demasiado receptivo —consideró Ywen—. Esa chica lo marcó bien. Fue una pena.

—Tiene tan mala suerte con las mujeres como yo con el póker —comentó Gavin—. Primero aquella zorr... —Recibió un codazo de Ywen y un cabeceo hacia Eleanor, que los miraba con los ojos muy abiertos, sin perder detalle de lo que se decía—. Lo superará, no os preocupéis.

—¿Quién es Katherina? —repitió la chiquilla con los dientes apretados.

No soportaba que se hablara como si nada de temas que no conocía. Y si, además, estaban relacionados con su padre, aún peor. Desde que se fue a vivir con él, el comportamiento de Scott había sido un tanto taciturno, pero ella no lo conocía más allá de lo que escuchaba hablar a las chicas cuando la llevaban de

compras. No sabía si, tiempo atrás, había sido un hombre divertido o si era así de serio siempre. Lo que sí había podido comprobar era que no había mujeres en su vida, no tenía conversaciones de teléfono a media voz como había observado en Morgan, ni le brillaba en los ojos esa luz de la que hablaban las películas y los libros.

—Tiene quince años, yo creo que se lo podéis contar —sugirió Gavin, deshaciéndose de toda responsabilidad—. Y, de paso, ahorradle al pobre Scott el trago y habladle de la protección en el sexo y esas cosas.

—Si algún día decidís tener hijos, espero que el karma te regale una hermosa y alocada niña con la que tengas que lidiar —le deseó Robbin a Gavin con una sonrisa maliciosa que hizo reír a Lana y a Ywen. Eleanor, en cambio, apretó los puños sobre la mesa y resopló enfurecida—. Katherina era la gerente de Lambert Resort.

—Y eso es todo lo que tiene que saber —interrumpió Scott, al que nadie había oído entrar—. ¿No tenéis temas de conversación más interesantes que mi vida sentimental? —preguntó enfadado—. Nos vamos, Eleanor.

—¡No! ¿Por qué? —se quejó la niña. Se agarró al brazo de Robbin y negó repetidas veces con la cabeza para afianzar su postura.

—Porque lo digo yo. ¡Andando!

El mal humor de Scott no dio pie a que ninguno de los presentes propusiera hacerse cargo de Eleanor, tal y como ella les rogó con la mirada. Solo recibió semblantes de compasión que provocaron más rabia en la adolescente.

—No sé por qué tenemos que irnos tan temprano, ni por qué te enfadas conmigo. ¡Yo no tengo la culpa de todos tus problemas! —vociferó la muchacha de camino al apartamento—. ¡Siempre soy la última en enterarse de las cosas y estoy harta!

—¡Si te mostraras un poco más participativa en casa no tendrías esos problemas! Llevas aquí dos meses, ¡dos malditos meses!, y me sobran dedos de la mano para contar las veces que te has sentado a cenar conmigo a solas, que te has despedido de mí con una sonrisa o has dicho una palabra amable cuando me has visto mal. Todo son gruñidos, quejidos y caprichos que no estoy dispuesto a consentir. Sacas malas notas, te peleas en el instituto, me mientes... ¡Me vuelves loco! ¿Tú estás harta? ¡Pues imagina cómo estoy yo!

—¡Tú quisiste que viniera! ¡Nadie te obligó! Podría haberme quedado con mis abuelos y tú seguirías teniendo tu vida maravillosa con la Katherina esa. ¡Fuiste tú el que me sacaste de mi mundo para meterme a la fuerza en el tuyo!

—¿Y tan malo es eso? ¿Tan difícil es convivir conmigo? No te falta de nada, tienes más de lo que necesitas, más de lo que has tenido nunca. —Se obligó a relajarse un poco y a suavizar la voz. Veía las lágrimas brillar en el fondo de los

ojos de Eleanor y no le gustó en absoluto haber sido él quien las provocara, pero hacía tiempo que deberían haber tenido esa conversación y demorarla más solo les traería problemas. La portería del edificio no era el lugar más adecuado, pero era el momento idóneo—. ¿Qué problema tienes conmigo, Eleanor?

—¡No quiero que seas mi padre! ¡No quiero vivir aquí! ¡No te soporto!

Cuando Eleanor salió corriendo escaleras arriba, Scott se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido sin mover ni un músculo, sin respirar apenas, con miedo a romperse en mil pedazos si parpadeaba siquiera. Sabía que las chicas como Eleanor, en un estado de desorientación como el que ella presentaba tras la muerte de Layla, podrían utilizar ese tipo de puñaladas para defenderse de los acercamientos de sus seres queridos, pero jamás pensó que eso llegara a sucederle a él. No todo en la convivencia con Eleanor había sido malo. A veces, cuando llegaba el fin de semana, se sentaban en el sofá a ver la tele después de picar algo, cada uno en un lugar diferente de la casa, y se quedaban dormidos juntos. Le encantaba despertar y verla hecha un ovillo a su lado, buscando el calor en el cuerpo de Scott. También eran divertidos los sábados que salían de compras, a pesar de lo detestable que le parecía ir de tienda en tienda sujetando las bolsas de su hija y de su amiga Cristina, con la que había entablado una amistad bastante aceptable. Era más de lo que había soñado hacer con Eleanor, pero, cuando ya creía que la relación entre ellos estaba cambiando, que los pequeños detalles en el comportamiento de la chica eran positivos y que las cosas empezaban a tomar el rumbo que debían, volvían los silencios, los engaños, las discusiones y los portazos que dolían tanto como la soledad.

Se sentó en la escalera para calmar el dolor que notaba en el corazón. Estaba tan cansado que empezaba a pensar que quizá no fue buena idea sacarla de la vida de los Bishop. ¿Y si Eleanor tenía razón?

—¡Eh, Nolan! —Miró por encima del hombro al tipo que había tras él, en la escalera. Era su vecino del primero—. No te preocupes, hombre. Las adolescentes son así, te lo digo yo que he sufrido lo mismo con tres como la tuya. —Pasó por su lado y le palmeó la espalda. Llevaba una bolsa de basura en la otra mano y zapatillas de andar por casa—. No tienes que ser su colega ni su amigo ni nada de eso. Eres su padre y acabará entendiéndolo. Todas lo hacen, tranquilo.

Eso esperaba porque cuando subió al apartamento, tembló de miedo ante tanto silencio.

Se acercó a su habitación con la intención de comprobar si estaba bien, pero la luz estaba apagada y el bulto que se percibía en la penumbra le dio la espalda de forma deliberada. No iba a molestarla más. Tenía clase temprano y prefería que descansara antes que satisfacer su orgullo con un discurso paternal que no

solucionaría nada. Esperaría a la noche siguiente. Los viernes Eleanor parecía sentir especial predilección por las películas en el sofá y los montones de palomitas con mantequilla. Tal vez fuera el mejor momento para explicarle que por nada del mundo cambiaría la decisión que tomó cuando decidió hacerse cargo de ella.

Ni siquiera por Katherina.

Escudarse en el trabajo siempre era una buena opción para olvidar que su vida era una auténtica mierda. Al menos mientras diseñaba sueños para otras personas se contagiaba de un entusiasmo que enmascaraba la realidad por unas horas. Así había pasado el viernes, imbuido en un proyecto para un ricachón que iba a poner patas arriba su jardín para que Scott construyera una excentricidad típica de quien no sabe qué hacer con tanto dinero.

Solo le quedaban un par de documentos por revisar y apagaría el ordenador hasta el lunes por la mañana. Hacía tiempo que los viernes habían dejado de ser el mejor día de la semana. Cuando sus responsabilidades se limitaban a una incesante lucha en los tribunales, cerraba la puerta de SN Garden y abría la ventana al mundo exterior, al alcohol, a las madrugadas de risas, al sexo... El sexo siempre había sido algo fundamental un viernes por la noche y, sin embargo, ahora ni siquiera se planteaba poner una película porno para pasar un buen rato.

El teléfono emitió un pitido y el aviso de un mensaje nuevo parpadeó en la pantalla. Eleanor lo avisaba de que iría a estudiar a la biblioteca con Cristina y su padre las recogería y la llevaría a casa a eso de las diez para que él no tuviera que molestarse.

—¿Cuándo va a entender que no me molesta ir a recogerla donde quiera que esté? —comentó a nadie en particular.

Robbin había empezado a recoger su mesa de trabajo y ya se colocaba la chaqueta cuando el móvil de Scott sonó. Lo miró de reojo, con disimulo, a la espera de que dijera algo cordial, aunque fuera a última hora del día. Se había mostrado cortante durante las breves conversaciones que habían mantenido y no había que ser muy lista para adivinar que continuaba molesto por lo sucedido en el restaurante de Ywen.

—A lo mejor si le dices que quieres ir tú a por ella...

—No quiero agobiarla, ni que crea que la quiero controlar. —Maldijo en voz baja, se sentó de nuevo en el sillón de la oficina y se quitó las gafas con fastidio—. Vale, sí, quiero controlarla, pero es que no sé cómo hacer las cosas para que

no se enfade. Iba a hablar esta noche con ella, pero ha decidido que es mejor ir a estudiar a la biblioteca. Después de lo de anoche...

—Debiste contarle lo de Katherina. Tiene quince años, no es idiota. —Se apoyó contra la mesa de Scott y le quitó las gafas de la mano para limpiárselas. A veces no entendía cómo podía ver a través de unos cristales tan sucios—. Esa mujer te importa demasiado como para que puedas ocultárselo.

—Katherina forma parte del pasado.

—Eso no te lo crees ni tú, pero ¿sabes?, es problema tuyo —resolvió Robbin, que no soportaba a Scott cuando negaba las cosas de una forma tan categórica. Se mentía a sí mismo, pero no engañaba a nadie. Amaba a Katherina como no había amado en la vida—. Si no significa nada para ti, pregúntate por qué no quieres ni oír hablar de la inauguración de esta noche.

—Lárgate, Robbin. Vas a llegar tarde. —No había mala intención en sus palabras. De hecho, le dio un pequeño empujón para que apartara el trasero de la mesa y se pusiera en marcha. Necesitaba estar solo unos minutos antes de regresar a casa—. ¡Ah, por cierto! Hazme un favor: consíguele a Eleanor un jodido autógrafo del Pattinson ese.

—Hecho. ¿Algo más?

—Pásalo bien. Es tu obra también.

—Tal vez, pero es tu corazón el que late allí. No lo olvides.

¿Cómo lo iba a olvidar si no dejaban de recordárselo? ¿Qué había de malo en esconderse un poco para que el dolor pasara más rápido? Quería a Katherina y no podía tenerla, ese jardín los unió, los vio enamorarse y no deseaba pasar por el mal trago de verse allí en medio, rodeado de gente y más solo que nunca.

Prefería la calma de su apartamento, prefería sentarse a esperar a Eleanor porque era necesario que mantuvieran una conversación de verdad, entre padre e hija. Estaba dispuesto a contarle quién era Katherina y cuánto había influido esa mujer en su vida. Estaba dispuesto a quemar el último cartucho con Eleanor, abrirle el alma para que pudiera echar un vistazo a la pasta con la que estaba hecho su corazón. Y esperaba que eso fuera suficiente porque ya había perdido a la mujer a la que amaba y no soportaría perder también a Eleanor.

Se sentó en el sofá a esperar que el reloj marcara las diez, pero el cansancio lo empujó a cerrar los ojos y recostar la cabeza en el respaldo. Se dijo que solo serían cinco minutos, y unas horas más tarde despertó sobresaltado y comprobó que su fuerza de voluntad estaba tan afectada como su vida.

—¿Eleanor? —la llamó tras aclararse la garganta. No se veía luz por debajo de la puerta de su dormitorio, ni oyó ruido alguno cuando apoyó la oreja contra la madera. Llamó con los nudillos y aferró la manivela dispuesto a entrar—. ¿Estás dormida?

La cama estaba intacta y no había rastro de que hubiera vuelto. Miró el reloj del móvil y soltó una palabrota de regreso al salón. Pasaban casi cincuenta minutos de la hora que le había dicho y la preocupación se apoderó de él por primera vez desde que era padre.

La llamó decenas de veces, pero tenía el teléfono apagado y, con cada intento, se le aceleraba un poco más el pulso. Se paseó por el salón tratando de encontrar una forma de localizarla, pero había pecado de ingenuo: no tenía el número de su amiga Cristina, no conocía a los padres ni dónde vivían ni si eran buenas personas. Eleanor había dicho que el padre de la chica iría a por ellas a la biblioteca, pero ¿a qué biblioteca?

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¡Estúpido!

Se quitó las gafas y apretó los ojos para ver si de esa forma le venía alguna idea, aunque lo único que se repetía en su cabeza sin descanso era que llamara a la policía y denunciara la desaparición. A lo mejor una hora de retraso no era suficiente para poner el grito en el cielo, pero era su hija, ¡su hija!, y solo podía imaginarse lo peor.

Mientras tanto, Eleanor y su amiga Cristina buscaban la manera de colarse en el jardín de Lambert sin ser vistas por alguno de los guardias que formaban el amplio despliegue de seguridad del recinto.

Se habían cambiado en los servicios de la biblioteca y un taxi las había llevado a la fiesta, que se encontraba en pleno apogeo. Pero no llegaron a traspasar el control de acceso. No figuraban en la lista de seguridad, eran dos menores sin acompañamiento y, por mucho que Eleanor se empeñó en mencionar a Scott Nolan, no hubo suerte.

—Venga, déjalo. Vámonos —le susurró Cristina cuando su amiga comenzó a levantarle la voz al hombre que les sacaba tres cabezas—. No tiene importancia y es tarde.

Habían llegado hasta allí, que ya era más de lo que habían conseguido las chicas que esperaban en la carretera, a la espera de cazar alguna instantánea de sus ídolos, y no iba a abandonar con tanta facilidad.

—Vamos a entrar sí o sí —se empeñó—. No me voy de aquí hasta que los veamos. —Lanzó una mirada airada al tipo de seguridad para demostrarle que ella estaba por encima de cualquier restricción, pero aquel hombre ya atendía con una sonrisa a una pareja que mostraban tarjetas como la que había visto en casa de su padre—. El sitio es enorme y no pueden controlarlo todo. Es imposible. Encontraremos por donde colarnos.

Después de andar un buen rato, Eleanor halló en la alambrada un agujero más grande de lo normal. Forzó la malla hasta que comenzó a ceder y, entre las dos, tiraron hasta que por el hueco cupo una persona.

Pero en ese instante dos hombres de uniforme con linternas las enfocaron y corrieron hacia ellas para detenerlas. La nieve que había caído esa misma tarde había dejado montículos a ambos lados del camino y les impidió salir corriendo con facilidad. Aun así, huyeron en dirección contraria, hacia el acceso principal del jardín donde se concentraban los vehículos que estaban siendo atendidos por aparcacoches uniformados de gala.

—¡Alto! ¡Deteneos! —gritó uno de los guardias sin dejar de correr tras las dos mocosas.

Si lograban traspasar el control de invitados estarían salvadas. Había escuchado a Robbin hablar tanto de aquel lugar que conocía algunos escondites donde podrían aguardar hasta que las dieran por perdidas.

Eleanor miró por encima de su hombro y vio que Cristina se quedaba rezagada. Los pulmones le ardían por la carrera, la piel de la cara parecía a punto de cuartearse por el intenso frío, perdió el gorro al mirar al frente de nuevo y solo alcanzó a escuchar el grito de su amiga o tal vez fuera el chillido de los neumáticos al frenar, no lo supo bien. Sintió un fuerte golpe en la cadera, cayó al suelo y, como si hubieran apagado las luces del mundo de un soplido, todo se fundió a negro.

CAPÍTULO 27

Vuelvo a ver las amapolas después de superar el invierno, y mis ojos te sonrían como si nunca te hubieras ido.

Cuando Katherina bajó del pequeño estrado en el que se había oficiado la inauguración del jardín en honor a su madre, la ovación y las caras sonrientes le procuraron un poco de tranquilidad y la liberaron de buena parte del estrés que había estado acumulando desde que había regresado.

La muerte de Elizabeth no la pilló por sorpresa. Unos días antes del trágico suceso, recibió una inesperada llamada desde Los Ángeles en la que una mujer arrepentida de sus faltas confesaba que tenía intención de marcharse a la tumba con sus asuntos en paz. No fue una conversación entrañable, ni hubo emotividad alguna, tan solo era Elizabeth en estado puro, con su particular forma de dominarlo todo y esa prepotencia que ya no engañaba a Katherina. Pidió disculpas entre líneas, siempre con rodeos, le dio con altanería un abanico de consejos que nadie le había pedido y corrigió algunos aspectos de su carácter para que nadie la volviera a tratar como ella misma hacía. Luego le dijo adiós sin permitir que Katherina abriera la boca. Fue más el discurso de una jefa indignada que el de una madre moribunda, pero era su forma de quererla y no hubiera sido real de haber sonado diferente.

La guinda de la despedida la puso el sobre que recibió semanas después. La convocaban para la lectura del testamento y no se llevaría a cabo sin la presencia de todos los requeridos por la difunta en su última voluntad. A aquella extraña reunión solo acudieron Víctor y Katherina. El abogado procedió a la lectura del legado de Elizabeth y, cuando acabaron, la máscara de Víctor había caído y el odio era palpable en el ambiente. Él, que siempre fue el perro faldero de una mujer a la que soportaba porque era la puerta abierta a su futuro, se veía relegado a codirigir el hotel de París junto al más implacable de sus primos. Le dejó una buena suma de dinero, más de lo que Víctor había podido imaginar, pero no vio ni una sola de las acciones de Lambert. En cambio, para Katherina no hubo ni un centavo, pero sí un traspaso de poderes que la ponía en la cima del *resort* de Rochester y la convertía en accionista mayoritaria del imperio.

—¡Ella jamás te quiso! ¡Jamás te tuvo en cuenta hasta que apareció Nolan! — le gritó Víctor aquella tarde de ventisca a las puertas del bufete de abogados—.

Esa vieja avariciosa ha jugado toda la vida contigo y ahora cree que va a hacerlo conmigo desde la tumba. ¡No voy a permitirlo!

—No verás ni un mísero dólar de la herencia si incumples las condiciones. Ya has oído lo que ponía en el testamento —le advirtió en un último intento de ser cordial, pero Víctor era presa de una enajenación que lo empujó a emitir vanas amenazas justo antes de echarse a llorar y maldecir su mala suerte.

Las deudas que acarreaba eran de dominio público y el dinero de Elizabeth daría para solucionar todos sus problemas, pero estaba obligado a marcharse a Europa si quería acceder a la pequeña fortuna y, algunos días más tarde, recapacitó y puso rumbo a la capital francesa.

Había sido una carambola del destino orquestada por la mejor jugadora que había conocido en la vida: su madre. Nunca la había admirado, nunca quiso parecerse a ella y cuando regresó a Lambert y entró en el despacho que había pertenecido a Elizabeth, reconoció que había sido una luchadora y que no le guardaría rencor. No tenía sentido vivir anclada en el pasado.

Durante los primeros días, el cambio de responsabilidades no fue fácil de asimilar. Había mucho que hacer, mucho que aprender en poco tiempo; se esperaba de ella que fuera implacable en la dirección y tuvo serias dudas de estar preparada para llevar la batuta. Pero, en esos días de incertidumbre en los que llegar a Lambert era una pesadilla, descubrió que sus pensamientos fluían de manera más natural si se escapaba al jardín y se perdía entre los recuerdos y la nieve.

Cada día, a veces incluso de noche, si el tiempo lo permitía, se adentraba en el laberinto para descubrir los detalles que Scott puso allí para encontrarlos juntos. Se aprendió el camino de memoria, con los ojos cerrados, cada giro, cada callejón sin salida, cada intersección que dejaba atrás. No había ocasión que faltara a su cita en la torre, una cita con el destino que él construyó para los dos antes de que todo se echara a perder.

No había dejado atrás la costumbre de lanzar una moneda al lago y pedir un deseo. Era extraño como un acto tan infantil conseguía calmar el dolor que habitaba en su corazón. Se rio de sí misma al reconocer que estaba depositando en una sencilla moneda todas sus esperanzas y anhelos, pero le hacía sentir que cualquier cosa era posible; que, al final, todo iba a salir bien.

Y cuando nevaba... se dejaba llevar por el hechizo blanco hasta quedar completamente empapada. Nada podía detener aquellos momentos de felicidad en los que contemplaba como sus queridas flores de invierno se posaban por doquier hasta transformarlo todo en un manto immaculado.

Fue dilatando la decisión de llamarlo, de presentarse en su casa o citarlo en algún lugar para explicarle por qué había vuelto. Había una infinidad de

cuestiones que requerían su atención: reuniones, asambleas, renovaciones de contratos de proveedores sin los que no podían funcionar... Y todo sin olvidar que había una fiesta en camino y que el lugar debía continuar ofreciendo los mejores servicios de lujo. Cuando se enviaron las invitaciones para la inauguración pidió expresamente la suya para hacerle saber que ella estaría allí esperándolo, pero no supo qué poner, no encontró las palabras adecuadas y dejó que el efecto sorpresa hablara por ella. Sin embargo, Scott no se había presentado en la fiesta y, aquella noche que iba a ser mágica como un solsticio de verano, se quedó en una celebración más, sin brillo ni emoción alguna.

Un fuerte frenazo a la entrada del jardín la hizo contener el aliento. Abandonó la conversación con el alcalde para prestar atención al movimiento de personal que se produjo de inmediato en el control de seguridad. Cuando rebasó la barrera de curiosos que se daban cita en medio de la carretera de acceso, justo delante de la entrada al hotel, los faros de un reluciente deportivo negro le señalaron unos zapatos sin tacón y unas piernas de medias rotas y quemaduras de asfalto.

—¡Salió del camino corriendo! ¡Fue imposible verla! ¿Qué hace una niña sola por aquí?

Eso mismo se preguntó Katherina cuando la vio. La joven empezaba a recobrar la consciencia cuando el equipo de seguridad llegó con otra muchacha.

—Las hemos encontrado husmeando por el perímetro —informó un agente—. Iban solas. Traspasaron el control de la carretera y han intentado colarse en la fiesta, señora.

Maya Harris se detuvo junto a Katherina y avisó por el intercomunicador para que llamaran al médico del complejo. La chica, que miraba asustada desde el suelo, no parecía presentar heridas de gravedad más que un par de rozaduras y quizá un buen golpe en el trasero. No se veían contusiones en la cabeza, pero por si acaso, Katherina pidió de inmediato que le realizaran un examen completo y llamaran a una ambulancia en caso de ser necesario.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al tiempo que se acuclillaba junto a la niña—. ¿Has venido con alguien? Si me das un número avisaremos a tus padres para que vengan...

—¡No! —exclamó Eleanor, que trató de ponerse en pie con la poca dignidad que le quedaba—. Estoy perfectamente. Solo ha sido un golpe, pero ya estoy...

Se le cortó la respiración al apoyar el pie e intentar andar con normalidad. Una punzada de dolor le recorrió la pierna y perdió el color en un suspiro. Los ojos se le tornaron acuosos, las manos le temblaron cuando Cristina llegó a su lado y la sujetó para que no volviera a dar con el trasero en el asfalto, el abrigo había quedado manchado y mojado, y no tardó en notar la humedad abriéndose paso a través de las medias y la ropa interior.

—¿Con quién habéis venido? —preguntó Maya Harris con los ojos entrecerrados. Miró a Katherina, que se había quedado muy callada, y la encontró pensativa, sin apartar los ojos de la pequeña accidentada—. Esto es una fiesta privada. No deberíais estar aquí. ¿Quién os ha traído?

—Hemos venido en taxi —respondió Cristina que se ganó un pequeño tirón de advertencia.

Para Eleanor aquello era una pesadilla. A lo mejor nadie allí conocía a su padre, no podía estar segura, pero si mencionaba su nombre y alguien lo identificaba, no tardarían en llamarlo y eso supondría un suicidio social para el resto de su vida. Por otro lado, dudaba mucho de que las fueran a dejar marchar sin un adulto que se responsabilizara de ellas. Incluso habían llamado a un médico que no tardaría mucho en llegar. O salían de allí cuanto antes o se formaría un revuelo de mil demonios.

—Son las once y media de la noche, chicas —anunció Maya apuntando al reloj de su muñeca—. No voy a dejar que os marchéis hasta que no venga un adulto a por vosotras.

¡Las once y media! Scott iba a matarla, pensó Eleanor. Se mareó solo de imaginar lo que estaría pensando de ella. Había dejado el teléfono en la taquilla del centro cultural junto con la mochila. No quería que él la localizara, no quería que supiera que lo había desobedecido. Pero eran las once y media y era muy probable que Scott estuviera subiéndose por las paredes y movilizándolo a la guardia nacional.

—También podemos llamar a la policía para que os acompañen, vosotras decidís —las amenazó Maya—. O llamáis o llamo yo.

—Están asustadas, seguro que en un rato estarán más tranquilas. Llevadlas dentro —dijo Katherina al fin. Había algo en esa niña que le resultaba cercano, como si la hubiera visto antes. Pero por mucho que buscó en su cabeza durante los escasos minutos que la estuvo mirando bien, no logró encontrar el recuerdo que buscaba y desistió. Lo importante era que la muchacha estuviera atendida y no alarmar más a los invitados. Solo esperaba que el examen del doctor Bradiering no determinara algo de gravedad—. Subidlas a la segunda planta, ala oeste —ordenó a los guardias de seguridad. A continuación, centró su atención en Maya y le dio las indicaciones necesarias—. Que las instalen en la habitación que he reservado para mí. Dile a Christian Torres que te dé la tarjeta de acceso y busca a alguien que se quede con ellas hasta que Bradiering y Martina les echen un vistazo. Que les lleven algo de cenar y que busquen un albornoz de la talla de esa chica. Si continúa con la ropa húmeda cogerá un buen catarro.

—Yo quiero irme a mi casa —lloriqueó Cristina. Miró a Eleanor con aflicción y bajó la cabeza avergonzada por pretender dejarla sola.

Katherina emitió una orden silenciosa para que el guardia de seguridad les devolviera las pertenencias que había confiscado a ambas chicas, y, en cuanto la joven se llevó su teléfono a la oreja y escuchó la voz de su madre, se echó a llorar en un mar de balbuceos sin sentido.

—¿Estás segura de que no quieres llamar a nadie? —le preguntó a Eleanor antes de que la acompañaran al interior del hotel.

Negó con la cabeza sin apartar los ojos de la impresionante rubia de acento extraño. No podía llamar a Scott. Se estremeció solo de pensar en lo que eso podría desencadenar, en lo loco que se volvería, aunque la verdadera razón de no querer comunicarse con él era que no se sabía el número de teléfono, no se había molestado en aprendérselo. Cuando vio a Cristina hablando con su madre y rogando que fueran a por ella, algo se rompió en Eleanor y, donde antes solo hubo lágrimas silenciosas, se desató un vendaval de sollozos que consumió las pocas fuerzas que le quedaban.

Después de hablar con la pareja que había tropellado a la adolescente y asegurarles que no habría ningún tipo de represalia contra ellos, regresó a la fiesta, pero no pudo alejar sus pensamientos de lo que había ocurrido. Había algo en esa chica..., estaba segura de que la conocía.

Tampoco había podido dejar de darle vueltas a la ausencia de Scott. Había dado orden de que la avisaran si aparecía alguien de SN Garden y así había sido. Maya le había dicho que la señorita Giles y la señorita Klein habían hecho acto de presencia, pero no había tenido tiempo para localizarlas y... ¿y qué? Llevaba casi un mes en Rochester, tres semanas al frente del *resort*, quince días sin descanso organizando la maldita inauguración, y no había tenido el valor de llamar a Scott.

El color azul del pelo de Roberta la puso en tensión en cuanto la vio. Era inconfundible. Lo tenía más largo de lo que recordaba y se mecía de un lado a otro sobre la espalda conforme avanzaba hacia la salida con paso apresurado. De repente, la urgencia que detectó en el rostro de Lana Klein hizo que su corazón se saltase un latido. Algo había ocurrido o las dos mujeres no estarían corriendo hacia el control de seguridad para abandonar la fiesta de forma tan precipitada.

Cuando se hizo hueco entre los asistentes y consiguió llegar al control de acceso no encontró ni rastro de ellas.

—Takilberry, ¿has visto a Roberta Giles pasar por aquí? La estoy buscando.
—Randolf Takilberry se quedó pensativo y consideró seriamente confesar que no sabía de quién le hablaba—. Pelo azul...

—¡Robbin! Sí, claro. Acaba de marcharse —le confirmó para fastidio de Katherina—. Ha dicho algo de un problema con la hija de Nolan. No recordaba que tuviera una hija.

Las piezas del puzle que había estado intentando montar desde que vio a la chica en el suelo encajaron como por arte de magia. La recordó entonces, la vio vestida de otra forma menos seria, tenía el pelo más corto, pero esos ojos eran inconfundibles. ¿Cómo se había podido olvidar?

—Localízala, rápido. Dile que Eleanor Nolan está aquí.

CAPÍTULO 28

El reloj de la entrada del hotel anunció con pompa las doce campanadas de la medianoche, una banda sonora muy oportuna para acompañar los fuertes latidos del corazón de Katherina que, teléfono en mano, aguardaba la llegada del ascensor para ir a reunirse con Eleanor en la habitación donde la habían acomodado.

Al llegar al segundo piso se encontró con un revuelo de gente que entraba y salía de la *suite* como si fuera una fiesta, solo que, en el interior, el ambiente no tenía nada de festivo. El doctor Bradiering, un hombre demasiado arisco para tratar con los clientes, intentaba que Eleanor se estuviera quieta a base de fuertes gruñidos que la hacían llorar más. Martina estaba sentada al lado de Eleanor y le cogía la mano para tranquilizarla, sin éxito. El señor Avery, el supervisor de plantas, miraba a la jovencita con cara de censura y algunas camareras de piso parloteaban y reían mientras cumplían con las órdenes de acondicionar la habitación para la chica.

—Les recuerdo que estamos en un lugar de descanso y que hay más huéspedes en las habitaciones de al lado —dijo Katherina con su tono más severo nada más entrar en la *suite*—. No creo que este revuelo sea necesario.

Se acercó al sillón donde intentaban curar a Eleanor y observó en silencio la forma de proceder del médico.

—Está muy alterada —evidenció la enfermera. Había consentido que la ayudaran a quitarse la ropa y la habían envuelto en un albornoz tres tallas más grande, pero la presencia del doctor y el poco tacto que había tenido, estaban consiguiendo que un simple susto pasara a mayores—. No ha querido meterse en la cama, ni deja que le miren el tobillo. Tampoco he podido curarle las rozaduras de la pierna.

—¿Es posible que tenga algo roto? —se preocupó Katherina.

—A simple vista no lo parece, pero si no me deja reconocerla, poco podemos hacer. ¿De dónde ha salido esta mocosa? —preguntó el médico bastante irritado.

—No vamos a necesitar de sus servicios, doctor Bradiering. Puede marcharse —lo dispensó Katherina. El comentario sobre la chica fue la gota que colmó el vaso—. Y, por favor, el lunes quiero verlo en mi despacho a las nueve. No se retrase.

Martina intentó de nuevo curarle las feas heridas que el asfalto le había hecho en las piernas al caer, pero Eleanor continuaba en tal estado de agitación que resultó imposible emprender cualquier acción para reconfortarla.

—¡No quiero que me toquen! —gritó con rabia. Unos chorretones negros se desliaban por sus mejillas y le conferían un aspecto lamentable—. ¡Quiero que venga mi padre! ¡Quiero irme a mi casa!

Katherina se sentó al lado de la muchacha, le pasó un brazo por encima de los hombros y la acomodó contra su costado. Jamás había hecho una cosa así, pero le nació de lo más profundo ofrecerle consuelo y acariciarle el pelo para que recuperara la calma.

—Escúchame, Eleanor. Ya hemos avisado a tu padre, ¿de acuerdo? —La tomó del mentón y le limpió con un dedo los surcos negros de rímel que había bajo aquellos magníficos ojos llorosos. No quedaba nada de la niña arrogante que habían atropellado en el jardín. Su actitud respondía a un claro mecanismo de defensa y todo apuntaba a que la jovencita había aprendido una importante lección—. Me tienes que prometer que vas a dejar de llorar y que vas a permitir que te curen. No podemos consentir que esas heridas se infecten y estropeen unas piernas preciosas.

—Los padres de tu amiga ya han venido a recogerla —le explicó Maya Harris, que entró en la habitación con una mano en el oído donde llevaba el auricular por el que le informaban de cualquier cosa que sucediera en el jardín—. Tu familia estará a punto de llegar, como te ha dicho Katherina. No debes preocuparte. Te llamas Eleanor, ¿verdad?

—Eleanor Nolan —le dijo Katherina haciendo hincapié en el apellido. La jefa de seguridad abrió los ojos, sorprendida—. Es la hija de Scott.

—No es Nolan, es McPherson, como mi madre —se quejó ella sin renunciar a la comodidad que había encontrado en el abrazo de... ¿Había dicho Katherina? ¿Katherina, la gerente? ¡No podía ser!—. ¿Tú eres la ex de mi padre?

La pregunta arrancó una carcajada a Maya. Tenía la suficiente confianza con su jefa como para permitirse esas pequeñas salidas de tono, pero no esperó a ver qué respondía. El equipo de seguridad la esperaba para hacer una valoración de la fiesta y si no bajaba pronto se les echaría encima la madrugada.

Ella había dicho que su padre estaba en camino y temía el momento en que lo viera entrar por la puerta. No tenía la menor idea de cuál iba a ser su reacción, si se preocuparía por lo que había pasado o haría cuanto estuviera en su mano para hacerla regresar con sus abuelos.

Por mucho que le repitiera a Scott que quería irse, no era cierto, solo era un arma contra él. Le gustaba Rochester, le gustaban los fines de semana con Lana y Robbin, le encantaban los viernes de películas en el sofá, aunque no se lo

hubiera dicho nunca. No le había dicho tantas cosas...

—¿Quieres comer algo? ¿Tienes sed? —Dejó a Eleanor apoyada en el sofá y se dirigió a la mesa auxiliar donde había varias bandejas de canapés. Todavía llevaba el abrigo puesto y el incómodo vestido que había elegido para esa noche empezaba a molestarle, al igual que los zapatos. Se descalzó con cuidado y dejó la maravillosa prenda de piel en un butacón cercano a la cama—. ¿Por qué no has venido con tu padre? No hubieras tenido ningún problema para entrar. O con Roberta. Ella estaba en la fiesta. ¿Por qué no les dijiste...?

—Él no quería venir y no quería que yo viniera.

—Pero lo engañaste y le has dado un susto de muerte, Eleanor. —No pretendía regañarla, no era su cometido, pero podía imaginar la desesperación de Scott. —¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado?

—Yo solo quería ver a Justin y a Robert —balbució cada vez más arrepentida—. No pensé que... no creí que...

La puerta se abrió de improviso con tanta fuerza que golpeó contra la pared. Scott corrió hasta el sofá donde estaba Eleanor y se dejó caer de rodillas delante de ella antes de abrazarla con todas sus fuerzas. Ninguno de los dos pudo hablar y durante varios minutos solo se escucharon los sollozos de Eleanor entremezclados con las intensas respiraciones de Scott.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien? —Con una ansiedad que no había experimentado nunca le recorrió los brazos por encima del enorme albornoz y siguió por las piernas hasta que encontró la primera magulladura. Eleanor emitió un quejido cuando la mano de Scott rozó la piel del tobillo y volvió a abrazarla con más calma, con los ojos cerrados—. Ya estoy aquí, pequeña. No llores, por favor.

Katherina no tuvo tiempo de prepararse para la impresión de volver a verlo. Se quedó inmóvil, contuvo el aire y se llevó las manos al pecho para controlar una emoción que siempre le robaba el aliento y que se había multiplicado por infinito después de todo ese tiempo sin saber de él. Observó fijamente los movimientos de las manos de Scott sobre el cuerpo de su hija, los besos que dispensaba sin orden, los susurros de sosiego que le dedicaba, la mirada de alivio al abrazarla de nuevo y, después de unos minutos sintiéndose una extraña en su propio hotel, tragó saliva y ordenó a sus piernas moverse.

—Tendrás que llevarla al hospital —dijo por fin Katherina con cuidado de no sobresaltarlo. Se acercó a la puerta de la habitación y cerró muy despacio para darse tiempo antes de volverse hacia Scott—. No tiene nada grave, pero es mejor que le echen un vistazo.

Se puso tan rígido que hasta Eleanor notó el cambio. Esa voz, ese acento, la suavidad de las palabras y el perfume. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Toda la habitación olía a ella, hasta el albornoz de la niña desprendía ese aroma a flores que tanto añoraba.

—Es tu Katherina —susurró Eleanor solo para sus oídos—. Es muy guapa.

Estaba soñando, debía ser eso, pensó. Su hija le sonreía con la cara congestionada por el llanto y él no podía ni pestañear. Las manos de Eleanor le retiraron las gafas y se las limpió con un pico del suave batín de toalla mientras, tras él, la presencia de Katherina se hacía más opresiva. No estaba preparado para un momento así, no cuando todavía le temblaba el cuerpo y no lograba modular la voz.

—Hemos comprobado que no tiene nada roto, solo está asustada, pero...

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó sin rodeos. Besó la frente de Eleanor y le guiñó un ojo antes de levantarse. Casi de inmediato, mudó el semblante, compuso su mirada más dura y esperó que la respuesta no le afectara demasiado.

—No hace mucho. —Ya habría tiempo de explicaciones. Bastaba con que supiese que estaba allí y que no pensaba marcharse. Lo demás ya vendría—. Han pasado muchas cosas, Scott. Ya hablaremos con calma. Eleanor es lo primero ahora.

Volvía a sentir lo mismo de siempre, el cosquilleo enloquecedor que le aflojaba las piernas, la loca necesidad de arrojarse a sus brazos y besarlo hasta quedar sin aliento. Deseó que levantara una mano y le rozara la mejilla como había hecho tantas otras veces, que hundiera los dedos en el pelo de la nuca y aliviara con un suave masaje el estrés de los últimos días. Deseó que mirara debajo del vestido, debajo de la piel, pues eso le demostraría que cada fibra de su ser clamaba por las caricias que solo él podía regalarle.

—Sí, Eleanor siempre será lo primero —coincidió, y con una simple afirmación dejó clara cuál era su postura ante aquel inesperado reencuentro. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo allí. No sabía si había acudido a la inauguración y volvía a marcharse, o si su intención era quedarse en Rochester y buscar trabajo. No quería pensar en eso cuando tenía responsabilidades que esperaban con los ojos muy abiertos y un tobillo inflamado—. Vamos, cielo. Te llevaré al hospital.

Cogió en brazos a Eleanor y se encaminó a la salida. Katherina aguardó un minuto para tomar aire y recuperarse del tono frío que había empleado Scott, se calzó y los siguió con la ropa de la niña, todavía húmeda, colgando del brazo.

Al llegar al *hall* principal, Lana y Robbin se abalanzaron sobre Eleanor y, entre riñas y muestras de cariño, la hicieron llorar de nuevo. La dureza en las palabras de Robbin quedó rebajada gracias al dulce carácter de Lana, que se encargó de cubrirla bien con el albornoz para que no cogiera frío al salir.

—¿Necesitáis un taxi? —preguntó Katherina a Roberta después de saludarla

con un breve apretón en el hombro. Ellas sí sabían que había regresado para quedarse, habían estado presentes en la inauguración, habían escuchado el motivo por el que ella, y no Víctor Lambert, iba a hacerse cargo de las riendas del hotel—. Puedo poner a vuestra disposición un coche si es necesario.

—Hemos venido con la camioneta de Scott, pero la dejamos en la puerta al llegar y no sé dónde está —respondió Roberta después de asomarse de nuevo.

—Que traigan el coche del señor Nolan, Marcel —ordenó Katherina al chico que contemplaba la escena desde la recepción. Luego, se situó junto a Eleanor y le acarició el pelo como había hecho durante la noche. Luchaba contra el cansancio acurrucada entre los brazos de Scott, pero todavía le quedaban fuerzas para una sonrisa de agradecimiento que por poco la hace llorar—. Habrá más fiestas, ¿de acuerdo? Y Justin y Robert también estarán. Serás mi invitada especial en todas.

—¿Me lo prometes? —Katherina asintió—. ¿Y podrá venir mi padre también?

El corazón de Scott dio un brinco al escuchar la pregunta. Estaba tan cansado que creyó haber imaginado las palabras, pero Eleanor se acurrucó más contra él y aquel simple movimiento del cuerpo le hizo flaquear las rodillas por la emoción. Era la primera vez que hablaba de él sin llamarlo por su nombre y se permitió un instante para cerrar los ojos y dar gracias al cielo por aquel regalo inesperado.

—Podéis venir los dos siempre que queráis.

CAPÍTULO 29

Se marcharán los almendros con el invierno y los crisantemos en primavera, pero tú no volverás a irte si no me llevas contigo.

—Si quieres regresar a casa de los Bishop no me opondré —anunció Scott, apoyado en el marco de la puerta, mientras veía a Eleanor moverse con dificultad por la habitación. Solo había sido una torcedura y le habían puesto un vendaje compresivo que tendría que llevar durante un par de días—. Seguiré teniendo tu custodia, nadie va a impedirme ser tu padre, pero quiero que seas feliz y está claro que aquí no lo eres. Pediré que te readmitan en tu antiguo instituto y dispondrás de una asignación para tus gastos. Hablaré con Dorothea y con German en cuanto recojas tus cosas.

Ya lo había dicho, ya tenía lo que quería. La idea de devolverle a Eleanor su antigua vida en Montreal se había instalado en su mente el mismo viernes, cuando regresaban del hospital. El sábado, con la visita de Lana y de Robbin, que se alargó hasta bien entrada la noche, ese pensamiento se fue afianzando hasta convertirse en la mejor opción para ambos. A pesar de la oposición que las chicas pusieron cuando les planteó la posibilidad, Scott ya había decidido. Layla había ganado y tal vez estuviera adoptando la postura más cobarde, como había dicho Robbin, pero estaba cansado de luchar contra ella, contra el recuerdo de su madre, contra la brecha de quince años que los separaba.

—En eso consiste ser padre —le dijo Lana, más enfadada que nunca. No podía creer que la decisión de Scott fuera tan firme—. Saldrás de casa y te preocuparás, estarás trabajando y te preocuparás, dejarás que vaya con sus amigas y te preocuparás. No sería normal si no lo hicieras.

—También es normal que desconfíes de ella después de lo que ha hecho. No te sientas mal —intervino Robbin—. Yo la tendría castigada hasta el fin de sus días, pero no renunciaría a ella jamás. Piénsalo, ¿de acuerdo? Ahora estás cansado y esa mente tuya no funciona como debería, pero ya verás como mañana, o el lunes, ves las cosas de otro modo. No te precipites.

Lo animaron insistiendo en que había actuado bien, con dureza, pero sin perder los nervios, con la dosis justa de cariño que necesita una niña cuando se siente perdida. Lo había hecho como era debido, pero Scott no lo percibía así y los consejos que le dieron quedaron sepultados bajo la capa de tristeza e

indecisión que se había echado a la espalda.

El domingo por la mañana el cielo continuaba siendo igual de gris, la temperatura en el apartamento igual de gélida y el silencio mucho más doloroso. Esperó hasta el mediodía por si se producía algún cambio significativo en la actitud de Eleanor, pero eso no sucedió. Así que fue a su habitación, soltó la bomba y regresó al salón.

La tensión acumulada le pasó factura en forma de dolor muscular. Tantas horas de desesperación más la falta de descanso, le provocaron un fuerte pinchazo que lo tuvo jadeando para coger aire algunos minutos. Necesitaba dormir, necesitaba desconectar y supo que no lo haría a no ser que se tomara un par de relajantes de los que usaba cuando se lesionaba en el trabajo.

Se dejó caer en el sofá y programó la alarma del móvil. Un par de horas de sueño serían suficientes para recuperar un poco de firmeza. Echó un vistazo a las decenas de mensajes que tenía sin leer y encontró uno que agotó todas sus fuerzas. El móvil llevaba en silencio desde bien temprano y hacía horas que Katherina le había preguntado cómo estaba Eleanor.

Se derrumbó. Se hizo un ovillo en el sofá y lloró como un niño. Las lágrimas mojaron la tapicería, los sollozos ahogados llenaron el silencio y cada recuerdo compartido con ella salió a la superficie para torturarlo. Había vuelto a Rochester, pero nada parecía indicar que quisiera formar parte de su vida. No lo había llamado, no había ido a verlo, no quedaba nada, y se durmió con su nombre en los labios después de maldecir por haber perdido de nuevo el corazón en una apuesta que no ganaría jamás.

Había oscurecido ya cuando Eleanor decidió salir de su aislamiento voluntario. Tenía hambre, estaba sedienta y había algo que debía decirle a su padre después de haberlo pensado durante todo el día.

No iba a irse. No le importaba si él se pasaba el día regañándola, o si le prohibía salir, o si la sometía a soporíferas charlas sobre lo que estaba bien o mal. Quería quedarse porque, por primera vez, se sentía parte de una familia, porque la escuchaban cuando hablaba, porque no la trataban como a una niña, porque Lana, Robbin, Gavin e Ywen le habían demostrado que era importante, que sin ella las cosas no serían iguales y nadie se lo había dicho jamás.

Además, ¿qué iba a ser de él si se iba? Era un desastre en casa, siempre llegaba tarde, no sabía cómo funcionaba la lavadora y cocinaba de pena. La necesitaba y, estuvieran de acuerdo o no, ella también lo necesitaba a él.

—¿Scott? —lo llamó con la voz teñida de preocupación.

Las luces estaban apagadas, las persianas bajadas. Cojeó sin esfuerzo por el

pasillo y encendió la lamparilla de pie que había a la entrada del salón. En cuanto vio a Scott en el sofá, con la boca abierta, una mano sobre la cara y la otra colgando, una tierna sonrisa se le dibujó en los labios. *No ha ganado para problemas desde que llegué*, reconoció y se acercó a él para despertarlo con suavidad.

Recogió el móvil de Scott del suelo e hizo un mohín al recordar que el suyo continuaba en una taquilla de la biblioteca pública. Le retiró la mano de la cara y se rio por la imagen tan cómica que ofrecía.

—Scott, despierta —le susurró sin resultados. Dio un pequeño tirón del faldón de su camiseta y lo zarandeó un poco. Le levantó la mano y la dejó caer como un peso muerto—. Joder, duermes como un oso.

Volvió a moverlo con más ímpetu, incluso le palmeó la mejilla, pero no se inmutó. Probó con hacerle cosquillas bajo la nariz, con hablarle más cerca del oído, hasta que empezó a sospechar que algo no andaba bien.

—¿Qué te pasa? ¡Despiértate! ¡Scott, despierta! —Dejó a un lado las delicadezas y puso todas sus fuerzas en moverlo. Le golpeó el abdomen con el puño y apoyó la cabeza sobre el corazón para escuchar el latido. Era lento, igual que su respiración—. ¡Despierta, despierta! ¡Scott! ¡Muévete!

Los recuerdos de la tarde en que el abuelo German sufrió aquella angina de pecho todavía le producían escalofríos. Él también se durmió en el sofá y nadie solía molestarlo cuando se echaba la siesta. Solo que aquel día no se despertó a la hora de la merienda y Dorothea la envió a ella a regañarlo por retrasarse.

—¿Qué te pasa? —lloriqueó, aterrada.

Las manos le empezaron a temblar sin control. Agarró el móvil de Scott y desbloqueó la pantalla con el patrón que se había aprendido sin que él lo supiera. Tenía que llamar a urgencias, o a Lana. ¡Sí! Lana y Robbin sabrán que hacer, se dijo con el rostro desencajado por el miedo. Tenía un nudo en la garganta que le impedía tragar y los sollozos eran cada vez más fuertes por mucho que quisiera mantenerse en calma. Cuando la pantalla del teléfono se iluminó, lo primero que vio fue un mensaje de Katherina que él había dejado abierto y, sin pensar, sus dedos apretaron el icono de llamada al mismo tiempo que Scott recuperaba la consciencia poco a poco y se incorporaba en el sofá.

—¿Eleanor? ¡Eh! ¿Qué pasa? —Se alarmó al verla llorar como si hubiera ocurrido algo grave. Estaba mareado por el efecto de los relajantes, pero el estado en el que se encontraba su hija lo sacó del sopor de un plumazo. La sacudió sin delicadeza al ver que se había quedado sin respiración entre un suspiro y un sollozo y, en ese momento, Eleanor soltó el móvil y se abrazó a él con fuerza—. Pero... ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

Estaba desconcertado, le tocó los brazos y la cara para cerciorarse de que no

había ocurrido nada, no entendía a qué se debía el drama, pero había conseguido asustarlo de verdad.

—¡Cálmate! —Buscó sus ojos y le pasó los pulgares por encima para secárselos. Temblaba como si llevara el frío en las venas, estaba pálida como la muerte y no tenía consuelo—. ¡Mírame, Eleanor! ¿Qué ha pasado?

Se refugió entre sus brazos y empezó a respirar más pausadamente. Entre hipidos, sorbidos y palabras inconexas le explicó el susto que se había llevado al creer que le había pasado algo malo.

—Solo estaba dormido. No te oí. Estoy bien, cariño, no tienes que preocuparte. Estoy bien, cielo. Deja de llorar.

—No... no quiero... irme, no quiero irme. —Apretó los brazos alrededor de la cintura de Scott y desembuchó de corrido todo lo que había decidido a lo largo de la mañana—. Quiero quedarme contigo, no quiero irme, por favor. Te prometo que me portaré bien, que no me quejaré, que haré lo que tú digas, pero deja que me quede, papá, por favor...

Papá, repitió Scott sin poder contener la emoción que esa sencilla palabra provocaba. *Papá*, se dijo, porque era padre, porque había luchado para conseguir serlo después de quince años de angustia y, cuanto más crudo era el destino, cuando decidía arrojar la toalla y darse por vencido, ella lo llamaba *papá* y curaba todas las heridas.

—No vas a ir a ninguna parte, Eleanor. Te lo prometo.

Estaba tomándole el gusto a eso de abrazarla y empezaba a acostumbrarse a que le llenara las camisetas de lágrimas. La rodeó con determinación y la recostó contra él hasta que ambos quedaron en una postura un poco más cómoda. Unos minutos después, su pequeña cerró los ojos gracias al movimiento rítmico y pausado de la mano sobre su espalda. Había logrado tranquilizarla, había aguantado la tempestad y aquella calma era como el mejor regalo de Navidad.

Miró la hora en el reproductor de música que había bajo la televisión y, para su asombro, comprobó que eran más de las siete de la tarde. Cerró los ojos para seguir a Eleanor por el sendero del sueño, pero la tranquilidad duró apenas un cuarto de hora, insuficiente para él. El timbre de la puerta comenzó a sonar con insistencia y fuertes golpes de puño aporrearón la madera de forma urgente. Eleanor se removió cuando Scott la dejó sola en el sofá. La tapó con un manta y le regaló una caricia amorosa que le devolvió la tranquilidad. Los golpes volvieron a sonar y masculló algunos improperios. Quien fuera que llamara de ese modo debía haber perdido el juicio.

—¿Qué demonios pasa? —rugió entre dientes mientras abría la puerta con violencia.

—¿Qué demonios te pasa a ti, Scott? —gritó Katherina. Entró en el

apartamento sin ser invitada, alterada, respirando con dificultad y sacudiéndose los restos de nieve que llevaba adheridos al abrigo—. ¿Por qué no coges el teléfono? ¡Te he llamado un millón de veces! ¡Eres... eres... *poshel*^[18]! Me llamaste, escuché a la niña llorar y se cortó de golpe. ¡He venido hasta aquí con una ventisca de miedo, muerta de preocupación! ¿Es que te has vuelto...? —Se detuvo al fijarse en el bulto que había sobre el sofá. Eleanor estaba tapada con una manta de cuadros, ajena a cuanto sucedía a poca distancia de ella. Dio un paso en su dirección, pero se sintió una extraña. Estaba en casa de Scott, invadiendo su espacio mientras él la miraba como si hubiera perdido un tornillo. Se sonrojó al instante. No era propio de ella portarse así, ni perder los nervios de esa manera—. Está dormida.

—Sí.

—¿Y está bien?

—Ahora sí —respondió sin apartar la mirada de Katherina.

Con disimulo, sacudió la cabeza por si su presencia no fuera más que un sueño, pero continuó allí, vestida con unos sencillos pantalones vaqueros y un jersey de lana de cuello de cisne. Nadie la había invitado a quedarse, pero ella se sintió libre de quitarse el abrigo y el gorro. Hacía lo mismo con los guantes cuando Scott se sujetó a la pared para no caer rendido a sus pies. Tenía los pómulos enrojecidos por el frío y los labios un poco azulados. Las puntas del cabello estaban húmedas, así como las zapatillas de loneta que se había puesto, nada convenientes para el temporal. Estaba preciosa y se veía tan preocupada que tuvo unos deseos irrefrenables de abrazarla a ella también y no soltarla nunca.

—¿Qué haces aquí? No deberías haber salido con este tiempo.

—¡Tú me llamaste! —exclamó. Eleanor se removió en el sofá sin llegar a despertarse y Katherina bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Me llamaste y escuché a Eleanor llorar.

—Yo no te llamé, Kat. —Buscó con la mirada el móvil y lo encontró sobre la alfombra, cerca del sofá. Lo había tenido en silencio durante todo el día para evitar las insistentes llamadas de Robbin. Recogió el teléfono y buscó en el registro de llamadas la que coincidía con la hora que le mostraba Katherina. Efectivamente, alguien había utilizado el teléfono para llamarla y solo había podido ser una persona.

—Debió ser ella. Tuvo un pequeño susto e imagino que intentó llamar a alguien. Lo que no me explico es cómo pudo desbloquearlo.

—¿Otro susto? ¿Está bien?

Scott asintió y le quitó importancia con un gesto de la mano. Le explicó por encima lo que había pasado y la invitó a sentarse en un taburete de la barra de la

cocina. Le hubiera gustado llevarla a otro lugar donde no molestasen a Eleanor, pero era un apartamento pequeño y la opción del dormitorio quedaba descartada.

—Entonces, ¿se queda? —preguntó Katherina después de conocer lo ocurrido. Scott asintió de nuevo con un nudo en la garganta. Aún resonaba en sus oídos ese «papá» que ella había pronunciado con desesperación—. Bien, me alegro. Dejarla ir es la decisión más absurda que has tomado en tu vida.

—¿Perdona? —Parpadeó y, por un segundo, dudó de haber escuchado correctamente.

—No me mires así, sabes que tengo razón —lo sermoneó—. ¿Qué pretendías? Ibas a llevarla de vuelta con dos personas que no son su familia. Tú eres su padre, para lo bueno y para lo malo, y ella es una niña que necesita que la abracen, que le digan lo bonita que es, lo inteligente que puede llegar a ser. Necesita responsabilidades y sentirse útil; que la cojan de la mano y la guíen cuando cometa un error; que estén junto a ella cuando la vida le ponga barreras y la ayuden a levantarse con cada tropiezo.

—Yo solo quería que fuera feliz, Katherina. Tú no lo entiendes...

—¿Que no lo entiendo? —Se enfureció. Bajó del taburete de un salto y rodeó la barra de la cocina que los separaba. ¿Cómo podía decirle eso? ¿No vivió ella una situación similar cuando era una niña?—. Mi padre me rompía el alma cuando me decía que no podía llevarme con él. Primero fue porque no estaba bien de salud, luego porque debía centrarme en mis estudios. Él rehízo su vida, se casó, fue feliz y yo tenía que conformarme con las cortas visitas que me hacía para limpiar su conciencia. Nunca estuvo a mi lado cuando estuve enferma, nunca habló conmigo sobre el futuro, ni sobre el pasado. Fue más valiente que mi madre, asumió su responsabilidad, pero no fue un buen padre, Scott. Se rindió antes de empezar y eso es lo que tú estabas dispuesto a hacer después de enfrentarte a la primera dificultad. —Hizo una pausa para coger aire y se dio cuenta de que, en algún momento, se había puesto a llorar. Se limpió la humedad con la manga del jersey y se apartó de él. Estaba demasiado cerca—. Ahora dime que no lo entiendo.

Le dio la espalda, dispuesta a recoger sus cosas y marcharse de una vez. Ya había hecho el ridículo suficiente y Scott parecía haberse quedado inmóvil, sin saber qué decir. De pronto, una mano la tomó por el brazo y la hizo girar sobre sí misma tan rápido que perdió la orientación. Cuando logró sujetarse a la barra para no caer, los labios de Scott presionaron contra los suyos en un beso intenso. Un beso que llegaba de repente y, de repente también, abría una puerta por la que entraban innumerables esperanzas.

Se dejó llevar con abandono, sin importar lo que viniera a continuación, y disfrutó de las caricias de unas manos que había añorado, de la exigencia de una

boca de la que necesitaba beber, del calor de un cuerpo que se había convertido en el mejor puerto al que regresar.

—Lo siento —musitó Scott con la frente apoyada en la de Katherina. Le respiración agitada le secó los labios y quedó sorprendido cuando ella, decidida, tomó la iniciativa y jugueteó con su lengua para devolverles la humedad, a sabiendas de que estaba desatando un huracán dentro de la cocina—. Le dije a Eleanor que no iría a ninguna parte. La quiero y no podría imaginar la vida sin ella, pero tampoco sin ti, Katherina. Estoy enamorado de ti, enamorado de tus ojos, de tu forma de hablar, de tu manera de reprenderme, de tus gestos, de cómo piensas, de quién eres... No dejaré de amarte nunca, así que dime que te quedas, dime que has venido porque sientes lo mismo, dime que...

—*Ya ostayus' s vami. Ya ostayus' navsegda* —pronunció despacio, poniendo un dedo sobre los labios de Scott. Le deslizó las manos hasta posarlas en la nuca y, cuando sintió que nada la podría separar de él, repitió la respuesta para que lo pudiera entender, poniendo el corazón en cada palabra—. Me quedo contigo, con vosotros —añadió echando un rápido vistazo al sofá donde dormía Eleanor—. Me quedo para siempre.

[18]. ¡Joder!(N. de la A.)

EPÍLOGO

Un año después.

Me niego a empezar esto con un cursi: «Querido diario».

Ojalá se me diera tan bien como a mi padre escribir postales con mis sentimientos, pero no es así. Necesito algunas palabras más para contar lo que ha ocurrido en el último año, algunas páginas, algunas libretas enteras... diez o quince, tal vez. ¡No, es broma!

Seré breve.

Hoy hace un año que me desperté en el sofá del apartamento y encontré a Scott en la cocina besando a Kat como si quisiera comérsela. He de reconocer que me quedé mirándolos y sonreí, porque resultaba un poco raro, sí, pero todo empezó a cambiar en ese preciso momento.

La ventisca impidió que Katherina se marchase a su casa. Esa noche durmí conmigo, en mi cama, y me contó un millón de historias que recordaré siempre. Tenemos tantas cosas en común que, a veces, me conoce mejor que yo misma, y eso asusta un poco, la verdad.

Luego se quedó a dormir en muchas ocasiones más, pero en la habitación de Scott, para que no se pasase la noche gruñendo como aquella primera vez. Nunca me molestó que durmieran juntos, aunque, para ser sincera, el desayuno por las mañanas no fue cómodo hasta que me habitué a verla aparecer en pijama, despeinada, rodeada siempre por los brazos de mi padre. No había que ser muy lista para saber qué ocurría cuando cerraban la puerta del dormitorio y, aunque todavía me pongo como un tomate cuando lo pienso, creo que la que peor lo pasó fue Kat.

Es fácil querer a Katherina. No me trata como a una niña, ni me habla como si no pudiera entender las cosas por mí misma, ni intenta impresionarme. Ella sola es como un parque de atracciones para mí: es interesante, tiene un trabajo genial, sabe un millón de idiomas y viste como las modelos que aparecen en las revistas que compro en la tienda de la esquina. Es preciosa incluso cuando sale a correr con papá. Él vuelve como si le hubiera pasado un camión por encima y ella ni se despeina. Es maravillosa y no me extraña que Scott se quede mirándola como un bobo con esa mirada que dice más de lo que yo debería saber.

Tampoco intenta ser mi madre. Tiene un carácter de mil demonios que mejor

no te cuento, pero cuando me echa la bronca no me siento una cría. Quiere que sea responsable de mis actos y funciona. Es la mejor haciéndome sentir culpable cuando hago algo mal, pero también lo es para captar mis ironías, para detectar si estoy enfadada o para ayudarme con los deberes de economía. ¡Odio la economía! Katherina es mi punto de apoyo cuando estoy triste o enferma. En esos momentos se quita la piel de novia de papá y se convierte en lo que más necesito: en una caja de consejos que te dice que todo va a ir bien, en una almohada blandita a la que te abrazas para llorar, en una enfermera de las que se quedan la noche en vela para que la encuentres si te despiertas. Se convierte en una madre, en mi madre.

Y Scott... ¡Pobre Scott! Ha sido un año complicado para él porque no se lo he puesto muy fácil. No estaba acostumbrada a tener normas y él no puede vivir sin ellas, así que hemos tenido nuestras diferencias y nos ha costado limarlas, pero nunca más me ha propuesto regresar con mis abuelos a Montreal, ni siquiera cuando estampé la camioneta contra la puerta del garaje.

Sigo llamándole por su nombre de pila cuando me enfado. Eso le molesta más que cuando me encierro en la habitación y no le hablo en todo el día, o cuando me pilla haciéndole burla por la espalda. Cuando lo llamo Scott entrecierra los ojos y me señala con un dedo para advertirme que la venganza es un plato que se sirve frío. Entonces me recuerda que es el único que sabe la clave del wifi, o que mi asignación semanal depende de lo bien que me porte, o que ir al cine con mis amigas es un privilegio que puede desaparecer si él lo decide, y no me queda más remedio que hacer esfuerzos para no poner los ojos en blanco y tragarme mi mal humor. En realidad, solo lo hago porque sé que le molesta, pero hace tiempo que me resulta difícil llamarlo por su nombre. Se ha convertido en papá, en mi papá, en el que me da besos hasta que tengo que empujarlo para que me deje tranquila, en el que me gasta bromas cuando me ve demasiado seria, en el que me pasa el brazo por los hombros mientras vemos la peli de los viernes... ¡Es un padrazo!

El día de su cumpleaños le hice un regalo del que me siento muy orgullosa, y creo que, por su forma de llorar, no lo hubiera esperado por nada del mundo. Ese dos de marzo dejé de ser Eleanor McPherson para convertirme, oficialmente, en Eleanor Nolan. Entre Katherina, el tío Gavin y Jean Montgomery lo hicieron posible sin que él se enterase y fue... ¡wow! Quiero que se sienta feliz de tenerme y, además, este detalle me asegura una subida de la asignación semanal tres veces al año. ¿A que mola?

A veces me siento culpable por robarle el poco tiempo que pasa con Katherina. Al principio no me daba cuenta de las miradas que se lanzaban mientras yo hablaba y hablaba, y sentía tanta curiosidad por la vida que había

llevado Kat que me quedaba con ellos en el salón hasta que se hacía demasiado tarde y ella se despedía. Ahora ya no soy tan inmadura. Cuando terminamos de cenar suelo irme a mi habitación para que ellos puedan estar solos un rato. Me da mucha pena la cara que se le queda cuando Katherina se marcha, pero eso va a cambiar. Lo sé.

El mes pasado, cuando volvimos de Moscú, escuché a papá hablar con tía Robbin sobre la sorpresa que quieren darme por mi cumpleaños. Tiene cuatro habitaciones, tres baños, buhardilla y un jardín que SN Garden va a reformar. Sí, por muy bajito que hablen me entero de las cosas, no les entra en la cabeza, y estoy muy contenta de que, por fin, vayamos a vivir todos en la misma casa. ¡Me muero de ganas por saber cómo es mi cuarto! Y espero que haya piscina y una *bania*^[19] de esas que tiene el padre de Kat en la casa de campo de Moscú.

Hemos pasado las vacaciones de Navidad en Rusia, con Mijaíl Kovalev y su familia. Es un ruso muy serio que fue embajador en los Estados Unidos y daba un poco de miedo al principio. Fue raro llegar allí y ver la mirada que ese hombre le lanzó a papá cuando Katherina le dijo que era su novio y que yo era la hija de Scott. Pero luego llegó ese ruso grandote tan simpático, Adrik, y la cara agría del señor Kovalev desapareció. También ayudó que Yelena abrazara a papá como si fuera su niño. Es una abuelita muy simpática y muy lista. En cuanto vio que lo de Kat y mi padre iba viento en popa, regresó a Moscú y vive allí desde entonces. Katherina la echa de menos y es normal. Yo también echo de menos a veces a la abuela Dorothea y al abuelo German, aunque no sean mi verdadera familia.

También a mamá.

No sé qué hubiera sido de mi vida si mamá y Morgan siguieran vivos. Cuando lo pienso me entran ganas de llorar. Ella no fue muy justa con Scott ni conmigo, pero era mi madre y me costó bastante asimilar que no volvería a verla. Por otro lado, pasé mucho tiempo reprochándole a Scott en silencio que no hiciera más por conocerme en esos quince años. No sé, me imagino que las cosas no debieron ser sencillas, pero él era mi padre y tenía que haber peleado más.

Hace algunos meses me enteré de que jamás se rindió. El abogado de papá, me contó que iba a verme a escondidas a riesgo de que lo metieran en la cárcel, que sabía de qué sabor me gustaban los helados o cuántos goles había marcado en la liguilla escolar de fútbol infantil. Y ¿sabes qué es lo más extraño? Que no me sorprendió, que de un modo que no sé explicar, siempre supe que él estaba a mi lado. Llegué a pensar que alguien me vigilaba, pero nunca me sentí amenazada, sino al contrario. Me protegía y ahora sé que siempre fue él. Ese día, después de hablar con Jean Montgomery, cuando llegó de trabajar, me abracé a él y le pedí perdón por todo y por nada en particular. Nunca me dijo lo mal que

lo había pasado, nunca presumió de haber hecho más que nadie, nunca me echó en cara mi comportamiento de las primeras semanas, nunca pidió nada y siempre lo dio todo. Renunció a Katherina por estar conmigo, la dejó que se fuera y casi la pierde. Si las cosas entre ellos no hubieran acabado bien no me lo hubiera perdonado. Si hay dos personas que merezcan estar juntas el resto de sus vidas son ellos; si hay alguien que sea capaz de cuidar de mí, de protegerme, de velar por mis intereses, de mimarme, de quererme... son ellos.

¿Y cómo lo sé? Hace poco descubrí una vieja caja de cartón en la que se acumulaban cientos de postales con flores pintadas. Algunas eran muy bonitas, otras eran horrendas, pero todas tenían algo en común: eran para mí. Mi padre las escribió durante el tiempo que no pudo tenerme y lloré mucho al leerlas. Hablaba de flores y de sus sentimientos hacia mí, hacia mamá, incluso las últimas se referían a Kat. Era la prueba que necesitaba para estar segura de que siempre me quiso, de que me querrá el resto de su vida y también de que es un poco moñas con eso de ser jardinero (si lee esto me castigará de por vida).

Ahora me puedo permitir tener esperanzas y deseos, como una chica normal. Te contaré uno por el que pido todas las noches: espero que con la nueva casa aumente la familia. ¡Quiero que tengan un bebé! Pero eso no puedo decírselo a ellos aún. A lo mejor quieren casarse primero, no lo sé. El jardín de Lambert sería un lugar perfecto. Puede que lo hable con la tía Lana, es única para tramar planes y, como tiene esa cara de no haber roto un plato, siempre le salen bien.

También quiero hacerme un tatuaje, pero papá no quiere ni oír hablar del tema, así que le dicho que quiero un perro, aunque no sé qué tal se llevaría con el gato de Kat. Ese Maximilian tiene tantas malas pulgas como kilos de más. Nunca había visto un gato tan gordo y comilón.

Es tarde y estoy muy cansada. Hoy se ha celebrado el primer aniversario del jardín del *resort* y la fiesta ha sido increíble. Nunca había llevado un vestido tan impresionante como el que me ha regalado Katherina. Claro que a papá no le ha gustado en absoluto y se ha pasado la primera hora tirando de las solapas del abrigo para taparme el escote. Aún le cuesta admitir que me hago mayor, que pronto cumpliré los diecisiete y la niña de sus ojos dejará de ser una chiquilla. Eso le preocupa porque cree que no hemos pasado suficiente tiempo juntos y piensa que me voy a marchar sin habernos conocido. Se equivoca, pero ya se dará cuenta.

No le ha durado demasiado la preocupación porque en cuanto ha visto a Kat me ha dado un poco de tregua. ¡Estaba espectacular! No se ha apartado de ella en toda la noche y los ojos le brillaban como si la viera por primera vez. Es increíble lo intensos que pueden llegar a ser los sentimientos que comparten. Ni siquiera se han dado cuenta de que estaba nevando mientras bailaban. Los

invitados se iban y ellos continuaban allí en medio, cogidos de la mano, mirándose a los ojos bajo las flores de invierno que tanto le gustan a Katherina.

El amor es una cosa extraña, ¿no te parece?

[\[19\]](#). Baño, sauna. (*N. de la A.*)

Agradecimientos

Tengo cuatro flores de invierno que dan color a mi jardín, cuatro flores que no se funden con el paso de las estaciones. Ellas fueron las primeras en tener en las manos el manuscrito, las primeras en darme su opinión, las que me han vuelto loca con los cambios, los matices, los comentarios, las conversaciones de audio, las llamadas de teléfono, los mensajes... Cuatro flores perfectas: Mónica, Carmen, Cristina y Nieves.

Pero en el proceso de creación de *Flores de invierno* hay muchas más personas que han dado vida a este jardín y a las que debo mi eterno agradecimiento:

A mis frescas, por alegrarse con mis alegrías y enfadarse con mis enfados.

A esa chica de la cadena Meliá a la que tuve al teléfono una hora hasta conseguir un organigrama hotelero en condiciones.

A Ekaterina Mikheeva, Katia, por las traducciones en ruso que me han librado del infame traductor de Google.

A Romina Naranjo por los repentinos momentos de inspiración.

A M.^a José Vela por las collejas a distancia, y por las risas, y por los ommmmm...

Versátil Ediciones, con Consuelo Olaya a la cabeza, ha hecho posible, una vez más, que mis sueños acaben impresos en un libro y no sé si algún día tendré palabras suficientes para agradecerles toda su confianza. Pero si hay dos personas en esta familia que merecen mi más profunda gratitud, esas son Esther Herranz y Eva Olaya. Han puesto orden, color y luz a este jardín, como las expertas paisajistas del mundo editorial que son, y ha sido un placer volver a sembrar otra historia a su lado. Sois las más increíbles *Ledyanyye printsessy*.

Mi familia siempre es la que más perjudicada sale en cada una de mis locuras literarias. A ellos les debo el tiempo, la calma y la ayuda. Les debo haberme convertido en Patricia A. Miller. Se lo debo todo.

Y a ti, gracias por leerme.

Table of Contents

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)